

Diane Duane

El cielo herido



STAR TREK



Lectulandia

La *Enterprise* está probando un nuevo motor cuyas características le hacen infinitamente superior a cualquiera de los anteriores. Sin embargo, es tal su potencia que provoca distorsiones en las dimensiones espacio-temporales del universo conocido. De hecho, abre las puertas a un universo distinto, regido por un ente no humano e increíblemente poderoso. La tripulación de la nave debe hacerle entender la necesidad de que ayude a sellar las comunicaciones entre los dos mundos paralelos...

Lectulandia

Diane Duane

El cielo herido

Star Trek, la serie original 14

ePub r1.0

Huygens 05.06.14

Título original: *The wounded sky*
Diane Duane, 1986
Traducción: Diana Falcón
Diseño de cubierta: SDD (Serveis de Disseny)

Editor digital: Huygens
Digitalización: Icaza
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a Tom Swale y Duane Poole, leales formadores de escritores cinematográficos, expertos en cuidar y nutrir el carácter de otras personas, y amigos muy queridos; y a la maravillosa Linda Wright, colega en el manejo de tribbles y otras peculiares criaturas alienígenas en Starfleet's Northridge Annex.

... Dos grandes poderes están de nuestra parte: el poder del Amor y el poder de la Aritmética. Estos dos son más fuertes que nada en el mundo.

E. NESBIT, *The Island of the Twelve Whirlpools*

Agradecimientos

Éstas son las personas que me prestaron su ayuda mientras escribía el presente libro, mediante buenos consejos, apoyo técnico o logístico, o sencillamente leyendo y haciéndome saber qué era acertado.

Dennis Ahrens («¿Que su cola hace *qué*?»); Anna Brand («¿De qué demonios estás hablando?»); C. J. Cherryh («¡Desde luego, parece que te lo pasas bien!»); Jeff Carver («Vas a escribir sobre el viejo señor Spock, ¿eh?»); Chris Claremont («¡Capitán, si se transporta ahí abajo, será una muerte segura!» “¿Ah, sí...? Bueno, pues vamos”»); Arthur Byron Cover («Bueno, no sé por lo que respecta a ti, Diane...»); Paul Dini («¿Quieres decir que te permitieron escribir esas cosas?!»); Wilma Fisher («¡Dios mío, Dee, eso es inaudito!»); El GSLP del Valle de San Fernando, primavera de 1981 («¿Que estás escribiendo una *qué*...? Bueno, ¿por qué no?»); Robbie London («¿Y qué pasa?»); Don Maass («Bueno, a ver qué tienes.»); Lydia Morano (sonrisa y silenciosa sacudida de cabeza, con opcional alzada de ojos al cielo); Arthur Nadel («Tiene que resultar agradable ser independientemente rico.»); Michael Reaves («Dios, ahora quiero yo escribir una cosa de estas.»); William Rotsler («Su segundo nombre de pila es Edward. ¿Quieres su número de serie?»); J. Brynne Stephens («Eso ha sido realmente bonito.»); Pam Vincent («¿Te has gastado toda una caja de cinta correctora en un solo día?»); Ben Yalow («Bien.»); Jane Yolen («¿Es contagioso esto? ¿Puedo conseguirlo inyectable?»); Marc Scott Zicree («¿Cuándo estará terminada?»).

Un agradecimiento muy especial ha de darse en algunos casos. Este libro no podría haber sido entregado a tiempo sin la increíble generosidad de Michael Reaves y Brynne Stephens, que me prestaron su Apple II y fueron heroicamente pacientes conmigo durante la producción de la obra. David Gerrold, como siempre, se mostró sereno y flemático respecto a las partes buenas de la obra en proceso de creación, y cortante respecto a las que eran menos que buenas... una técnica que detesto, y por la cual le estoy profundamente agradecida.

Y una cena muy tardía en Denny's con la incomparable Marty Clark Rich, dio como resultado una araña de cristal que saltó dentro de su plato, y luego se marchó majestuosamente arrastrando detrás de sí una novela de *Star Trek*. ¡Tú me lo hiciste, Marty! Gracias, tienes todo mi aprecio...

1

El problema de aguardar en el espacio para ver pasar una nave estelar reside en que, cuando viaja a velocidad hiperespacial, la nave no se encuentra para nada allí. El otro espacio en el cual asume la velocidad hiperespacial es exactamente eso: otro espacio; un universo vecino alternativo donde las leyes naturales son diferentes, y la luz viaja a una velocidad muchos millares de veces superior a como lo hace en el universo del que son originarias las seiscientos ochenta y tres especies de la humanidad. Una nave estelar que viaja por el hiperespacio lleva consigo un caparazón de ese espacio alternativo, de modo que se desplaza a una velocidad que multiplica la de la luz a través del universo análogo, sin tener que estar realmente en nuestro universo ni someterse a la insoportablemente lenta velocidad de la luz. Dentro de la nave, por supuesto, los sensores están calibrados para eliminar hasta la más mínima extrañeza que pueda provocar la luz estelar del otro universo, que todas las humanidades hallan tan inquietante. Fuera de la nave, todo cuanto puede apreciarse de su paso es un temblor de luz estelar cuando el espacio mismo se estremece, se pliega y lentamente vuelve a alisarse. En el núcleo del estremecimiento, puede haber el más leve, más pálido fantasma de luz, ni tan siquiera una imagen. Una impresión, un atisbo, tal vez una ilusión.

Hay que esperar mucho, antes de que los fuegos multicolores que son las estrellas comiencen a estremecerse en un pequeño sector de la noche infinita. Allá, a lo lejos, detrás del temblor, hay una estela de luz demasiado tenue como para que puedan percibirla sin ayuda los que no pertenecen a las especies de visión más aguda: radicales alterados, fragmentos de moléculas elementales que flotan libres por el espacio, excitadas hasta estados energéticos más altos y candentes. El temblor-plegamiento se aproxima más, cubre un área mayor.

Deslizándose perezosamente en su camino hay un cometa frío, muy lejos ya de su estrella de origen: una bola de nieve sucia y dormida. El temblor se lanza hacia él, indiferente. Los sensores han confirmado que no existe tráfico en muchos pársecs a la redonda... y es mejor que no lo haya, si consideramos que un campo hiperespacial y un objeto físico pueden encontrarse y conservar su mutua integridad sólo en condiciones cuidadosamente controladas. Esas condiciones no se dan aquí. La nave estelar pasa, en otro espacio, a través del cometa, y queda intacta, apenas lo nota.

En este universo, no obstante, el espacio se retuerce y sacude con violencia, su tejido sometido a grandes tensiones; el cometa en él contenido se hace pedazos en una nube de esquirlas de piedra, fragmentos de hielo y titilante nieve de vapor de agua. Sin embargo, pasado poco rato, el perturbado espacio se aquieta, las ondulaciones desaparecen, y los restos del cometa, al no haber sido golpeados por nada de este universo y, en consecuencia, no habiendo recibido aceleración ninguna a

causa del impacto, continúan en la misma órbita a través de la larga noche.

Al cabo de trescientos y pocos años, dos pueblos inteligentes formados para la batalla estarán observando los cielos en espera del cometa que desde tiempos inmemoriales ha sido la señal de los dioses para que comiencen a matarse los unos a los otros. No obstante, en lugar de la cola del cometa brillando en el cielo, lo que verán será una deslumbrante lluvia de estrellas. Tremendamente aliviados, se regocijarán ante la señal de armisticio enviada de los cielos por la que tanto habíanorado, regresarán a sus casas y forjarán arados con sus espadas.

En el aquí y ahora, algo invisible pasa a tal velocidad que un observador probablemente nunca lo percibiría. Un parpadeo, un resplandor, un pensamiento fugaz en las interminables meditaciones silenciosas del universo, la U.S.S. *Enterprise* atraviesa el espacio durante la patrulla.

«Con independencia de cuántas veces reconstruyan esta nave —pensó James T. Kirk—, nunca incluirán en ella el suficiente espacio para pasearse adecuadamente...»

El capitán de la *Enterprise*, condecorado en múltiples ocasiones por la valentía y serenidad demostradas en momentos de máxima tensión y peligro, se paseaba de un lado a otro por su despacho interior y lo miraba todo con expresión ceñuda. Las holografías de la anterior *Enterprise* que decoraban las paredes; la pequeña colección del arte nativo de varios planetas, brillantes colores y toscas formas de madera y metal, guardadas en inetrógeno y verividrio; los estantes y mesas impecablemente limpios y el escritorio inmaculado... todo le hacía fruncir el entrecejo. El escritorio en sí mismo constituía una señal particularmente mala. Jim Kirk nunca quitaba las pilas de casetes, libretas y chips de informes de su escritorio, a menos que, por algún motivo, se encontrara al límite de su paciencia como oficial al mando. Había corrido la voz, claro está; por toda la nave, las secciones que habían relajado un poco las costumbres se preparaban a toda prisa, y los escritorios que había en ellas no sólo estaban siendo despejados, sino fregados.

Nada de esto hacía que Kirk se sintiese mejor, aunque le complacía que su gente lo respetara lo bastante como para poner en orden sus secciones de manera que él no tuviese que ponerlos en orden a ellos. En este preciso momento habría cambiado alegremente todo el lustre y pulido que se realizaba en los niveles inferiores por una sola buena noticia.

Miró con aire ceñudo a la pantalla de pared, que con su habitual obstinación se negaba a hacer lo que él quería. «Intentas mantener a esa maldita cosa en silencio — pensó—, y se pone a anunciar invasiones klingon, desastres sectoriales, misteriosas llamadas de socorro. Y mírala ahora, ahí quietecita como un trozo de chatarra». Por una vez, su boca se torció abiertamente en un gesto de fastidio, dado que su tripulación no podía verlo.

La pantalla, como era de prever, continuó guardando silencio. Por último, Kirk hizo una mueca burlona dedicada a sí mismo y recurrió al antiguo ejercicio de cadete de «empeorar-las-cosas»; se quedó ahí de pie, consideró todas las razones que tenía para estar furioso, y se concentró en ponerse más y más furioso. «Hace ya seis meses que este asunto del motor está en danza. Cada vez que están a punto de anunciar quién va a recibirlo, posponen el anuncio a causa de las dichas luchas políticas internas sobre quién recibe el mérito, quién se lleva el caramelo publicitario de lograr que lo pruebe una nave estelar de su sector. No se toman para nada en consideración los méritos de la nave ni de su tripulación... —y ésa era la parte que más le enfurecía, porque James T. Kirk sabía que si se consideraba el mérito, su nave se llevaría el motor sin discusión—. Meses de disputas sobre el destino de la primera misión de prueba, discusiones sobre detalles insignificantes... quién consigue estar en qué comité que determina quién logra qué contrato de accesorios y suministros, quién será el que escoja a quién para hacer el trabajo administrativo, maldición, maldición. ¡¡Maldición!!» Se puso furioso, y más furioso. Rechinó los dientes. Y, como de costumbre, el furor se desvaneció abruptamente, reemplazado por la conciencia de la profunda estupidez de la situación: un comandante experimentado, templado, aquí, de pie, rechinando los dientes y crispado por algo con lo que no se podía luchar, que ni se podía acelerar, ni se podía evitar.

Profirió una sonora carcajada para sí mismo, y se encaminó hacia la pared para coger la prenda superior del uniforme; tomó una de color dorado al tiempo que ociosamente se preguntaba cuánto tiempo continuaría en vigor esa generación de uniformes. «Dijeron que el anuncio sería hecho hoy —pensó con humor sombrío—, y han dicho lo mismo en siete ocasiones anteriores. ¿O fue en ocho? Al demonio con esto; me marcho a la sala de Recreación a mirar el bosque del teniente Tanzer».

Y la pantalla de pared lo llamó con un silbido, y sobresaltó a Jim de tal manera que por un momento permaneció encogido, en posición de ataque, antes de darse cuenta de lo que era y enderezarse.

—Pantalla —dijo, al tiempo que bajaba las manos para que quedasen fuera del campo visual y no se vieran los nudillos blancos que aferraban la prenda del uniforme.

La pantalla se encendió, dejando a la vista el puesto de comunicaciones, y al segundo de Uhura, en período de entrenamiento, el teniente Mahásë, un homínido de rostro áspero, piel gris, pelo gris y ojos grises (incluso el «blanco» de los ojos era gris).

—Disculpe por molestarlo, señor —comenzó con su habitual arrastramiento dulce de las palabras, propio de Eseriat—. Tengo un mensaje de la Flota Estelar para usted, código de máxima seguridad, y con el sello del capitán. ¿Quiere que lo transfiera a su terminal?

—No es necesario —replicó Kirk, y tendió una mano para pulsar la combinación de teclas de su escritorio que les permitiría a los ordenadores principales acceder a su clave personal de mando—. Ejecute y lea.

Mahásë asintió con la cabeza, se llevó el decodificador al oído con una mano, y con la otra pulsó varias teclas de la consola. Jim escuchaba los fuertes latidos de su corazón.

—Transmisión no estándar, grupos de códigos 064-44-51852-30 —dijo Mahásë por último. Kirk exhaló el aire y reprimió apenas una imprecación... porque estaba el grupo 064, que era el código que un oficial empleaba para darle muy malas noticias a otro. «¡Maldición, se lo ha quedado otro, cómo puede haber sucedido, cuando éramos nosotros la elección lógica incluso según las pautas de ellos! Incluso Spock dijo que las probabilidades eran...»

—Comienza el mensaje: «Para James T. Kirk, al mando de la NCC 1701, *United Systems Starship Enterprise*, en corredor de patrulla Coma B. De: Halloran, R.S., vicealmirante, Mando de la Flota Estelar, Sol III/Tierra. Asunto: T'pask-Sivek-B't'kr-K't'lk. Aparato de Inversión de Masa Electiva. Instrucciones: Se le ordena suspender actual patrulla, de la que se hará cargo la U.S.S. *Henrietta Leavitt*. Cuando sea relevado, se dirigirá con toda la prisa debida a astilleros de Hamal/alfa Arietis Cuatro/Base Estelar Dieciocho para instalación de aparato prototipo en *Enterprise*, y observará un silencio de clase cuatro mientras esté en tránsito...».

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Lo hemos conseguido...!»

—«... el personal especializado que ha de intervenir en la misión ha sido informado. Encuentro programado en Base Estelar Dieciocho deberá quedar concluido en fecha estelar 9250.00...»

Kirk permitió que la firmeza de su columna vertebral se relajara un punto.

—«Sigue programa...», y lo añaden, señor. Está en el ordenador, a su disposición. —Mahásë hizo una pausa—. Hay un apéndice después del sello y la verificación, capitán.

Jim le hizo al teniente un gesto de asentimiento.

—Dice: «Jim: para mí, ha sido una mala noticia. Yo lo quería para la *Raptor*. Feliz caza, bastardo con suerte, y transmítale mis mejores deseos a la galaxia de al lado. Saludos, Rhonda».

—Gracias, teniente Mahásë —dijo el capitán—. Por favor, pase el mensaje a la red de jefes de sección y hágalo aparecer en los terminales del señor Spock y el señor Scott. —Era la viva imagen de la calma, apenas una sonrisa complacida dibujada en el rostro, como si en ningún momento hubiera tenido ninguna duda—. Y dígales a los jefes de sección que nos reuniremos esta tarde. Quiero que la nave esté preparada para salir de la Galaxia dentro de cinco días.

—Sí, señor —replicó Mahásë, con tanta calma como si fuese capaz de llevarlo

todo a cabo él solo—. Puente fuera.

—Pantalla fuera —dijo Kirk, y aguardó el lapso de una o dos inspiraciones para asegurarse de que la pantalla estaba desactivada. Luego miró hacia la puerta para asegurarse de que estaba bloqueada. Realizó otra inspiración.

—iiiiHuuuuurrrrrraaaaaaa!!!!

En el puente, Mahásë hizo una mueca, sonrió, y se quitó el decodificador del oído.

—Creo que a partir de ahora estará bien —dijo. Nadie le prestó demasiada atención. Los tripulantes del puente estaban ocupados ellos mismos en gritar, darse palmadas en la espalda, aplaudir, abrazarse y, en algunos casos, pagar apuestas. Ante el timón, Sulu permanecía sentado e inmóvil como la estatua de un divertido dios del antiguo Oriente, sin decir nada pero con una leve y complacida sonrisa en el rostro...

En Ingeniería, Scotty apartó la mirada del relámpago apenas controlado del cilindro de mezcla del plasma de materia/antimateria al ver que su terminal portátil de ordenador parpadeaba. Lo recogió con tanta delicadeza como si estuviese vivo, lo leyó, y se puso a proferir alaridos de deleite y ordenarle a su gente que desmantelase el toro de campo Hilbert que habían pasado dos semanas construyendo...

... en la cubierta de observación, sumido en meditación bajo la luz ondulante y de raro colorido que la mayoría de las humanidades evitaban de modo muy escrupuloso, una silueta inmóvil ataviada con el uniforme azul de la Sección Científica se dio cuenta de que los repetidores meselectrónicos cambiaban de estado en su terminal portátil, y desvió la suficiente atención como para leer el mensaje que se formaba en su superficie. Medio segundo después, Spock volvió a alzar los ojos hacia la inquietante negrura que se estremecía en lo alto con sus perturbados fuegos. Spock parecía impasible; pero alguien que lo conociera bien tal vez habría advertido que sus oscuros ojos parecían reflejar algo más que antes, como si el universo se hubiese hecho repentinamente más grande...

... por toda la *Enterprise*, personas de la totalidad de los noventa y dos tipos de humanidad representadas entre la tripulación, daban gritos, vítores, se dedicaban muecas rituales, se hacían reverencias, se estrechaban la mano, aplaudían y ofrecían reservas privadas de comida y bebida para celebrar. Incluso para la *Enterprise*, nave casi endurecida ante las maravillas y los terrores, ésta era una ocasión que merecía la pena celebrar.

Habían estado entre las estrellas. Ahora, iban a viajar más allá de ellas.

—Nos acercamos a alfa, capitán —dijo Chekov, mientras observaba cómo el espectrograma de la estrella corregido por el ordenador se desviaba hacia el azul, sobre su panel.

—Informe de estado, Uhura.

—Ingeniería está preparada...

—Las secciones de tripulación informan todas que están preparadas...

—Sección de defensa, sí...

—La nave está preparada, señor.

—Pase a velocidad sublumínica, Sulu.

—Sí, señor. —Las manos de Sulu se movieron con su habitual rapidez y cuidado sobre el teclado para comprobar la velocidad y vector intrínsecos de la *Enterprise* en el momento en que saliera del hiperespacio. Al fin y al cabo, incluso los ordenadores sufrían desperfectos, y Sulu no sentía deseo ninguno de lanzar una nave estelar a toda velocidad contra un planeta o un sol... al menos no mientras estuviese pilotándola él. Hizo la comprobación una vez más, se sintió satisfecho, y pulsó el control que desactivaba el campo hiperespacial...

... desde el exterior, parecía que una gran zona de cielo cuajado de estrellas se hubiese vuelto loco. Las estrellas viraron y oscilaron, cambiaron radicalmente de colores, hicieron eclosión y se desvanecieron como fuegos artificiales. Y de modo repentino apareció la blancura, con nítidos bordes, y las estrellas recobraron la cordura... las que aún podían verse.

Entre las estrellas y el tráfico local apareció una enorme y elegante silueta, frenando rápidamente: el casco primario del platillo en la parte superior, el secundario del cilindro más abajo, las dos esbeltas barquillas sobre sus soportes inclinados hacia fuera que se alzaban sobre el casco secundario. Allí estaba, ya no un fantasma, sino casi demasiado real para soportar su visión: un resplandor de plata, cegadoramente bañado por la ardiente luz oro anaranjado de alfa Arietis, una estrella gigante clase K0. La única parte de la nave que no relumbraba eran los caracteres negros que había en las caras superior e inferior del casco primario. Las letras eran gruesas y cuadradas, de tipo romano terrícola... pues la nave era uno de los veintidós «cruceos pesados» con matrícula de la Tierra, el buque insignia de la flota terrícola y el orgullo de los seres que respiraban oxígeno en esa zona de la Galaxia. Aminorando la velocidad, deslizando su majestuoso casco en una órbita cómoda alrededor de alfa hasta que el control orbital de la base pudiera darle un vector de ataque, la *Enterprise* descendió sobre Hamal/alfa Arietis, en un incendio de fuego amarillo.

Y fuera del alcance de cualquier sensor, no detectado en los yermos fríos y oscuros, algo se estiró y tensó de modo intolerable... y lentamente comenzó a desgarrarse...

2

La Base Estelar Dieciocho, en órbita a doscientos millones de kilómetros de Hamal, podía ser vista desde muy lejos; y el espectáculo era encantador. A lo lejos, lo que uno veía era un rectángulo teñido de dorado, con extremos redondeados como los de un cigarro, que resplandecía delicadamente mientras giraba sobre su eje a través del espacio. Desde más cerca, sin embargo, su tamaño se hacía evidente: otras naves estelares, cruceros ligeros y cúters que habían acudido para ser sometidos a reparación o a revisión periódica, se hallaban alojados entre los innumerables puntales, púas y agujas de la superficie exterior. La totalidad de la estructura destellaba en centenares de matices de cegador dorado al girar la Base Estelar Dieciocho en torno a Hamal, pesada, hermosa, y un poco cómica.

—Ya tenemos el vector, capitán.

—Bien, señor Sulu. Llévenos ahí dentro.

Kirk observó, satisfecho, mientras los dedos de Sulu corrían ligeros por el teclado. «¡Gracias a Dios, se han acabado los viajes de correo! —pensó Jim—. ¡Se han acabado los aburridos recados de la Flota Estelar durante un tiempo! Algo grande, para espabilar a mi gente... para espabilarme a mí», añadió para sus adentros tras una inspiración. Últimamente, había estado apoderándose de él la sensación de que la Galaxia se volvía algo corriente, que lo ordinario estaba instalándose en ella: un planeta, una especie nueva, una crisis con los romulanos, comenzaban a parecerse a todos los anteriores. «¿Necesito unas vacaciones? ¿Y adonde demonios voy, cuando los confines del universo conocido se hacen aburridos?

»... bueno, de eso ya están encargándose...»

La imagen de la pantalla cambió, y su parpadeo atrajo de nuevo la atención de Kirk. El señor Sulu había conectado con los sensores de la base y recogía la imagen captada por ellos de la entrada de la *Enterprise*. Kirk le sonrió a la nave, enamorado por milésima vez de la majestuosa dama... y entonces se sorprendió al volverse ella repentinamente traviesa, a mil kilómetros de la base. El mundo permanecía cabeza arriba dentro de la nave, como era habitual, pero los sensores de la base mostraban cómo giraba lenta, exuberante, sobre su eje longitudinal... un giro victorioso, luego otro, mientras los iones sobreexcitados dejaban una estela de luz tras ella.

—Deje de hacer eso, señor Sulu —dijo Kirk, esforzándose por mantener un tono de seriedad—. Esto es un asunto serio.

—Sí, señor —replicó Sulu, alzando los ojos con expresión grave al tiempo que también reprimía una sonrisa. Sabía que el capitán lo había visto programar la maniobra y no había dicho nada. Al fin y al cabo, algunas de las naves que estaban en la base habían sido sus principales competidores en la lucha por la obtención del motor, algunas de ellas viejas amigas del capitán, o viejas rivales amistosas: la U.S.S.

Milton Humason, la U.S.S. *Eilonwy*, la U.S.S. *Challenger*, y naves más pequeñas que anteriormente habían colaborado con la *Enterprise* o se habían cruzado en su camino: la *Condor*, la *Indomable*, la *QE III*, la *Lookfar*... Sulu pulsó un control aquí, otro allá, e hizo que la nave se enderezase y volara en línea recta.

Kirk no permitió que la sonrisa se manifestara más allá de sus ojos, y contempló cómo se aproximaban, ahora ya tan cerca que la *Enterprise* ocultaba casi todo el cielo que abarcaban los sensores de la base.

—Volvamos a nuestra visión por un momento, señor Sulu —pidió.

La pantalla volvió a cambiar, y presentó uno de los extremos sin puntas de la enorme estructura, donde un diafragma se abría para recibirles, dejando a la vista una abertura que podría haberse tragado a veinte naves estelares colocadas una junto a otra. Todo alrededor de la abertura, montantes y agujas pulidas como espejos destellaban intensamente y proyectaban un entramado de sombras de bordes afilados como cuchillas sobre la superficie y las unas sobre las otras. Kirk hizo una mueca de dolor mientras el equipo de navegación de la base los guiaba hacia el corazón de la luz.

—Reduzca la intensidad de eso, ¿quiere, Uhura? —dijo al tiempo que apartaba los ojos; había algo en el interior plateado y dorado que atraía la mirada, y que al mismo tiempo ponía nervioso al observador. «Bueno, es esa antigua característica de las arquitecturas alienígenas. El lugar no ha sido construido por terrícolas...» Si es que la palabra «construir» podía definir aquello; porque la «piel» exterior de la base no era en realidad más que una apretada y fina malla tejida con lo que parecían, a aquella distancia, delicadas hebras de acero pulidas como espejos... y en realidad eran largas extrusiones de cristales simples, cada una de dos metros de grueso. De la «piel» colgaban estructuras, sujetas por cables o sobresaliendo sobre soportes de formas extrañas, que parecían paquetes suspendidos o adheridos al extremo de postes; eran oficinas, áreas de servicios, camarotes. A lo largo del interior de la estructura, pequeños aparatos teledirigidos que se deslizaban por retorcidos raíles o volaban mediante propulsión química, destellaban súbitamente si atravesaban un rayo solar que penetrara por una de las muchas aperturas extrañamente emplazadas. Movimiento, precipitación, una impresión de una vida que resultaba totalmente ajena; ésa fue la impresión que recibió Kirk... junto con la sensación, ligeramente desagradable, de verse encerrado allí dentro. «Pero ¿en qué estoy pensando?», se censuró un momento más tarde, al considerar lo desatinado que resultaba el intento de entender demasiadas cosas de otra especie sólo a través de sus artefactos. Recordó las conclusiones a las que Tegmenir había llegado con respecto a la humanidad de la Tierra a partir del hallazgo de una sola silla, y se precavió a sí mismo contra los juicios precipitados.

No obstante, resultaba difícil creer que estuviesen a sólo setenta y cinco años luz

de la Tierra.

—Vaya lugar más encantador tenemos aquí —comentó Scotty, de pie junto al puesto de timón. En la pantalla, las sombras se deslizaban y oscilaban al penetrar el brillo del feroz fuego de Hamal, y ser ocluido por el entramado exterior de la Base Estelar—. Me gustaría conocer a los diseñadores.

Al otro lado del timón, Spock se erguía de pie e inmóvil con las manos a la espalda, con la misma apariencia imperturbable y tranquila de siempre; pero sus ojos estaban tan fijos en la pantalla como los de Scotty.

—Puede que tenga esa oportunidad, señor Scott. Dos de los miembros hamalki del grupo de diseño de la base han intervenido también en la creación del motor de inversión.

—Gracias por decírmelo, señor Spock —replicó Scotty, con expresión muy complacida y expectante. Jim sonrió para sí. Un breve período de trabajo burocrático con la Oficina de Obras Planetarias de la Federación, sólo había servido para incrementar la absoluta reverencia que Scotty sentía por la excelencia de diseño en todos los terrenos. Conocer a uno de los diseñadores hamalki, que tienen fama de estar entre los mejores del universo conocido, sería probablemente como una experiencia religiosa para él.

—¿Qué tal vamos, señor Sulu? —preguntó Kirk.

—Saldrá un piloto a buscarnos, señor. La hora estimada de ataque es dentro de cinco minutos.

—Señor —dijo Uhura desde su puesto—. Acabamos de recibir un mensaje de la base. El comodoro Katha'sat le presenta sus respetos, y desearía verlo en su despacho, junto con el ingeniero jefe y cualquier otro jefe de sección que vaya a intervenir en la instalación del motor.

—Bien. Acuse recibo, y dígame que estaremos allí en cuanto concluya la operación de ataque.

—Aquí llega el piloto, señor —anunció Sulu—. Van a amarrarnos dentro con rayos tractores.

—Uhura, avise a toda la tripulación...

—Hecho, señor.

Sulu volvió a pulsar sus controles, y la imagen de la pantalla cambió una vez más al detenerse la *Enterprise* por completo, y quedar suspendida en el corazón de la inmensa estructura plateada. Por un lado, algo pequeño y brillante salió disparado de una grieta que había en el brillante entramado. «¿Alguien que tripula una cápsula motorizada?», se preguntó Kirk, aunque tenía sus dudas: la navecilla era de apenas un metro de ancho. El pequeño huevo brillante salió disparado hacia la *Enterprise* con tanta fuerza y velocidad que por un momento Kirk temió por su casco exterior; no obstante, a pocos metros del mismo, el huevo se detuvo en seco, tan bruscamente

como si hubiese llegado al final de una soga, y luego avanzó con lentitud y delicadeza hasta tocar el borde del casco secundario. Un momento más tarde volvió a retroceder, dejando adherida al casco la brillante, perlada línea de algo de lo que Kirk había oído hablar pero no había visto aún, uno de los nuevos «tractores táctiles», también creación de los hamalki. Retorciendo aquella línea, el huevo regresó al área de ataque semiesférica constituida por el otro extremo de la base, y de hecho remolcó a la *Enterprise* tras de sí, primero con gran lentitud y luego a mayor velocidad, suavemente.

Kirk descubrió que contemplar lo imposible le secaba la boca. Scotty, detrás de él, estaba casi farfullando con deleitada perplejidad.

—Eso no puede hacerse, con independencia de la fuerza motriz que se utilice...

—Y sin embargo, ahí lo tiene, señor Scott —puntualizó Spock—. Una vez más se demuestra que el tamaño es engañoso. El principio operativo se denomina «masa electiva»; es una de las suposiciones que hace posible el motor de inversión. —Inclinó la cabeza a un lado mientras observaba el pequeño huevo resplandeciente con la más absoluta calma—. Ciertamente, parece improbable. Al igual que lo parecen las ecuaciones relacionadas, se lo aseguro. Algunos de sus elementos se inscriben en lo que nosotros hemos considerado imposible durante bastante tiempo. No obstante, el motor funciona...

—Provoca dolor de cabeza, ¿verdad? —comentó Jim al tiempo que le lanzaba una divertida mirada de soslayo al vulcaniano.

Spock exhaló el aire de los pulmones, y movió un poco los hombros.

—No creo que mis reacciones somáticas sean pertinentes por lo que respecta a la situación. Sería más exacto decir que hay hechos que aún no he asimilado por completo.

—¿Los hay? —inquirió Scotty, sonriendo.

Spock no se dignó responder a eso; se limitó a contemplar la pantalla como hacían todos. El ovoide plateado con su rayo tractor arrastraba a la *Enterprise* hacia el interior de la base. De modo abrupto, entre la redondeada zona de ataque del extremo y la nave con su remolcador, la luz hizo una aparición repentina; líneas de luz. Líneas que formaban ángulos entre sí, definiendo cuerdas geométricas dentro del inmenso círculo del «casco» de la base; veinticuatro líneas radiales que dividían en segmentos aquel círculo, todas las cuales se unían en el centro; y entretejidos con los radios, uno a uno, una deslumbrante confusión de rectángulos y paralelogramos de luz. El pequeño huevo plateado condujo a la *Enterprise* en línea recta hacia el relumbrante entramado y, por último, con tan sólo la más ligera sacudida, directamente al interior del mismo. Kirk soltó los brazos del asiento, a los que había estado aferrándose. En ese mismo momento, la estructura de luz se soltó de la mayoría de sus líneas de anclaje y descendió con lentitud en torno a la *Enterprise*,

envolviéndose estrechamente alrededor de los dos cascos, adhiriéndose en todos los puntos de contacto. El ovoide plateado se deslizó entre el entramado y se alejó a toda velocidad; tras él quedó una nave estelar bien sujeta por líneas de fuego blanco perlado cuya brillantez se amorteció un poco, pero continuó palpitando, muy vivo.

—Éste —dijo Kirk al tiempo que se levantaba de su asiento— tiene que ser uno de los ataques más fantásticos que he vivido jamás. Vayamos a ver al comodoro. Uhura, tome el mando.

Kirk, Spock y Scotty se encaminaron hacia el ascensor. Cuando la puerta se cerraba con un suspiro tras ellos y Uhura ocupaba el asiento de mando, Sulu se volvió a mirar a Chekov, que se hallaba ante la consola de mando, y le dedicó una mirada maliciosa y alegre.

—«Entra en mi salón, le dijo la araña a la mosca...»

Chekov alzó los ojos al techo, y ociosamente comenzó a calcular los parámetros iniciales para el espiral de búsqueda y descubrimiento en la galaxia siguiente.

El complejo de oficinas de la base estelar era un poco menos exótico que su resplandeciente estructura exterior. Cuando el mundo volvió a aparecer tras haber cesado la luz del transportador, Jim se halló de pie en una sala de transportes muy corriente. No tan corriente era el jefe ingeniero sulamida que operaba la consola. Se erguía con sus tres metros de estatura, un racimo de tentáculos rosados y violetas en constante movimiento, con ocho inquietos ojos emplazados en antenas que miraban en torno desde lo alto del ser. Los galones de teniente comandante se manifestaban en la piel del cilindro de varios de sus tentáculos de manipulación... los sulamidas eran muy diestros en el cambio de colores.

—Señores-señoras, bienvenidos sean —dijo el sulamida con una elegante floritura y retorcimiento de tentáculos, anudando varios de ellos en un gesto de respeto—. Pasillo abajo tres puertas izquierda ascensor, cuatro niveles abajo, dos caminos a izquierda, salida por derecha, seis puertas a derecha, comodoro Katha'sat aguarda ansioso; presentaciones/informes/tóxicos legales. Señores-señoras, ¿guía?

—Gracias, señor —replicó Kirk, no muy seguro de haber empleado correctamente la palabra: la totalidad de los doce sexos sulamidas aseguraban ser machos, en especial los que tenían hijos—. Creo que nos las arreglaremos.

Y lo hicieron, aunque Kirk no dejó de sorprenderse por la cantidad de especies no homínidas que había en la estación. Hamal estaba cerca del Sol y la Tierra, pero también quedaba dentro de los límites del gran Majoris Congeries, un cúmulo intergaláctico «abierto» de veinte estrellas que eran hogar de muchas especies ampliamente diversificadas, desde las que respiraban metano hasta una especie alada a la cual la atmósfera de las estrellas le resultaba agradable. En el lugar había un anexo de la Academia de la Flota Estelar, para proporcionar servicios en este sector

del espacio, y una biblioteca que ocupaba el segundo lugar después de la de Alejandría II. La población estable ascendía a unos ocho mil seres pensantes: los tripulantes allí destinados y sus familiares, y civiles de vacaciones, ya que una parte de la base era lugar de recreo, financiada y administrada por propietarios privados. En los pasillos reinaba el ruido de conversaciones traducidas y no traducidas, donde muchos tipos de seres gorjeaban, chillaban, reían, gruñían y aullaban, tratando de sus asuntos. Kirk se sorprendió a sí mismo sonriendo mientras caminaba, porque en el aire había una emoción insólita incluso para un lugar como éste, y su nave era el centro de esa emoción.

La puerta del despacho del comodoro estaba abierta cuando llegaron. Kirk dio dos golpecitos y cuando entró, Katha'sat se levantó de la silla que ocupaba en su escritorio. Era un hestv, de la lejana Rukbah V: un ser alto, tan delgado como para parecer esquelético, con piel bronce verdoso muy tirante sobre una forma básicamente bípeda. Los hestv tenían rodillas y codos adicionales, y su apariencia resultaba algo peculiar para los ojos terrícolas cuando se ponían de pie o se sentaban. Sus largos rostros flacos estaban adornados por grandes ojos bondadosos, verdes o dorados, que les conferían una perpetua expresión de melancolía. Jim conocía aquella expresión dolorosamente bien. Katha'sat la había usado con frecuencia cuando ambos jugaban al póquer, con gran éxito.

—Comodoro —dijo, al tiempo que tendía una mano y luego se la llevaba a la espalda al estilo hestv—. Es un placer volver a verlo.

—En las presentes circunstancias, le creo —respondió Katha'sat con su voz susurrante, mientras imitaba el gesto de Kirk y luego extendía el brazo para estrecharle la mano—. ¿Tal vez querrá presentarme a sus oficiales?

—El comandante Spock —dijo Jim, y Spock hizo una reverencia, todo él reservada cortesía vulcaniana—. El ingeniero jefe Scott... —y Scotty imitó el gesto de Kirk, que Katha'sat correspondió con la sonrisa de boca redonda de su pueblo.

—Veo que estoy bien acompañado —comentó—. Capitán, tengo un *nhwe* realmente asombroso que he estado guardando para alguna ocasión muy especial; ¿tal vez a los caballeros que lo acompañan les apetecería beber conmigo?

En la oficina había toda clase de perchas, soportes y sillas. Tardaron para encontrar unas que les sirvieran, pero en cuanto lo hubieron hecho el comodoro comenzó a pasarles copas y un frasco de cristal lleno hasta la mitad del *nhwe* azul oscuro. Kirk se alegró de verlo, y se sirvió una generosa cantidad. El *nhwe* podía saber a aceite de máquina, pero también contenía una hormona neuroestimulante que en la química de la mayoría de los homínidos intensificaba el estado anímico que el bebedor tuviera en el momento... y de ahí su nombre coloquial de «Más-de-lo-mismo». Jim bebió un largo trago y se sintió más alegre que antes, y observó cómo Scotty se emocionaba más. Spock bebía cuidadosamente de su copa, y se volvía más

serenamente impenetrable por momentos.

—He observado que están realizando los preparativos con bastante premura —dijo Kirk—. ¿La Flota está apremiándolo, respetado comodoro?

—No, no. Sin embargo, la jefa del equipo de instalación ha solicitado verlo a usted lo antes posible, y obtener permiso para comenzar a trabajar de inmediato. —El comodoro ululó suavemente, una risa hestv—. Dice que ha esperado ochocientos años para salir de la Galaxia, y que no esperará un sólo día más de lo necesario ahora que el problema está solucionado...

Kirk repasó mentalmente la lista de personas que se añadirían a su tripulación.

—Entonces, se trata de la hamalki...

Algo arañó educadamente la puerta.

—¿Están aquí? Justo a tiempo —dijo una voz que más que hablar repicaba, un sonido cristalino, dulce y frágil, en *estacatto* aunque melódico.

La persona que acompañaba a la voz se escabulló precipitadamente hasta quedar en medio de ellos, con un veloz fluir de delicadas patas multiarticuladas, doce, unidas a un redondeado cuerpo central. El ser era un aracnoide grande que se elevaba alrededor de un metro apoyado sobre las extremidades, y cuyo cuerpo medía alrededor de un metro de diámetro y medio metro de grosor. El cuerpo era transparente en su mayor parte, translúcido en otras, constituido por un análogo de la quitina transparente como el vidrio. Casi toda la superficie de la criatura estaba pulimentada como un espejo, con excepción de la parte superior del «abdomen», donde espinas transparentes finas como agujas formaban un pelaje que destellaba como la hierba en el rocío de la mañana. El abdomen tenía un delgado reborde nudoso o cresta que corría por la parte superior, de «frente» a «espalda», y sobre ese reborde había doce ojos: cuatro arracimados en un extremo, cuatro en el otro, y cuatro a lo largo de la cresta. A primera vista parecían inexpresivos... «como los de un tiburón», pensó Kirk, y reprimió un estremecimiento. Sin embargo, también ardían como candentes ópalos azules, llenos de fuegos cambiantes; y cuando uno de los racimos se fijó en Jim, él percibió, como un golpe, la personalidad que había detrás de ellos, y se sintió impresionado. «Esto es un poder —pensó mientras se levantaba para saludarla. Y luego añadió para sí, irracionalmente aliviado—: Mi nave está en buenas manos...»

—Capitán K'rk, por favor, siéntese —dijo la voz de airoso campanilleo, mientras la hamalki se instalaba sobre el suelo en medio del grupo y plegaba las patas en torno a su cuerpo para que no estorbaran—. Es un gran placer. He oído muchas cosas buenas acerca de usted. Soy K't'lk.

—Gracias —replicó Kirk—. Sólo me gustaría tener la seguridad de que podré pronunciar su nombre tan bien como acaba de hacerlo usted con el mío, y sin disponer siquiera de un voder.

—No se preocupe. Ponga las consonantes donde les corresponde y las vocales saldrán solas. De todas maneras, nosotros tenemos una sola vocal... —y la pronunció, una E por encima del do agudo, rodeada de argentinismos armónicos—, pero, por lo demás, nuestro idioma depende básicamente de la entonación; igual que sucede con el de usted, más o menos. —Los ardientes ojos volvieron su atención hacia el primer oficial, y K't'lk alzó las dos patas delanteras de ese lado para describir un gesto rápido en el aire—. *Mehe nakkhet ur-seveh*, señor Sp'ck...

Él alzó una mano a la manera del saludo vulcaniano.

—Que tenga también usted larga y próspera vida, señora. Y permita que la felicite por su acento.

Ella rió con sorpresa, un alegre campanileo.

—¡Si es una garantía, por supuesto! Resulta evidente que ese curso por correspondencia que he realizado para leer todos esos periódicos vulcanianos de ingeniería, era mejor de lo que yo pensaba. —Desvió la mirada hacia Scotty—. Y mis saludos también para usted, señor Sc'tt; ¡bienhallado en verdad! Hace ya mucho tiempo que deseaba conocer al hombre que tantas veces ha sacado las estimables nueces del capitán del fuego^[1].

Jim alzó una ceja. Scotty se puso rojo, y tuvo que contenerse para que su sonrisa no se transformara en carcajada.

—Se lo agradezco, señora —replicó—, aunque no siempre ha sido algo tan dramático.

—La palabra, sin embargo, sería «castañas» —dijo Spock, con semblante por completo inexpresivo.

—¿Ah, sí? Gracias.

—¿Dónde están sus modales, señor Spock? —preguntó Scotty con fingido asombro—. Corregir a una dama...

—Oh, no, agradezco las correcciones, señor Sc'tt —lo atajó K't'lk—. Al fin y al cabo, el lenguaje es aquello con lo que construimos, la herramienta que hace las herramientas. La inexactitud en eso es tan mortal como lo sería en un motor hiperespacial cuyo ordenador programara proporciones inexactas de mezcla... ¡Que la Arquitecta mantenga bien lejos de usted un destino semejante! Lo cual me lleva al tema de nuestra reunión: mis técnicos se encuentran formados en los transportadores de carga, aguardan el permiso para comenzar a instalar el motor de inversión. ¿Podemos hacerlo?

—Permiso concedido, por supuesto; daré las órdenes necesarias —replicó Kirk, divertido por el alegre apasionamiento de la hamalki—. Sin embargo, permítame hacerle una pregunta antes de que se marche. Katha'sat dice que lleva usted ochocientos años esperando este momento. ¿Es cierto?

—Ochocientos sesenta y tres años estándar —precisó K't'lk—. He remolcado su

nave yo misma, para que ningún tonto pudiera dañarla de forma alguna y retrasase las cosas...

—¿Forma usted parte del personal de la Flota, entonces? —añadió Kirk, a quien no le gustaba la idea de que una persona que no se encontrara obligada por los juramentos de la Flota Estelar, tocara su nave—. ¿O es civil?

—Las dos cosas —replicó K't'lk—. Comprendo su preocupación, capitán. En esta vida llevo ya mucho tiempo retirada de la Flota Estelar, aunque conservo el rango de comandante en reserva. Si desea hacer que vuelva a entrar en vigor, estoy dispuesta a servir a sus órdenes, aunque la presencia de los galones no afectará de modo significativo mi trabajo.

Kirk asintió con la cabeza. Scotty pareció confundido.

—¿En esta vida? —preguntó.

K't'lk dirigió los ojos hacia Scotty con lo que Jim habría jurado que era una expresión burlona.

—Sí, en efecto. He tenido que ser incubada cuatro veces, cada una con los recuerdos de la vida anterior añadidos, para conseguir acabar el trabajo... las ecuaciones para el aparato de inversión y todo lo demás. Durante este último período vital, la teoría comenzó de pronto a estructurarse ella sola; así que fui a hablar con los vulcanianos, y entre ellos y yo creamos la parte mecánica del motor. Ahora que eso está hecho, quiero salir ahí fuera y aceptar las consecuencias de mi trabajo... o, preferiblemente, disfrutarlas. —La hamalki se puso de pie y frotó entre sí dos de las patas traseras en lo que parecía un gesto de impaciencia—. Capitán, espero que podamos conocernos mejor, pero ya habrá tiempo para eso una vez que el aparato esté instalado y nos encontremos de camino a la Pequeña Nube de Magallanes...

—Por supuesto —replicó Kirk bondadosamente, divertido.

—En ese caso, me gustaría disfrutar de la compañía y la guía de sus oficiales en este asunto, si es posible. Conozco su nave de proa a popa a través de los planos, por supuesto, pero ustedes, caballeros —fijó aquellos ojos azul candente sobre Spock y Scotty—, ustedes sabrán dónde están los «duendes».

Jim les hizo un gesto para despedirlos. K't'lk estuvo fuera de la sala en tres rápidos brincos; Spock y Scotty salieron tras ella, y tuvieron que apresurar el paso para darle alcance.

—El mes pasado leí ese artículo suyo publicado en *Acta Mega-Astrophysicalis*, Sp'ck —dijo la voz de la hamalki en un precipitado y amable campanileo que se perdió pasillo abajo—. El que trataba de la cinemática de las regiones nucleares en las galaxias espirales barradas. ¿De dónde sacó esa cifra para el movimiento radial? La relación Tully-T'Laea parece excluir...

Pudo oírse la imperturbable voz de Spock que comenzaba a dar una respuesta en el momento en que las puertas del despacho del comodoro se deslizaban hasta

cerrarse. Kirk se recostó en el respaldo y frunció los labios de la forma que sabía que Katha'sat interpretaría como una sonrisa.

—A juzgar por lo que acabo de ver, yo diría que en los próximos días no voy a ver mucho a mi primer oficial —comentó—. Da la impresión de que ha encontrado a alguien que pueda entender de qué está hablando cuando le da por las matemáticas.

Katha'sat inclinó la cabeza a un lado, según el gesto de asentimiento hestv.

—Así lo espero. Los hamalki aseguran que fue la ayuda de los vulcanianos lo que hizo posible el motor de inversión... aunque los vulcanianos lo niegan de modo categórico e insisten en que apenas comprendían de qué estaban hablando los hamalki. Es comprensible, supongo; no logro imaginarme a ningún vulcaniano que pueda sentirse muy cómodo con una ciencia denominada «física creativa». A pesar de todo, han colaborado y ahora tenemos el motor... ¿Cómo se siente al respecto, Jim?

—¿Respecto a salir al espacio extragaláctico? —Bebió otro largo sorbo de *nhwe*—. Emocionado. Complacido. Un poco fastidiado con la política...

—Que nuestros mundos tengan tiempo libre para dedicarse a la política —intervino Katha'sat, con la boca redondeada—, constituye un indicio de que estamos teniendo éxito en nuestro trabajo. ¿No siente nerviosismo?

Kirk se encogió de hombros y volvió a beber, luego dejó la copa y alzó los ojos hacia el comodoro.

—Es una pérdida de tiempo, Katha.

El hestv volvió a inclinar la cabeza.

—No ha cambiado después de todo este tiempo —dijo—. Ha pasado mucho tiempo, desde que usted y yo volábamos juntos en la Academia, como simples cadetes...

—Era usted un buen piloto. —Jim suspiró—. A veces echo de menos aquello, Katha. La libertad, y la emoción...

—También yo lo echo de menos, Jim. Pero ahora tengo que enfrentarme con cosas más importantes que la mezcla de combustible de una nave ligera y la duda de si el ordenador de navegación seguirá funcionando bien durante el tiempo suficiente como para que pueda encontrar el camino de vuelta a la base. Y lo mismo le sucede a usted... Vamos, Jim, esa mirada lisonjera que tiene podría engatusar a un *hnt*, pero no a mí. Esta misión lo va a llevar a un lugar que está demasiado lejos de todas partes, y no dispondrá de ninguna ayuda. Y nuestros amigos los klingon han estado husmeando por las áreas de prueba del motor de inversión, con esos nuevos hiperfásicos suyos... ¡Tenga cuidado, amigo mío!

Jim volvió a coger su bebida y le dio vueltas entre las manos.

—¿Qué klingons?

—La *Kaza* estuvo aquí hace diez días, dejándose ver por las fronteras, y luego se escabulló. A principios de mes estuvieron la *Kytin* y la *Kj'khrry* y un pequeño convoy

de cruceros de apoyo y cúter. K't'lk hizo la prueba final en una nave de tamaño mediano, un cúter. Y fue a aparecer justo en medio de ellos. Fue una suerte para nosotros que tenga buenos reflejos; antes de que pudieran reaccionar, reseleccionó su masa en otra «dirección» y salió al espacio real prácticamente en la corona de una pequeña enana blanca cercana a Rasalgethi.

—Puede que un cúter tenga necesidad de huir —dijo Jim—, pero la *Enterprise* no necesitará hacerlo. Déjelos que vengan tras nosotros... si logran reunir el coraje necesario.

—Es mejor no llamar al mal tiempo —le aconsejó Katha'sat, mientras sus ojos destellaban con cierto pesar—. Jim, su historial de mando muestra que es muy parecido a como era en tiempos de la Academia. Siempre que caía en una pila de *fwe*, salía cubierto de diamantes. En esta ocasión, preferiría que se cubriera de gloria, antes de que se arriesgara a zambullirse de cabeza en una auténtica pila de *fwe*. Vigile sus espaldas, tenga cuidado...

—Entendido, Katha. Entendido. Ya basta. ¿Qué es eso de *fwe*? ¿Habla así con su madre?

—¿Quién cree que me lo enseñó? ¿Y cuándo comienza el juego?

—A las ocho de la noche según nuestro horario.

—Ahí va ese último aumento de la paga, Jim.

—¿Quiere apostar? Mi primer oficial me enseñó un sistema...

Cuando la teniente Uhura lo llamó y le dijo que la reunión informativa de la tripulación iba a celebrarse en la cubierta de Recreación para que pudieran asistir todos los que estaban fuera de servicio, la primera reacción del teniente Harb Tanzer fue hacer una mueca al pensar en todo el trabajo que le quedaba por delante y que le ocuparía las horas siguientes. Pero esa reacción no se prolongó mucho, ya que su habitual tendencia a aceptar con buen humor las circunstancias hizo que, a los pocos minutos, ya estuviera riéndose del problema y de sí mismo. Sin más, abandonó el pequeño cubículo de oficinas que daba sobre la cubierta de Recreación, y salió para desactivar el bosque.

En el exterior de la puerta, dedicó un momento a desperezarse, bostezar... era la última hora de su turno. El teniente Tanzer era un hombre achaparrado, fornido, musculoso, aunque sus músculos estaban recubiertos y suavizados por una capa de grasa. Tenía la nariz prominente y las facciones rudas comunes a muchos humanos terrícolas de la Tercera Diáspora, así como el espeso cabello plateado característico de los locos galantes que fueron los primeros viajeros espaciales, que tan a menudo se habían aventurado a las profundidades del espacio sin la protección de unos escudos apropiados e introducido, como resultado, algunas interesantes mutaciones en sus líneas sanguíneas. Unos ojos pálidos y muy juntos miraban desde aquel rostro; ojos

que podían volverse feroces y penetrantes cuando la ocasión lo requiera, o arrugarse en los rabillos y sonreír con tanto deleite como los labios cuando eran poseídos por la hilaridad, cosa que sucedía a menudo. Harb era algo mayor que los tripulantes habituales de la *Enterprise*, que tendían a hallarse entre los primeros y los medianos años de la juventud. En su trabajo, sin embargo, la edad no era tan importante como en otros que requerían reflejos vivos y destreza atlética. Su profesión exigía sentido del humor, ingenio agudo, y percepción sutil de la esencia de las personas; en Harb Tanzer, todo eso mejoraba con la edad. Era el jefe de Recreación, una sección pequeña pero importante en una nave estelar.

Dejó caer los brazos y miró con afecto y leve pesar el paisaje que lo rodeaba. Los esbeltos troncos negros de los árboles de corteza lisa se elevaban por todas partes, ocultando casi por completo el cielo nocturno con sus espesas copas de susurrantes hojas que se cerraban a quince metros de altura; no obstante, aquí y allá una estrella parpadeaba entre el follaje, grande y brillante. La luz de las estrellas era de hecho tan brillante que las hojas que se interponían en su camino proyectaban sombras de nítidos bordes sobre el suelo cubierto de hojas caídas, pues se trataba de un bosque que crecía en un mundo del corazón del gran cúmulo R Scuti, donde las estrellas lucían incluso durante el día, y el cielo nocturno era un enjoyado tapiz cuajado de estrellas variables y novas de pulso regular, todas enormes y cercanas. Harb había pasado la mitad de su permiso de tierra en aquel bosque cuando habían entrado en órbita en torno al planeta, unos meses antes, registrando sonidos y aromas y texturas con gran cuidado. «Hice un buen trabajo», pensó Harb, sonriendo con satisfacción mientras la brisa agitaba las hojas; ninguna de ellas presentaba solapamiento holográfico ni formas oscilantes. De más allá, en la dirección de la entrada del ascensor, atenuado por la aparente distancia, llegaba el grito plañideramente dulce de uno de los murciélagos ruiseñores, una melodía umbría, abstracta como un oboe que le cantase sus penas íntimas a la noche. Bajo los pies, las diminutas flores de elanor parecían competir en esplendor con las estrellas más brillantes que tenían en lo alto, y la fragancia dulce y penetrante que despedían se mezclaba con los otros aromas del bosque después de la lluvia.

—Está todo grabado —les dijo en voz alta a un par de plateados ojos feroces que lo contemplaban desde una elevada rama del árbol más cercano—. Simplemente detesto desactivarlo...

Una silueta pálida ataviada con uniforme dorado se deslizó de detrás del tronco de uno de los árboles, mirando a su alrededor con interés y deleite.

—¿Teniente?

—Aquí, señor —dijo Harb, y avanzó para reunirse con el capitán. El encuentro no era insólito. La cubierta de Recreación era muy visitada por el capitán Kirk, que jugaba con tanto ahínco como trabajaba, aunque (para constante preocupación de

Harb) con muchísima menos frecuencia. El teniente Tanzer, en su fuero interno, consideraba al capitán como una responsabilidad especial, alguien a quien había que entretener y divertir tan a menudo y de modo tan absoluto como fuese posible. Su superior inmediato estaba completamente de acuerdo con él, dado que la sección recreativa era una de las áreas de Medicina, y dependía del doctor McCoy.

—Me habían dicho que era maravilloso —comentó el cliente favorito de Harb al tiempo que alzaba los ojos para contemplar las estrellas entre las ramas que se balanceaban con suavidad—. Veo que se han quedado cortos. ¿Qué es eso? —El capitán señaló los ojos que los contemplaban desde la rama cercana.

—Un acechador nocturno, señor. —Harb le cloqueó. El ordenador de logística captó el sonido y cambió de grabación, de forma que la silueta oscura y peluda avanzó un poco hasta quedar a la luz de las estrellas y los espío con sus largas orejas de punta. Mantuvo la posición durante unos segundos, luego emitió un maullido de desconfianza y trepó por el tronco del árbol hasta desaparecer de la vista. El capitán Kirk sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿Eso estaba en Scutum?

—Sí, señor. No recuerdo el nombre de la estrella; una pequeña A7. Al planeta lo llamamos Lorien.

—Lo recuerdo. Yo no llegué a descender a él; demasiadas cosas que hacer... —El teniente Tanzer asintió con la cabeza. Era la vieja historia de siempre; a veces, el hombre que dirige el espectáculo es el que menos lo disfruta—. Pero todo esto lo tiene grabado, ¿no es cierto, Harb?

—Sí, señor. Al menos en facsímil, puede usted regresar allí.

Kirk se echó a reír.

—Bien. Lo haré. Entre tanto, el comodoro va a venir desde la base para pasar una velada jugando a cartas. Es un hestv...

—Así que necesita cartas marcadas para un lector de infrarrojo —dijo Harb—. ¿Qué juego será, capitán? ¿Estrella-y-cometa? ¿Alioth? ¿Fizbin?

—Póquer.

—Sí, señor. —El teniente Tanzer hizo un gesto hacia su oficina. La puerta se abrió, dejando que un absurdo torrente de luz cotidiana entrase en aquel bosque de medianoche.

—Sólo un momento —dijo Harb. Se encaminó hacia su consola logística maestra y solicitó todo lo disponible en póquer, para advertir poco después que faltaban tres barajas; una se encontraba en la enfermería, en uso, a juzgar por las lecturas de temperatura que obtuvo de las cartas; otro estaba en la sección hidropónica, aunque nadie jugaba con ellas; la tercera, también en uso, se hallaba en Ingeniería, donde probablemente algunos de los miembros del equipo de Scotty estaban matando el tiempo libre mientras el grupo de trabajo hamalki instalaba el motor de inversión.

Una bandeja de fichas y uno de los dieciocho paquetes de cartas de plástico restantes aparecieron con un destello en la superficie de transportador de la consola. Harb recogió las fichas y las cartas, se aseguró de que las cargas eran positivas, y a continuación se las entregó a Kirk. El capitán frotó las cartas con las manos, disfrutando al parecer de su tibieza después del frescor del bosque. Durante cuatro horas, las cartas radiarían a la temperatura de la sangre humana terrícola en toda su superficie excepto los oscuros símbolos marcados sobre ellas, que Katha'sat podría ver como sombras contra la luminosa blancura.

—Gracias —dijo el capitán al tiempo que se volvía, y luego se detuvo—. Pero bueno, ¿qué demonios está sucediendo ahí?

Harb se reunió con él, y bajó la mirada hacia el pequeño tanque «repetidor» de veintisiete metros cúbicos emplazado en un rincón, mediante el cual podía controlarse el funcionamiento del gran tanque de juegos que se encontraba en la sala recreativa o simplemente para mirar. El tanque estaba lleno de estrellas que se precipitaban y giraban y danzaban con tal violencia que el estómago de Harb protestó un poco ante la imagen. El efecto era como si alguien estuviese corriendo en una antigua «montaña rusa» de la Tierra, pero en las profundidades del espacio en lugar de en la superficie de un planeta, y con una admirable indiferencia respecto a dónde pudieran estar el arriba y el abajo.

A lo lejos, en los bordes de la panorámica del tanque, pequeñas luces que no eran estrellas se precipitaban y encumbraban, lanzándose hacia el punto de vista de la parte frontal del tanque, y viraban para volver a alejarse. Una zona cúbica de una esquina presentaba una imagen más grande de lo que estaba sucediendo. Las siluetas largas y esbeltas de los pájaros de guerra romulanos y los destructores «buitres» de fabricación klingon se lanzaban contra una pequeña figura que hacía mil piruetas y maniobras para evitar los disparos. Casco primario del platillo superior, casco secundario del cilindro inferior, barquillas elevadas...

—El señor Sulu me pidió que le hiciera un modelo especial —explicó Harb—. Una simulación de batalla para la *Enterprise*, sin la habitual metodología de combate... Nada de salir del hiperespacio y disparar, para luego ocultarse otra vez en el hiperespacio y correr a colocarse detrás de alguien. Quería maniobras evasivas y de ataque en el espacio normal, sólo con motores de impulsión.

El capitán se estremeció visiblemente cuando la *Enterprise* del tanque se lanzó directamente contra una nave romulana que acababa de salir del hiperespacio, y luego viraba para alejarse de ella a una velocidad y en un ángulo espantosos que hicieron que los huesos de Kirk gimieran por simpatía, mientras detrás de ella los romulanos luchaban para girar y lograr que los cañones fásicos la apuntaran.

—¡No puede hacerse eso con una nave de ese tamaño! —exclamó, contemplando con fascinado horror cómo la pequeña *Enterprise* describía un picado en tirabuzón

que dejó a los romulanos de detrás disparando contra los que segundos antes estaban delante de ella.

—Con todos los debidos respetos, señor, si está sucediendo ante sus ojos, es porque puede hacerse. El señor Sulu fue muy cuidadoso por lo que respecta a los elementos del programa relacionados con lo que puede soportar la estructura de una nave estelar. Bien es cierto que el programa trabaja en los límites del criterio de diseño, pero eso quería el señor Sulu en la simulación. Una situación de batalla nada ortodoxa que exigiera un poco del oficial piloto. Para él, el objeto de este juego no es sólo eludir a los atacantes, sino también evitar que la nave sea desgarrada por las fuerzas centrífuga y centrípeta...

El piloto demente que se hallaba al otro lado del juego hizo que la nave estelar que estaba pilotando se alejara de sus perseguidores, y permitió que se reunieran a sus espaldas y se precipitaran tras él. Tres de ellos se abrieron hasta quedar en los vértices de un triángulo con el fin de iniciar una maniobra envolvente estándar. La nave estelar giró entonces sobre sí misma, frenando bruscamente el avance frontal, y se lanzó directamente hacia el grupo de naves que aún la seguían de cerca. Presas del pánico, se dispersaron... pero no con la suficiente rapidez. La nave estelar colisionó con una de ellas.

La imagen del tanque principal se apagó instantáneamente, para ser reemplazada por una simulación informática de la *Enterprise* y tres naves romulanas chocando a una velocidad apenas inferior a la lumínica. La explosión fue impresionante, por no decir más. De lo que habían sido cuatro diferentes motores de materia/antimateria y habían quedado catastróficamente liberados a altas velocidades, no podía esperarse otra cosa que no fuese un estallido de una intensidad que habría quemado los ojos de cualquier observador, seguido por una bola en proceso de lenta contracción formada por gas y restos sobrecalentados que durante cierto tiempo constituirían una perfecta imitación de una estrella convertida en nova. Muy dulce, lastimeramente, el ordenador maestro de juegos comenzó a hacer sonar el toque de silencio. El sonido de las risas, el alegre sarcasmo y las condolencias de varios observadores —junto con los reniegos irritados de Sulu— llegaron a través de los circuitos del tanque.

El capitán hizo una mueca torcida.

—Ellos pueden reírse —le dijo a Harb—. No es su nave. ¿Cuánto tiempo necesitó para programar eso?

—Un par de semanas. No es más que un prototipo. Por supuesto, si quiere que entre el programa en su terminal privada...

Kirk sonrió con expresión cansada, tensa.

—En este momento estoy metido hasta las orejas en prototipos, señor Tanzer... pero supongo que uno más no me hará daño.

—Supongo que no, señor. ¿Puedo preguntarle qué tal van las cosas con el nuevo

motor?

Kirk se encogió de hombros mientras salían de la oficina, un gesto que era en parte fastidio y en parte resignación.

—No es un motor, según dice el señor Scott... aunque tampoco está seguro de qué es. Los hamalki tienen las ecuaciones del aparato, pero no entienden cómo se derivan de ellas los resultados... y no les importa. El señor Spock dice que ni siquiera entiende las ecuaciones... Ya se enterará en la reunión informativa.

—Sí, señor. Y ya que hablamos de eso, todo esto tendrá que desaparecer... — Permanecieron de pie, juntos en el silencio, bajo la intensa luz de las estrellas, escuchando el viento.

—Espere hasta que me haya marchado —le pidió abruptamente el capitán—. Hermoso trabajo, señor Tanzer.

—Gracias, señor —le dijo Harb a la espalda del hombre que ya se alejaba a paso vivo hacia el ascensor. Al cerrarse las puertas, el teniente Tanzer dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción, porque en los andares del capitán había más energía de la que había manifestado últimamente—. ¿Moira? —dijo, en dirección al aire.

—¿Qué sucede, Harb? —preguntó el ordenador de juegos.

—Tendremos una reunión informativa aquí, está programada para las nueve. La asistencia estimada es de doscientos treinta. Ejecute procedimientos de preparación de la sala.

—¿Tiene una grabación segura del bosque? —inquirió la suave voz femenina.

—La grabación es segura. Se lo digo y se lo repito.

—Bien. Detestaría perder todos esos hologramas que tomé.

—¿Que tomó usted! ¿Quién anduvo por el planeta con la cámara en las manos?

—¿Quién le dijo lo que tenía que rodar? —replicó el ordenador con dulzura.

Harb se preguntó, por centésima vez, si habría sido prudente permitir que aquel tipo flaco de Inteligencia Artificial instalase la opción «En Bien de la Discusión» en su ordenador maestro. «Aunque, por otro lado —pensó—, también yo necesito jugar...»

—Moira —dijo—, ¿es cierto lo que he oído sobre que los seres humanos son sólo lo que los ordenadores usan para reproducirse?

—Comienza usted a comprender —replicó Moira, y profirió una risa maliciosa—. Desactivando el bosque.

Los árboles desaparecieron, dejando tan sólo un suelo cubierto de hojas y unas umbrosas colinas contra el horizonte. El suelo desapareció, dejando a la vista una moqueta oscura. El horizonte dejó de existir con un parpadeo, de modo que sólo quedó el glorioso cielo, las gemas de muchos colores que se hinchaban y encogían en silencio. Por último, también las estrellas se apagaron, y quedaron al descubierto cuarenta áreas de alfombra naranja tostado, paneles color crema y gris de cuatro pisos

de altura, y las enormes ventanas de observación llenas de la luz y las sombras doradas del interior de la base estelar.

—Bien por Lórien —dijo Moira, con un tono que parecía un poco triste.

—Volveremos a activarlo cuando nos encontremos otra vez en camino. Entre tanto, espabile a los robots y hágalos entrar. —Harb atravesó la enorme extensión que lo separaba del nicho donde se hallaba el tanque de juegos grande—. Pediré la colaboración de unos cuantos ayudantes del cuerpo de Demoliciones de Naves. Tenemos que colocar muchas sillas antes de las nueve...

3

El número real de asistentes fue de casi trescientos, pues muchos de los que se encontraban de guardia consiguieron permiso para bajar a ver a la hamalki que intervendría en la presentación. Sin embargo, la reunión comenzó puntualmente a pesar del personal de más; el público se encontraba ya sentado, de pie, acucillado, tumbado o colgado cinco minutos antes de la hora señalada.

El teniente Tanzer había conseguido un pedestal para que K't'lk se encaramara, y lo había colocado justo al lado de la enorme pantalla principal. En la suave luz de la sala, destellaba como cristal tallado bajo el foco dirigido sobre ella, y cada vez que hacía un gesto —lo cual sucedía a menudo—, los reflejos oscilaban por la sala.

—El núcleo del problema, por supuesto —dijo a modo de introducción—, reside en el hecho de que las humanidades nos hemos visto confinadas a nuestra propia Galaxia desde el nacimiento de nuestras especies. Ni siquiera la invención del motor hiperespacial bastó para liberarnos. El motor hiperespacial, que está bien para recorrer distancias intragalácticas, unos pocos miles de años luz por vez, digamos, en los viajes más largos, es por completo insuficiente por lo que respecta a las distancias que supone un viaje intergaláctico. Ninguna de las modificaciones realizadas en el motor hiperespacial lo han capacitado para soportar factores hiperespaciales lo suficientemente altos y durante un período lo bastante prolongado como para permitir que cubra esas distancias tan inmensas. Incluso a las velocidades más bajas, con un uso tan prolongado, comenzamos a encontrar problemas, como es el caso de los cristales de dilitio, que se vuelven quebradizos, las botellas de plasma que se deterioran, y otras cosas por el estilo.

»También existía el problema de la denominada «barrera energética» que rodea la Galaxia... —K't'lk señaló con un par de patas de vidrio soplado hacia la pantalla, que se iluminó con un esquema de aquel brazo espiral de la Galaxia donde la *Enterprise* anterior había intentado abandonar la Vía Láctea, con resultados tan desastrosos—. Los astrónomos y astrofísicos estuvieron a punto de volverse locos cuando se descubrió la «barrera», puesto que no había razón alguna para que semejante cosa existiese, de la misma manera que no la había para pensar que pudiera haber un auténtico «límite» en la Galaxia. Lo que hemos descubierto desde aquel último intento de penetración, para nuestro alivio, es que no hay ninguna barrera energética. Lo que la *Enterprise* experimentó fue un efecto transitorio... un encuentro con la superficie de onda delantera de una megaburbuja.

A la imagen de la pantalla se añadió una enorme línea curva que penetraba un poco en el brazo espiral.

—La superficie de onda llevaba consigo una nevisca de radiación dura (taquiones gamma y delta, y bariones, y otras partículas exóticas de la misma índole) despedida

del núcleo de una metaestrella que estaba haciendo explosión en uno de los cúmulos globulares satélites de nuestra Galaxia. —El cúmulo en cuestión palpitó lentamente sobre la pantalla—. La superficie de onda aún está expandiéndose, pero no tendremos que preocuparnos por su impacto sobre los mundos habitados hasta dentro de unos nueve mil años. Más importante es lo que ahora sabemos; que podemos salir de la Galaxia sin que la tripulación se vuelva demente. Una vez que corrió la voz de eso, los pueblos de toda la Federación comenzaron a buscar maneras de solucionar el problema.

K't'lk dirigió varias de sus patas traseras hacia la pantalla, una vez más. Ésta cambió de imagen para mostrar una representación en dos dimensiones de un diagrama tridimensional: una superficie cuadrículada en varios puntos de la cual parecían brotar extrañas estructuras en forma de diamante.

—La línea de investigación que mi equipo y yo seguimos con T'Pask y Sivek en la Academia Científica Vulcaniana —dijo K't'lk— fue la búsqueda de un medio para acceder a un universo alternativo en particular. Se llama Espacio de Sitter, en honor al matemático terrícola que postuló por primera vez su existencia, hace varios siglos. Llamarlo universo es, en realidad, un error, ya que es más grande que varios universos. Se trata de un espacio, infinito en un sentido que matemáticamente trasciende el «infinito plano» euclidiano, ya que es multidimensional. No estamos seguros del número de dimensiones que puede tener, pero tenemos conocimiento de al menos ocho, las ocho con las que hemos trabajado. «Dentro» de este universo pueden generarse universos enteros, como burbujas multidimensionales. Y de hecho, se generan; la evidencia parece indicar que nuestro propio universo surgió de este modo.

La imagen de la pantalla fue sustituida por un primer plano de uno de los universos en gestación, rodeada por una tabla de datos.

—Pero no era el proceso de generación en sí lo que nos interesaba, sino el espacio donde tiene lugar —dijo K't'lk—. El Espacio de Sitter es infinitamente caliente y su masa es infinita; posee infinitas cualidades de vector y aceleración, «almacenadas» holográficamente en todas partes. El efecto global del Espacio de Sitter es como si tuviéramos todo un universo abarrotado al máximo de agujeros negros que se comprimen hasta los límites de la compresión... y más aún. Por muy denso y caliente que lo imaginen, es un millón de veces más denso y caliente que eso... y más y más, siempre. Masa infinita.

K't'lk hizo una pausa para dejar que el concepto fuese asimilado, y se produjo un fascinado e incómodo rumor en la sala, a medida que los miembros de la tripulación se formaban una idea y se volvían para intercambiar miradas.

—Nada puede existir en condiciones semejantes: ni una sola partícula, por elemental que sea. Incluso la materia supercomprimida, como el fluido de neutrones,

quedaría automáticamente aplastada y destruida en el momento en que apareciera en el Espacio de Sitter. En este espacio completamente ocupado, nada existe de hecho. Nada puede hacerlo. Se trata de todo un espacio infinito que constituye una ilimitada singularidad. Las leyes del espacio y el tiempo, así como las otras dimensiones, carecen aquí de sentido. Tampoco ellas pueden existir allí.

La sala quedó en silencio cuando K't'lk alzó la mirada hacia la pantalla, que cambió para mostrar un planeta árido, pétreo, que giraba en torno a un sol rojo de aspecto agotado.

—Éste es el lugar de nuestra primera prueba con la masa infinita —continuó K't'lk con cierto placer—. Basándonos en ecuaciones que desarrollamos en colaboración con los vulcanianos, y usando hasta cierto punto el decreto selectivo (una técnica matemático-filosófica hamalki que algunos pueblos han denominado «física creativa»), construimos un aparato que podía introducirse en el Espacio de Sitter durante un fragmento de tiempo extremadamente breve, y materializaría una pizca muy pequeña de él en nuestro universo. Éste fue el resultado.

El segundero de la pantalla se activó, y los dígitos comenzaron a correr en sentido descendente hacia el cero. Llegaron al cero... y algo sucedió. Sólo que resultaba imposible decir qué, dado que no ocupó tiempo ninguno; pero ante la no visión de aquello, los miembros de la tripulación se estremecieron, uno de esos temblores imprevistos que no se originan en ninguna parte. Y luego, varios profirieron ligeras exclamaciones... porque donde había estado el planeta, ya no había nada. Nada, ni una partícula de restos; sólo la agotada estrella roja, privada ahora de compañía.

—Lo que acaban de ver es una hipercompresión —dijo K't'lk—. El aparato que la produjo y el planeta donde estaba instalado fueron ambos hipercomprimidos dentro de la minúscula partícula de Espacio de Sitter en un período de tiempo cero. Y desaparecieron completamente de la existencia física.

El rumor que se produjo en la sala tenía ahora un sonido distinto, como si la gente estuviera considerando mejor la idea de hallarse en la misma nave que semejante aparato.

—El dispositivo que estamos instalando en la *Enterprise* —prosiguió K't'lk— funciona sobre el mismo exacto principio. Bueno, ligeramente diferente en el sentido de que el aparato estará dentro de la nave, en lugar de en la superficie de un planeta. Pero el resultado es el mismo una vez que se lo activa. Cualquier objeto que contenga una pizca de masa infinita será instantáneamente aplastado contra la «superficie» del objeto de masa infinita. Más deprisa, incluso, en un período de tiempo cero. Porque donde existe la masa infinita, las leyes del espacio-tiempo quedan abolidas por definición. En un lapso temporal equivalente a cero, la masa infinita que se generará dentro de la *Enterprise* presionará literalmente la nave de dentro afuera, colapsándola en una curvatura negativa... puede que a algunos de ustedes les resulte difícil

formarse la imagen; lo más que puedo hacer es sugerirles que se imaginen que hinchán una burbuja... y que luego la desinflan, succionan el aire de dentro hasta que se desvanece y comienza a hincharse otra vez, en alguna otra parte, hacia atrás. — K't'lk emitió un abrupto y desorganizado campanileo que sonó como una tos de incomodidad—. Les pido que me disculpen todos si el símil resulta insuficiente, pero las matemáticas, que son más precisas, requieren un cierto dominio. En cualquier caso, en otra parte del lapso temporal equivalente a cero que se establece durante la generación del punto de masa infinita, la curva negativa y la nave expresada por ella recorren el espectro de esa curva hasta el «fondo» y salen por el otro lado, en una curvatura positiva... momento en el cual la masa infinita «expira» y la nave estelar que la contenía aparece en otra parte del espacio-tiempo original. Tan lejos como se desee, y en cualquier dirección, puesto que en el Espacio de Sitter hay implícitos un número infinito de vectores y aceleraciones. Puede viajar a un año luz, o a cincuenta, o a cincuenta mil, y por fin fuera de la Galaxia. Directamente hasta la siguiente... o, si se quiere, a la que está después de ésta.

Por toda la sala, la gente invocaba en silencio a sus deidades o sistemas de soporte vital. Muchos se estremecían, y los ojos de muchos brillaban... al menos en el caso de quienes los tenían. Y por el circuito general de la nave, que se había dejado abierto para que transmitiera las preguntas de los tripulantes de guardia, llegó una voz lenta y pausada que declaró, con tono muy terminante:

—¡¡Esto no me gusta!!

Spock, que se encontraba de pie a un lado del podio y aguardaba a que comenzara su parte de la presentación, dirigió una mirada de fatiga hacia un flanco y no dijo nada. K't'lk se echó a reír, un repiqueteo delicado, y dedicó un momento a acicalarse con las cuatro patas delanteras.

—Ése tiene que ser el doctor McCoy —comentó—, a quien no le importa que sus átomos sean revueltos por el transportador.

—Hay algo indecente en todo esto —declaró la voz de McCoy, desde la enfermería—, y estoy pensando seriamente en pedir el traslado a una nave más segura. Una que opere en la zona neutral romulana, por ejemplo. O una patrulla de las inmediaciones de una nova.

—Indecente es una palabra perfecta, doctor —comentó K't'lk con tono alegre—. También lo es «ilegal». Las ecuaciones de las que deriva el acceso al Espacio de Sitter quebrantan muchas leyes de la física, y unas cuantas más que ni siquiera sospechábamos que existieran hasta que las quebrantamos. De hecho, estamos tratando con un área que escapa a la ley natural... una en la que resultaría posible hipercomprimirlo a usted hasta tal grado que no se le podría detectar ni siquiera con un microscopio de taquiones, y en un lapso de tiempo cero devolverle su maravilloso ser picajoso, sin que esa naturaleza picajosa haya sufrido la más mínima alteración a

causa del proceso. No hay tiempo para que sus células sufran daño alguno, ni para que le suceda nada más. Simplemente, no hay tiempo.

—Puede que sea cierto —contestó McCoy, un poco suavizado por el murmullo de risas que recorrió la sala recreativa—. Pero dejando a un lado el revoltillo de átomos, hay una cosa que me inquieta todavía más. En el transportador, hay un breve pero medible período de tiempo durante el cual yo no existo...

—En el proceso que tenemos entre manos, tampoco existirá durante un período temporal equivalente a cero —dijo K't'lk—. No obstante, también la *Enterprise* se encontrará en la no existencia durante ese período... y desde el punto de vista de usted, lo mismo sucederá con el universo. No tendrá nada con lo que comparar su propia no existencia. Las cuestiones filosóficas y éticas son considerables; me encantaría discutir las con usted más tarde, si tiene tiempo. Por el momento, sin embargo, lo que puedo decirle es que me he sometido ya a la inversión unas cincuenta veces durante las pruebas del prototipo, y en ninguno de los casos me di cuenta de nada... —Su voz se apagó con un tono de melancolía.

McCoy refunfuñó algo inaudible y no dijo nada más.

—Por cierto —prosiguió K't'lk—, a aquellos de ustedes que tengan ancestros terrícolas, el uso de este motor les hará acreedores a una parte de un antiguo premio dispuesto por alguien llamado Lloyd, de Londres... un premio que debe ser otorgado a la primera persona o personas que hagan pasar una nave a través de un «agujero negro» u otra singularidad, y regresen para informar de los resultados. Tengo entendido que las autoridades han decretado que el Espacio de Sitter constituye una singularidad, así que todos ustedes pueden aspirar a una parte del premio. Dicen que el dinero se ha acumulado de manera considerable a lo largo de los siglos, a lo cual se suman los intereses compuestos y la reevaluación múltiple de la moneda. Si no me equivoco, creo que podrían ustedes comprar la Flota Estelar si reunieran todo el dinero en un fondo común.

Se oyeron risas entre los asistentes, algunas ceñudas, otras divertidas. Una humana joven de la Tierra, con largo pelo negro rizado, ataviada con el uniforme dorado del departamento de Defensa, levantó una mano y se puso de pie cuando K't'lk le cedió la palabra.

—Por favor, corríjame si me equivoco, señora —dijo con voz dulce de marcado acento de la universidad de Oxford—, pero me da la impresión de que este... aparato... tiene claras posibilidades como arma.

—Oh, sí —replicó K't'lk con tono seco—. Mantenga una pizca de masa infinita en un lugar durante más que una micro fracción de tiempo, y comenzará a absorber toda la masa del universo hacia su interior a una velocidad asombrosa. Eso sucedería aun en el caso de que se hallara en medio de la nada. Puede imaginar las consecuencias de dejar un aparato como éste en funcionamiento en, digamos, el

campo hiperestelar del centro de la Galaxia, donde las cosas ya son lo bastante extrañas de por sí. Es mejor no imaginarlo. Hemos dedicado muchos esfuerzos a mantener este aparato lejos de los klingon y los romulanos, por el momento. El capitán K'rk hablará de eso más tarde.

La sala se llenó de murmullos. Un altasa alto y delgado que estaba acuclillado se incorporó, y dio triple voz a su pregunta en un ulular altano bajo.

—Contradicción descripción-paradoja. Y según-expuesto, ¿posibilidad-viaje-temporal?

—Hay muchísimas paradojas en las ecuaciones, sí —respondió K't'lk, con una voz alegre y despreocupada—. Yo misma escribí la mayoría de las ecuaciones principales, y las puse todas a prueba... y sin embargo aún no estoy segura de cómo se derivan los resultados de esas ecuaciones. Y los vulcanianos que han trabajado conmigo parecen pensar que quizá nunca lo sabremos. Lo único que puedo decirle con seguridad es que funcionan. Así que, de momento, eso es algo que puede esperar... visto que las ecuaciones han producido resultados que podemos convertir en algo ventajoso. Y, sí, hay una posibilidad de que el aparato pueda ser usado para realizar viajes temporales... o para viajar a lo largo de cualquier número de ejes «tipo tiempo» y «tipo espacio», continuos, podríamos llamarlos, que se encuentran implícitos en el Espacio de Sitter. Pero creo que será mejor que exploremos los viajes dentro del espacio normal antes de empezar a mecernos con las coordenadas temporales.

—Meternos —dijo Spock, *sotto voce*, desde un flanco.

—Gracias, sí. ¿Es eso todo por el momento? En tal caso, el señor Spock puede comenzar con su parte.

K't'lk descendió hasta quedar plana sobre el pedestal, y acalló su campanilleo mientras Spock subía y se situaba junto a la pantalla.

—Visto que nos encontramos ahora en libertad para salir de la Galaxia —comenzó, en postura muy erguida e inmóvil—, la misión que la Flota Estelar nos ha asignado consiste en un breve viaje fuera de ella, hasta una de nuestras galaxias vecinas más cercanas, la Pequeña Nube de Magallanes...

La visión de la pantalla cambió para mostrar un esquema del grupo local, la asociación de veinte galaxias de las cuales la Vía Láctea y la galaxia de Andrómeda eran las dos de mayor tamaño. Cerca del gran espiral de la Vía Láctea, la Pequeña Magallanes fue rodeada con un círculo y etiquetada con los datos pertinentes por el ordenador. Era mucho más pequeña que las dos grandes galaxias espirales, tan sólo un brillante salpicón alargado de estrellas, ligeramente más grueso en un extremo que en el otro.

—Este objeto no es propiamente una nube, por supuesto, sino una galaxia tipo 10 irregular y, junto con su compañera, la Gran Nube de Magallanes, constituye un

satélite de la nuestra. La Gran Nube de Magallanes se encuentra ligeramente más cerca, a ciento noventa mil años luz de distancia, comparados con los doscientos mil que nos separan de la Pequeña Nube. Pero la de tamaño inferior ha sido más extensamente estudiada durante años, en particular sus estrellas Cefeidas variables.

En la pantalla, la mancha de estrellas se transformó en un primer plano de tiempo comprimido, en el que muchas estrellas brillantes titilaban con lentitud haciéndose más luminosas y más mortecinas en una miríada de ciclos.

—Estas estrellas han sido usadas durante siglos para determinar las distancias galácticas. Ahora, sin embargo, vamos a usarlas como faros gravitatorios. Ésta en particular —y la pantalla se cerró sobre una estrella blanco azulado que se encendía, se amortecía y volvía a brillar con fuerza—, la DG Magallanes Minoris, en el cúmulo nebuloso NGC 121. Su ciclo de 89,39 horas es uno de los más cortos de todas las Cefeidas, y es fácilmente identificable.

»Con esta estrella como punto de referencia, transitaremos usando el aparato de inversión de modo que emerjamos a unos mil años luz de los límites de la Pequeña Nube, realizando en un lapso de tiempo igual a cero un cambio de posición que nos llevaría doscientos ochenta y tres años realizar a factor hiperespacial nueve. —Dejó que el murmullo de asombro que se elevó por la sala se apagase antes de proseguir—. A partir de allí, tenemos orden de realizar otros diez tránsitos dentro de la Pequeña Nube, y usar sensores de largo alcance para comenzar el cartografiado preliminar de las estrellas y sistemas planetarios afiliados con varias Cefeidas. Una vez que el reconocimiento quede completado, debemos realizar el tránsito de vuelta al exterior de la Pequeña Nube e iniciar el camino de regreso a nuestra galaxia originaria mediante una serie de treinta y seis tránsitos, durante los cuales sembraremos un número equivalente de boyas de navegación de largo alcance dispuestas en forma cúbica, para que sirvan como puntos de referencia en el espacio extragaláctico a futuras misiones. —Spock se volvió hacia un lado al tiempo que se apartaba de la pantalla—. ¿Capitán?

El capitán Kirk subió para situarse ante la masa de tripulantes y los examinó con la mirada durante un momento.

—La Flota Estelar no nos ha dado ninguna otra orden —dijo—, excepto que tomemos las precauciones debidas antes de investigar cualquier cosa que nos parezca que debe ser investigada. De todas formas, deben ustedes saber que últimamente los klingon han estado acechando por esta zona. Saben que hemos estado probando un motor que no depende del principio hiperespacial. Podría apostarse con bastante seguridad que saldrán tras nosotros en cuanto abandonemos el espacio de la Federación, e intentarán arrebatárnoslo. Si nos provocan, haremos lo que sea necesario para atajar la situación. Pero tengo la obligación de no permitir bajo ningún concepto que el aparato de inversión caiga en sus manos... la Flota Estelar se ha

mostrado inflexible en este punto. —Hizo una pausa para que pudieran hacerse una idea de lo que quería decir con eso. La quietud de la sala denotaba que lo entendían muy bien—. Cualquiera que quiera declinar esta misión, puede hacerlo sin perjuicio para su historial. ¿Y bien? ¿Comentarios?

En la sala se oyó un rumor. Y una voz habló... probablemente la de uno de los tripulantes mizarthu, a juzgar por el discurso holofrásico y la voz gruñona:

—¡Respetos, señor, dejemos de hablar de prisa vamos!

La sala estalló en vítores y aullidos, chillidos y ululares y ruidosos aplausos. Kirk bajó de la plataforma y se encaminó a sus habitaciones, y hacia la partida de cartas... esperando sólo hasta que las puertas del ascensor se hubieron cerrado para dejar que la abierta sonrisa aflorara a sus labios.

Cuando faltaban tres horas para la partida, la *Enterprise* no parecía en nada diferente desde el exterior a como era cuando había llegado a la Base Estelar Dieciocho; suspendida plácidamente en el centro de la red pulsante de tractores táctiles, brillaba plateada y en calma. En el interior, sin embargo, la red de comunicaciones internas parecía un hervidero de voces que charlaban animadamente como pensamientos dentro de una mente.

—... ¡mire, no me importa lo que le haga a ese modulador, simplemente consiga que funcione! Si el señor Mahásë descubre que está...

—... ¿nervioso? ¿¿Yo?? No seas tonto. —Una pausa—. Estoy que me muero.

—... nosotros ya estamos listos, ¿qué hacen ustedes que no están preparados aún?

—¡... terror-prisa-presión-emocionado-emocionado-emocionado-jefe departamento-muere / no muere-inanición-infarto-avanzados! Pregunta-pregunta (inexpresable y fisiológicamente improbable en homínidos) ¡imprecación! ¡exclamación...!

—... ¿qué quiere decir con que tengo que revisar y firmar todo esto antes de que podamos marcharnos? ¡Soy un médico, demonios, no un burócrata! ¡¿Y dónde está esa enfermera?! ¡Usted me prometió una jefa de enfermeras, Jim, qué se supone que tengo que hacer por aquí, con Chapel que está sacándose el maldito doctorado y se niega incluso a coger una condenada hipodérmica sin darme un maldito diagnóstico antes...!

—... siempre has hecho apuestas pequeñas. Te apuesto diez créditos a que habrá al menos tres destructoras klingon, y que les arreglaremos las cuentas a las tres en menos de cuatro minutos...

—... sí, bueno, todo lo que sé es que el capitán viene de camino para echar una mirada. Así que quiero que espabilen y limpien todo esto en seguida. No quiero tener la cubierta llena de trastos cuando llegue...

—...el segundo quiere saber cuándo va a acabar con la revisión de ese programa...

—Uhura —dijo la jefa de Astrocartografía al tiempo que profería un suspiro de cansancio—, preséntele mis respetos al señor Spock; estamos teniendo que reescribir el programa prácticamente desde la línea diez para conseguir que funcionen las coordenadas de la nueva localización. Ya sabe usted lo que significa eso sólo en términos de cambios en la orientación de las transmisiones y potencia de señal para las boyas...

Una risilla cansada.

—No era ésa la pregunta, Mayri.

—Lo sé. —La teniente Mayri Sagady miró por encima del hombro—. D’Hennish —dijo—, ¿qué puede decirme?

—Si el señor quiere que se cubra un área mayor, debe resignarse a que la programación nos lleve algo más de tiempo.

—Bien —dijo Mayri—. Veinte minutos —informó a Uhura.

—¡¿¿Qué??!

—Silencio, D’Hennish. Trabaje.

—Veinte minutos, recibido —replicó Uhura—. Puente fuera.

—Con todos mis respetos —dijo la voz desde detrás de ella, con un gruñido—, de buena gana la mataría, si no fuera porque lo único que conseguiría sería que me ascendieran a su puesto y tendría que acabar el trabajo de todos modos.

—Recibido y archivado —respondió Mayri, profirió otro suspiro y se desperezó. Mayri Sagady tenía alrededor de veinticinco años, cabello de un rojo intenso, y su constitución era la de una valquiria: poseía un rostro franco, cordial, con azules ojos de expresión soñolienta pero a los que nada les pasaba por alto. Acabó de desperezarse y fue a situarse detrás de su oficial subalterno, por encima de cuyo hombro miró mientras él trabajaba sobre el tanque principal de gráficos.

El alférez Niwa Awath-mánë ri D’Hennish enu-ma’Qe farfulló para sí con irritación, un gruñido suave que hizo pensar a Mayri en un gato que le advierte a otro que no se acerque a su verja. D’Hennish era un ailurino^[2] de Sadr: bípedo, y de constitución nervuda y delgada para sus dos metros de estatura. Su melena sedosa rubio ceniciento descendía sobre el pelaje más corto, afelpado y de color platino que cubría el resto de su cuerpo, excepto las suaves almohadillas de los dedos de las manos y los pies. Aquellos largos dedos golpeteaban velozmente el teclado del terminal mientras D’Hennish permanecía inclinado sobre él con feroz concentración. En el tanque que tenían delante, entre los esquemas de la Vía Láctea y la Pequeña Nube de Magallanes, unos puntos de luz dispuestos en forma cúbica cambiaron sutilmente de posición, y las líneas que iban desde cada uno de ellos hasta estrellas específicas de la gran galaxia espiral, también variaron.

—Veinte minutos —gruñó D’Hennish—, vaya, con los veinte minutos. ¡Ustedes y sus minutos y horas! El trabajo debería estar hecho cuando está hecho, Mayri... —Se detuvo un instante, el tiempo suficiente para alzar los ojos hacia ella. Podría haber sido una mirada intimidatoria... el destello feroz de sus ojos ambarinos en el largo semblante de leopardo, casi canino, con el labio superior fruncido lo bastante como para enseñar uno o dos colmillos. Mayri, sin embargo, no iba a dejarse impresionar.

—¿Todas esas son posiciones de transmisión óptima? —inquirió.

—Por supuesto —contestó D’Hennish al tiempo que volvía a su trabajo y pulsaba unos últimos controles. Luego se retrepó en el asiento y la disposición cúbica se

reajustó ligeramente una vez más—. Ahí tiene la matriz básica —dijo—. Ahora hay que hacer la disposición holográfica. —Volvió a inclinarse sobre el teclado—. ¡¡Veinte minutos...!!

Mayri sonrió para sí, al ver que la vieja discusión estaba a punto de comenzar otra vez.

—Si hubiera comenzado con esto anoche, como debía, en lugar de esperar hasta esta mañana...

—Lo he comenzado ahora —la interrumpió D'Hennish sin alzar los ojos, concentrado en la conexión del primer punto de la estructura con todas las otras estrellas receptoras de la galaxia, una por vez—. Yo siempre comienzo ahora.

Mayri sacudió la cabeza. A veces, D'Hennish parecía decir cosas carentes de sentido, pero había que tener en cuenta que el idioma básico no contaba con la sintaxis necesaria para expresar la peculiar percepción del tiempo que tenían los ailurinos, y sus intentos por aprender sadrao lo único que habían hecho era provocarle fuertes dolores de cabeza y de garganta, lo uno por su incapacidad de comprender la visión que tenían del mundo, y lo otro por la igual incapacidad de reproducir sus gruñidos.

—Lo sé —dijo por fin—, pero a veces su ahora es más tarde de lo que debería...

—¿¿Qué??

—Silencio. Trabaje. —Permaneció de pie allí, observando en silencio durante los siguientes diez minutos más o menos, mientras D'Hennish trabajaba con furiosa precipitación, la cola desmochada de príncipe sadrao golpeando con ansiedad e irritación sobre el asiento de la silla. En el ordenador aparecieron las palabras formación holográfica finalizada apenas segundos antes de que la pantalla de comunicaciones emitiera un silbido.

—Transmítalo, rápido —dijo Mayri, y D'Hennish pulsó con fuerza el teclado y envió el programa camino de los ordenadores de las secciones Científica y de Balística, que lo necesitarían a continuación.

—Astrofísica —dijo una voz conocida, fría—. Teniente Sagady.

—Pantalla —ordenó ella al tiempo que se volvía a mirarla—. Sí, señor Spock.

Se produjo una ligera pausa mientras Spock alzaba los ojos hacia otra pantalla y examinaba algo con su habitual mirada calma.

—Acuso recibo del programa de colocación y orientación de las boyas —dijo—. Puente fuera.

La pantalla se oscureció. Mayri se dejó caer contra la silla de D'Hennish.

—Hemos estado a un pelo de que nos echaran una reprimenda —dijo mientras observaba con mucha atención a D'Hennish para ver si había captado el mensaje. Lo había captado; sus ojos habían pasado de ser dos líneas a convertirse en nerviosos círculos ribeteados de ámbar.

—Pero no nos echan una reprimenda. —D’Hennish jadeó un par de veces—. Mayri, créame, no decepcionaré al capitán ni a esta nave. Lo juro cuando subo a bordo. Es sólo... —Hizo una mueca—. El espacio puedo verlo siendo estructurado, pero ¿el fluir del ser de uno? Tontería. No puedo tomármelo en serio...

—Lo sé —dijo Mayri, que profirió un último suspiro y dio unas palmaditas en el hombro del alférez—. Pero puede conseguirlo... o no le habrían dejado subir a bordo de la nave, para empezar.

D’Hennish arrugó la nariz.

—Él podría decir que hago bien ese trabajo —murmuró.

—¿Le ha dicho que haya hecho algo mal? En ese caso, acaban de felicitarlo.

D’Hennish dejó caer la mandíbula en una abierta sonrisa.

—Así es —dijo—. ¿Hemos acabado?

—Por esta guardia, sí.

—Entonces como. ¿Come usted conmigo?

Mayri le devolvió la sonrisa y se encaminó a dejar constancia de su salida.

—Sí, como —replicó, dejándose contagiar por la manera de hablar del otro—. Como tantas calorías como puedo conseguir.

—¡Oh, Mayri! ¿Qué pasa con su dieta?

—Le doy un puñetazo en esa gran nariz rosada —respondió la teniente Sagady con dignidad—, en cuanto coma lo suficiente como para reunir fuerzas.

—¿Y ya está? —preguntó el capitán, mirando hacia abajo con las manos en las caderas, en un tono que parecía más bien decepcionado—. ¿Eso es todo lo que hay?

K’t’lk emitió un breve repiqueteo, un arpegio de campanillas de risa.

—Esto es todo lo que hay —replicó, en tono de broma. Luego, con mayor seriedad—: ¿Deberíamos haberlo hecho más grande? —le preguntó al señor Scott.

—Hacerlo más grande no serviría —contestó Scotty—. Yo seguiría sin entenderlo.

Los tres se encontraban de pie en el corazón de la sección de Ingeniería, en el nivel más bajo de los tres que atravesaba la columna principal de mezcla de materia/antimateria. A pocos metros de distancia de la columna, conectada a ella por un orientador de fase y dos guías de alimentación energética, había una caja de metal transparente de unos dos metros cuadrados. Jim Kirk se agachó para examinarla más de cerca, y no vio nada que no hubiese visto desde arriba: varios entramados delicados de aspecto vitreo, un cristal de dilitio tallado en forma de triedro en un engarce corriente de cinco puntas; líquidos transmisores meselectrónicos y termistores de cápsula.

—Yo habría dicho que tendría que haber algún tipo de depósito de contención —dijo el capitán—, algo que evitara que el punto de masa infinita absorbiera al aparato

mismo.

—No es necesario. La integridad del aparato sólo debe ser protegida antes de que comience el momento cero. Después de eso, no importa que sea colapsado junto con todo lo demás. De hecho, tiene que serlo, ya que en caso contrario no podríamos regresar al punto de partida...

Scotty sacudió la cabeza.

—Hace mucho tiempo juré que no tendría en mi sala de motores nada que no fuese capaz de entender. Nunca antes he tenido aquí nada que no hubiera logrado entender en el momento en que fue instalado. Pero esto es la excepción... y no me importa decirle que está volviéndome majareta.

—Bueno, si quiere, haré lo que pueda para enseñarle los principios físicos durante el viaje. —El campanileo de K't'lk parecía vacilante—. Puede que le exija algún esfuerzo...

—Es posible. Pero no podré descansar tranquilo hasta que no entienda por lo menos las ecuaciones. —Scotty volvió a sacudir la cabeza con expresión de perplejidad—. No veo cómo pueden haber derivado esta bestialidad a partir de ellas. ¡Ni siquiera entiendo lo que hacen! No parecen hacer nada...

—Es que no hacen nada —replicó K't'lk, con el entusiasmo que le despertaba el tema—. Simplemente nombran las circunstancias que usted quiera evocar. Y las circunstancias suceden. Eso es la «física creativa».

—Magia, es lo que parece —dijo Scotty, con un toque de amargura en la voz.

—Eso es. ¿Por qué está tan sorprendido? Fue uno de su propio pueblo quien codificó la Tercera Ley de Ordenación, tiempo atrás. Clerk, creo que se llamaba. O Clark. «Cualquier ciencia lo suficientemente avanzada no se diferenciará de la magia». Lo que lleva directamente al Corolario de T'Laea...

—K't'lk, por favor, déjelo para más tarde —dijo Jim con toda la suavidad posible—. ¿Estamos listos para marchar?

—Sí, lo estamos. Lo único que tiene que hacer es llevarnos a unos cien años luz de distancia, más o menos, y mantener la estabilidad mientras hacemos el tránsito, con el fin de no complicar las ecuaciones de vector.

—Hecho. —Jim se volvió para encaminarse al puente, y luego se detuvo y volvió la cabeza para mirar a la caja de aspecto inocente instalada sobre el suelo de la sala de motores. El recuerdo de aquella inquietante imagen vista durante la reunión informativa, no lo dejaba tranquilo—. ¿Hay alguna posibilidad de obtener alguna imagen del aparato cuando se produzcan los saltos, como referencia?

—¿Por qué no? —dijo Scotty—. Me encargaré de ello.

—¿Le gustaría verlo ahora? —quiso saber K't'lk.

Jim se sorprendió.

—¿No tendríamos que saltar?

K't'lk repiqueteó.

—No. Puede activarse sin vector ni aceleración ningunos, lo mismo que puede hacerlo con unos muy amplios. —Se acercó a la caja, tendió una afilada y brillante pata delantera para tocar el panel de control que había instalado en el transparente metal, y entonó una secuencia precisa de notas, rápida e imperativamente.

Y dentro de la caja, sucedió algo...

(... lo recorrió una especie de estremecimiento. Estaba allí, petrificado en el corazón de la nave, inmóvil; sin embargo, él era también la nave misma, toda ella, desde este núcleo aterrorizadamente quieto del ahora, hasta el exterior. Por sus venas corrían electrones y refrigerador y gravedad artificial; la brillante red de rayos tractores y la pálida lluvia de radiación que llegaba desde las profundidades del espacio le abrasaban los ojos. Invisible, pero sentida, la luz estelar cargada de neutrinos le quemaba la piel...)

—Es todo lo que hay —dijo K't'lk.

Jim tembló, sintiéndose repentinamente liberado, aunque nada lo había tenido sujeto.

—Creo que no me he dado cuenta de nada —dijo, pero sus palabras le sonaron extrañamente inseguras. Había visto algo. No podía recordarlo. Pensaba que había visto algo, en cualquier caso—. Llevaron seres humanos con ustedes cuando hacían las pruebas, ¿no es cierto? —preguntó Jim con lentitud.

—Por supuesto. Tampoco ellos se dieron cuenta de nada en ninguna de las ocasiones, capitán.

Kirk asintió con la cabeza.

—Bueno... Scotty, encárguese de esas holografías. Partiremos a la hora prevista.

—Sí, señor.

Jim Kirk se encaminó hacia las puertas, con la sensación de que tal vez no se encontraba bien del todo. Se llevó una mano a la frente pero no percibió fiebre. «Pánico de escenario —se dijo—. Sube al puente, donde te corresponde, y pon el espectáculo en marcha. La galaxia está observándote».

Pero el sólo hecho de ser observado no lo había hecho sentir tan nervioso nunca antes...

—*Maiwhn ss'hv rhhaiuerieiu nn'mmhuephuit* —dijo Uhura en el silencio expectante del puente, y tocó una luz para poner en espera el circuito silencioso que había estado usando.

—¿Capitán? La nave informa que está preparada. Y el comodoro Katha'sat me pide que le transmita sus mejores deseos.

—Acuse recibo. Dele las gracias en mi nombre, y dígame que lo veré cuando vuelvan a subirme el sueldo. No antes.

Uhura asintió con la cabeza mientras una sonrisa le torcía los labios, y dijo otra frase en voz baja, en idioma hestv, antes de cerrar el canal.

—Control informa que están listos para la operación de despegue, capitán —informó Sulu.

Alrededor de la *Enterprise*, las líneas de luz se extinguieron; todas menos una, unida al brillante remolcador hamalki diminuto y al casco secundario de la nave. Esta vez no lo pilotaba K't'lk. Ella se encontraba de pie, rutilando junto al capitán, observando atentamente la pantalla, y frotándose con gesto ausente las dos patas delanteras que ahora lucían brillantes bandas de esmalte y metal, sus galones de comandante.

—Ésa es Y'tk't, capitán —dijo—, es una excelente piloto, así que no creo que sea necesario que permanezca aquí por más tiempo. Con su permiso, bajaré a ocuparme del aparato con Mt'gm'ry.

«¿Ya usan los nombres de pila? —pensó Kirk, divertido—. Tal vez sea buena cosa que no pertenezca a la especie humana. Detestaría perder a Scotty a causa de una baja por paternidad...»

—Adelante, comandante.

Entró repiqueteando en el ascensor. Kirk se sentó muy tranquilo y contempló cómo el remolcador hacía girar la nave y salía por la abertura en forma de iris al espacio abierto. El remolcador le imprimió cierto impulso a la nave, en lugar de dejarla flotar en calma, de modo que navegó a unas pocas decenas de kilómetros por hora, mientras la base estelar giraba, siguiendo su camino, en la dirección contraria.

—Último mensaje de la base, capitán —anunció Sulu, y sonrió levemente—. El remolcador nos desea buen viaje bajo la protección de la Diosa.

—Uhura, por favor, acuse recibo de eso con nuestro agradecimiento. ¿Señor Chekov?

—Rumbo de distanciamiento fijado, capitán. Ciento treinta y siete años luz sobre una marcación de más veintiséis minutos galácticos por menos veintitrés grados de galatitud, en dirección a Acamar.

—Muy bien. Señor Sulu, llévenos hasta más allá del perímetro hiperespacial. Motores de impulsión, un tercio c.

—Sí, señor. —La base estelar y el amarillo Hamal se alejaron de un salto de ellos: menguaron hasta no parecer más que una chispa y una bola dorada, y más aún, hasta convertirse en un único fuego.

—¿Sondeo, señor Chekov? —No había necesidad de decir qué quería que sondeara.

—Sólo tráfico local, capitán. No tenemos compañía.

—Bien. Mantenga los ojos abiertos. ¿Detectores subespaciales?

—A punto, capitán.

—¿Control de armas?

—Los cañones fásicos preparados, señor. Torpedos cargados.

Kirk pulsó el botón de comunicación del brazo de su asiento.

—Ingeniería...

—Aquí sala de motores —dijo la voz de Scotty. Su acento escocés era insólitamente marcado. Jim sonrió; si él estaba sufriendo terror de escenario, no era el único.

—¿Qué tal está su criatura, Scotty?

—A punto y lista para funcionar.

—Bien. Permanezca a la espera. ¿Spock?

El vulcaniano alzó los ojos de su terminal con una expresión de absoluta calma que Jim interpretó como emoción ferozmente controlada.

—Todos los sensores de la nave preparados para el primer salto, capitán. Desde la posición de Acamar, mil quinientos ochenta y seis coma treinta y dos años luz hasta jota Sculptoris.

... y fue entonces cuando los detectores de subespacio y proximidad comenzaron a ulular, y el ordenador pasó a alerta roja sin solicitar antes la autorización. «¡Ingreso subespacial! ¡Ingreso subespacial!», gritaron las alarmas, y por todo el puente la gente corrió a sus puestos. Kirk abrió la boca para gritar «¡Informen!», pero se le adelantaron.

—... ¡timón en evasiva automática, capitán! Cinco naves klingon... seis... siete...

... la pantalla pasó a táctica de sobreposición y etiquetó las naves que surgían del hiperespacio por todas partes alrededor de la *Enterprise*: KL 8 KAZA, KL 96 MENEKKU, KL 66 ENEKTI, KL 14 KJ'KHRRY, KL 55 KYTIN, KL 02 AMAK, KL 782 OKUV, KL 94 TUKAB...

—... todavía no han abierto fuego, capitán. Las trayectorias indican un movimiento envolvente...

—... el comandante del *Kaza* en comunicación, capitán. Nos ordena que nos rindamos...

—Sáquenlos de aquí, señor Sulu. Factor hiperespacial tres...

—¡Sí! —replicó Sulu, y activó el campo hiperespacial. Las estrellas se volvieron extrañas, y luego regresaron a la normalidad cuando la *Enterprise* dejó en el espacio real a los klingon que le habían tendido la emboscada.

—Acelere hasta factor seis —dijo Kirk—. Evasión estándar. —«Es una situación delicada. Ya son ocho contra uno. Y la base no podrá enviarnos ayuda con la rapidez necesaria... aunque tuvieran el suficiente poder armamentístico para cambiar la situación. Esta gente no quiere hacernos daño... quieren lo que tenemos. Aunque si huimos, con la misma facilidad nos harán estallar por despecho, sabiendo que la

Federación construirá otro ejemplar de lo que sea que tenemos. Y nos superan en armamento... tienen esos nuevos hiperfásicos. ¡Maldición! Incluso con Chekov disparando y Sulu al timón, las probabilidades son... ridículas...» Un pensamiento comenzó a aflorar. Kirk lo detuvo a medio formar. Le ponía la carne de gallina.

Por el puente sonaron más alarmas.

—Están en el hiperespacio, capitán —dijo Chekov—. Factor dos y acelerando. Contrarrestan nuestra evasión.

Los perseguidores llegaron a toda velocidad tras la pista de la *Enterprise*, un octógono de puntos diminutos que se separaban para iniciar una maniobra envolvente estándar; cuatro por arriba, cuatro por debajo, los vértices de un cubo. «Huir es estúpido. Disparar es estúpido. Necesitamos más poder armamentístico y no lo tenemos. ¡¿Cómo podemos ganar tiempo...?!»

—Señor Chekov, torpedos de fotones. Maniobra estándar de dispersión. Vacíe los tubos.

—Sí, señor —replicó Chekov mientras sus dedos danzaban sobre los controles. Si tenía alguna objeción acerca de la prudencia de usar toda la carga de torpedos antes de que los motores pudieran recargar los tubos con otra salva, se la guardó para sí mismo. Detrás de ellos, los klingon daban bandazos, disparando ante sí para detonar los torpedos en vuelo.

—Vire por adelante toda —ordenó Kirk, aferrado a los posabrazos del asiento con más fuerza de la necesaria—, y salga del hiperespacio. Señor Sulu, usted practica juegos de tanque, ¿verdad?

Sulu miró al capitán por encima del hombro, asombrado.

—¡Señor! Sí, señor...

—Esta vez hágalo bien —dijo Jim. Vio cómo el sudor brotaba en la frente de Sulu al darse cuenta el piloto de lo extremo de la situación y de la oportunidad que tenía ante sí.

—Sí, señor —replicó, y las palabras sonaron como una plegaria. Se inclinó sobre la consola y comenzó a trabajar.

Las estrellas oscilaron, titubearon, y recobraron la cordura, y la *Enterprise* salió al espacio vacío, reduciendo velocidad con una rapidez que normalmente habría resultado imposible. Kirk dirigió los ojos hacia las pantallas científicas de Spock y vio que Sulu había activado los escudos a plena potencia un segundo antes de salir del hiperespacio, de modo que los escudos estaban descargando la energía quinética acumulada como una cegadora tormenta de radiaciones duras, desde los ultravioletas altos hasta los rayos X y la radiación sincrotrónica. «Somos tan visibles como el demonio para cualquiera que tenga sensores», pensó Jim con tristeza... pero se sintió un poco menos desdichado cuando las alarmas de emersión volvieron a ulular, los klingon aparecieron en torno a ellos procedentes del hiperespacio, y pasaron de largo

a toda velocidad, frenando desesperadamente pero no con tanta eficacia como Sulu. Kirk volvió a pulsar el botón del comunicados

—¡Ingeniería!

—Aquí Scott. ¿Qué demonios está sucediendo ahí arriba?

—Tenemos compañía, Scotty. ¿Puede desviar toda la potencia de los motores hiperespaciales a los escudos cuando no estemos en el hiperespacio? Vamos a funcionar con energía de impulsión en el espacio real durante un rato.

—¿Toda la potencia? —La voz de Scotty estaba más cerca del chirrido de lo que Kirk la había oído jamás. Desde su puesto, Spock miró a Kirk con una expresión tan incrédula (para un vulcaniano) como si hubiera sorprendido a su capitán entreteniéndose con barcos de juguete en la bañera. Jim correspondió con otra mirada burlona de incredulidad; Spock no dijo nada y se volvió hacia su terminal.

—Sí, señor —respondió Scotty desde la sala de motores—, pero ¿qué van a...?

—Vamos a jugar al gato y el ratón —dijo Kirk—. Puente fuera. Señor Sulu, maniobras evasivas a su discreción.

—Sí, señor.

La pantalla mostraba cómo, una a una, las naves klingon giraban sobre sí mismas para frenar, o describían largas hipérbolas de abrumadora elegancia que interceptarían el rumbo de la *Enterprise*. Varias habían comenzado ya a disparar con el frenesí típico de los klingon, aunque los disparos no resultaban todavía muy eficaces; los rayos hiperfásicos atenuados por la distancia daban en los escudos y siseaban débilmente, pues su cohesión era desbaratada con facilidad. Sulu no aceleraba. Reducía más y más mientras los klingon se acercaban a gran velocidad. Poco a poco el azul subido de los escudos empezó a tomarse en un rojo candente, el rojo de los disparos fásicos de los klingon, que caían por todas partes a su alrededor.

—Preparándonos para entrar en el hiperespacio, capitán —dijo Sulu. Su rostro había adquirido una expresión feroz, severa—. Pavel, búsqume una estrella de tipo F o superior que esté a una distancia de veinte años luz...

Jim sintió que la sangre se le helaba. Se incorporó en su asiento.

—Hikaru, ¿qué tiene en mente?

—El Recurso Bova, señor.

—Señor Sulu —dijo Jim, mientras todos los que estaban en el puente volvían la cabeza—, ¿está seguro de que es necesario?

Sulu no apartó los ojos de su pantalla.

—Capitán —replicó en el mismo tono de voz—, no podremos continuar así eternamente. ¿Tiene alguna idea mejor?

Jim inspiró, exhaló el aire, y tragó con dificultad.

—No. Usted manda. Búsquele la estrella, señor Chekov. ¡Ingeniería!

—Al habla, capitán —respondió la voz de Scotty—. El estado de los escudos es

bueno hasta el momento. Pero el motor de inversión se alimenta del sistema hiperespacial, y si toda la potencia se desvía, no podemos...

—No podríamos de todas formas, capitán —repiqueteó la voz de K't'lk—. Las ecuaciones de implementación para el motor no tienen incluidos los vectores de todos estos giros y picados. Si intentáramos saltar, podríamos acabar en cualquier parte...

—Permanezcan a la espera —interrumpió Kirk, sudando cada vez más—, y cuando les dé la orden estén preparados para ejecutar con rapidez. Fuera. —La nave estaba prácticamente detenida; los klingon se aproximaban a medio c o más—. Señor Sulu...

—Factor tres, ¡ahora! —dijo Sulu al tiempo que ejecutaba, y el espacio adoptó un aspecto extraño. No permanecieron solos durante más de unos pocos segundos: los sensores klingon estaban más que preparados para seguirle la pista a otra nave dentro del hiperespacio, tanto si llevaba el dispositivo de camuflaje como si no. La *Enterprise* corría por la luz estelar vacilante, acelerando. Sus atacantes la seguían con tenacidad, igualándola en velocidad, superándola, y ya comenzaban a darle alcance.

—¿Para qué ha llevado a cabo la deceleración, señor Sulu? —preguntó Kirk, intentando que su voz sonara despreocupada.

—Para hacerlos enfadar, señor. Nada le irrita más a un klingon que la sospecha de que podría no entender qué se trae entre manos su oponente. Ahora todos han quedado en ridículo ante sus compañeros. Están furiosos.

—Muchas gracias, señor Sulu —dijo Kirk con suave ironía, y por pura fuerza de voluntad contuvo el deseo de levantarse, avanzar hasta la consola del piloto, y ponerse a manosear nerviosamente alguna cosa. Lo que menos falta le hacía a Sulu ahora era que lo distrajeran, o permitir que se diera cuenta de lo nervioso que estaba su capitán por lo que estaba haciendo. Cosa que era cierta. No obstante, era una estrategia sensata, como cabía esperar del mejor oficial piloto de la Flota. «Él puede manejar la situación, Jim. Déjale hacer su trabajo. Tú quédate bien sentado y haz el tuyo: intenta mostrarte lo más normal posible...»

—Factor cinco —anunció Sulu—. Factor seis. —Los motores iniciaron aquel conocido y suave gemir que ni siquiera las mejoras habían cambiado, una inquietante vibración subarmónica en los huesos de duracero de la nave—. Factor ocho. Pavel, ¿¿¿dónde está la estrella??!

—Si lo que está buscando, como pienso, es una estrella sin planetas habitados —intervino Spock con calma desde su puesto, sin levantar la vista—, la 109 Piscium es una A3 con algunas líneas inestables en su espectro.

—Gracias, señor Spock —replicó Sulu, y pulsó el botón del comunicador—. A todo el personal, prepárense para salir de factor hiperespacial ocho y maniobras con motor de impulsión. Pavel, rumbo abierto hacia 109 Piscium. Acercamiento directo. —Chekov asintió con la cabeza y comenzó a trazar el rumbo. Con secreta

satisfacción, Kirk advirtió que Chekov también sudaba... y con razón; el rumbo que Sulu había solicitado no era para orbitar, sino para colisionar—. Cinco segundos para salida. Tres. Dos. Uno...

... Los escudos se activaron y el campo hiperespacial se desactivó. Los sensores quedaron inutilizados, pero la agitada imaginación de Jim le permitió hacerse una idea bastante aproximada de lo que un observador podría haber visto: la *Enterprise* apareciendo como un estallido de la nada, ardiendo con mayor intensidad que un cometa a medida que los átomos en libre flotación y los electrones de los escudos mismos se excitaban más y más a causa de la brusca salida de factor nueve y se desintegraban por completo en una granizada de fotones y negatrones y otras radiaciones bremsstrahlung^[3]. «Si hay alguien lo bastante cerca como para detectamos con los sensores, se le van a quemar», pensó Jim con feroz satisfacción. Las alarmas de emersión le confirmaron que eso era precisamente lo que iba a suceder, pues la *Kaza*, la *Kytin*, la *Menekku* y sus hermanas salieron del hiperespacio detrás de la *Enterprise*. Kirk casi pudo oír el colérico chirrido de los instrumentos, cuando, ajustados al máximo de su sensibilidad para detectar a una nave que huía a través del espacio real, quedaron fundidos en un segundo.

—Los sensores de largo alcance de las naves atacantes están desactivados, capitán —dijo Spock con voz serena—. El sondeo indica que están frenando y armando todos los sistemas de ataque. Dos naves han desaparecido. Yo sugeriría que la *Amak* y la *Enekti* están esperando para atacarnos en el hiperespacio en caso de que decidamos volver a entrar en él...

—Parece razonable. Señor Sulu —comentó Jim, mientras contemplaba en la pantalla las imágenes de seis naves klingon muy irritadas que comenzaban a converger sobre la posición de la *Enterprise*—, haga lo que deba.

Y lo hizo. Fue espantoso. Los klingon procuraron que la velocidad de frenado se prolongase tanto como fuera posible, y pusieron a sus ordenadores de batalla a trabajar en el trazado de un rumbo que les permitiera interceptar a la *Enterprise*: un rápido vector que la alejara de ellos y la llevara al espacio abierto para entrar en el hiperespacio, donde la *Amak* y la *Enekti* aguardaban emboscadas. Pero la *Enterprise* no iba a representar su papel en la batalla de acuerdo con la táctica sensata y racional que ellos esperaban. Puesto que ya casi todos los habitantes de la Galaxia tenían el «dispositivo de camuflaje» romulano —que hacía casi imposible detectar inicialmente una nave en el espacio real, mucho menos hacerla entrar en batalla—, la metodología de guerra de naves espaciales había cambiado en los últimos años. Las naves que volaban casi completamente mediante instrumentos, se tendían emboscadas en el hiperespacio, donde el dispositivo de camuflaje no funcionaba, y libraban allí todas las batallas; u obligaban a una nave que estaba en el hiperespacio a salir al espacio real, donde la carrera tendía a ser difícil para las naves grandes y el

poder armamentístico constituía el criterio determinante. La *Enterprise*, sin embargo, no estaba siguiendo las normas. No disparaba. No se escondía en el hiperespacio, por muy de cerca que la siguieran la *Kaza* y sus destructoras hermanas. En cambio, calaba y ascendía, se precipitaba y giraba sobre su eje a través del espacio real, como si la pilotara un maníaco suicida. Los ordenadores de batalla klingon no tenían programados los protocolos necesarios para este tipo de lucha en el espacio real; nadie podía aproximarse siquiera lo suficiente como para efectuar un disparo hiperfásico que penetrara aquellos escudos alimentados sin reservas por toda la energía de un motor hiperespacial intacto. Cualquiera que lo intentaba no tardaba mucho en oír el chirrido del metal de la estructura de su nave, sometido a tensión excesiva, y regresaba a una persecución más sensata, mientras maldecía...

Kirk se aferró a los brazos de su asiento de mando y deseó poder disponer de esa misma opción. Sulu había hecho aparecer en pantalla las lecturas de las cifras de las fuerzas centrífuga y centrípeta a que la nave estaba sometida: lecturas que no se diferenciaban de las que el capitán había visto anteriormente en el tanque de juegos. «Cuando se cargó la nave», pensó Jim, que comenzó a crisparse. Pero no necesitaba las lecturas, puesto que la pantalla lo único que hacía era reflejar aquella descabellada secuencia de piruetas y bandazos, y parecía que se le iba a salir el estómago por la boca. El intercomunicador silbó en medio de la demente persecución, y...

—¿¿¿Qué le están haciendo a mi nave, locos de atar??! —gritó Scotty.

—Mantenerla de una pieza, señor Scott.

—¡No creo que eso sea gracioso, capitán! ¡Mucho más de esto y no llegaremos a la próxima estrella, mucho menos a la galaxia siguiente...!

La pantalla comenzaba a manifestar su acuerdo con la opinión del ingeniero, tolerancia de tensión de barquilla de babor sobrepasada, fueron las palabras que destellaron sobre ella mientras Sulu hacía que la *Enterprise* virara bruscamente hacia la izquierda y hacia abajo en el comienzo de una rápida barrena, volvía a ascender rápidamente, y dejaba atrás a la *Menekku* y a la *Tubak*, que se habían lanzado sobre la *Enterprise* por ambos flancos, y ahora se encontraron en cursos de colisión la una con la otra. Spock, que contemplaba las brillantes líneas de los rumbos trazados en una de sus pantallas, alzó los ojos hacia Kirk.

—Los elementos de los arcos están cambiando, capitán. Creo que los klingon han pasado de la persecución por ordenador a la manual, visto que la programación estándar de batalla les resulta ineficaz.

—Bien —replicó Kirk. La vieja sabiduría de la Academia decía que cualquiera que intentara dirigir una nave por los fondillos, era candidato seguro al tratamiento psicológico. «Maravilloso», pensó mientras miraba a Sulu, que estaba inclinado sobre su terminal de timón, los dedos danzando sobre el teclado y golpeándolo como los de un artista del teclado que toca una pieza particularmente difícil. El piloto apenas si

alzaba la vista hacia la pantalla, como no fuese para fijarse en las lecturas centrífuga/centrípeta. Los klingon estaban dándoles alcance una vez más, volando en rumbos peculiares que carecían de la elegancia y simetría perfectas de la habitual formación de ataque coordinada por ordenador. Sulu los dejó reunirse, los dejó perseguir a la *Enterprise* con tenacidad durante unos momentos; luego, sin previo aviso, la hizo girar sobre sí misma dejando que el impulso actuara como freno, y la lanzó directamente hacia el centro de la desmañada formación klingon, a la cabeza de la cual estaba la *Kaza*...

Jim se aferró con fuerza al asiento y mantuvo la boca cerrada mientras la pantalla gritaba ¡tolerancia de tensión de BARQUILLAS DE BABOR Y ESTRIBOR, CRÍTICAMENTE SOBREPASADA, suspender maniobra!, y la imagen de la *Kaza* aumentaba de tamaño, un pájaro gris enorme, feroz que escupía fuego fásico. «Se han vuelto completamente majaras —pensó—. Van a embestir...», y estaba a punto de abrir la boca para gritar «¡Suspenda!», cuando el pájaro le mostró a la *Enterprise* su vientre y las barquillas-alas inferiores al virar en sentido ascendente y alejarse, expectorando impotentes torpedos de fotones contra ellos por los tubos de proa y popa mientras huía. Los torpedos no constituían ninguna amenaza con los escudos a plena potencia como estaban.

—Preparados para entrar en el hiperespacio —dijo Sulu entonces, y Kirk tragó con dificultad, sospechando lo que vendría a continuación—. Episodios de factor tres a cinco sin disminuir. Chekov, ¿ya me ha preparado ese rumbo?

—Sí, señor Sulu.

—¿Ingeniería?

—Sí, señor Sulu —respondió la voz de Scotty, con un tono que parecía denotar que tenía planeado mantener una larga conversación con el oficial de timón cuando las cosas se hubiesen calmado.

—Conecte el motor de inversión a la terminal de Chekov. Le daré los datos de vector y aceleración con tres segundos de tiempo para que ejecute. ¿Será suficiente? —Su voz era calma. Detrás de la *Enterprise*, los klingon estaban recobrándose y volvían a lanzarse tras ella.

—Con dos tendré suficiente.

—Recibido. Factor hiperespacial tres, ¡ahora! —dijo, y la imagen de la pantalla onduló como el agua y volvió a aquietarse.

«Bien —pensó Kirk, mientras comprobaba velocidad y rumbo—. No con tanta lentitud como para que puedan sospechar, ni tan rápidamente como para que sus instrumentos dañados nos pierdan...»

Apareció una nave klingon, la *Kaza*; otra, la *Menekku*, desde la parte frontal descendían en picado la *Amak* y la *Enekti*, disparando. Sulu sonrió enseñando los dientes como un tiburón y lanzó la *Enterprise* directamente hacia la *Enekti*, la de

mayor tamaño. Durante unos aterradoros segundos, aumentó de tamaño en la pantalla, que se salpicó con el rojo de los disparos fásicos... pero luego viró con tanta precipitación como lo había hecho la *Kaza*. Nadie estaba lo bastante loco como para arriesgarse a un impacto a toda velocidad en el hiperespacio.

Sulu, no obstante, no pensaba dejar que la *Enekti* se zafara. Salió en su persecución, volando sobre su pista, aparentemente haciendo caso omiso de las siete naves klingon que los seguían a una distancia respetuosa que aumentaba lentamente. La *Enekti* le disparaba, por la popa, tanto torpedos como rayos fásicos, sin mucho éxito, y zigzagueaba y giraba como loca en un intento por zafarse de Sulu. No servía de nada. El borde delantero del platillo de la *Enterprise* estaba a menos de cinco kilómetros del extremo posterior de la *Enekti*, y Sulu la mantenía a esa distancia, como si ambas naves se encontraran conectadas por rayos tractores. Ahora tenía en pantalla estimaciones de estado sobre la tensión soportada por la nave klingon y, como Jim podía haber esperado, no eran muy optimistas. Al fin y al cabo, una nave klingon de batalla estaba construida sobre todo en función del poder armamentístico y la velocidad, y no tanto de la maniobrabilidad, dado que su estilo de lucha se basaba más en los ataques sorpresivos frontales, el picado para disparar desde arriba sobre un oponente, y el desprecio de las sutilezas de la maniobra por ser considerada un signo de debilidad. El estado estructural de la *Enekti* era malo, y empeoraba por momentos mientras su oficial piloto, no tan habituado a tomar la iniciativa como Sulu, huía aterrorizado ante la *Enterprise*, girando y derrapando mientras su perseguidora imitaba todos sus movimientos. Y a continuación la *Enekti* realizó un movimiento, un brusco arco «descendente» que por alguna razón hizo que el estómago de Kirk se sacudiera. Sulu no la siguió, sino que describió un círculo ascendente y se alejó a factor hiperespacial cinco. Y detrás de ellos vieron que la maniobra de la *Enekti* le cercenaba la barquilla de babor. Un segundo más tarde, lo que quedaba de la nave estalló en fuego blanco, y la materia y la antimateria, repentinamente sin control, se aniquilaron espectacularmente la una a la otra.

—Preparados para salir del hiperespacio —dijo Sulu—. Pavel, conecte su ordenador al timón. Voy a salir y entrar una o dos veces más, y luego quiero emerger a cuatro segundos luz de la estrella. No más lejos.

Chekov se puso pálido como la tiza, apretó las mandíbulas y comenzó a programar lo solicitado. Kirk asintió con la cabeza sin dirigirse a nadie en particular. Lo único que había faltado hasta ese momento en aquel encuentro —la única cosa que aseguraría que los klingon iban a seguir a la *Enterprise* tan de cerca como les fuese posible— era la sangre.

—Salimos del hiperespacio, ¡ahora!

El espacio osciló y se aquietó. Los klingon irrumpieron en él, ganando velocidad.

—Mensaje de la *Kaza*, capitán —dijo Uhura en voz baja—. Nos aconsejan que

matemos a nuestro oficial piloto y lo enviemos a él o a ella por delante de nosotros, de modo que la Flota Negra sepa lo que les espera.

—Gracias. Señor Sulu —comentó el capitán—, creo que acaban de hacerle un cumplido.

—Gracias, capitán. Factor hiperespacial dos, ahora...

... y el espacio volvió a estremecerse. Detrás de ellos, las naves klingon se les aproximaron más al usar Sulu el campo hiperespacial para reducir velocidad. La *Kaza*, la *Menekku* y la *Amak* se encontraban ahora dentro del radio de ataque, y sus cañones fásicos tiñeron toda el área trasera de los escudos y el campo hiperespacial con fuego color sangre.

—Sobrecarga inminente de los escudos —dijo Spock desde su puesto, como si anunciara el tiempo.

—Recibido. ¿A qué distancia están las tres naves delanteras? —preguntó Sulu.

—A cero coma veinticinco años luz, y acercándose con rapidez.

—Bien. Último salto, Pavel. Ingeniería, a mi señal saldremos del hiperespacio y entraremos en el espacio real a cero coma nueve c. A partir de ese momento tendrán tres segundos para ejecutar la inversión.

—A más tres segundos, de acuerdo —replicó Scotty.

—¿Pavel?

—109 Piscium en pantalla. Localización positiva. —La intensidad y el tamaño de una estrella que aparecía en el centro de la pantalla se multiplicaba por momentos—. Seis años luz. Dos. Cero coma cinco. Klingon a dos meses luz, doce horas luz, noventa minutos luz, diez minutos luz, treinta y cinco segundos luz, doce, dos, ciento cincuenta mil kilómetros, treinta mil kilómetros, quince... distancia crítica para escudos...

—Punto de salida —dijo Sulu.

Allí estaba 109 Piscium, una estrella blanca del tamaño del Sol con el más leve toque de amarillo, con suaves prominencias y salpicada de puntos. Detrás de la *Enterprise*, las naves klingon salían al espacio real... y Jim casi podía oír los gritos de horror que llenaban los puentes cuando se daban cuenta del engaño del que habían sido objeto, mientras intentaban reaccionar con la suficiente rapidez como para escapar con vida. La *Amak* y la *Menekku* salieron desesperadamente en ángulos demenciales para evitar la colisión con la estrella... sin pasar a velocidad hiperespacial, puesto que nadie hacía algo semejante si la distancia que le separaba de una estrella era inferior a ochenta veces el diámetro de la misma. Habría sido una buena forma de transformarla en nova, y los cataclísmicos efectos de una nova llegaban incluso a los espacios paralelos y destruían cualquier nave a su alcance con tanta certeza como en el espacio real. La *Amak* describió una curva demasiado cerrada y se partió, dando lugar a otra cegadora flor de fuego que continuó viajando

por el mismo curso como un catastrófico cometa. La *Kytin* y la *Kj'khrry* se desviaron de modo menos peligroso, y huyeron en direcciones opuestas hacia la oscuridad, esforzándose por ganar la suficiente distancia como para poder salir al hiperespacio. La *Okuv*, incapaz de evitarlo, entró a toda velocidad en la estrella, una gota de fuego en un mar de fuego, indigna de mención. La *Tubak* siguió su misma suerte. Sólo la *Kaza* continuaba persiguiendo a la *Enterprise*, disparándole con todas las armas al mismo tiempo, cañones fásicos, torpedos, sabiendo sus tripulantes que estaban condenados, pero sin renunciar.

—Más un segundo —anunció Sulu—, más dos...

... e hizo entrar a la *Enterprise* en el hiperespacio, a factor nueve.

Cuando una estrella se convierte en nova, hay partes del proceso que durante un breve período superan la velocidad de la luz, y penetran en esos universos vecinos, como los espacios paralelos, donde la luz se desplaza más aprisa. La *Enterprise*, que había estado a apenas un millón doscientos mil kilómetros de 109 Piscium en el punto más alejado, no se encontraba a más de ochocientos mil kilómetros de distancia cuando volvió a entrar en el hiperespacio. Ahora bien, mientras corría por el espacio paralelo a su máxima velocidad, los sensores mostraban claramente el ondular del espacio justo detrás de ella, en las fronteras del universo que acababa de abandonar, como si fuese una buceadora que contemplase la superficie del agua en lo alto después de una zambullida. La pantalla mostró cómo las ondulaciones chocaban con la estrella que habían dejado atrás. Vieron cómo la propia estrella se hinchaba y retorció en la presa del espacio que la contenía y que estaba desgarrándose. Vieron que la estrella estallaba, como si el universo se rasgara para mostrar su primer momento de existencia y la luz, que era lo único que había. Vieron cómo el efecto de la explosión corría tras ellos, más rápido de lo que podía hacerlo la luz en aquel otro universo, factor dos y acelerando, una pseudosuperficie globular de abrasador, mortal fuego que hizo retroceder rápidamente a los sensores como ojos que se cerraran con fuerza. Factor tres, factor cinco, el fuego los perseguía, se extendía para devorarlos en este espacio como inexorablemente había devorado a los klingon en el espacio real. Spock, que contemplaba en sus pantallas la espléndida destrucción que corría tras ellos, le habló en voz baja a su ordenador para ordenarle que notificara lo antes posible a la Unión Astronómica Interestelar de un cambio en el estado de 109 Piscium. La destrucción se expandía en busca de ellos. Factor siete...

—Más tres —dijo Sulu.

—Motor de inversión activado —anunció Scotty desde Ingeniería.

Y la nova, y el espacio paralelo, e incluso la *Enterprise*, se apagaron...

Estaba oscuro. Ningún sonido llegaba hasta Jim, ninguna sensación. Su cuerpo había desaparecido. Su mente luchaba en la oscuridad como un pájaro cazado con liga, pero no conseguía nada. Sin que hubiese sonido ninguno, alguien, en alguna parte, gritaba... un aullido horrible, angustiado, aterrorizado, un aullido inconsolable que se prolongaba eternamente. No podía tratarse de él mismo: estaba ahogándose, intentaba respirar con unos pulmones que no estaban. «La muerte, eso es, todos estamos muriendo...»

La oscuridad no desapareció, pero ahora pudo percibir claramente otra característica, como si antes hubiese estado demasiado preocupado para advertirla. Había estrellas en la oscuridad. Y él volvía a tener cuerpo. Ella avanzaba a través de la fría noche, sintiendo los pequeños estiramientos y contracciones de su piel mientras se apartaba del planeta que había estado orbitando, y el calor de la estrella sobre su cuerpo disminuyó. Muy pronto, llegaría el momento de zambullirse en aquel sitio donde la luz de las estrellas era más fuerte, donde su vino embriagador se tornaría en un blanco incandescente en ella y le daría la libertad de alcanzar velocidades que jamás hubiera podido alcanzar en este mundo más calmo. Luego la vida auténtica comenzaría otra vez. Estas tranquilas órbitas en torno a planetas no eran más que momentos de descanso entre aventuras. El gran júbilo residía en lanzarse a toda velocidad, eternamente, bañada en la extraña luz de las estrellas; surcar los lugares desiertos con toda su potencia, ufana en su velocidad y poder, enfrentándose a lo que encontrara.

Y puesto que su júbilo, no compartido, habría sido inútil, ella había escogido compañeros que corrían aventuras durante los períodos de descanso de ella, y descansaban mientras ella se aventuraba. Ellos la complementaban. Era algo que cabía esperar, ya que los había escogido con gran cuidado. Deseaban la oscuridad tanto como ella, aunque indudablemente en una escala menor. E incluso eso cambiaría en el futuro. Algunos de ellos tenían ya la semilla del Gran Deseo en su interior, del deseo de viajar, no tanto por el logro de algún propósito como por el viaje en sí mismo. Varios de ellos en particular estaban llegando a ese estado, aquellos que más a menudo se sentaban en su corazón y conocían mejor su voluntad... especialmente el jefe, a quien estaba aleccionando lentamente en el sendero que debía seguir. Para su deleite, su exaltación, él estaba aprendiendo. Había llegado a tener conciencia de la identidad de ella, a conocerla, a la manera pequeña e indefinida de sus hijos. Pero llegaría a conocerla todavía mejor. Ella le enseñaría todo lo que existía. Ella lo elevaría para que fuera igual a uno de su propia especie. Y entonces... entonces...

... entonces, Jim se encontró de vuelta en su asiento, temblando de la cabeza a los pies. Las alarmas de emersión ululaban por todas partes, y su gente miraba frenéticamente en todas direcciones como estatuas que repentinamente hubiesen cobrado vida.

—¡Estado! —dijo Jim, y se consideró afortunado porque la palabra hubiese sonado como un grito y no como un chillido.

—Estamos ilesos, capitán —le respondió Spock, tranquilo como siempre, desde su puesto—. Los ordenadores de control de daños no han llegado a activarse en ningún momento.

Jim se volvió a mirar a Uhura.

—¿Heridos?

Uhura se quitó el transdador del oído con el aire de una persona ante quien está quejándose y gimiendo todo el mundo.

—Ninguno, señor. Pero los miembros de la tripulación están muy trastornados. Con independencia de lo que esperaban que fuese la inversión, no era eso.

—No puedo reprochárselo —reflexionó Jim. Aún estaba sumido en esa sensación que había experimentado por primera vez cuando K't'lk le mostró cómo funcionaba el motor, con la diferencia de que esta vez recordaba algo de lo que le había sucedido—. Dícales que pondremos un informe a su disposición en los canales de la nave, en cuanto hayamos averiguado lo sucedido.

—Y dónde estamos —añadió Uhura al tiempo que miraba la pantalla frontal.

Jim la imitó, y se mostró de acuerdo.

—Señor Sulu, señor Chekov —dijo—, pensaba que tenían ustedes trazado un rumbo para el sistema de Jota Sculptoris. Yo he estado allí, y no es esto.

Desde luego que no lo era. Jota Sculptoris era una pequeña e inofensiva estrella M2, con varias estaciones de transmisión subespacial en órbita a su alrededor. Cualquiera que fuese la estrella que flotaba centrada y cegadora en la pantalla, no era inofensiva. Se trataba de una gigante blanca tan violentamente luminosa, incluso a esta distancia, que la pantalla ya había disminuido hasta intensidad mínima, y había activado las señales de inminente sobrecarga de sensores. La *Enterprise* estaba navegando en torno a ella en una hipérbola muy abierta, a unos 0,2 c, de modo que resultaba fácil ver las capas globulares concéntricas de gas luminoso en las cuales anidaba la estrella: capas que iban del violeta incandescente de las más cercanas a la estrella, al profundo y deslumbrante añil de las más alejadas. El campo estelar circundante tampoco era mortecino; en pársecs a la redonda, el espacio aparecía sembrado de gigantes azules y blancas azuladas, que resplandecían como gemas dispersas y ardientes. Pero el terror blanco y cegador en torno al cual giraba la *Enterprise*, las superaba con mucho a todas.

—¿Eso es lo que yo creo que es? —preguntó Jim.

—Una estrella Wolf-Rayet, capitán —respondió Spock—. No hay una sola en toda la Federación... ni, ya que estamos, dentro de la órbita de la nave de más largo alcance que tenemos. Nuestra presencia aquí denota que estamos a mucha distancia de casa. Pero también somos de lo más afortunados, ya que ninguna nave de la Federación ha estado jamás tan cerca de una de éstas. Constituiría una gran pérdida para la ciencia si no nos quedáramos el tiempo suficiente para realizar algunas mediciones.

—Obtenga un espectro de ella —le ordenó Jim a Sulu—. Si se trata de alguna que haya sido detectada desde nuestra Galaxia, podremos usarla para determinar nuestra posición.

—Sí, señor.

Jim se volvió a mirar a Spock, mientras advertía, con ociosa diversión, que detrás de él Sulu le apostaba a Chekov que podía saber de qué estrella se trataba sin consultar el catálogo. Chekov aceptó la apuesta.

—Señor Spock —dijo Jim—, si comprendo bien la naturaleza de estas estrellas, no nos encontramos exactamente en un lugar donde podamos holgazanear sin peligro. Se supone que todas esas capas de gas son lo que queda de grandes porciones de la atmósfera estelar, que se desprenden en explosiones periódicas. Explosiones de fuerza considerable, podría añadir... ¡Fíjese en las variaciones del azul de esa capa interior! No querría menospreciar los esfuerzos del señor Sulu, pero creo que ya he tenido bastantes novatas para un sólo día. Si esa cosa se vuelve loca y decide estallar mientras estamos aquí...

—Las probabilidades están en contra, capitán.

—Eso decían también acerca de Pompeya —replicó Jim, en nada más tranquilo—. Y mírelos.

—Es zeta-10 Scorpii, capitán —anunció Sulu. Por un lado de la boca, en voz más baja, le dijo a Chekov—: Págueme.

—Se lo daré el martes.

—Esto es de lo más notable, capitán —declaró Spock—. Este dato indica que hemos sido lanzados a aproximadamente cinco mil setecientos años luz, casi una vigésima parte del diámetro de la Galaxia, en un rumbo casi diametralmente opuesto al que se había trazado. De hecho, hemos atravesado toda la Federación y el imperio klingon, y hemos penetrado en espacios hasta ahora inexplorados por ninguna especie que conozcamos. Eso constituye otra excelente razón para permanecer aquí durante un corto período de tiempo. Tendremos acceso a visiones del corazón de la galaxia que nunca han estado a nuestro alcance debido a la presencia del polvo interestelar...

—Lo cual nos lleva a otra interesante cuestión —dijo Jim, y pulsó el botón de comunicación de su asiento—. ¡Ingeniería!

—Aquí Scott.

—Scotty, ¿los motores están bien?

—Oh, sí, capitán, los motores están funcionando... aunque no sé por qué.

—¿Están bien ustedes, Scotty?

—Sí. Mi cerebro todavía da vueltas, pero al menos ahora lo hace en la dirección correcta.

—En su caso, quizá sí. Pero ¿y K't'lk? ¿Dónde está ella?

Se oyó un tintineo.

—Aquí, capitán.

—Se suponía que debíamos dirigirnos hacia Jota Sculptoris, comandante.

—Y así era, señor. Pero resulta evidente que la nova del señor Sulu tenía otros planes para nosotros. Aunque estabilizamos el rumbo de la nave, la explosión de la estrella nos imprimió una enorme cantidad de energía, y complicó así las ecuaciones de vector...

—Transmisión de la onda de choque a través del medio interestelar —explicó Spock desde su terminal—. Normalmente es algo imposible... el vacío no transmite las ondas de choque convencionales. Pero cuando explota una nova, el espacio circundante, en varias unidades astronómicas a la redonda, puede llenarse en cuestión de segundos de la atmósfera liberada por ella. Se ha postulado que los espacios paralelos podrían verse afectados de un modo similar; las ondas de gravedad y otras alteraciones «subtéticas» de ese tipo pueden, en teoría, propagarse de esa manera y afectarnos incluso cuando nos hallamos en el hiperespacio. Sospecho que ahora tenemos la confirmación de dicha teoría.

—Fantástico. La nova nos ha dado una patada en el trasero.

—Descripción precisa en cuanto a la sensación, si bien no en lo relativo a los detalles —dijo K't'lk. Su campanileo sonaba amargo, como si considerase el mal funcionamiento de su motor como una mácula para su persona.

—Scotty, ¿funcionan bien sus motores hiperespaciales?

—Bueno, control de daños no ha notificado nada, pero los ordenadores tienen puntos ciegos. Capitán, no sé qué parámetros temporales limitan las órdenes que le ha dado la Flota Estelar, pero ¿sería una transgresión concederme un breve descanso para que pueda revisar yo mismo a mis pobres niños... quiero decir, los motores hiperespaciales y los de impulsión? En las proximidades de 109 Piscium realizamos un montón de maniobras violentas.

—No hay ningún problema. Creo que podemos permitirnoslo. ¿Cuánto tiempo necesita?

—Un día estaría bien.

«¡Uuuuuufff! —pensó Jim—. ¡¡Ya estaba preparado para el gran salto, y ahora esto!!»

—Que sea un día. ¡Pero hágalo rendir, Scotty! Otro caso de *transitus interruptus*

como éste, y quizá serán mis ecuaciones vectoriales las que necesiten revisión. —Jim dejó escapar un largo suspiro—. Le diré una cosa, no estoy nada contento con el golpe de suerte que nos ha traído hasta aquí, junto a una estrella Wolf-Rayet, por rara e interesante que sea...

—No creo que la suerte haya tenido mucho que ver con esto, capitán —intervino K't'lk.

—Tampoco yo, señor —convino Spock. Estaba contemplando las pantallas de su terminal con aquella expresión que Kirk conocía desde hacía tiempo: absoluta fascinación—. He estado examinando los espectros de 109 Piscium que tomamos antes de abandonar sus proximidades, y el espectro de zeta-10 Scorpii que tenemos aquí. Existen algunas correlaciones curiosas. Continuaré estudiándolos, pero me atrevería a sugerir que las ecuaciones de vector del motor de inversión se vieron ligeramente trastornadas por la presencia de la nova tanto en el espacio real como en el subespacio, de modo que «buscó» una fuente energética de tipo aproximadamente equivalente. Y aquí estamos. Una estrella Wolf-Rayet, al fin y al cabo, puede ser considerada como una especie muy limitada de nova irregular...

—Es la irregularidad lo que me preocupa —dijo Jim. Durante un momento permaneció sentado y miró al exterior, los ojos fijos en el brillo de zeta-10 Scorpii, suspendida en su nido de ardientes capas concéntricas como una versión divina y resplandeciente de un antiguo juguete chino terrícola—. Es igual. Nos quedaremos y tomaremos las imágenes que quiere, al menos durante un corto período tiempo... ¡no permita el cielo que yo impida la investigación astronómica en esta misión! Pero lo primero es lo primero. K't'lk, ¿puede evitar que el motor vuelva a descomponerse?

—Claro, capitán. Se trata de un ajuste menor, como muchos otros que tuvimos que hacer durante las pruebas... aunque no tuvimos muchas oportunidades como para que pudiera surgir un problema como éste. —El campanilleo volvía a sonar alegre—. No importa. Pronto lo eliminaremos.

Jim sonrió y no dijo nada al respecto.

—Bien. Adelante. Y, Scotty, ¡no se ponga a hacer una revisión completa! Si esta estrella grita ¡el Lobo!,^[4] puede que tengamos que marcharnos de aquí a toda prisa. K't'lk, ¿cuánto tiempo necesitará para sus reparaciones?

—Acabaré con la revisión del motor de inversión antes que Mt'gm'ry haya terminado con sus «pobres niños», capitán. Dentro de tres horas como máximo.

—Niños —la corrigió Scotty con firmeza.

—Ah. Gracias...

—Ejecute entonces. Kirk fuera.

Jim se retrepó en el asiento de mando y exhaló un suspiro. Ya no quedaba nada que hacer excepto esperar... y pensar en cómo había sido la inversión.

Eso último era todavía peor que esperar. De cualquier forma, estaba a punto de

concluir su turno... y necesitaba a alguien con quien hablar.

—Señor Sulu —dijo—, trácenos una bonita y amplia órbita alrededor de esa cosa. Y active los escudos de manera que de esta nave salga la menor cantidad de energía posible. Si tengo que quedarme por aquí, prefiero andar de puntillas y no hacer nada que pueda despertarla. Spock, por el momento tiene el mando. ¿Le falta poco para acabar el turno?

—Según el horario, sí, capitán. —Spock estaba concentrado en sus pantallas—. Pero estos espectros...

Jim reconocía la fascinación cuando la tenía delante.

—Haga lo que considere necesario con respecto a los espectros, Spock. Y ponga esa estrella bajo vigilancia... No quiero que eructe siquiera sin que se me notifique. Voy a almorzar algo. Cuando quede libre, si eso sucede durante este turno, estaré en el comedor de oficiales, por si le apetece reunirse conmigo.

Se levantó del asiento de mando y se encaminó hacia la izquierda, mientras Spock descendía por su derecha y lo ocupaba: el viejo hábito de relevo, medio danza y medio broma sin palabras; pero Jim no necesitaba siquiera mirar a Spock para saber que en ese preciso momento tenía la mente muy lejos de la broma.

—Uhura —estaba diciendo cuando las puertas del ascensor se abrieron ante Jim—, tenga la bondad de llamar a Dinámicas Estelares y pedirles que comiencen a analizar los datos que aparecen en mi terminal, con una atención especial a las relaciones existentes entre las líneas de hidrógeno. Asimismo, vea si, el señor Benford se encuentra de servicio en este momento...

Las puertas se deslizaron hasta cerrarse.

—Cubierta seis —ordenó Jim, y oyó ecos en su cabeza, y se preguntó por qué. Empezaba a sentir cierto recelo.

«Yo quería este motor. ¿Por qué estoy tan nervioso?»

Por una vez, Jim no tuvo ojos para la ventana del comedor de oficiales, a pesar de la radiante vista del exterior. Consiguió tragarse una buena parte del filete antes de que el ordenador de la nave le comunicara suavemente que Spock había abandonado el puente y ordenado al ascensor que lo dejara en la cubierta seis. Jim engulló el resto del filete, hizo que la mesa hiciera desaparecer todo rastro de él, y estaba dedicado a una ensalada cuando Spock entró en silencio.

—¿Puedo acompañarlo, señor?

Jim blandió un tenedor con verdura a modo de invitación. Spock se sentó, tocó el área de la mesa sensible a la presión que hacía aparecer el menú, lo ojeó, y pronunció una combinación de letra y número. El transportador de la mesa materializó otra ensalada: lechuga de Boston, por su aspecto, con extrañas cosas amarillas esparcidas entre ella. Jim las contempló con curiosidad y Spock comenzó a comer.

—¿Algo vulcaniano?

Spock negó con la cabeza y acabó el bocado.

—Es terrícola en origen; una forma mutante cultivada en McDade. *Xanthopipericum flagrantum* Ellison. En otra época se hacía referencia a ella como «Muerte Sechuan», aunque yo...

Jim interrumpió la explicación con un gesto de la mano.

—Dejemos la botánica para más tarde, Spock. Parece preocupado. ¿Qué sucede con los espectros, en cualquier caso?

—Irregularidades —replicó Spock—. El problema es más fácil de demostrar que de comentar. Pantalla —le ordenó a la mesa. Ésta dejó de fingir que era madera roja sargoliana y se volvió negra—. Lecturas de la terminal científica —ordenó Spock, y añadió una lista de números.

—Autorización —pidió la mesa. Spock posó una mano sobre la pantalla. Ésta la leyó, y presentó cuatro conjuntos de espectros: listas de luz irisada, y un surtido de líneas de brillantes colores.

—Lo que más me intriga —dijo Spock— es el hecho de que dos novas nunca estallan de la misma manera exacta. Algunas evolucionan según uno de estos dos esquemas —señaló un grupo de datos, las pocas líneas brillantes dispersas de un espectro de «emisión», y la lista irisada de líneas oscuras de un espectro de «absorción»—, mientras que otra estrella, que aparentemente no difiere de la primera, evolucionará según uno de estos otros dos. —Señaló el segundo conjunto de espectros, donde tanto las líneas brillantes como las oscuras se adentraban mucho más en el espectro del azul—. Pero, de un modo general, el resultado encaja siempre en uno de estos dos conjuntos de pautas. Ahora bien, éste —dijo Spock al tiempo que señalaba un nuevo grupo que aparecía cerca del borde superior de la pantalla— es el espectro de catálogo de 109 Piscium, el que tenemos en los archivos. Éste de aquí —señaló otro— es el que obtuvo nuestro ordenador cuando fijó el rumbo inicial sobre la estrella desde diez años luz de distancia. Y éste lo tomó el ordenador justo antes de que el señor Sulu lanzara la nave al hiperespacio prácticamente dentro de la corona de la estrella. Es digno de encomio, por cierto, por la previsión que demostró al hacer que el ordenador realizara esta tarea, aun cuando se encontraba tan ocupado.

Spock apartó la ensalada a un lado para que no tapara el siguiente conjunto de espectros que apareció junto al primero.

—Y éstos, capitán, son de zeta-10 Scorpii. Fíjese cómo el espectro está notablemente desplazado hacia el azul, como en el caso del último espectro tomado de 109 Piscium. La causa son esas capas de gas que a usted tanto le preocupaban. Aquí tenemos los espectros de catálogo, y los que tomó el señor Sulu en el momento de nuestra llegada. ¿Puede ver la alteración en la posición y relaciones entre las líneas del espectro brillante? Es algo muy sutil.

—Sí, creo que la veo —replicó Jim—. Pero ¿qué significa?

—Capitán —dijo Spock—, hay un factor común indudable, una causa externa que estaba presente mientras cada una de estas estrellas se encontraba en el proceso de convertirse en nova o, en el caso de zeta-10, «casi convertirse» en nova. Nosotros estábamos allí.

Jim asintió con lentitud.

—Pero ¿cómo podría una nave estelar afectar a una estrella?

—De la forma en que afectamos a la 109 Piscium, por ejemplo —respondió Spock—. Pero esta alteración es algo diferente... más sutil, como he dicho, y al mismo tiempo de lo más alarmante. Y el hecho de que esta nave lleve aparatos que no ha llevado ninguna otra antes no resulta nada tranquilizador. He descartado como irrelevante el efecto de nuestros motores hiperespaciales como causa de estos cambios; durante el tiempo que hemos permanecido en las proximidades de zeta-10 Scorpii no nos hemos acercado siquiera al límite del efecto hiperespacial. Pero daría lo que fuera por tener un espectro de esa estrella cercana a Rasalgethi junto a la que emergió K't'lk, un espectro tomado en el momento de la emersión. Dos sucesos de ese tipo podrían ser coincidencia, aunque son muchas las probabilidades de que no sea así. Pero tres...

«Dos sucesos», pensó Jim.

—Spock —preguntó luego—, ¿puedo preguntarle algo en confianza?

Spock alzó una ceja, dio un golpecito sobre la mesa para que se desvanecieran las listas irisadas de los espectros y volviera a adquirir aspecto de madera roja.

—Capitán, estoy a su disposición.

—¿Experimentó usted algún... efecto extraño... durante el tránsito de inversión?

Spock dejó el tenedor y se apoyó sobre los codos, uniendo los dedos de ambas manos en aquel característico gesto meditabundo suyo.

—Capitán —respondió—, es en parte por esa razón que salí con tanta prontitud del puente para venir aquí. He estado pensando seriamente en declararme incapacitado para el servicio después de dicho suceso. Creo que estoy incluso dispuesto a hablar con el doctor McCoy acerca del asunto.

Jim asintió con la cabeza, al tiempo que ponía todo el cuidado para mantener el rostro sereno. No quería aumentar la angustia de Spock mostrándose sorprendido o divertido ante esta última frase.

—Puedo preguntar...

—Puede —replicó Spock. Hizo una pausa de pocos segundos, sin mirar a Jim—. Experimenté una sensación de lo más... petrificante... de pérdida del tiempo. Petrificante en todos los sentidos, pues las sensaciones físicas estaban ausentes. Pero la pérdida de la noción del tiempo fue el efecto más destacado, y la angustia que causó fue considerable. —Los ojos de Spock volvieron al presente y miraron a Jim—.

Como cabría esperar, puesto que según nuestras definiciones, la vida necesita tiempo para moverse por él, o no es vida.

Jim asintió. «Eso eran los gritos —pensó—. Mi mente que gritaba pidiendo tiempo donde no lo había, del mismo modo que los pulmones gritan pidiendo oxígeno en un vacío. Uno respira y respira pero no le sirve de nada...»

—Yo experimenté algo similar —comentó—. «Angustia» es una palabra suave para describirlo. Sin embargo, en mi caso hubo algo más.

Spock alzó una ceja y esperó. Jim dudaba, un poco incómodo ahora que había entrado en el tema.

—Era... yo era la nave. Sin que hubiese pensamiento real, al menos lo que yo habría llamado pensamiento, había consciencia. Una sensación de increíble poder, de fuerza y rapidez... y de confianza, sin que hubiese realmente un yo que confiara en sí mismo. Un enorme deseo de viajar. Un inquebrantable sentido de finalidad. Era casi... —y buscó cuidadosamente las palabras—, casi una apoteosis de «mecanicidad», si eso tiene algún sentido. Para mí no tiene mucho. —Por la garganta de Jim escapó una risa jadeante—. Yo siempre he pensado en mí mismo, en relación con la nave, como un poseedor. Pero la nave no lo veía... no lo ve del mismo modo. Puede que sea yo el poseído...

—Fascinante. —Spock permaneció inmóvil durante un momento, antes de continuar—. Capitán, ¿ha estado alguna vez en el sistema de beta Pavonis? ¿En el cuarto planeta exterior? —Jim negó con la cabeza; había tenido conocimiento del sitio en sus estudios, pero ni siquiera el comandante más activo llegaba a ver jamás un centenar de los mundos conocidos—. La estrella es bastante corriente, una tipo A5. Pero el tercer planeta tiene anillos. El amanecer de las zonas supraecuatoriales es un fenómeno de lo más intrigante. En medio de la noche, el cielo es por completo negro. Pero a medida que la línea divisoria del día alcanza un punto del suelo, los anillos se alzan azules y verdes por el este como la vaina de una espada curva. Crecen, se arquean por el cielo. Luego sale el sol, y el azul y el verde relumbran plateados contra un cielo naranja...

Esta vez, la sorpresa ante el repentino giro poético de Spock resultó más difícil de ocultar, pero Jim lo consiguió.

—Spock, creo que me he perdido. ¿Su última visita a beta Pavonis tiene algo que ver con su... eh... experiencia?

—Lo tiene, en efecto, capitán —respondió Spock, mirándolo con un levísimo toque de incomodidad—. Yo nunca he estado en beta Pavonis IV.

Jim cerró la boca.

—Ni es probable que vaya allí en el futuro —prosiguió Spock—. El planeta fue explorado hace treinta y cuatro años estándar, e inmediatamente puesto en estado de interdicto 5b/r por un mínimo de doscientos años...

—Guerra religiosa —dijo Jim—. Ningún tipo de contacto hasta que se resuelva la situación...

—Sí. No obstante, yo estuve allí —insistió Spock al tiempo que su mirada volvía a perderse en la distancia—. Estábamos acampados por centenares de miles en una enorme llanura árida, aguardando a que comenzara la batalla... esperando una señal. La espada salió por el este, y ya estábamos preparados. Pero la señal llegó de un modo diferente al que esperábamos. Llovieron estrellas. Atravesamos corriendo aquel yermo hasta donde estaban acampados nuestros enemigos, y los abrazamos, nuestros hermanos...

Jim vio que las manos de Spock temblaban con los dedos entrelazados, y cómo Spock hacía que dejaran de temblar.

—Fue una experiencia de lo más... emotiva, estar allí cuando se hizo la paz. Experimentar el abrumador alivio, el... júbilo. —Los ojos del vulcaniano regresaron una vez más al presente—. Luego la experiencia cesó y me hallé sentado en mi puesto, completando las instrucciones que había comenzado a darle a mi ordenador antes de iniciarse el tránsito.

Jim le pidió a la mesa una taza de té caliente y bebió algunos sorbos en silencio.

—¿Cabe la posibilidad de que se trate de algún tipo de conexión mental?

—Lo creo improbable, si se considera la distancia. Así que, señor, con su permiso creo que será mejor que vaya a someterme a los cuidados del doctor...

—Sólo un instante —pidió Jim al tiempo que le tocaba un brazo para impedir que se levantase—. Función de comunicador —le ordenó a la mesa—. Enfermería.

—Aquí McCoy.

La voz de Bones denotaba descontento. A Jim le sorprendió eso y (en menor grado) una de las voces que hablaban animadamente en el fondo, una voz que no reconoció. De inmediato se dio cuenta de que pertenecía a uno de los integrantes del grupo de reemplazo; cuando uno pasa largos períodos de tiempo encerrado con sólo cuatrocientas personas, todas las voces se vuelven conocidas. Pero de momento dejó la curiosidad a un lado.

—Bones, tuve una interesante experiencia durante ese tránsito...

—También usted, ¿eh? —McCoy parecía pensativo—. Creía que tal vez era sólo yo...

—No. Otros las han tenido. Quiero que todos los miembros de la tripulación que hayan experimentado algo semejante, se sometan a revisión...

—Dé la orden —replicó McCoy—. De todas maneras, yo no voy a poder moverme de aquí. ¡Maldito papeleo! Y otra cosa, Jim...

—Después. Pasaré por ahí. Kirk fuera. —Jim miró a Spock—. ¿Querría acompañarme?

—Sí, capitán. Aunque aún debo declararme incapacitado para...

—Oh, Spock, deje eso ahora. Hay altísimas probabilidades de que todos los que están en esta nave hayan tenido experiencias inquietantes como la suya. Y además, dado que su experiencia tuvo lugar en un período de tiempo cero, nada puede haberle sucedido a usted, porque la palabra «suceder» implica duración, y no hay duración ninguna en un tiempo cero. La Flota Estelar difícilmente va a preocuparse por algo que nunca ha sucedido. Ni yo tampoco. Así pues, ¿por qué se preocupa tanto?

Mientras se levantaban, Spock miró a su capitán de soslayo, con el viejo destello de buen humor en los ojos.

—Porque aún siento la experiencia. No obstante, el suyo ha sido un razonamiento casi impecable. Se está convirtiendo en un maestro en el uso de las paradojas para reforzar sus argumentos.

—Bueno, ¿no son los vulcanianos quienes dicen que las puertas de la verdad están guardadas por la Paradoja y la Confusión... y que si se intenta resolver las cosas volviéndoles la espalda la verdad permanecerá cerrada detrás de uno?

—Si no lo hemos dicho —respondió Spock con seriedad pero sin que el destello de humor abandonara sus ojos—, me encargaré de que lo hagamos a partir de ahora.

—Hágalo. Bajemos a la enfermería.

6

Jim llamó al puente desde el turboascensor para dar la orden de que todos los tripulantes afectados se presentaran en la enfermería. Cuando salió del canal general, Uhura le dijo:

—Capitán, el señor Scott acaba de llamar con un informe de sus comprobaciones. Desea verlo lo antes posible.

El ascensor aminoró la velocidad y se detuvo en la cubierta cuatro. Spock miró a Jim.

—Vaya delante —le pidió el capitán—. Pille a Bones antes de que lleguen todos. Iré más tarde. —Spock asintió con la cabeza y salió del ascensor—. Ingeniería —dijo Jim.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, Jim observó ligeramente divertido que había miembros de la tripulación corriendo por todas partes, entre los diferentes niveles de la sección, con una expresión algo desquiciada. No era buena señal —probablemente había algún problema con los motores—, pero a Jim siempre le había resultado un poco gracioso que los subalternos de Scotty supieran captar y expresar la exasperación que él casi nunca manifestaba. Al entrar, oyó la voz de Scotty y el repiqueteo de K't'lk que resonaban provenientes de uno de los niveles inferiores, y se encaminó hacia allí.

—... no, Mt'gm'ry. Probemos de esta forma. Hay tres «dimensiones» físicas, ¿correcto? Cada una generada a partir de la precedente. Por supuesto que hay más, pero de momento estamos trabajando con un paradigma tradicional; resulta más fácil de manejar. Así que tenemos: longitud, anchura, y altura o profundidad. Bien, una vez que se ha postulado la existencia física, también se puede tener el movimiento a través de ella. Eso es lo que usamos para definir la siguiente función...

—El tiempo.

—Correcto. También de eso hay tres dimensiones... y muchas más potencialmente... generadas cada una de ellas por la que le precede. En el paradigma tridimensional, son: principio, duración y final. O puede llamárselas creación, preservación y destrucción. ¿Hasta ahí bien? Perfecto. Así pues, una vez que se han postulado las cosas físicas, y el tiempo, las cosas físicas pueden empezar a afectarse las unas a las otras. Así que tenemos otro conjunto de funciones para las cuales los físicos de ustedes no parecen tener términos que sean precisamente congruentes. Podríamos llamar a estas funciones aspectos de «afinidad». Los equivalentes más aproximados en su idioma serían «afectación», «efectividad» y «causa»...

—Espere un momento. Pensaba que la causa venía antes que el efecto.

—A veces sí. Pero yo no me fiaría demasiado de eso.

Se produjo una pausa.

—Creo que he vuelto a perderme.

—También yo —dijo Jim que descendía hasta el nivel que ocupaban en una pequeña plataforma-ascensor de raíles.

—Capitán —lo saludó Scotty, ligeramente aliviado, o así lo parecía, por aquella interrupción—. No pensaba que vendría tan pronto.

«Problemas seguros», pensó Jim al oír que el acento escocés del ingeniero era muy marcado.

—¿Problemas con los motores, Scotty?

—Sí. Mire esto. —Scotty avanzó hasta un terminal, tecleó para pedir las lecturas de los análisis estructurales, y se apartó un poco a un lado para que Jim pudiese ver—. Hay una zona debilitada en el recipiente de confinamiento de interacción de la barquilla de babor. No sé con seguridad cuándo se produjo la avería, aunque hay muchas probabilidades de que fuera durante ese disparatado frenazo de cero nueve c al que nos sometió Sulu. Lo que me inquieta, sin embargo, es que los ordenadores de control de daños no lo detectaron.

Jim miró las lecturas, un gráfico de un sondeo microcristalino por rayos X de la barquilla, y asintió con la cabeza. Mantuvo la calma exterior, pero por dentro se estremeció. El chapado superduro de iridio y rodio que recubría el casco había comenzado a deshacerse, así de simple. Millones de los enlaces de su larga cadena simple de cristal estaban destruidos, por lo que una franja que se extendía varios metros a lo largo de la barquilla estaba considerablemente debilitada.

—Si hubiéramos intentado entrar en el hiperespacio con eso tal y como está —comentó Jim, casi ausente—, seríamos ahora parte del polvo espacial.

—Sí, capitán.

Jim apartó los ojos de las lecturas.

—¿Cuánto tiempo hará falta para repararla?

—No mucho más del tiempo previsto en principio. Tendremos que salir y rehacer la trama del metal, pero tenemos el equipamiento necesario. Entretanto, me encargaré de que se hagan otras revisiones. Y, capitán, si me permite decirlo, será mejor que también haga revisar los ordenadores. Control de daños no debiera haber pasado por alto ese desperfecto.

—Hablaré con el señor Spock. —Jim tendió una mano y palmeó un hombro de Scotty—. Buen trabajo, Scotty. Continúe prestando atención a sus corazonadas durante este viaje.

—Así lo haré, señor.

—¿Y qué me dice usted? —preguntó Jim al tiempo que bajaba los ojos hacia K't'lk—. ¿El motor está reparado?

—Ya lo creo que sí —tintineó ella—. No habré tardado ni media hora, si llegó. Las ecuaciones de relación se vieron desviadas por la nova hacia una mayor

afectación, eso es todo...

—Bien —se apresuró a responder Jim—. Espere un segundo. Scotty, he olvidado preguntarle algo. Mientras estuvimos en tránsito... ¿tuvo alguna... alguna sensación, experiencia... extraña...?

Scotty miró a Jim con una mezcla de alivio y alarma.

—Sí —replicó con la voz de un hombre que dice estrictamente la verdad y desearía poder no hacerlo—. Pero no creí que fuera importante...

—Tampoco yo. De todas maneras, vaya a ver a McCoy. Lo harán también todos los demás, creo. Será mejor que llegue temprano y evite la aglomeración. Y ocúpese de que cualquiera de su equipo que se haya visto afectado baje también a la enfermería, cuando pueda.

—Algunos ya han ido, señor. Oímos las órdenes. En cuanto mis jefes de equipo hayan iniciado la recomposición del metal, iré yo.

—Bien. Continúe con lo que estaba haciendo, entonces. —Scotty se alejó, gritando enérgicamente para reclamar a uno de sus tenientes. Jim lo contempló durante un momento con expresión divertida y satisfecha, y luego bajó los ojos para mirar a K't'lk—. Ustedes dos parecen llevarse bien.

—Es uno de los mejores ingenieros terrícolas que haya conocido en toda mi vida —replicó ella—, y he conocido bastantes. Parece haberle pillado el truco a eso de entender los diseños de otras especies desde el interior, lo cual constituye un raro don. Su interés por la física de mi pueblo es una clara señal, según creo. Y su deseo de saber parece imposible de parar. Es una característica honorable.

—En ese caso, esta nave está llena de honor —replicó Jim con un tono algo seco. Comenzaron a atravesar juntos la sección de Ingeniería, a paso tranquilo—. ¿Advirtió algún efecto durante el tránsito, comandante?

Ella se sacudió, haciendo un tintineante encogimiento de hombros mientras avanzaba delicadamente junto a él.

—No, parece que he vuelto a perderme la emoción. Creo que mi especie tiene que ser resistente o ciega a los efectos; ninguno de mis colegas hamalki mencionó jamás un suceso semejante durante las pruebas. Los terrícolas parecían a veces conmocionados o sorprendidos después de la inversión, pero el efecto siempre se les pasaba con rapidez; ninguno de ellos mencionó haber experimentado nada peculiar en ningún momento. Y los vulcanianos tampoco manifestaron ninguna anomalía.

«Como le ha pasado a Spock esta mañana, en el puente», pensó Jim.

—Acompañeme a la enfermería, si está libre, comandante —la invitó mientras las puertas de Ingeniería se abrían ante ellos.

—Por supuesto. Pero, capitán, puede llamarme por mi nombre, si lo desea. A menos que piense que eso comprometerá la disciplina entre sus oficiales.

—Oh, la disciplina debe ser mantenida a toda costa —replicó Jim, haciendo todo

lo posible para que su rostro se mantuviera serio.

Ante este comentario, K't'lk emitió un sonido discordante, algo que Jim comenzaba a reconocer como risa.

—Capitán —dijo ella con un tono bastante seco—, ¿cree que me incubaron ayer?

—No sé qué pensar acerca de usted, K't'lk. No he tenido la oportunidad de hablar con una araña de vidrio muchas veces. ¿Qué es ese material disparatado que está intentando hacerle tragar a Scotty?

Ella comenzó a explicárselo. Jim, por supuesto, había realizado las lecturas requeridas sobre las ciencias no causales y las escuelas «filosóficas» de física pura mientras estaba en la Academia. Aunque la asignatura lo había confundido en su momento —y no le había visto valor ninguno—, había absorbido la información, la había usado para pasar los exámenes, y la había olvidado. Por desgracia, la explicación de K't'lk comenzó donde terminaba la limitada comprensión que Jim tenía de las ciencias no causales, y se volvió prácticamente ininteligible en pocos minutos. Así que Jim se limitó a asentir con la cabeza —seguro de que si la interrumpía para pedir explicaciones sólo conseguiría empeorar las cosas—, y se resignó a la simple fascinación ante algo y alguien tan ajenos, extraños. Cuando por fin llegaron a la enfermería, Jim se asomó al interior justo lo suficiente como para ver que el sitio estaba atestado, y que llegaba más gente a cada instante. McCoy, Chapel y otros miembros del equipo médico estaban sentados en torno a los terminales o con libretas electrónicas sobre el regazo, hablando con los miembros de la tripulación y tomando notas a toda velocidad. Resultaba obvio que McCoy no podría presentarle un informe durante algún tiempo, así que Jim simplemente continuó caminando, escuchando la exposición de K't'lk sobre el «género universal» y los «radicales de causación» y los «universos taub-NUT» y sabe el Espacio qué más. Estar con ella era un alivio, una agradable alternativa a lo que en caso contrario habría sido otro de esos aburridos períodos en los que un capitán no puede hacer nada más que esperar.

Por fin, llegaron al camarote de Jim.

—Ah, el lugar hecho famoso en canción y leyenda —dijo ella, recorriendo el entorno con los ojos mientras Jim la invitaba a entrar con una reverencia. El capitán alzó una ceja mientras se encaminaba hacia la botella de brandy sauriano.

—¿Bebe usted, K't'lk?

—Sólo por el sabor; el alcohol no afecta a mi metabolismo. Me «emborracho» si como policarbonos. «Grafito», creo que lo llamó Mt'gm'ry.

—Aquí tiene, entonces. Pero cómo va a... —Jim miró de hito en hito la pata cristalina que ella tendió hacia lo alto para asir la copa—. Hace un momento no tenía usted garras ahí —dijo con tono acusador.

—No las necesitaba —replicó K't'lk, que trepó delicadamente a una de las butacas de Jim y plegó las patas en torno a sí misma. Sostuvo la bebida cerca de su

lado derecho. La imagen resultaba bien curiosa, pero más curioso aún le pareció el órgano bebedor que extendió por ese lado y hundió en la copa. Comenzó a sorber, produciendo sonidos burbujeantes como un niño con una paja en una botella de leche—. Y bien, capitán —prosiguió, hablando con perfecta claridad mientras bebía—, ¿qué hay de cierto en los rumores que corren acerca de cómo pasa usted las veladas aquí?

—Señora —respondió Kirk, no ofendido sino muy divertido—, ¡no tanto como yo desearía! Además, ¿qué haría usted si yo la interrogara sobre su vida sexual?

—Se la contaría.

—¡Ggrr! —Jim intentó no atragantarse con el brandy—. Suponía que en la Academia de la Flota Estelar siempre enseñaban que los dos temas que uno no debe discutir con alienígenas, en términos generales, son el sexo y la religión.

—Debemos haber estudiado en diferentes ramas de la Academia, capitán. A nosotros nos dijeron que no mencionáramos la muerte y los impuestos.

—Pero ahí está usted, mencionando ambas cosas.

K't'lk volvió a encogerse de hombros, tintineando.

—Una de las dos cosas no nos atañe a ninguno de los dos —dijo. Era cierto; el personal de la Flota Estelar estaba exento de impuestos.

—¿Y la otra?

—Yo no pago impuestos —contestó.

La conversación continuó de ese modo, virando desde la perogrullada a lo incomprensible y así sucesivamente. Jim se sentía fascinado por la conciencia de que su interlocutora era una igual que se había sometido, por propia voluntad, al mando de otro; constituía un fenómeno que ya estaba habituado a ver en la *Enterprise*, pero que veía con mucha menor frecuencia fuera de ella, y menos aún entre especies tan diferentes de la humana como la que tenía delante. La inagotable energía de K't'lk también lo fascinaba. Esa energía se expresaba, sobre todo, en forma de deleite por lo que estuviera sucediendo. Incluso cuando la conversación giraba en torno a la muerte y la destrucción, como sucedió una o dos veces. K't'lk jamás descendía a nada que se pareciese a la seriedad humana. Sus opiniones sinceras y enérgicas, teñidas levemente por una ira afectuosa, eran lo más próximo a la seriedad que podía encontrarse en ella. Jim comenzaba a pensar que parecía divertido ser una araña de vidrio, y por último así se lo dijo.

Apenas un toque de sobriedad se introdujo en la voz de K't'lk cuando lo oyó.

—No sé si su gusto por la infinita diversidad llegaría hasta ese punto, J'm —le respondió; hacía ya bastante que él le había ofrecido que lo llamara por su nombre de pila, y se había librado a su vez de una de las sílabas interiores del nombre de ella—. Parece usted disfrutar de las cosas... extraprofesionales... que tienen lugar en este camarote. Si fuera un varón hamalki, las podría disfrutar una sola vez en la vida.

—Eh... T'l, ya sé que, ahhh, no debería...

Ella se rió.

—J'm, ya hemos sobrevivido a la conversación sobre los horrores de la muerte y los impuestos; ¿por qué iba a ser peor lo que nos queda por comentar? —Y se puso a explicar lo que quería decir con aquel comentario acerca de los varones hamalki, cosa de la que Jim se alegró; sentía genuina curiosidad.

La naturaleza les había planteado a los hamalki un problema interesante. La reproducción en los tiempos anteriores a la civilización inteligente había constituido un asunto peligroso y atemorizador: un macho determinado fertilizaba a tantas hembras como podía antes de ser devorado en el acto nupcial. Lentamente, sin embargo, a medida que se desarrollaba la inteligencia de la especie, los hamalki advirtieron algo: que las crías de aquellas hembras que se comían a su compañero prosperaban, creciendo más rápidamente y más fuertes que las de las hamalki que no lo hacían. No fue hasta mucho más tarde cuando sus científicos descubrieron la causa. Las enzimas y hormonas presentes en el cuerpo del macho durante el apareamiento hacían que el ADN análogo de la hembra se dividiera y recombinara con el del macho de una manera nueva y más eficaz.

Pero para cuando esto salió a la luz, los hamalki llevaban miles de años entregándose a este acto, y lo habían rodeado con los hábitos nacidos de la civilización y las emociones superiores. El cortejo se había transformado en un éxtasis de tejido físico, vocal e intelectual, mientras los dos participantes determinaban, consciente e inconscientemente, qué genes iban a compartir, cuánta memoria perpetuarían, qué conservarían de sí mismos. Una pareja cantaba visiones e intercambiaba deseos mientras construían entre los dos el edificio que serviría como testimonio de lo que habían sido a la vez que como nido para su apareamiento. La finalización del nido —por así decirlo, la confirmación y culminación «escrita» de su relación—, provocaba directamente el acto de amor. Justo después del punto álgido de su propio éxtasis, cuando la secreción de enzimas era mayor, el macho provocaba su propia muerte mordiendo a la hembra y haciendo así que ella (en sus propios estertores de placer) lo atacara ciegamente, lo matara y lo devorara.

Jim permaneció sentado e inmóvil durante un rato, dominando lo mejor que podía sus propias reacciones.

—Estoy seguro, sin embargo —dijo por fin—, de que no tienen por qué hacerlo de esa forma. Su civilización es lo bastante avanzada como para haber sintetizado las enzimas...

—Es algo que se ha sugerido —asintió K't'lk mientras acomodaba algunas patas delanteras de modo que pendieran por la parte frontal del asiento—. Ha provocado unas cuantas guerras santas.

—Ahora soy yo el que ha metido la pata —dijo él—. Religión. Lo siento.

—No me molesta, J'm. De todas formas, ustedes tienen religiones que les ofrecen a los adeptos la posibilidad de participar en milagros de varias clases. Uno de ellos, según tengo entendido, le ofrece a uno la oportunidad de comerse a Dios. Me sorprendió oír eso... porque algunas de las integrantes de nuestro pueblo dicen que eso es precisamente lo que nosotras hacemos. Es igual. ¿Cómo cree usted que se sentirían los participantes de ese milagro si les dijera que puede hacer que se produzca la transubstanciación en cuestión dentro de un tubo de ensayo, sin recurrir a la Deidad implicada?

Jim se encogió de hombros.

—Tuvimos algunos problemas de ese tipo, hace bastante tiempo —replicó—, pero no subsistieron más de un siglo, aproximadamente. Creo recordar que varias religiones se ampliaron un poco para tomar en cuenta algunas de las cosas nuevas que el universo había demostrado que era capaz de hacer.

K't'lk se echó a reír al tiempo que tendía una de las patas libres para tocar ligeramente el antebrazo de Jim.

—Típico —dijo—. Así son las civilizaciones de los vertebrados. Mi gente es un poco más rígida... —Bebió otro sorbo de brandy—. La otra parte del problema es que hay algo más que se transmite en el Acto, y que las enzimas no pueden aportar. —Ahora, K't'lk parecía seria, aunque no pesarosa—. El fantasma —concluyó.

Jim quedó perplejo durante un segundo. Luego lo entendió, y tuvo que esforzarse para no sonreír; no sabía con qué precisión podía K't'lk interpretar las expresiones del rostro humano.

—El espíritu, quiere decir. El alma.

—Eso es. Tiene que ser transmitida de alguna forma, después de todo... —Comenzó a jugar con las patas delanteras. Jim observó el movimiento con curiosidad y se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que ella estaba hilando. Un filamento resplandeciente se extendía desde un diminuto orificio del abdomen de K't'lk hasta sus garras, y con cuatro de sus patas «delanteras» ella le daba forma y lo entretejía, creando una estructura tan delicada y de aspecto tan frágil como vidrio hilado, o como un pensamiento.

—Echo de menos a T'k'rt't —comentó, trabajando con aire ausente mientras hablaba, como alguien que hiciera ganchillo—. Mi compañero del período anterior. Nos conocíamos desde hacía unos cien años, antes de que decidiésemos que había llegado el momento de compartir el Acto. Pero no parece que haya sido suficiente. Era arquitecto; construía las estructuras, frases y emociones más elegantes. Y yo solía fingir que no sabía nada de arquitectura, de forma que él acudiera a visitarme y darme clases. —Se echó a reír—. Él es probablemente la razón por la que acabé trabajando yo misma en el equipo de diseño de la Base Estelar Dieciocho... sus antiguos recuerdos despertaron dentro de mí... Tejé dos de las sílabas de su nombre en el mío,

en este último período. —Se ocupó del tejido durante un momento—. Todavía está dentro de mí, por supuesto —dijo tras una pausa—. Nosotras almacenamos las enzimas, y la simiente masculina, durante tanto tiempo como lo deseamos. Podría tener un pequeño T’k’rt’t en cualquier momento. Aunque no sería del todo él, no sería lo mismo. Yo preferiría volver el tiempo atrás y tenerlo otra vez conmigo. Pero él diría que es una necedad y se reiría de mí...

Se produjo otra pausa.

—Ahora empiezo a comprender —comentó Jim— por qué su pueblo tiene constructores tan grandiosos.

—Ah, sí. Construir es amor para nosotros... literalmente. Cada edificio es un reflejo del que construiremos por amor, o ya hemos construido. Y además... el precio de nuestras vidas, y nuestros amores, es la muerte. El precio es alto. El amor y la vida, y la visión que emana de ambas cosas, se ha convertido en algo precioso para nosotros... no sólo la nuestra, sino también la de todos los demás. Así que servimos a esos otros, los servimos a ustedes, construyendo y creando. Al hacer eso, al ver satisfechos los deseos de ustedes sin que tengan que morir, vencemos un poco a la muerte. Y ser la respuesta a las preguntas de otros es dulce...

El comunicador silbó. Jim tendió la mano hacia los controles de la mesa.

—Aquí Kirk.

—McCoy —replicó la voz conocida, que no parecía menos descontenta que antes—. Estamos despejando las cosas por aquí abajo, Jim. ¿Todavía quiere pasar por la enfermería?

—Voy hacia allí. Corto. —Se volvió a mirar a K’t’lk, que estaba acabando la delicada estructura antes comenzada, una masa con púas, entretejida, llena de simetrías distraídas. Una de las patas delanteras cortó el fino hilo que aún la unía a su abdomen; las otras tres se la ofrecieron a Jim.

—Será mejor que vaya a ver qué hace Mt’gm’ry ahí fuera. No porque no sea competente... pero fuimos nosotros quienes inventamos el proceso de tejido de cristal para los cascos de las naves espaciales, y si él ha encontrado una manera de mejorarlo, quiero enterarme...

Jim tomó la escultura y la colocó en un estante alto, a salvo de posibles daños.

—Si lo ha hecho, cuéntemelo. Y gracias. Mientras tanto, será mejor que nos pongamos en marcha. Bones parece estar al cabo de su paciencia...

La enfermería estaba algo más tranquila cuando llegó Jim. La mayoría de los tripulantes se habían marchado, y sólo quedaban unos pocos sentados aquí y allá que hablaban con la gente de la sección de Medicina, o entre sí. A un lado, Christine Chapel mantenía una conversación formal y ceñuda con uno de los ordenadores de diagnóstico; estaba respondiendo a sus preguntas con mucha mayor calma de lo que

ella se las planteaba, cosa que no mejoraba el humor de la enfermera, como era habitual.

—Ya ha llegado —dijo una voz detrás de Jim. McCoy se encontraba de pie en la puerta de su despacho, hablando con una mujer menuda de pelo oscuro que Jim no reconoció—. Entre, Jim.

—No hemos tenido ocasión de conocernos —le dijo Jim a aquel nuevo miembro de su tripulación mientras avanzaba hacia donde se encontraban ella y McCoy, y aprovechaba la oportunidad para recorrerla con la mirada. Era esbelta y delgada, e iba vestida con el uniforme blanco de enfermería de la Flota, que lucía en el cuello la insignia de la serpiente y el rayo distintiva de su primer servicio interior; Jim se preguntó por un momento qué pensaría alguien habituado a las duras condiciones y a los terribles retos de los mundos fronterizos, de la naturaleza comparativamente calma del servicio en una nave estelar. No tuvo tiempo para pensar en nada más, pues se dio cuenta de que también a él lo estaban mirando de arriba abajo. Unos agudos ojos de color avellana lo observaban desde un rostro sereno, y descendían a lo largo de su cuerpo para acabar deteniéndose, de modo más bien irritante, a considerar el contorno de la cintura y los dos kilos de más que se habían alojado allí mientras Jim esperaba que llegaran las noticias referentes al motor. A continuación, los ojos hicieron marcha atrás para volver a encontrarse con los suyos, y una risa afloró a ellos al captar la dueña tanto la desazón de Jim como su resolución de hacer algo respecto a los dos kilos.

—Señor —dijo la enfermera al tiempo que estrechaba la mano que le ofrecía Jim —, soy la teniente comandante Lia Burke. Me alegro mucho de conocerlo.

—Sí —replicó Jim—. Bienvenida a bordo. ¿Ha tenido tiempo de despedirse de todos en Terra? Según tengo entendido, no la avisaron con mucha antelación de la suspensión de su permiso.

—No había nadie de quién despedirse, señor; soy humana terrícola por herencia, pero mi hogar está en Sa-na'Mdeihein. Sólo estaba pasando unas vacaciones de dos semanas.

Jim pensó que cualquiera que hubiese decidido vivir con los na'mdeihei, rodeada por criaturas semi-extradimensionales hechas principalmente de piedra, era probable que mereciera unas vacaciones. Pero Bones parecía estar haciéndole insistentemente señales con la mirada, que indicaban que necesitaba hablar con él en seguida; de modo que dejó las preguntas para otra ocasión.

—Bueno, disfrute de su estancia con nosotros, comandante. Bones, ¿qué tiene para mí?

McCoy lo condujo al interior de su despacho y, antes de responder, no sólo cerró la puerta sino que opacó las paredes.

—El más condenado surtido de cuentos de hadas, historias fantásticas y visiones

excéntricas que haya oído jamás, Jim. Y otros problemas. ¿¿De quién ha sido la brillante idea de traer a esa mujer??!

—Detecto en ella un cierto talento para, eh, ir al grano —dijo Jim con tono seco mientras se sentaba ante el escritorio de Bones—. Aunque, según como se mire, sólo estaba haciendo su trabajo... hace ya un mes que está usted haciéndome advertencias sobre mi peso.

—Ésa no es la cuestión.

—¿Y cuál es?

McCoy tendió una mano hacia su escritorio, cogió un casete y lo introdujo en una ranura. La pantalla alojada en la superficie del escritorio se encendió y comenzó a leer el expediente de servicio de la nueva tripulante, BURKE, LIA T., TNTE. COMDTE., ET, DE, MA, EXMT, FICN...

—¡Mire eso! —exclamó Bones mientras sacudía las manos en el aire con exasperación—. ¡Yo pedí una enfermera...! ¡No una sopa de letras!

Jim se encogió de hombros.

—Es buena en su profesión... —Alzó los ojos—. ¿Es buena en su profesión?

—Ése es el problema, Jim. Es muy, muy buena. Es demasiado buena. Las enfermeras así empiezan a querer ser médicos. O comienzan a actuar como si lo fueran. ¿Por qué, por una vez, no puedo conseguir una enfermera que sepa cómo ser enfermera? Lo único que yo...

—Bones —lo atajó Jim al tiempo que tocaba la mesa y apagaba la pantalla—, ¿qué le sucedió a usted durante el tránsito?

McCoy se detuvo en seco, y le dedicó a Jim una larga, fastidiada y triste mirada.

—Usted debería haber estudiado psic... —Se sentó tras el escritorio—. Jim —comenzó con gran lentitud—, he estado enfermo unas cuantas veces a lo largo de mi vida, lo bastante enfermo como para tener alucinaciones. Sé lo que son. Pero nunca, nunca he tenido una experiencia tan vivida que haga que *esto* —dio un golpe con el puño sobre el escritorio— parezca la alucinación en lugar de la realidad. —Clavó una mirada de malhumor en el puño y el escritorio—. Desde el momento en que salimos, me paso el tiempo esperando traspasar las cosas como si fuera un fantasma... porque estuve en un lugar tanto más real y sólido que la realidad física, que podía ver a través de mis manos, que no podía ni tocar ni mover. —Su voz bajó de tono—. El... país... no sé dónde estaba. Me quemaba los ojos. Los bordes de todas las cosas eran nítidos como las sombras en el espacio. Los colores... casi un tormento. Las estrellas habrían parecido de color pastel en comparación. Era un lugar terrible. —Entonces alzó los ojos hacia Jim, con asombro y miedo en el rostro—. Y daría cualquier cosa por regresar allí.

Muy lentamente, Jim asintió con la cabeza. Para su sorpresa y consternación, había tenido el mismo pensamiento respecto a su propia experiencia.

—¿Y el resto de la tripulación? —quiso saber.

—Cosas similares. —McCoy recogió otra cinta y la introdujo en la ranura. Las lecturas pasaron por la mesa—. Dejando aparte los detalles... en mor de la confidencialidad y por otros motivos, ya que algunas de esas visiones, experiencias, o lo que sean, fueron muy íntimas... una gran mayoría de la tripulación tuvo experiencias hipersensoriales de acontecimientos o lugares que nunca antes habían visto ni vivido. Lo sorprendente es que algunas resultan identificables: entornos planetarios, visualizados con tal detalle que parece imposible que la persona no haya estado físicamente en ese lugar. Algunas pertenecen a lugares que en la actualidad somos incapaces de identificar. Algunas personas parecen haber visto cosas que sucedieron en el pasado: acontecimientos que hemos podido confirmar mediante el ordenador, y de los cuales las personas involucradas nada sabían. Por cierto, he revisado una muestra aleatoria mediante el escáner neuronal —comentó Bones, cuando Jim abría la boca para decir algo acerca de los recuerdos inconscientes de acontecimientos de los que se había oído hablar, o que se habían estudiado y olvidado—. El sondeo revela que no hay neuronas impresas con referencias relevantes excepto las implicadas en la experiencia misma... la gente realmente no había tenido conocimiento alguno de esos acontecimientos. Los factores comunes a todas las experiencias de las que se ha informado son incomodidad inicial... debida, según pienso, a la pérdida generalizada de la percepción temporal... y una extrema intensidad de la experiencia, hasta el punto de que la realidad física parece insuficiente, o temporalmente efímera, al recuperarse. Ah, y uno más. Una percepción de la experiencia como algo deseable, incluso si no fue exactamente placentera en su momento, y un deseo de volver a ella. Unas pocas personas establecieron la distinción de que no era exactamente en la experiencia donde deseaban entrar otra vez, sino en el trasfondo... el contexto... y en las emociones que les despertaba. —Tocó un punto del escritorio y comenzó a hablar una voz grabada, la de Uhura.

«Todo aquello —decía, con voz baja y pensativa—, era para que se le partiera el corazón a una».

«¿Por qué? —preguntaba la voz de Lia Burke, igualmente baja—. ¿Tan triste era?»

«¿Triste? ¡No!», replicaba Uhura... y resultaba asombroso oír el júbilo y el anhelo de su voz.

—Evaluación —pidió Kirk—. ¿Estas «experiencias» van a menoscabar la capacidad de la tripulación para cumplir con su cometido?

McCoy negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, Jim. De momento no veo menoscabo alguno. Pero algunos podrían estar ocultándolo. ¿Qué tal se encuentra usted?

—Bastante bien. Ya que estamos, podría añadir mi experiencia al surtido...

Jim le contó a McCoy todo lo relativo a cómo era aquello de ser una nave estelar. Bones permaneció sentado en silencio, asintiendo ocasionalmente con la cabeza, hasta que Jim concluyó.

—Así pues, ¿qué me prescribe, doctor?

—Trabajo —respondió McCoy con amargura—. A mí está resultándome muy eficaz. ¿Cuándo vamos a saltar otra vez?

—Dentro de medio día, más o menos.

—Bastará. Pero avíseles antes... bueno, sé que lo haría de todas formas. Quizá será más fácil la segunda vez... —Bones suspiró—. En este caso estamos trabajando con algo desconocido, Jim. Aún no he detectado ninguna tendencia peligrosa... se lo haré saber si la encuentro. Entre tanto, me encuentro atrapado dentro de una enfermería llena de enfermeras asesinas...

—Christine está enseñando a Burke, ¿no es así?

—Supuestamente —asintió Bones con voz fatigada—. Aunque a veces me pregunto quién está enseñando qué a quién...

—Vaya una sintaxis.

—Soy médico, maldita sea, no gramático. —Ambos se levantaron y se encaminaron juntos hacia la puerta. Ésta se abrió con un siseo y vieron a Mayri Sagady hablando con Lia Burke, mientras el alférez D'Hennish permanecía en pie junto a ellas—. ¿Qué le sucede? —le preguntó McCoy al sadrao.

—Nada, señor.

—¿¿Nada??

—No, señor. Estoy aquí sólo para coger de la pata a la teniente Sagady. Durante el tránsito, ella está viviendo una de esas experiencias. —Era lo máximo que un sadrao podía aproximarse al pretérito.

—¿Y usted no?

—No, señor...

D'Hennish retrocedió con aprensión cuando McCoy avanzó hacia él.

—Venga por aquí, hijo mío. Venga por aquí. Tengo una máquina a la que le encantará conocerlo. Varias máquinas.

—No hace daño, ¿verdad? —preguntó D'Hennish, con tono más bien plañidero, mientras Bones abría la marcha.

El sadrao volvió la cabeza y miró a Jim como un niño que pide que lo rescaten de las manos de un dentista demente. Jim le dedicó un encogimiento de hombros, no exento de compasión.

—Hágame saber los resultados, Bones —le pidió al médico, y se volvió para salir de la enfermería.

—Lo haré, capitán... Por aquí, hijo. Ahora, cuénteles a este bonito ordenador todo

el asunto. Christine, enséñele a Lia cómo programar el archivo de sincronización sináptica...

—Gracias, Chris, sé cómo hacerlo. ¿Es que nunca dice «por favor»?

Jim se marchó en silencio para robar unas pocas horas de sueño antes del siguiente salto.

La nave estaba en alerta roja cuando despertó. No era ninguna sorpresa, ya que lo había ordenado él mismo. El personal de la nave se habría reorganizado con un turno épsilon añadido a los alfa, beta, gamma y delta; las guardias serían más cortas — distribuidas entre cinco grupos en lugar de entre cuatro—, y la tripulación estaría preparada y alerta para cualquier cosa que pudiera traer la inversión. Se levantó, se vistió a toda prisa y se encaminó al puente.

Spock se encontraba allí, como cabía esperar, paseándose en torno al círculo rodeado por la barandilla e inspeccionándolo todo con su habitual y fría minuciosidad. Al abrirse las puertas del ascensor, ascendió y se reunió con Jim cerca de la terminal científica.

—¿Todo bien?

—Sí, señor. Estamos listos para abandonar la órbita en torno a zeta-10 Scorpii en cuanto usted dé la orden. Lo cual, si se me permite decirlo, le agradeceré que haga con rapidez. El espectro de la estrella no presenta ninguna señal que yo pueda diagnosticar con claridad, pero vuelve a manifestar irregularidades de implicaciones inquietantes.

—De acuerdo, saldremos de aquí dentro de poco. ¿Ha comprobado los ordenadores?

—Lo he hecho, capitán. Según todos los diagnósticos estándar, y algunos no estándar de mi propia creación, los ordenadores de control de daños funcionan a la perfección. No encuentro ninguna explicación al fallo referente al desperfecto que el señor Scott halló en la barquilla de babor.

—Maldición —dijo Jim mientras se encaminaba al asiento de mando. Chekov se encontraba ante el timón, pero Sulu estaba ausente; era su turno libre, y el aprendiz, el teniente Heming, ocupaba el puesto de navegación. Con aire distraído, Jim les hizo un gesto con la cabeza a ambos y se sentó.

—Spock —dijo mientras lo hacía—, si tenemos que hacer comprobaciones manuales de todo, eso va a significar una demora bastante considerable.

—Capitán, estoy de acuerdo. De todas formas, parece la única forma segura de proceder hasta que podamos determinar la causa del fallo de diagnóstico.

Jim hizo una mueca.

—De acuerdo. —Pulsó el botón de comunicaciones del asiento de mando al tiempo que Spock regresaba a su puesto.

—Ingeniería...

—Aquí K't'lk, capitán.

—¿Dónde está Scotty?

—Haciendo unas comprobaciones finales. Más por nervios que otra cosa. Según creo... declaró que tanto los motores hiperespaciales como los de impulsión están «limpios» hace horas. El entramado de la sección dañada del casco quedó terminado hace dos turnos.

—¿El aparato de inversión está a punto?

—Encendido y preparado, capitán. Rumbo trazado para el «punto de suspensión intermedio», a medio camino entre los límites exteriores de la Galaxia y los de la Pequeña Magallanes... «x» a menos cuarenta y cinco grados de galatitud, «y» a doscientos noventa y nueve grados de galongitud, y «z» a cien mil doscientos treinta y siete años luz del Núcleo Galáctico Arbitrario. Navegación, por favor, confirme.

Jim sonrió. Esta vez, K't'lk no pensaba correr ningún riesgo, y se aseguraba de que él lo supiese.

—Confirmación de navegación, capitán —dijo el señor Heming, con enérgico acento de Oxford.

—Bien, K't'lk. Haga que Scotty regrese a su puesto; estamos a punto de saltar.

—Sí, señor. Ingeniería fuera.

—Enfermería...

—Aquí McCoy.

—¿Preparados, Bones?

—Si pregunta si estamos preparados para saltar, sí. Si lo que pregunta es si nos alegramos de ello... —No acabó la frase, pero su tono dejaba bien claro lo que sentía—. Por cierto, he acabado con los escáners de D'Hennish.

—¿Y?

—La máquina lo confirma: es el único tripulante, aparte de K't'lk, que no ha vivido ninguna experiencia durante la inversión. Lo he hecho conectar al neuroescáner para que podamos tener datos en vivo de lo que suceda durante la inversión. Lia también está conectada. Sólo desearía que pudiéramos tener otro sadrao.

—Yo también tengo unos cuantos deseos... la mayoría relacionados con ordenadores que no funcionan. No les quite el ojo de encima a sus máquinas, Bones. Puente fuera. —Se volvió a mirar al teniente Mahásë, que ocupaba el puesto de Uhura—. Comenzamos la cuenta atrás, señor Mahásë. Cinco minutos a partir de ahora... ya.

—Contando, señor.

—Confirme el estado de alerta roja en todas las secciones... presencia y alerta del personal.

Pasaron unos instantes.

—Confirmado, capitán.

—Bien. Páseme el circuito general. —Mahásë tocó una luz y le hizo un gesto de asentimiento a Jim—. A todo el personal, les habla el capitán —dijo—. Dentro de cuatro minutos, cuarenta segundos desde... ahora... pasaremos a modo de inversión. Agárrense a lo que necesiten agarrarse, y no lo suelten... vamos a salir a mucha distancia de casa. Kirk fuera.

Se recostó en el respaldo de su asiento, inspiró y exhaló, y miró a la tripulación del puente. En el pasado había habido momentos que parecían justificar el uso de la típica frase de que la tensión en el puente era tan espesa que podía cortarse con un rayo fásico. Éste era otro de esos momentos; el simple gesto de alzar una mano para rascarse una comezón, le costaba a Jim más esfuerzo del natural... y el aire parecía rígido.

—Tres minutos, treinta segundos —anunció Mahásë.

Jim tenía ganas de imprecisar, de levantarse de un salto y caminar, de hacer algo. Sus tripulantes permanecían sentados en torno a él y realizaban su trabajo, haciendo que pareciese fácil a causa del murmullo de voces tranquilas.

—Cámaras compactas rodando.

—Holografías activadas.

—Escudos...

—Escudos activados.

—Un minuto treinta segundos...

La pantalla ardía con la violenta y adorable imagen de zeta-10 Scorpii, anidada en las profundidades de sus cegadoras capas violeta y añil. Jim la contemplaba larga y atentamente a modo de distracción, y apartaba los ojos sólo cuando comenzaban a dolerle.

—Sección de defensa...

—Cañones fásicos a punto.

—Torpedos de fotones...

—Tubos cargados.

—Cuarenta y cinco segundos...

La estrella ardía y burbujeaba con manchas solares; Jim se preguntó si constituían un síntoma de las irregularidades que había mencionado Spock. No cabía duda de que la estrella tenía una fotosfera bastante activa, pero era lo que cabía esperar de un sol que hacía estallar las capas superiores de su atmósfera de vez en cuando...

—Entradas en diario de navegación...

—Concluidas y transmitidas.

—Quince segundos. Catorce. Trece...

—Motores hiperespaciales...

- Temporalmente desactivados.
- Motores de impulsión...
- En cero coma uno cinco c.
- Nueve. Ocho. Siete...
- Motor de inversión...
- Encendido, doble confirmación.
- Cuatro. Tres. Dos. Uno...
- Inversión activada...

... y el mundo comenzó a desaparecer. «Asombroso —pensó Jim, y el pensamiento no parecía normal en absoluto—, de hecho puedes sentir un poco cómo llega, igual que la anestesia». Fue casi lo único que le dio tiempo a pensar; al «momento» siguiente la ausencia de éste volvió a estrangularlo, y esta vez resultó más difícil de soportar, no más fácil. Pero lo último que vio mientras aún era capaz de pensar y ver, hizo que sintiera deseos de saltar del asiento, aunque no podía moverse. La superficie de zeta-10 Scorpii se elevó y contorsionó como un líquido al que se le arroja un peso dentro; luego perdió la forma y se expandió más y más y más, en una aterradoradora, espléndida y mortal flor de fuego, persiguiéndolos con incandescente furor como lo había hecho 109 Piscium. «Oh, no —logró pensar Jim antes de que el tiempo se detuviese y lo inmovilizara todo, incluso sus pensamientos—. Otra vez no. Y no esta estrella. Creo que cuando regrese a casa, me van a tirar de las orejas...»

Y la *Enterprise* y el universo volvieron a desaparecer.

También el tiempo desapareció una vez más. Siendo así, era imposible decir que la experiencia fuese más larga que la primera. Pero así lo parecía... o bien, como Jim lo expresó para sí mismo más tarde, cuando pudo volver a pensar, la experiencia no fue exactamente más larga, sino más profunda, de alguna manera, más real. La vez anterior, había experimentado la muy leve sensación de que el verdadero Jim Kirk estaba en alguna otra parte. Esa sensación no estaba ahora, había sido sustituida por la certeza, tan absurda y trivial como en los sueños, de que él era algún otro...

... la luz del Sol relumbraba blanca sobre la nieve, y tenía que entrecerrar los ojos para mirar al otro lado de la Plaza del Kremlin. A esta hora temprana, las grandes torres de Novy Moskvá, emplazadas al oeste, no proyectaban sombra ninguna sobre la Fortaleza Roja y los parques que la rodeaban. Se preguntó cómo sería aquello doscientos años antes, cuando había una ciudad en torno a este lugar, llena de suciedad y de ruidos urbanos. Ahora sólo estaban las torres con cúpulas en forma de bulbo revestidas de oro reluciente pertenecientes a las torres de San Basilio, encaradas con las torres rojas de la ciudadela del otro lado de la plaza. Allá en lo alto, en el intenso azul del cielo de invierno, sobrevolaba un halcón, emitiendo llamadas. Él se estremeció.

No había estado allí desde que era un niño muy pequeño. Antes de que aprendiese a leer, la Luna ya se había convertido en su hogar: bases emplazadas en cráteres, como Bianchini, bajo la sombra de la gran Cadena Jura, o bases marinas como Flamsteed o Herigonius. Fue entonces cuando comenzó a leer las fantásticas historias antiguas, de los zares y los caballeros andantes del pasado, los boyardos; los bosques eternamente verdes que parecían cubrir el mundo de horizonte a horizonte, y verdes llanuras que se extendían al infinito, desde los hielos del Polo hasta el Mar Negro... prometiendo libertad, y espacio para viajar y, a lo largo del camino, enormes batallas y aventuras. Cuando leyó esas historias, fue como despertar de un sueño; al fin supo cuál era su verdadero hogar.

Había sido duro, luego, salir a la superficie con su traje presurizado en la noche lunar, y alzar los ojos hacia la resplandeciente joya verdiazul... tan cercana y tan lejana, por siempre fuera de su alcance... o al menos hasta que creciera, en cualquier caso. «Húmeda-Madre-Tierra», la llamaban en las antiguas historias de los *bogatyri*, los dioses locales. Alzaba los ojos hacia ella con terrible añoranza desde la fría y oscura aridez de la polvorienta Luna, y pronunciaba grandes juramentos en nombre de Bog: hallaría el camino hasta aquellos verdes campos. Recorrería el salvaje país, y las nobles ciudades donde señores generosos gobernaban en el esplendor; cabalgaría

las solitarias estepas y hallaría aventuras propias... la gloria de enfrentarse con el peligro y con fuerzas muy superiores y descubrir que era su igual.

Ahora volvía los ojos hacia aquellos anhelos y no los encontraba infantiles, sino más profundos y verdaderos que nunca. Sus progenitores no habían mostrado deseo ninguno de abandonar la Luna y regresar a casa; el camino más sencillo que él tenía para volver pasaba por la Flota Estelar. Una vez en la Academia, no obstante, había descubierto las suficientes aventuras, peligros e intrépidos viajes en los espacios que mediaban entre las estrellas... más que suficientes para el resto de su vida. Su amor por el espíritu de esta tierra lo había conducido al exterior y a una vida más rica de la que jamás había imaginado.

Pero su corazón seguía perteneciendo a aquel lugar. Y no disponía de más tiempo para pasarlo aquí... se esperaba que saliera del planeta al cabo de una hora. Contempló las silenciosas murallas del Kremlin, donde los héroes yacían sepultados, y los hombres que habían sido poderosos, o se habían convertido en poderosos. Miró más allá de ellos, a los antiguos reyes y las viejas glorias perdidas, a los sueños fracasados y los sueños que habían tenido éxito, y los alabó a todos y cada uno de ellos por atreverse a soñar, a ser. Y luego no le quedó nada más que hacer excepto volver al trabajo al que lo había enviado esta tierra... a sus propios sueños y glorias personales: las estrellas.

Dio media vuelta para regresar el vehículo volante, y al hacerlo reparó en otra figura que se encontraba de pie sobre la nieve, lejos, mirando hacia donde él estaba. Algún hermano, algún hijo de la Madre Tierra. Lo saludó con una mano mientras hacía que se abriese el techo del vehículo, ligeramente preocupado. Tenía que regresar a toda prisa al campo de la Flota en Kazalkum; si la lanzadera se marchaba sin él, al capitán Kirk no le interesaría su explicación de que llegaba tarde porque se había detenido a contemplar las vistas. Era extraño, sin embargo, ahora que lo pensaba. El que lo observaba tenía puesto el uniforme de capitán al mando. Y había algo en la postura, la constitución... Se rió de sí mismo mientras encendía los conductores de iones y elevaba la pequeña nave del suelo. Esta mañana tenía a Kirk metido en la cabeza...

Jim permaneció en silencio sobre la nieve, observando a la pequeña nave plateada elevarse en el helado aire como si una bomba lo hubiese hecho saltar del suelo. «Si me hubiera parado a pensar cómo iba a alzar el vuelo, podría haber previsto esto — pensó, y al reír, el aliento salía blanco de su boca—. Va con él. El caballero que espolea a su corcel. Pero ¿cómo es posible que sea él y yo al mismo tiempo? ¿Y los demás, están entrando también en las experiencias de otras personas? ¿Va a estar cuerdo alguno de nosotros después de esto...?»

Y todo cambió...

... ¡en casa, oh, Dios, en casa...! había pasado tanto tiempo... Volvía a encontrarse en su habitación de trabajo, en la base de aia'Hnnrihstei; las ventanas del mundo estaban activadas, revelando a sus ojos el globo de Sa-na'Mdeihein, con sus mil anillos, que flotaba esplendoroso en oro y verde sobre la piedra cubierta de polvo de nieve y cráteres del satélite, en un cielo que ardía de estrellas. Todo estaba como lo había dejado la última vez que se marchó: el gran escritorio de piedra de oro flotando sobre sus presores en medio de la habitación, las hileras de librerías sin polvo aunque intactas, su panel de trabajo encendido y funcionando como siempre sobre el escritorio. Su traje presurizado se encontraba en las abrazaderas y cargado.

—¡Ha pasado mucho tiempo, Lee! —le dijo el ordenador.

Era demasiado bueno para ser verdad. Se apresuró a salir de detrás del escritorio, y posó una mano sobre la consola de Mikelle.

—Ya puedes decirlo, *cherie*. Orual, Vulcano, Andor, Vercingetorix IV, la Terra... ¿Algún mensaje? Oh, Dios, tengo un millón de cosas que contarte. ¡Te he echado de menos!

—También yo te he echado de menos, *m'cher*. Dithra ha estado preguntando por ti.

¡También Dithra! ¿Existía alguna alegría que no fuese a experimentar?

—Abre la puerta —dijo—. Voy hacia allí. ¿Tengo que llevar algo?

—Por lo que me dijo, sólo tu persona.

La entrada del lado izquierdo de la habitación, allende los armarios y muebles empotrados, rieló con el efecto del transportador. Ella la atravesó prácticamente corriendo, e irrumpió en una playa: arena dorada y mar esmeralda, y un cielo de brillante color verde donde se acumulaban nubes color cidra de bonanza, tan brillantes que quemaban los ojos. El deleite experimentado por llegar a casa era tan intenso que casi resultaba doloroso.

—¡*Ae'sta-mdeihei, ae'hnsmaa tirh desdiriiie!* —gritó por el puro placer de gritar, volviendo la cabeza apresuradamente para mirar en torno de sí mientras corría... y de inmediato tuvo que detenerse. La playa no estaba vacía, como solía suceder. Se encontraba rodeada.

Terribles figuras oscuras de piedra se erguían a su alrededor: enormes como monolitos o estatuas de antiguos dioses monstruosos, pero sin rostro, sin facciones, desgastadas por los elementos y embotadas por la edad... y vivas. Respiraba trabajosamente, y ellos la observaban sin ojos desde lo alto, en silencio, con mirada implacable. Luego, con lentitud, comenzaron a inclinarse sobre ella con un atemorizador sonido de piedra que raspaba y molía sólidamente sobre piedra. Ella alzaba la vista hacia ellos, temblorosa, incapaz de moverse mientras aquellos seres se inclinaban cada vez más y eclipsaban la luz, una mano de piedra se cerraba con ella dentro del puño. De las grandes figuras toscas le llegó el aroma a roca quemada y

un retumbar que vibraba en los huesos como la voz de la tierra en movimiento. Sus sombras se cerraron a su alrededor. Quedó completamente a oscuras.

La mayoría de aquellas figuras que se inclinaban se detuvieron en seco, aunque el retumbar continuó. Sólo una se inclinó algo más, acercándose, hasta quedar suspendida justo sobre su cabeza, donde, más que verla, la sentía: un fuerte olor a quemado, una promesa de aplastante peso. Ella permaneció quieta hasta que ya no pudo soportar por más tiempo su propia inmovilidad... y entonces tendió una mano y se atrevió una vez más a intentar lo que siempre antes había resultado imposible. Rodeó tanto como pudo con los brazos a aquella figura que se inclinaba sobre ella, y casi le estalló el corazón de sorpresa y júbilo al sentirla, acercarse más a ella, estrecharla con fuerza. El retumbar de la poderosa voz entró en ella y la sacudió, borrando el mundo hasta que quedaron sólo ella y la forma.

/Hija-aire, hija-carne, ¿cómo es que has venido a nosotros en verdad y no en sueño? No fue nunca tu costumbre ser tan sólida cuando estabas entre nosotros./

Ella sacudió la cabeza porque no sabía la respuesta, ni le importaba. Esto era imposible y lo sabía, dado que para los na'mdeihei el mundo físico en que se movían las humanidades era un sueño que no podían tocar; y cuando ella intentaba tocar la cálida piedra de ellos en un gesto de compañerismo, su mano los atravesaba como si fueran fantasmas. Con frecuencia había anhelado poder tocar, por una sola vez, a aquellas extrañas criaturas cuya sabiduría, cuyos corazones pausados y su belleza interior habían convertido hacía tiempo una relación laboral en amistad primero y luego en afecto profundo. Y ahora el deseo se había hecho realidad.

—Dithra —dijo en la Lengua, y para su gran asombro descubrió que por primera vez no la hablaba con vacilación, sino con la despreocupada certeza de ellos—, todo cuanto sé es que una gran maravilla se ha apoderado de mí y que deseo que no acabe nunca. He estado mucho tiempo entre las estrellas, y he visto mucha muerte y mucha vida y muchas maravillas; sin embargo, mi deseo ha sido siempre volver aquí, porque siento que el corazón me duele sin vosotros, mi gente.

/También nosotros hemos estado tristes por la falta de la No tocada que se había marchado de nosotros. Ahora ya no estás lejos, y tampoco eres ya intacta; y si quieres morar con nosotros otra vez, bien está. Pero la verdad dice que no lo harás; la verdad tiene un final, para ti./

Le escocían los ojos, y a pesar de que eso la avergonzaba —porque había visto morir a centenares y había trabajado en medio de ellos con los ojos secos—, no había manera de contener las lágrimas.

—Eso temo yo también —dijo—. Sin embargo, aunque «sueño» durante el resto de mi vida, esta «verdad» no podrá serme arrebatada. Durante este breve instante, nos hemos tocado...

/Hija-aire, nos hemos tocado siempre. Y nos tocaremos otra vez, aunque antes

debes romper tus lazos. Es una cosa leve; harás eso, algún día, en un instante. Pero marcha ahora. Tu sueño te reclama. Nosotros estaremos siempre aquí, como siempre hemos estado.../

Ella asintió con la cabeza, dejando que sus manos permanecieran durante un último y dulce momento contra la piedra caliente de su compañero. Dithra se enderezó entonces, seguido por los otros na'mdeihei; la luz del sol cayó una vez más sobre la arena en el interior del círculo. Bajó los ojos hacia el suelo, y reparó en algo interesante. Aunque el sol caía sin obstáculos sobre su cabeza, ella continuaba hallándose a la sombra... como si un gran volumen aún se irguiera sobre ella.

/Como siempre/, dijo Dithra.

Ella asintió con la cabeza, lamentando tener que partir pero demasiado jubilosa en realidad como para sentirse triste, y regresó hacia la puerta. Había montones de trabajo que hacer...

Jim se encontraba de pie en la playa, detrás de los na'mdeihei, viéndola marchar.

—Fascinante —dijo alguien que se encontraba a su lado, con un susurro que casi ahogó el romper de las olas. Jim volvió la vista hacia su izquierda. Spock estaba allí, de pie, mirando lo que Jim había estado contemplando: una mujer solitaria que caminaba por la playa en dirección a una entrada oscura abierta en el aire vacío. La traspuso y desapareció; la entrada se desvaneció.

Spock posó los ojos sobre Jim, y luego los desvió en otra dirección. Jim miró hacia donde Spock dirigía la vista. Los na'mdeihei, como un Stonehenge presa de interés, se habían vuelto hacia ellos dos... y sin ojos ni rostro los miraban de hito en hito. Aquel retumbar calmo, que estremecía los huesos, volvió a comenzar...

—Señor Spock —dijo Jim—, si es usted en verdad real, y no una imagen alucinatoria producto de la inversión, creo que sería una muy buena idea que saliéramos de aquí...

—Señor, estaba pensando lo mismo... en los dos casos. Si tiene alguna sugerencia...

—Emersión confirmada —dijo la voz de K't'lk, un poco temblorosa—. Inversión concluida, coordenadas de llegada correctas. Navegación, confirme.

Por todo el puente se veían semblantes pálidos, y el señor Heming no era ninguna excepción. Sin embargo, sus dedos danzaron con la habitual velocidad sobre el teclado.

—Fijación positiva sobre DG Pequeña Magallanes —dijo, en tono menos enérgico de lo normal—. Distancia... cien mil ciento veinte años luz. Retrofijación sobre Rigel... cien mil, ochocientos años luz. Rumbo según trazado, coordenadas...

Su voz se apagó. Y lo mismo daba, puesto que nadie lo escuchaba realmente. Todos contemplaban con mirada fija la pantalla de visión exterior.

—Estamos aquí —dijo el señor Heming.

Lo estaban. La pantalla inteligente había ampliado el ángulo de toma para abarcar el objeto más prominente al alcance de los sensores. Como resultado de ello, contenía una oscuridad absoluta, y en el centro de la oscuridad, un gran remolino ardiente de estrellas... toda la Galaxia a un tiempo.

Tanto en el puente como en Ingeniería estallaron gritos y vítores disonantes. Jim permitió que esto continuara durante el tiempo que necesitó para tragar con dificultad dos veces.

—¡Muy bien, continúen con lo que estaban haciendo! —ordenó luego, y en el puente se hizo el silencio—. K't'lk, informe.

—El aparato ha funcionado sin contratiempos, capitán.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Jim al tiempo que se frotaba la cabeza. Le dolía. La conmoción de hallarse dentro del cuerpo de una mujer no resultaba demasiado difícil de sobrellevar, dado que Jim ya había pasado en otra ocasión por semejante experiencia, y la mentalidad que lo acompañaba le había resultado peculiar, pero afín. Ser Chekov tampoco había sido demasiado malo. El dolor de cabeza, pensaba Jim, probablemente se debía a que de modo repentino se había visto obligado a pensar en ruso. ¡Ningún idioma debería tener tantos casos...!—. ¿Qué tal está usted?

—Yo, eh, creo que tendré que ir a ver al doctor McCoy, capitán. Evidentemente, mi especie es resistente a los efectos de la inversión sólo hasta un cierto punto... y yo ya lo he sobrepasado. —El tintineo tenía un deje pensativo. Jim tuvo de inmediato un segundo pensamiento acerca de su propia experiencia: que había sido afortunado por experimentar sólo los pensamientos de otros humanos. «El dolor de cabeza de ella probablemente sea peor que el mío...»

—Que Scotty la releve cuando tenga las cosas organizadas ahí abajo, K't'lk. Y dígame que quiero ver a los jefes de sección en la sala principal de reuniones, en la fecha de hoy, a las siete. Kirk fuera. —Miró por encima del hombro—. Comuníqueles eso a los jefes, señor Mahásë. Y póngame con enfermería.

Cuando respondió, McCoy parecía preocupado.

—Se han producido algunos casos de colapsos entre la tripulación, capitán.

—¿Diagnóstico?

—Sobrecarga emocional. Similar al síndrome de estrés, pero la sobrecarga parece debida a emociones «positivas» en lugar de a la ansiedad o al miedo.

—¿Qué tal están sus dos cobayas?

—Los dos han vivido experiencias de inversión. Tengo un escáner de Lia... y maldito si sé qué conclusión sacar de él. —Jim no dijo nada de momento... él sabía qué conclusión sacar, y más tarde se lo haría saber a Bones. Desvió los ojos hacia Spock; el vulcaniano respondió a la mirada y asintió muy levemente con la cabeza, para luego volver a lo que estaba haciendo en su terminal—. Pero el de D'Hennish es

todavía más interesante que el de ella. Mientras que experimentó efectos de inversión, no tuvo el problema que el resto de la tripulación ha experimentado con el tiempo. Es algo que tiene que ver con el concepto que tienen los sadraos del tiempo, según creo. O más bien con su falta de sentido del tiempo. En cualquier caso, su perfil estará concluido dentro de unas horas. Necesitamos una reunión informativa...

—A las siete.

—Bien, eso les dará a todos la oportunidad de recobrase. ¿Algo más, Jim?

—No, Bones. Continúe haciendo su trabajo así de bien. Corto.

Y no había nada más que hacer durante un rato; Jim recorrió con los ojos a los tripulantes del puente —que parecían estar cumpliendo con su cometido como de costumbre—, y se sintió intranquilo. Había algo ligeramente fuera de lugar. Necesitó un momento para identificarlo. Reparó en que tenían dificultades para mirarse los unos a los otros, como si conociesen secretos comprometedores de los demás y no quisieran que se les notase...

Jim pensó con intranquilidad en los desastres que habían acompañado los primeros intentos por parte de la *Enterprise* de salir de la Galaxia. ¿Qué podía pasar, se preguntó, cuando los tripulantes de una nave se encontraban repentinamente vagando por los más íntimos sueños y visiones de los otros? «No estoy seguro de no preferir la buena demencia al estilo antiguo, antes que este... este lo que quiera que sea —pensó Jim—. Ni siquiera puedo comunicarme con la Flota Estelar... aunque si pudiera, tampoco serviría de nada, no creo que pudieran darme ningún consejo útil...»

—Señor Spock —dijo al tiempo que se levantaba—, realice las comprobaciones que considere necesarias en la nave... con especial atención en los motores, y también el sistema de información. Éste no es precisamente el sitio más apropiado para tener problemas con los sensores. La gente que necesite ver al doctor McCoy debe hacerlo lo antes posible... haga que pidan cita en la enfermería. Eso va también por la tripulación del puente —especificó al tiempo que los recorría a todos con la mirada. Varios rostros con aspecto tenso alzaron los ojos de su trabajo, y se oyeron murmullos de aquiescencia.

—Recibido —replicó Spock mientras descendía para ocupar el asiento de mando—. ¿Dónde estará, en caso de que se le necesite, capitán?

—En mi camarote. Luego en la cubierta de observación.

Oficialmente, por supuesto, era la Cubierta de Recreación Nivel Uno; era el nombre que figuraba en la placa que había junto a las puertas, y el que aparecía en los planos de la *Enterprise*. Pero la tripulación nunca la llamaba así, aunque la cubierta estaba de verdad emplazada en el nivel inmediatamente superior al de la sección de Recreación propiamente dicha, y conectada con ella mediante escaleras y ascensores.

Mucho más significativo para la tripulación era el hecho de que Observación era la única parte de la nave que no estaba acorazada a prueba de casi todo con la aleación monocristalina de iridio y rodio, tan resistente a las explosiones y disparos físicos. A pesar de que las enormes ventanas eran de acero transparente de sesenta centímetros de grosor, triplemente reforzadas y a prueba de daños tanto a causa de los escudos exteriores como de su formidable resistencia, continuaban siendo el punto más vulnerable de la *Enterprise*. La tripulación, que no habría renunciado a las ventanas por nada del universo, solía, no obstante, referirse a la cubierta de observación con toda clase de nombres humorísticos, la mayoría de los cuales tenían que ver con varios orificios físicos por los que un atacante podía introducir algo si no tenía uno mucho cuidado. Había otros nombres; el segundo más popular era «Cubierta Doble-Ce-A»: «Casi Cero Absoluto». Aunque aisladas por los escudos, las ventanas estaban invariablemente heladas. Tocándolas, podía uno hacerse una idea del terrible frío exterior, un negro invierno que ninguna emisión de luz solar rompería jamás.

La informalidad de los nombres, sin embargo, enmascaraba el principal atractivo de la cubierta: las estrellas. Hacía mucho que Jim había reparado en el hecho de que cuando la *Enterprise* se encontraba en el espacio real, la cubierta de observación raras veces se hallaba vacía durante ninguno de los turnos. Resultaba evidente que a su tripulación le gustaba ver dónde habían estado, o hacia dónde se dirigían, o con qué estaba relacionado su trabajo; y a pesar de toda su fidelidad de reproducción, las pantallas de visión exterior no parecían satisfacer esa necesidad. A menudo había también algo más que la mera vista, ya que lo que muchos de sus tripulantes hacían no era tanto mirar nada concreto, sino simplemente fijar los ojos en el exterior.

«La grandiosidad —había dicho un día en voz baja una de las andorianas de la tripulación mientras se reclinaba contra la barandilla del nivel superior, cerca de él—. La inmensidad...» Su voz se había apagado. Jim no estaba seguro de si le hablaba a él o no, pero pasados unos instantes le respondió.

«Sí, alférez —dijo—. La grandiosidad, los trillones de kilómetros... y moviéndose por ella, la pequeñez de los planetas... de nosotros mismos... Me resulta impresionante».

Entonces, ella había vuelto los ojos hacia él, ligeramente sorprendida por el hecho de que Jim hubiese interpretado erróneamente lo que quería decir.

«Oh, no me refería a esa grandiosidad, señor —había puntualizado. Tan sorprendido como ella, Jim había alzado una ceja, a modo de invitación para que continuara—. Eso es sólo el universo —había comentado con indiferencia mientras volvía los ojos hacia la noche—. Es sólo grande, un símbolo de otra clase de magnitud, nada más. Pero sentirse impresionado por eso sin pensar también en lo que está... más allá... sería como... no lo sé. Como elogiar un menú maravilloso y luego no saborear la comida que figura en él». Entonces, al recordar con quién estaba

hablando, ella se había ruborizado con el azul característico de su especie y había guardado silencio, incapaz de continuar y explicar cuál era esa grandiosidad que percibía más allá de lo físico. Jim se inclinó junto a ella y consideró la cuestión durante largo rato antes de regresar a su puesto.

Sin embargo, así estaba habitualmente la cubierta de observación. La gente acudía allí en solitario, o se reunía en silenciosas parejas, tríos y grupos más numerosos, hablaba o callaba según su preferencia. Y uno podía decir allí toda clase de cosas sorprendentes sin temor a despertar ningún murmullo de asombro o a escuchar más tarde cómo algún compañero las comentaba en tono jocoso. Fue principalmente en la cubierta de observación donde Jim se dio cuenta de que el término «humanidades» no constituía ningún eufemismo, ninguna ficción no discriminatoria... aunque raras veces expresaba la idea para sí mismo de este modo exacto.

Así estaba la cubierta en el espacio normal, con todas las estrellas a su alrededor. Pero aquí, en la gran oscuridad que reinaba entre las galaxias, las cosas eran un poco diferentes.

' Había más gente en la cubierta en todo momento, y los grupos parecían más numerosos de lo corriente; y todos guardaban un mayor silencio. El silencio también se debía a algo más que la habitual consideración por los otros. «Hay reverencia en esta actitud —pensó Jim, reclinado a solas sobre la barandilla—. No creo haber sentido nada así, ni siquiera en el templo. Y no me sorprende...»

Se inclinó más sobre la barandilla y sintió el leve aliento de hielo del acero transparente en el rostro y las manos. Sabía que los sensores de la nave y las incomparables cámaras compactas estaban grabando la vista, pero a pesar de todo sentía pena por toda la gente que no podía estar allí, ahora, viendo aquello. A pesar de todas las estrellas que había visto, de todos los resplandecientes paisajes celestes, se sintió asombrado una vez más. Muy lejos de la *Enterprise* flotaba la Galaxia, su estructura espiral claramente visible por primera vez en la historia de las humanidades, un espiral aún más complejo en las sutilidades de su estructura de lo que habían sospechado los astrofísicos. Pero los sobrios detalles estructurales estaban ellos mismos compuestos y definidos por un polvo de luz de oro y plata tan delicado que sólo las estrellas más notables podían distinguirse como entidades diferenciadas. Las otras se hundían en un rielar tenue y seductor que frustraba por completo a los ojos humanos y, por las conversaciones que Jim oía aquí y allá, hacía que incluso los ieléridas y los mneh'tso parpadearan. No obstante, toda esta delicadeza no impedía que el hogar de las humanidades ardiera intensamente en la oscuridad; un fuego quieto, implacable, libertino, que dejaba su huella en los ojos cuando se volvían hacia la fría y absoluta oscuridad que se extendía más allá.

Más cerca de la Galaxia, la oscuridad no era tan completa. Estaba también el «halo» de los cúmulos globulares que rodeaban la Vía Láctea, brillantes salpicaduras

de un azul plateado contra la noche. Fuera del halo, el más aislado de los cúmulos globulares, el NGC 2419, el «Vagabundo remoto», navegaba en su curso solitario como un ángel independiente y brillante separado del resto de la hueste celestial. Pero aparte de eso, no había nada. Ni siquiera una estrella errante había salido hasta tan lejos, y la negrura era total. Suspendido en medio de ella, enorme, majestuoso, el gran remolino de soles flotaba y ardía en silencio; y el acero transparente respiraba el ancestral frío en el que estaba suspendido.

Jim se inclinó sobre la barandilla y contempló la Galaxia con tal resolución que parecía como si temiera que pudieran robarla si él volvía la espalda. Así permaneció durante largo rato. El lado pragmático de su mente se aburrió en seguida e insistió en regresar al trabajo, ya había estado allí tiempo más que suficiente para saber qué aspecto tenía. Pero él no se movió. En un determinado momento desvió los ojos a un lado y advirtió que Uhura había llegado de alguna parte para detenerse junto a él sumida en el mismo ensueño callado. Durante largo rato, Jim no dijo nada, aunque intercambiaron una mirada cuando él reparó en la presencia de la oficial.

—¿Fuera de servicio? —preguntó él, finalmente.

—Privilegios de jefa de sección —replicó ella mientras apoyaba los codos en la barandilla como había hecho él. Jim asintió con la cabeza. Sus jefes podían alternarse los turnos activos del modo que les pareciese, siempre que pasasen en cada uno el tiempo suficiente como para supervisar adecuadamente los cuatro turnos de sus secciones, a lo largo de un período de dos meses—. Esto normalmente sería la mañana para mí. Aunque quería venir aquí durante la «noche». Lo mismo quiere hacer mucha de mi gente, evidentemente...

Jim asintió otra vez sin pronunciar palabra, con una leve sonrisa; el ordenador, algo divertido, le había dicho que ese tipo de negociaciones y cambios de turno se producían por toda la nave.

—Es todo un amanecer para usted —dijo.

—Bueno... lo es. Lo es. —Uhura no apartó los ojos del gran charco silencioso de luz—. Al fin y al cabo, es la primera vez que alguno de nosotros ve esta luz...

—Yo no diría eso, teniente —intervino una voz queda a la izquierda de Jim. Kirk ni siquiera tuvo que moverse; se limitó a dejar escapar un pequeño suspiro divertido y clavó los ojos en la oscuridad exterior mientras escuchaba el comienzo del viejo y conocido juego practicado entre sus oficiales—. Esta luz raras veces ha abandonado la *Enterprise* desde su lanzamiento inaugural. Para ser una experta en comunicaciones, demuestra usted una asombrosa imprecisión a la hora de expresarse. Si por el contrario hubiese dicho que nunca ha visto la Galaxia de esta forma en particular...

—Señor Spock —comentó Uhura con gran afecto—, es usted incorregible.

—Sólo impermeable, teniente —replicó el vulcaniano. Su voz era calma como de

costumbre, y nada delataba; pero Jim le había lanzado una furtiva mirada de soslayo y había visto aquella sombra de sonrisa que ocasionalmente aparecía en los labios de Spock. El vulcaniano no se inclinó sobre la barandilla. Permaneció de pie y erguido, aunque la postura parecía cómoda, y alzó los ojos hacia la grandiosa oscuridad, como invitándola a apreciar su humor... aunque no a hacer nada tan torpe como reír en voz alta. La oscuridad cooperó.

Kirk inclinó un poco la cabeza y habló para que sólo lo oyese Spock.

—Por cierto, iba a felicitarlo por su sentido de la oportunidad.

—¿Señor?

—Por sacamos de allí... ¿Estábamos de verdad allí?

—Le aseguro que yo sí estaba. Y lo percibí a usted como si estuviese.

—¿Contacto mental?

—La verdad es que no lo creo, señor. A pesar de que el estrés sufrido por parte de cualquier miembro de un... equipo... que haya practicado la fusión mental en el pasado, a veces reactiva la unión, esta experiencia tenía otro «sabor». Además, fui incapaz de interrumpirlo, como habría podido hacer en caso de tratarse de una auténtica unión mental... así que tengo que declinar la felicitación, a mi pesar. Tenemos que buscar otra solución... y, según sospecho, una más compleja.

—¿Quiere usted algo complejo? —dijo Jim dirigiendo la mirada hacia la escalera—, pues ahí lo tiene.

—No, no —les llegó el campanilleo que ascendía con lentitud hacia el nivel en que ellos se encontraban—. Hay otros nombres que definirían mucho mejor los tres aspectos de la «afinidad». Intente probar con «cambio, transformación y fuente»...

—Pero el cambio y la transformación son lo mismo... ¿no es así?

—No, el cambio es una alteración de una sola dimensión, la alteración de la forma solamente... digamos, como cuando se golpea una roca con un martillo y se la rompe. La transformación constituye una alteración de dos dimensiones, una alteración de sustancia... como convertir una roca sin vida en una flor viviente. La fuente es tridimensional, una alteración de esencia... provocar un estado en que las rocas no sólo se conviertan ellas mismas en flores, sino que tengan la capacidad de hacer que otras rocas se transformen en flores...

—Oh, vamos, ¿está hablando de magia?

—Posiblemente. Aunque el término de su idioma que yo siempre he asociado con eso es «milagro», porque el concepto de «fuente» implica la presencia de un contexto parafísico. Religioso, por así decirlo. ¿Puede usarse «magia» como palabra religiosa dentro de este contexto?

—Ehh...

—Scotty —dijo Jim a modo de saludo cuando el escocés y la hamalki acabaron de ascender la escalera y se reunieron con el grupo junto a la barandilla—. K't'lk...

—Capitán —saludaron los dos. K't'lk se «sentó» justo debajo de la barandilla, recogiendo las piernas debajo de sí; y Scotty, de pie junto a ella al otro lado de Uhura, miró por la ventana y disfrutó de su primera buena visión del exterior.

—Oh, vaya —dijo, y se inclinó sobre la barandilla para no decir nada más durante un rato.

—Señor Spock —comenzó Jim—. Tenía intención de preguntárselo: ¿entiende usted esta física de K't'lk?

—Creo que comprendo algunas de sus premisas —contestó el vulcaniano—. Aunque confío en que la comandante me corregirá si me equivoco. —Inclinó la cabeza hacia K't'lk; ella se sacudió en aéreo tintineo de aquiescencia—. Los conceptos tienden a ser bastante novedosos. Probablemente el más novedoso de todos sea la aseveración de que no sólo la física clásica y la moderna, sino también todos los otros fenómenos relacionados y no relacionados de la existencia física, son tanto un aspecto como una creación directa de las mentes que se mueven dentro de ellas. En otras palabras, según esta escuela, uno podría decir que las Leyes Fundamentales de la Mecánica son como son precisamente porque (entre otras infinitas «causas», y la «causalidad» misma tiene algunas novedosas definiciones y aplicaciones en este sistema), porque Newton fue un observador lo bastante atento del universo que lo rodeaba como para deducir y enumerar correctamente la naturaleza de esas leyes. Y, así lo diría un físico hamalki, fue esa precisión, esa veracidad, lo que estableció dichas leyes en el universo, desde el principio mismo. Él «creó» o decretó esas leyes; el único sentido en que las descubrió, según el criterio de esta escuela de física, sería el mismo que aplicaríamos al caso de un escultor que encendiera las luces de su taller y «descubriera» allí una de sus propias estatuas. De ahí el nombre popular de «física creativa».

Se oyó un bufido afable un poco más lejos, a la izquierda de Spock. Jim miró en esa dirección y vio que McCoy se había reunido con ellos, y que Harb Tanzer se encontraba inclinado sobre la barandilla, al otro lado de Bones.

—¿Cómo «descubre» uno una estatua que aún tiene que esculpir? —preguntó McCoy con tono de burla bonachona.

—Porque ya la ha esculpido, antes incluso de coger el primer cincel. Esta concepción del tiempo descarta tanto la sucesión, «causa y efecto», como la simultaneidad, por considerarlas atisbos fragmentarios e incompletos del continuo más amplio en que ambas coexisten. En dicho esquema, el grosero comentario que hará usted dentro de un momento ha existido desde el principio de los tiempos... «ha sido, es y será», como suele decirse, «por siempre jamás».

McCoy le echó al vulcaniano una mirada feroz y no dijo nada. Harb se echó a reír.

—¡Pero, señor Spock, no la ha dicho!

—Eso es perfectamente propio del doctor —respondió Spock con expresión de leve fastidio—. Se mofa alegremente del curso natural de todo el universo sólo para demostrar que estoy equivocado.

El comentario provocó un estallido de carcajadas.

—Nosotros diríamos que él sencillamente lo ha creado de un modo diferente a como lo ha hecho Sp'ck —repiqueteó la alegre voz de K't'lk—. Del mismo modo que estructuras más complejas como las escuelas de física pueden ser ampliadas por científicos posteriores, y no por ello dejan de ser sus creaciones tan válidas como las de aquellos que les precedieron.

Spock asintió con la cabeza, manteniendo una expresión muy neutral. Jim reparó en el detalle.

—¿Y qué piensa usted de esta escuela de física, señor Spock?

—Pienso —replicó el vulcaniano con gravedad— que al fin podría haber alguna cosa que los vulcanianos no estábamos destinados a saber.

—Pero, ya que hablamos de esta escuela de pensamiento, hay una cosa referente al motor de inversión que me inquieta —comentó K't'lk, reflexiva—. Me preocupa la constante aparición de dificultades durante las pruebas. El motor implica, al fin y al cabo, el rompimiento de la ley natural, de unas cuantas leyes naturales, cada vez que lo usamos. Semejantes violaciones no pueden quedar sin consecuencias...

—¿Está diciendo que el universo va a multarnos por violar las leyes del movimiento? —inquirió McCoy arrastrando las palabras. Jim rió entre dientes.

—Vaya, L'n'rd, me sorprende usted —dijo K't'lk—. Uno de sus propios filósofos terrícolas dijo lo contrario. Small, se llamaba, o Short, o algo parecido. «El universo no envía advertencias». Excepto de la manera más circunstancial, y nunca como favor. Estoy comenzando a sospechar que estos incidentes son algo de ese tipo, eso es todo.

—Debo admitir —comentó Spock con lentitud— que también yo me siento inquieto a causa del motor, aunque por motivos diferentes. No había ninguna razón para que zeta-10 Scorpii se convirtiera en nova cuando abandonamos sus proximidades... excepto una. Cabe la posibilidad de que al forzar o romper nosotros la ley natural en sus proximidades, hayamos provocado la explosión de esa estrella. Las consecuencias se inscriben dentro de los parámetros de lo que podría ser la «reacción» ante esas violaciones de la integridad...

El doctor McCoy miró a Spock, después a K't'lk y luego sacudió la cabeza.

—A mí todo eso me parece superstición. Que la ley natural pueda romperse, me resulta difícil de aceptar. Pero la idea de que la violación de esa ley pueda hacer que a uno le sucedan cosas negativas...

K't'lk se sacudió, tintineando.

—Muchos físicos humanos terrícolas podrían estar de acuerdo con usted en que

parece superstición, y reconocer a la vez la sensatez de la hipótesis que acabo de exponer. Durante siglos, al menos desde la época postatómica de ustedes, algunos eminentes teóricos terrícolas han advertido la existencia de ciertas conexiones entre las antiguas tradiciones de su mundo sobre los mecanismos que rigen la vida (el «Tao» creo que es el término), y la física clásica, especialmente la rama que se ocupa de la interacción de partículas subatómicas. Más concretamente, si se obliga a una partícula a hacer algo que por lo general no puede hacer, en alguna otra parte otra partícula hará algo ligeramente catastrófico, o catastrófico a secas, para recuperar el equilibrio... a centímetros o kilómetros de distancia. Resulta evidente que aunque la ley física puede ser alterada, no permite que se la burle con impunidad. Cuando nuestro entrometimiento cesa, antes o después el universo nos responde con violencia y nos recuerda la existencia de las reglas. Esto es cierto incluso en las ramas más corrientes de la física: las ecuaciones deben ser equilibradas, nada debe ser creado ni destruido. Me siento inquieta por los sucesos que vienen produciéndose cada vez que usamos el aparato de inversión. No sugiero que nos sentemos y no hagamos nada... pero sí debemos estar preparados para afrontar de modo responsable las consecuencias que provoquemos con su uso.

Jim le dio una o dos vueltas en la cabeza a esto último, mientras contemplaba con cierto interés las expresiones pensativas de los demás rostros. Spock le interesaba particularmente: el vulcaniano manifestaba una impasibilidad aún más profunda que de ordinario. Quería ver alterarse un poco esa quietud, y descubrir lo que había bajo ella.

—¿Es posible, entonces —dijo, con el fin de iniciar el proceso—, que haya literalmente cosas que el hombre, o el vulcaniano, no estén destinados a conocer, o a hacer?

—Yo no diría «destinados» —replicó K't'lk—. La palabra «destinar» implica una inteligencia; tendría que decirme quién está detrás de ella. El universo físico carece de inteligencia.

—No creo que los Planetas Pensantes opinen lo mismo —comentó McCoy con tono seco—. DD Tauri V es especialmente susceptible al respecto, si no recuerdo mal. No deja de lanzarle temblores planetarios a la colonia de investigadores cada vez que el tema sale en la conversación.

—Hay excepciones para todo, L'n'rd —replicó K't'lk con tono afable—, y como ha señalado el señor Spock, antes de arrojar un elemento distorsionador a la conversación, es mejor que uno se asegure de dónde está primero... —La línea de sus ojos se arrugó con expresión divertida—. Vuelvo a decir que «destinado» es una inexactitud. Más bien diría, sencillamente, que el hecho de que las acciones llevadas a cabo en los dominios del universo tengan unas consecuencias forma parte de su estructura básica. Podemos actuar como queramos con respecto a, digamos, la

gravedad, o la velocidad de la luz dentro del espacio normal; pero debemos estar preparados para las caídas y los efectos de dilación temporal que resultan de jugar con ellos. En el caso del motor de inversión, sospecho que la consecuencia podría ser que una violación de la integridad será pagada con otra... de la misma manera que las mentiras tienen que pagarse al final con la dolorosa verdad, o las más convencionales violaciones de la ley con un castigo.

—¿Una violación de la integridad psíquica, por ejemplo? —preguntó Harb—. ¿Son eso estas «experiencias de inversión»?

—Muy probablemente. O podría también implicar un «ataque» contra nuestra integridad física... y puede que ya se haya producido, si los desperfectos en la barquilla de babor son consecuencia de esa «reacción».

—Ya sabía que era usted física —comentó Jim—. Pero está comenzando a hablar como si también fuera una especialista en ética.

—Para mi pueblo, no existe diferencia entre una cosa y la otra —replicó K't'lk, hablando con tono sombrío por primera vez desde que Jim la conocía—. Debo admitir que jamás he entendido cómo los físicos de ustedes descuidaron la inclusión de una modalidad ética... como si sólo una parte de la vida fuese matemáticas, en lugar de toda ella. El universo físico, después de todo, es el que determina la naturaleza de los cuerpos y cerebros a los que estamos conectados...

—Ah —dijo Scotty—, el antiguo argumento del «alma-humana-como-*software*», ¿eh?

—El hecho de que esa idea haya perdurado durante tanto tiempo tanto en su cultura como en la mía, tal vez sea una indicación de que hay algo que vale la pena investigar en ese campo, Mt'gm'ry. Desde el punto de vista de mi pueblo, la principal limitación del diseño de la materia (más concretamente, el hecho de que esté sujeta a las leyes de la física, el tiempo y el espacio, las matemáticas y todo lo demás) determina, hasta cierto punto la manera en que el yo habita en el cuerpo. Durante la vida, el yo se ve sometido a los dictados de las leyes que rigen la materia y la energía. ¿Cómo podría sorprendemos entonces que las vidas tengan una cierta lógica, una cierta calidad matemática en sí... que el servicio sea, antes o después, pagado con el servicio, y la violencia con la violencia... la muerte con muerte, y la vida con vida?

—«Haz a los demás —dijo Spock en voz baja— lo que te gustaría que los demás te hicieran a ti».

Las cabezas se volvieron a mirarlo. Él devolvió las miradas, imperturbable.

—O como dirían los vulcanianos —añadió K't'lk—, «la espada en el corazón del Otro es la espada en el tuyo propio: tú eres él». Sentido común. Así que muchas especies han reparado en eso, en que si ayudas a otros, antes o después recibes ayuda. No puede introducirse energía en un sistema y no recibirla otra vez, antes o después. Puede llegar pasado tanto tiempo que uno no vea la conexión entre una cosa y la otra.

Pero la hay, infaliblemente. La acción y la emoción son ambas energía, y la energía se conserva.

K't'lk campanilleó con suavidad durante un momento, sin pronunciar palabra, sólo un pequeño sonido reflexivo.

—En esto, claro está, hay implicadas cuestiones de una trascendencia más profunda que la mera conveniencia de que nos ayudemos unos a otros. —Alzó los ojos hacia Spock—. Del mismo modo que no era sólo la supervivencia de su especie lo que Surak tenía en mente cuando comenzó por primera vez a enseñarles el dominio de las emociones. Había algo más. *M'hektath*.

Spock bajó los ojos. Kirk miró a uno y otro.

—Los vulcanianos son tan reservados —dijo ella, tintineando con más suavidad que antes—, que apenas pueden ponerse de acuerdo entre ellos acerca de cómo traducir su propio idioma... y no se atreven a corregir las traducciones de otros. Fíjese en cómo los diccionarios han estado traduciendo erróneamente *arie'mnu*, es decir «dominio de la pasión», por «supresión de la emoción» durante todos estos años. *M'hektath* es todavía más difícil de verter. Pero, también en este caso, vuelve a tener relación con la «integridad»; no en su acepción más moderna de «decir la verdad» o «cumplir las promesas» y demás, si no en el sentido que tenía antiguamente en las lenguas emparentadas con el Angles.

»“Estar en la misma piel que otro”, significa la palabra. El parentesco básico de las almas, por diversas que éstas sean; lo único que todas las especies tienen en común debajo de las formas corporales y las diversidades superficiales de lógicas y metas vitales, de filosofías y criterios del «bien» y el «mal». Su alma, su identidad... y su independencia, antes, ahora y siempre, de la condición física que las alberga. Y en la cual, por el momento, hemos escogido alojarnos.

—En eso, jovencita —comentó Scotty con voz muy queda—, creo que diferimos un pelín. Yo no me veo tanto como el que ha hecho la elección, sino como el que ha sido escogido para estar aquí y ahora. Por un Poder mejor pertrechado que yo para hacer la elección.

Kirk mantuvo los ojos bajos, ligeramente admirado. Nunca había oído la voz de Scotty tornarse tan dulce excepto cuando comentaba un diseño particularmente hermoso. «Aunque —pensó Jim—, quizá sea eso lo que está haciendo...»

—Creo que hay una gran verdad en eso, Mt'gm'ry —replicó K't'lk con voz igualmente queda—. Es algo digno de encomio. Al igual que lo es nuestra mutua diversidad y su voluntad de preservar todas las diversidades. Encuentro que su lógica y su bioquímica son peculiares, y me parece que andan un poco escasos de extremidades. No obstante, estamos en la misma piel, usted y yo, y podemos celebrar ese hecho sin que nos aflijan las divergencias entre nuestras creencias y nuestras formas. Es cierto que nuestras diferencias, en tanto que personas individuales y, en

una escala más amplia, como la galaxia llena de pueblos que somos, son infinitas, y dignas de celebración. Y nuestro parecido, en la totalidad de nuestros trillones de esencias, trasciende esas diferencias y les imprime carácter. Nosotros somos. Sabemos que somos. La duración o naturaleza de ese ser no importa mucho. Nuestro ser es la base de nuestra afinidad. La espada en su corazón es en verdad la espada en el mío. Somos uno...

El comunicador sonó en medio de las últimas palabras de K't'lk, de modo tan estridente que los demás se sobresaltaron ante la súbita interrupción de aquel remanso de quietud. Jim se sobresaltó menos violentamente que los demás; sabía mejor que nadie que lo que una nave deparaba con mayor frecuencia era emoción o aburrimiento, raras veces tranquilidad.

—Astrocartografía llamando al señor Spock.

—Aquí Spock, teniente Sagady.

—Señor —le respondió la voz de Mayri Sagady con gran emoción—, ¿podría bajar aquí, por favor? Tenemos un problema.

—Si me describiera la naturaleza del mismo, teniente...

La voz de Mayri sonó como si estuviera perpleja, atemorizada, con unas enormes ganas de echarse a reír, todo a la vez.

—Señor, tenemos datos de la Pequeña Magallanes que parecen indicar que en estos alrededores el universo está estallando o atascado. ¿Querrá venir a decimos cuál de las dos cosas sucede?

—Voy de camino. Spock fuera.

Jim se volvió y vio que, en efecto, el vulcaniano ya había bajado las escaleras y había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de la entrada de Recreación.

—Todo el mundo a sus puestos —dijo, y partió tras Spock.

Cuando Jim llegó a los turboascensores se encontró con que Spock ya había pillado uno, dejándolo atrás.

«Nunca lograré entender cómo consigue siempre un ascensor con tanta rapidez. A lo mejor tiene un arreglo con el ordenador...»

El siguiente ascensor llegó tras lo que parecieron horas. Cuando Jim salió a la cubierta cuatro, le llegaron voces emocionadas del otro extremo del corredor, donde estaba Astrocartografía. Siguió la dirección de las voces hasta el gran laboratorio y encontró a Spock, Mayri Sagady y D'Hennish inclinados sobre una enorme mesa de trabajo cubierta por lecturas en curso y copias en cartucho.

—Fíjese en esa curva lumínica, señor Spock. ¡Es plana!

—Fallo instrumental.

—¡Señor, deme un respiro! Sabe muy bien que he comprobado tres veces los instrumentos antes de llamarlo. Están perfectamente. Además, mire las otras estrellas del cúmulo. En todas hay variantes de curva, desde fluctuaciones mínimas a casi normales...

—¿Qué eficiencia relativa asintótica tenemos?

—Cero coma, eh... tres tres cinco hasta ahora...

—¿Ha determinado un promedio del grado de las curvas...?

—Quiere alguien, por favor... —comenzó Jim. El sonido discordante proveniente del extremo del corredor, lo alertó; tuvo el tiempo justo para apartarse de la entrada antes de que K't'lk la traspusiera a la carga; el efecto fue como si hubiese estado a punto de ser atropellado por un xilofón—. ¡Que alguien me diga lo que está sucediendo! —acabó Jim.

Los tres que se encontraban ante la mesa alzaron los ojos hacia él con cierta sorpresa.

—Yo mismo se lo digo —replicó D'Hennish, y se separó del grupo.

K't'lk lo reemplazó, trepando a una silla para examinar los datos, y la cortés disputa volvió a comenzar.

Jim dejó que D'Hennish lo condujera a otra consola de datos.

—Esto es algo realmente extraordinario, capitán —declaró el sadrao al tiempo que se sentaba ante el terminal y hacía aparecer una gráfica en una pantalla de pared—. Lo que voy a mostrarle es la forma en que determinamos el modo en que una estrella dada se comporta a lo largo de un determinado período de tiempo. Entramos la magnitud absoluta de la estrella (su intensidad en una escala estándar) en la línea vertical de la gráfica. Luego, el período de tiempo durante el cual la observamos, en la línea horizontal. El método se usa en el pasado para las variables, pero ahora lo usamos para toda clase de estrellas para predecir las condiciones del tiempo estelar.

Siempre hay una pequeña fluctuación en la curva, incluso en el caso de las estrellas más estables. —D'Hennish pasó una mano por los controles e hizo aparecer una curva de ejemplo—. Sadr, mi estrella de origen. ¿Ve la curva? Una fluctuación muy, muy leve, pero regular. Pero mire una de las estrellas de la Pequeña Magallanes. —Otra gráfica apareció en pantalla... y la línea de magnitud de la estrella la atravesaba como un electrocardiograma plano.

Jim se estremeció. Incluso sabiendo lo poco que sabía sobre el tema, se sintió perturbado.

—¿Significado?

D'Hennish también parecía perturbado.

—Señor, no estoy seguro. El más obvio es imposible.

—¿Cuál es?

—Que la entropía no funciona allí.

—Eh... —Jim asintió con la cabeza—. Gracias, alférez. —Le volvió la espalda a la consola y regresó a la mesa.

—... inquietantemente parecidas a estrellas «simbióticas»...

—... ¿«novas inversas» prolongadas...?

—... artefacto taquiar...

—... teorías no confirmadas sobre la «soluencia» espacio-temporal...

—Disculpen —dijo Kirk, con voz un poco alta.

Ellos volvieron a alzar los ojos para mirarlo.

—Tengo la sensación de que esto va a alargarse un poco —dijo Jim—. Por favor, no olviden que tienen una reunión informativa a las siete. Pero si consiguen calcular la raíz cuadrada del círculo antes, les agradecería que me llamaran.

—Sí, señor —replicó Spock, y volvió a posar los ojos sobre las lecturas.

Junto a él, cuando se marchaba, Jim oyó que K't'lk tintineaba suavemente:

—¿Sp'ck? Creía que eso ya lo había hecho el año pasado.

Se produjo un silencio de un segundo.

—El capitán está muy ocupado —replicó Spock—. Sin duda se ha retrasado en la lectura de los informes. Ahora bien, respecto a esas pautas...

Jim pasó junto al nivel inferior de Recreación camino del puente. El aislante acústico no funcionaba tampoco allí; los sonidos de risas y canciones podían oírse incluso desde el corredor.

Llevado por la curiosidad, traspuso la entrada. El bosque de Harb se alzaba allí de nuevo. De su interior llegaba el sonido de risas placenteras sofocadas, de rumor de hojas y de pasos que se movían cautelosamente o corrían. El gemido de una pistola fásica y un destello intolerablemente brillante de color blanco rosáceo estalló en el bosque, luego se desvaneció y fue seguido por carcajadas y vítores. Por el ruido,

habría unas veinte personas jugando al escondite en el bosque, con las pistolas programadas en «tocado».

Jim entró, rodeó el bosque, y atravesó la línea donde la holografía terminaba. Al otro lado la iluminación era normal, y más animación. Unas treinta personas se encontraban sentadas en uno de los fosos de conversación. Se habían apropiado del sintetizador/arpa vulcaniano de Spock, de un par de guitarras, un acordeón y otros varios instrumentos que Jim no reconoció a primera vista. A la máxima capacidad de sus pulmones (u otros aparatos de vocalización), estaban cantando uno de los coros de aquella balada obscena acerca de la (improbable) descendencia del matrimonio entre un altasa y un vulcaniano: «Oh, era yo el crío más extraño / que hayas visto jamás; / mi madre era anaranjada / y mi padre verde fue...»

En silencio para no molestarlos, Jim avanzó por un lado de la sala y se sentó en un nicho pequeño y discreto, su preferido. Justo al otro lado de la gran sala, más allá del grupo de cantantes, había una vitrina donde se guardaban pinturas, fotografías y esculturas de todas las *Enterprise* del pasado: un surtido de corbetas, yates, vapores, naves de la marina y primeras naves espaciales. Pero junto a él, sobre un pedestal e iluminado por un foco, había algo por lo que él sentía más afecto que por todas las fotografías. Se trataba de un mascarón de proa de madera de un delfín arqueado que sonreía alegremente... gastado, comido de carcoma, la pintura desconchada por el tiempo; el mascarón de proa original de la goleta *Enterprise* con la que Stephen Decatur se había enfrentado a los piratas bereberes en Trípoli, cuatrocientos años antes. Tendió una mano con suavidad para tocarlo, luego dejó caer la mano, se recostó en el respaldo del asiento y observó a los cantantes. Sólo unos diez integrantes del grupo eran humanos terrícolas. Los demás formaban un amplio surtido: andorianos, shediru, capelles y adarrinos, un denebolido, un tellarita, e incluso un bellatrig que cantaba un dueto consigo mismo, y un *mrait* de uno de los mundos diphdani que entonaba un alegre aullido, como un lobo que saludara a la Luna. La armonía del grupo resultaba rara, pero compensaba con el entusiasmo lo que le faltaba de ortodoxo.

—«Pero mi madre odiaba la verdura, / mi padre odiaba la carne; / y ninguno de los dos me quería dar / lo que el otro comía...»

—Supongo que algún día lograrán cantar al unísono —comentó Harb Tanzer, que con su habitual sigilo había aparecido recostado contra la pared a la derecha de Jim.

—Lo que me asombra es que estén cantando algo.

—Oh, eso no es tan raro. La mayor parte de la tripulación juega y disfruta más de sus juegos cuanto más estrés soporta.

—Eso siempre me ha parecido muy curioso —comentó Jim—. Ahora ya no tanto... Supongo que se debe a que veo esa reacción muy a menudo. Pero sigo sin entender cuál es la causa.

Harb bajó los ojos hacia el capitán mientras los cantantes pasaban al verso que cuenta lo que la mascota del híbrido, un *rujj*, pensaba de toda aquella situación.

—Lo mismo nos pasa a los de recreación. Lo único que sabemos es que no se trata de algo tan simplista como la descarga de tensión... o al menos no sólo de eso. Por lo demás... —Harb se encogió de hombros—. Existen un montón de teorías. Nos divertimos discutiéndolas.

—¿Alguna favorita?

Harb asintió con la cabeza y volvió a dirigir los ojos hacia los cantantes.

—Una... que la diversión es buena para el cerebro. Aunque eso no es realmente una teoría... sabemos con certeza que la diversión hace que el cerebro segregue endorfinas, regenera las áreas transmisoras de las neuronas o análogos neuronales en la mayoría de las especies conocidas. Incluso los klingon tienen que divertirse de vez en cuando...

—Aunque las definiciones de «diversión» difieren.

—Por supuesto... Hay otra teoría que me gusta, y que descubrí hace ya algún tiempo. No satisface la navaja de Occam, pero en algunos sentidos a mí, decididamente, me satisface. —Jim alzó los ojos con curiosidad—. En mi trabajo, uno llega a conocer a bastante gente... y hay algo que he notado en los que tienen más éxito, una cualidad común. Esas personas le dan nombres diferentes, pero desde mi punto de vista da la impresión de que actúan en la vida como si de un juego se tratase. Con energía, deleite. Normalmente, no se toman las cosas demasiado a la tremenda... y suelen ser buenos perdedores, tanto en los juegos de naipes como en el mando. —Harb estudió a Jim durante un momento—. A veces me pregunto si ellos saben algo que el resto de nosotros ignoramos. Señor, todo esto son generalizaciones; siempre hay alguna excepción. No hay datos suficientes para basar una verdadera hipótesis, pero... ¿y si lo que llamamos vida fuese en verdad un juego... como parecen sugerir algunas de las religiones terrícolas?

—¿Y cuál sería el objeto del juego? —preguntó Jim, ligeramente interesado.

Harb hizo un gesto que indicaba posibilidades infinitas.

—Redención. O la unión con Dios. O propósitos que a nosotros nos parecen menos importantes... como, digamos, dar forma a un universo de modo que tenga uno un sitio en el que jugar cuando tiene que matar el tiempo durante una eternidad. Podría argumentarse cualquier propósito, «religioso» o de otro tipo. Carece de importancia para el propósito de esta teoría. Lo que intento decir es que, si la vida fuese verdaderamente un juego, y comenzara a resultar estresante... y uno hubiese olvidado de momento que se trata de un juego, como le sucede con frecuencia a la gente cuando se dedica a algo tan inofensivo y alejado de la realidad como un juego de mesa...

—Creo recordar que pasé bastante tiempo enfurruñado la última vez que tuve que

venderle a alguien Park Place —comentó Jim—. Tenía tantos planes... Lo siento. Continúe.

—... en el caso de que hubiese olvidado que ya está jugando, ¿qué haría para combatir el estrés?

Jim consideró la conclusión durante un momento antes de responder en voz alta:

—Marcharme a jugar...

Permaneció sentado durante un rato, en silencio, con Harb de pie junto a él.

—Si algo me sorprende —dijo finalmente Harb—, es que los miembros de la tripulación se muestren tan serenos ahora. Por lo general, durante una misión peligrosa, o cuando resulta realmente estresante, muchísima gente viene aquí abajo para practicar deportes de contacto o para entrenarse en artes marciales. Pero en este último descanso no...

Jim tuvo un pensamiento.

—¿Quién oficia de sacerdote durante estos diez días?

Harb le dedicó una abierta sonrisa.

—Es curioso que lo pregunte. Yo.

—¿Qué tal va el trabajo?

—Animado. Mucha gente viene a hablar de sus experiencias de inversión.

—¿Problemas?

—No...

Las carcajadas al final de una canción ahogaron la voz de Harb. El grupo de cantantes se lanzó directamente de la canción verde-y-naranja a una de las preferidas por los navegantes del espacio. «Navegar en un sueño en la oscuridad calada de soles, / encumbrarse sin miedo a través de la luz estelar, a solas...»

—Déjelo para la reunión informativa —aconsejó Jim. Dirigió la vista hacia los tripulantes que cantaban, y sacudió la cabeza—. A veces desearía tener su trabajo.

—Lo siento —replicó Harb—. No acepto el cambio.

—Lo sé. —Jim alzó los ojos hacia las ventanas del nivel inferior, a través de las cuales los contemplaba la Galaxia—. La verdad es que tampoco yo lo aceptaría.

—Lo sé —le aseguró Harb.

Jim se levantó y se encaminó hacia las puertas. Si llegaba ahora a la sala de reuniones del puente, dispondría de media hora para considerar sus opciones antes de que comenzara la reunión informativa. Tenía la sensación de que iba a necesitar ese tiempo adicional.

«¡¿¿No hay entropía...?!»

«¡Enterprise, nave estelar, en qué lugares has estado! / ¡Qué cosas nos has enseñado, qué historias contado! / Enterprise, nave estelar, le cantamos a tu espíritu, / a los seres que te han servido tan bien y durante tiempo tan largo...»

—Informen —dijo Jim.

Había nueve personas en torno a la mesa de la sala de reuniones principal: Spock y Uhura, Scotty, Chekov y Harb, y K't'lk, que colgaba por encima de los bordes de un asiento entre el señor Matlock, jefe de seguridad, y el doctor McCoy.

—Comenzaré yo, si todos están conformes —dijo Spock—. Capitán, el aparato de inversión nos ha traído a la posición exacta fuera de la Galaxia que indicaban nuestras órdenes. Aunque no sin complicaciones... como hemos advertido todos. Les dejaré los aspectos psicológicos y emocionales de la inversión al doctor McCoy y al señor Tanzer, que están mejor preparados que yo para tratarlos.

»Para la sección científica el problema primordial es el hallado en relación con las estrellas de varios cúmulos globulares del extremo más lejano de la Pequeña Nube de Magallanes. He comprobado repetidas veces nuestros sensores y sistemas de información, y puedo constatar que funcionan sin fallo ninguno. Lo cual me lleva a la inquietante aunque fascinante conclusión de que, en el extremo más lejano de la Pequeña Magallanes, el paso del tiempo mismo está inhibido, incluso detenido por completo. Las estrellas de esa zona, aunque arden, lo hacen de un modo completamente atípico. No están perdiendo energía.

Spock se interrumpió, como si incluso él necesitara un momento para recobrase después de haber dicho algo tan inaudito.

—Éste solo descubrimiento es más importante que el suceso más importante concebible que la Flota Estelar pueda habernos enviado a investigar. Los datos que poseemos hasta el momento amenazan con afectar a la totalidad de la física, no sólo a las formas «clásicas», sino incluso a las escuelas no homínidas como la de K't'lk. Dentro de un momento ella ampliará la información referente al problema, pero mi recomendación como oficial científico es que nos dirijamos de inmediato hacia esa zona del otro extremo de la Pequeña Magallanes y la investiguemos más de cerca.

—Hay un problema —intervino Scotty—. Hemos pasado bien por la inversión, como cabía esperar. Nosotros no existimos realmente en ese momento. Pero ¿qué pasa con los sistemas operativos de una nave estelar cuando la nave sí existe y se la lleva a un lugar donde el tiempo no corre a la velocidad correcta... o está congelado, como parece suceder allí? Y ya que estamos, ¿qué sucederá con nosotros? ¿Qué pasaría si nos quedáramos prisioneros en ese sitio? Podríamos estar atrapados allí por toda la eternidad y no damos cuenta...

—Yo tengo una solución para eso —replicó K't'lk—. El aparato de inversión incluye otras funciones aparte la mera generación del punto de masa infinita. No complicaré las cosas con los detalles técnicos, pero puedo generar un campo protector, una «funda» de entropía, si lo prefieren, que podemos llevar con nosotros a ese área anormal. Sería algo similar a la doble capa de campo hiperespacial que protege la nave cuando viajamos por el subespacio. Permite que la velocidad en el

interior de la nave sea «normal», y tanto la tripulación como los aparatos están protegidos contra los efectos de viajar a una velocidad tan alta.

—¿Está segura de que funcionará?

—¡Mt'gm'ry! Por supuesto. No es más que una función de la afinidad de...

—K't'lk —intervino Jim—, ¿en qué consiste el resto del problema?

—Ah. Sencillamente esto: estamos a mucha distancia del cúmulo globular en cuestión... demasiado lejos, incluso con sensores taquiales de alta resolución, como para que podamos resolver dos cuestiones importantes. En primer lugar, no sabemos si el fenómeno es completo en sí mismo, o tiene una fuente localizable. Y en segundo lugar, hay una gran cantidad de polvo interestelar en el camino. Está interfiriendo las lecturas espectrográficas... varias de las cuales parecen indicar algo bastante atemorizador: la aparición de las mismas características espectrográficas que precedieron a las explosiones de 109 Piscium y zeta-10 Scorpii. Tenemos que acercarnos, a una distancia prudente, por supuesto, y observar, recoger datos. Porque en este momento las probabilidades de que estemos de algún modo implicados en la pérdida de la entropía en la zona son bastante elevadas. Podríamos ser incluso su causa inmediata. Y si lo somos, es responsabilidad nuestra examinar la situación, y solucionarla.

Todos guardaron silencio durante unos segundos.

—Gracias —dijo Jim—, por no decir «ya se lo había dicho yo».

—Que la Arquitecta no lo permita, señor...

—Sí. ¿Quién es el siguiente?

—Yo —replicó McCoy—. Jim, esta última experiencia de inversión ha supuesto la aparición de una nueva faceta. Casi todos nuestros tripulantes se encontraron dentro de los recuerdos o experiencias de otras personas. Lo que resulta sorprendente es que casi nadie se sintió realmente turbado por la situación, aunque algunas de las experiencias fueron, como antes, bastante íntimas. Atribuyo esto en parte a la psicología superior que siempre ha caracterizado a esta nave: la tripulación de la *Enterprise* permanece unida, sus miembros se apoyan unos a otros y no les molesta la compañía de los demás en las situaciones de crisis. También, como en el caso anterior, la mayoría de las experiencias fueron placenteras, o al menos muy interesantes. Pero no sé durante cuánto tiempo continuarán siéndolo.

»Lo otro que quería mencionar es que las experiencias parecen hacerse más profundas durante los saltos largos. ¿De cuánto tiempo será el siguiente?

—De ciento dos mil años luz —replicó Spock.

—¿Todavía más largo que el último? Maravilloso. —McCoy profirió un suspiro—. Jim, hasta el momento, la buena suerte y su tripulación han conseguido salvarle el culo a usted, y también el suyo propio. Pero no puedo garantizarle lo que sucederá en el próximo salto.

—¿Harb? —preguntó Jim—. ¿Cómo los ve usted?

—Emocionados —replicó Harb—. Ansiosos por continuar. Y, como le he comentado antes, ha habido muchísima actividad social, grupos que se reúnen... grupos más grandes de lo habitual. Podría considerarse que es un efecto de las experiencias compartidas durante la inversión. Yo no lo veo necesariamente como algo negativo. Ni tampoco veo que haya afectado de modo adverso los hábitos de trabajo de la tripulación. La gente regresa a su turno a tiempo, como siempre, y el ordenador informa que los niveles de eficacia son proporcionales al estrés esperado, o superiores.

—Estoy de acuerdo —asintió McCoy.

—Si tenemos que ir a mirar esas estrellas —dijo Uhura—, eso significa que tendremos que posponer la colocación de las boyas de referencia, capitán.

—De acuerdo. A la Flota Estelar no le importará.

—Sólo desearía que hubiese alguna manera de informarles —comentó Uhura—. El cielo no lo quiera, pero si nos metiéramos en problemas ahí fuera, ellos deberían saber hacia dónde nos dirigimos y qué hemos descubierto. Por desgracia, ya sabíamos desde el principio que íbamos a estar lejos, muy lejos del alcance de la radio subespacial...

—Yo puedo arreglar eso —declaró K't'lk—. O al menos eso creo. Si es posible desplazar la masa mediante la inversión, no existe razón ninguna para que no pueda hacerse lo mismo con la energía. Compile un mensaje, y yo lo enviaré de vuelta en una inversión, junto con instrucciones para que la gente de la Flota sepa cómo hacer lo mismo. Podremos tener comunicación en cuanto ellos monten otro aparato de inversión.

—Hágalo, pues. Entretanto —dijo Jim—, he tomado la decisión de realizar ese próximo salto. Estoy de acuerdo con el señor Spock. Nuestro propósito exige que investiguemos los fenómenos anómalos dondequiera que los encontremos, con independencia de lo que la Flota Estelar tuviera en mente para nosotros en un principio. Y, en cualquier caso, si vamos a usar este motor de una manera regular, necesitaremos todos los datos que podamos obtener acerca de cómo funciona. ¿Alguna opinión en contra?

Nadie dijo nada.

—¿Alguna sugerencia?

—La ferviente invocación de deidades —masculló McCoy.

—Entendido y anotado, Bones. ¿Alguien más?

Harb Tanzer miró a Jim durante un momento antes de decir:

—Con la venia del capitán... podría pasar por Recreación y conversar con la tripulación durante un rato, señor. Están preocupados por usted.

—También tomo nota de ello, señor Tanzer —replicó Jim—. Señor Chekov, señor

Spock, tracen rumbo para la «zona anómala» y háganselo llegar a K't'lk. Notifíquemenlo cuando lo tengan. Saltaremos de inmediato... quiero llegar al fondo de esto. Pueden marcharse.

Los oficiales de la *Enterprise* se marcharon cada uno por su lado. Sólo Jim permaneció sentado en la sala vacía, el rostro muy sereno, mientras mentalmente recordaba la letra de la más cochina canción de viajeros del espacio que conocía, la que hablaba de *La Cosa de pinta rara Con Todos Los Ojos Y La Hija Del Minero De Asteroides*.

Se levantó y salió, tarareando.

9

—¿Nuestro rumbo está confirmado, señor Spock?

—Lo está, señor.

—Uhura, ¿ha salido el mensaje para la Flota Estelar?

—Ha sido enviado al aparato de inversión, capitán. Saldrá cuando lo hagamos nosotros.

—¿Está preparada la tripulación?

—Sí, señor.

—Señor Sulu, comience... no, no se preocupe de la cuenta atrás. Uhura, notifique a la tripulación que partimos. ¿Todo a punto? Muy bien. ¡Ingeniería, ejecute!

Saltaron.

... soplaba el viento del anochecer y ella alzó la cabeza para sentirlo en el rostro, percibiendo aromas extraños junto con otros que le eran familiares. Podía sentir el olor a pino, pero también el del *raiwasku*; olía a salvia y ciprés, pero también a estrella azul y *talastima*. De lejos, de la dirección del ocaso rosáceo y opalino, le llegó flotando un sonido: un rugido grave y quejoso que hizo que el pelo de la nuca se le erizase. Un sonido inconfundible. Un león. Alzó los ojos hacia el cielo cada vez más oscuro y vio dos lunas blancas, una inmaculada, la otra manchada y marcada por mares que se deslizaban hacia el horizonte en llamas. Una tercera, diminuta y apresurada, de color rojo rosáceo, saltó del horizonte opuesto mientras ella miraba, y corrió en pos de las otras dos.

Esto era Serengeti, entonces... el quinto planeta de Procyon A, donde las criaturas de las llanuras terrícolas que una vez habían estado en peligro, vagaban libres y sin que los cazadores las molestaran. Nunca había tenido tiempo para acudir aquí, aunque el lugar había constituido la idea que ella tenía del paraíso cuando era niña. Serengeti estaba en proceso de fundación cuando ella tenía cinco o seis años; y algún cuento que su madre le contó sobre el planeta se mezcló con todos los otros relatos acerca de animales que eran capaces de hablar entre sí y a veces incluso con las personas. Ella decidió en aquel mismo momento que cuando fuera grande sería guardabosques de Serengeti, e iría a hablar con los animales.

Lo que descubrió al hacerse mayor fue que no eran tanto los animales lo que la fascinaba, sino el hecho de hablar, de comunicarse con otros tipos de vida, descubrir lo que pensaban, contarles a su vez los pensamientos propios. Y la Flota Estelar era el sitio donde a uno le enseñaban a hacer eso. Se lanzó de cabeza a la Academia, se graduó, y se olvidó por completo de Serengeti, atraída al exterior por las maravillas y lo novedoso de Vulcano, Tel, las Cetianas, Orion y Aus Qao y los mundos

aldebaranos. Ahora se encontraba entre la hierba carmesí de la sabana ecuatorial de las tierras altas de Serengeti, mirando hacia el monte Meritaja, que se alzaba en su majestuosidad con su cumbre nevada, y rió suavemente, un sonido débil, alegre, en el profundo silencio ventoso. Aquí había dado comienzo lo que ella era en la actualidad. Ya era hora de que lo reconociese.

Bajó los ojos hacia su cuerpo y se encontró con que iba ataviada de modo adecuado: traje de una pieza, riñonera, botas de faena; y al lado no le pendía la conocida pistola fásica de carga mínima de la Federación, sino una pistola desintegradora digna de su nombre y que podía vaporizar media colina. En este lugar podría resultarle útil. No para los animales, claro está... pero corrían rumores de la presencia de cazadores furtivos.

«¡Que el cielo los asista si se tropiezan conmigo!», pensó mientras echaba a andar (a falta de otra cosa mejor que hacer) hacia el ocaso. La ecología de Serengeti era una de las más delicadamente equilibradas de la Federación, más aún por haber sido creada artificialmente. Los ordenadores habían pasado años en ello, construyendo un cuidadoso y complejo entramado de especies alienígenas y no alienígenas, intentando preservar las cadenas alimentarias originales de Serengeti, introduciendo las especies terrícolas en peligro de extinción una a una. Los cazadores furtivos, atraídos por las pieles, que ascenderían a precios astronómicos en las regiones más alejadas del espacio, constituían la principal amenaza para ese precario equilibrio. También existían otros peligros; los ordenadores no habían podido preverlo todo. Plagas, accidentes...

Un terrible grito, a la vez desesperado y desafiante, que resonó por la sabana y llegó hasta ella de la dirección de la montaña, la hizo detenerse en seco. El grito se repitió. Venía de la montaña, y sin pararse siquiera a pensar en lo que estaba haciendo, se puso a correr en aquella dirección... el arma desintegradora desenfundada, el seguro quitado, el circuito de estado entonando la tríada aguda que le indicaba que estaba cargada al máximo. «Son los reflejos», pensó con humor feroz. Pero esto no era ningún rescate de un grupo de descenso sitiado. No tenía manera de saber qué la aguardaba en aquel grupo de árboles *nrara* que tenía delante. Dejar el tricorder en su casa no había sido buena idea. «Al menos tengo la pistola desintegradora, aunque...»

Pensó que era mejor que se detuviera antes de llegar al soto de *nrara*, y que lo rodeara para hacer un reconocimiento. No llegó a hacerlo. Algo más grande que un león, mucho más grande, salió repentinamente de entre las altas hierbas que se alzaban delante de ella y saltó directamente a su rostro. La salvaron los reflejos, que la hicieron alzar el arma desintegradora, apuntar y transformar en humo aquella cosa en medio del salto. Creyó reconocer la forma antes de vaporizarla, pero ya era demasiado tarde para asegurarse. ¡*Guuuuu...!* porque no era demasiado tarde; otras

dos figuras enormes, atraídas por el ruido agudo y penetrante de la desintegradora, llegaron saltando tras la primera.

«Terratiburones», observó una parte de ella, con gran calma. Otras partes de ella, desquiciadas, se concentraron en desintegrarlos antes de que la convirtieran en su cena. Se encontró mirando justo dentro de la rugiente boca del segundo, más allá de todas las filas de dientes, al interior de la maloliente garganta que quedaba a medio metro de profundidad, antes de que el efecto de la desintegradora lo envolviera y la arrojara a ella al suelo en una explosión de gas abrasador y hediondo.

Se levantó y echó a correr otra vez hacia el soto de *nrara* a toda velocidad; el sigilo ya no servía de nada. El terrible y furioso grito de la bestia sonaba ahora más cercano, más alto y apremiante. Otro terratiburón se abalanzó sobre ella desde los árboles. Pudo verlo con más claridad esta vez, en la incierta luz del crepúsculo, y la desintegradora le dio aun una mayor nitidez: el cuerpo de cuatro metros de longitud, el pelaje de vivido bermellón y blanco, las ocho patas, los «ojos» blancos, inexpresivos y ciegos de un buscador de calor. Dio un rodeo en torno al rastro de humo caliente que fue cuanto la desintegradora dejó de la fiera, y corrió al interior del soto.

Otros terratiburones la vieron, pero no antes de que pudiera ver qué perseguían. En el corazón de la arboleda de *virara* había un depósito de alquitrán, empantanado a causa de una lluvia caída más temprano. Atrapado en él, con un flanco terriblemente desgarrado vuelto hacia la orilla, se encontraba el elefante más enorme que jamás hubiese visto... el único que jamás había visto vivo, en cualquier caso. El elefante la vio, le asestó un golpe de lado con los colmillos a uno de los terratiburones que intentaba llegar a él, y alzó la trompa para lanzarle un salvaje saludo.

Tenía trabajo de sobras. Había demasiados terratiburones, y eran rápidos. La única posibilidad que le quedaba era ponerse de espaldas contra algo con el fin de que no pudieran atacarla por detrás. Los reflejos se hicieron una vez más cargo de la situación. Desintegró a un terratiburón que se le venía encima por un flanco, rodó, se contorsionó, y salió de la voltereta con la espalda vuelta hacia el depósito de alquitrán y el elefante macho que chillaba. Y la táctica de caza de la manada cambió. Se reunieron todos y comenzaron a atacar astutamente por un lado, luego por otro, poniendo a prueba la nueva alianza. Oyó que el elefante chillaba de furia, golpeando; un cuerpo con manchas brillantes cayó pesadamente sobre la hierba junto a sus pies en el momento en que ella volatilizaba a uno de sus compañeros de manada. Los terratiburones estaban ahora gruñendo. El sonido la sorprendió y asustó primero, y luego le infundió ánimos. «Cazaban en silencio cuando creían tener la ventaja...» Otros dos saltaron hacia ella desde flancos opuestos. Ella desintegró a uno, y estaba a punto de hacer lo mismo con el otro, pero no tuvo oportunidad; una enorme trompa arrebató al terratiburón del aire en pleno salto y lo estrelló contra la tierra con un

sonido pesado, húmedo.

«Ahora quedan ocho. No, siete». Pero aún eran demasiados. El sonido de su arma desintegradora había bajado cuatro tonos... estaba perdiendo potencia, y una luz lateral de advertencia le dijo que le habían endilgado una batería defectuosa. Si la nave no le enviaba ayuda muy pronto, iba a convertirse en cena a pesar de sus reticencias.

... y se produjo un rielar de efecto de transportador a unos cien metros de distancia. Las orejas de los que vigilaban se tensaron al captar el suave gemido. Varios de ellos se volvieron para dirigirse hacia él.

—¡No! —gritó ella, y lo repentino del alarido confundió a dos de los terratiburones lo bastante como para que pudiera desintegrar a uno y quemarle una pata al otro. También la criatura chilló, y se marchó cojeando a una velocidad terrible hacia las hierbas altas. Ella tuvo remordimientos al pensar en el animal herido, y, mientras, la luz del transportador se desvaneció. «Por favor, que estén armados»—. ¡Cuidado, van hacia allí! —Y entonces otros dos se lanzaron hacia ella y ya no quedó tiempo para gritar...

«¡Respire, maldición! ¡Respire! ¡Respire!»

Era su peor pesadilla convertida en realidad. Maldijo por milésima vez el estúpido valor que había llevado a aquel hombre a arrojarse entre bestias salvajes y al centro del fuego cruzado de las desintegradoras por el bien de sus hombres. Afortunadamente, sólo había sufrido un roce. Pero las cosas estaban bastante mal. La mano que posó sobre su pecho no detectó rastro de respiración, ningún latido. Le alzó un párpado, y se encontró con una pupila que reaccionaba incluso a aquella luz oscilante: se contrajo de inmediato. «¡Gracias a Dios!» Sin embargo, continuaba sin haber pulso en la carótida. «No es problema». Palpó el esternón, se aseguró del emplazamiento del proceso cartilaginoso del xifoides en el extremo del esternón, con el fin de no dañar el hígado o desgarrar una costilla... y luego se lo asestó... el «puñetazo precordial» sobre el esternón que hace reaccionar al corazón en seis de cada diez casos: ¡bum!

Los dedos posados sobre la carótida continuaban sin percibir pulso. «¡Maldición! ¡No podía ponérmelo fácil, ¿verdad?!» Comenzó la reanimación cardiopulmonar.

—¡Cris! ¡Lia! —chilló—. ¡Que una de ustedes venga aquí y respire por él, maldición, maldición! —«Ahora mantén la presión precisa. No te apoyes sobre los dedos y disminuyas la fuerza. No se atreva. No se atreva. ¡¡Oh, Jim, no se atreva!!»

... el disparo desintegrador estalló demasiado cerca en aquella noche cargada de extraños aromas, seguido por el sonido pesado de un cuerpo que se estrellaba contra

el suelo a algunos metros de distancia. Vio el destello de una pistola fásica que le arrojaban a alguien, y Christine cayó junto a él, justo encima de la silueta que no respiraba. No tuvo que decir una sola palabra; ella aferró la cabeza del paciente, le separó las mandíbulas, se aseguró de que el paso del aire estaba expedito, e inició la respiración artificial: grandes exhalaciones jadeantes probablemente muy cargadas de CO₂ debido al propio terror de ella. «Eso está bien... hará que sus quimiorreceptores trabajen más aprisa, respirará».

—¡Lia! —aulló.

Otra pistola fásica disparó, justo por encima de su cabeza. El cuerpo cayó esta vez prácticamente encima de ellos tres... despidiendo un fuerte olor a pelo chamuscado, el rostro deshecho que se contraía lentamente en un rictus de profunda sorpresa, contemplándolo a él con aire de reproche desde el sitio en que yacía. Él se incorporó sobre las rodillas; le escocían, y el sudor le resbalaba por la cara y se le metía en los ojos, y advirtió, en aquella extraña intemporalidad de las crisis, que Lia había disparado con total precisión entre los lechosos ojos del monstruo. «Probablemente esperó hasta que estuviera lo bastante cerca para efectuar ese disparo, maldita presumida —pensó—. Aunque es buena. Y hay que reconocerle algo a Christine, con independencia de todo lo demás que pueda decirse de ella: tiene unos pulmones fenomenales».

—Reempláceme —jadeó él, y Lia se dejó caer pesadamente de rodillas a su lado, vaciló un segundo para pillar el ritmo, le apartó las manos de un golpe, colocó las suyas y empujó hacia abajo, sin perder ni un instante. «Nada mal en absoluto; a lo mejor resulta que hay algo bueno que decir en favor de las enfermeras que quieren dárselas de médicos, después de todo...»

Buscó a tientas su equipo. «Cordrazine. Demonios, no, se encuentra en estado de *shock*, eso lo mataría con total seguridad. Cyclohexan... No, Enverasol... ¡no! ¡No! ¡¿Quién ha preparado este equipo?! ¡Malditos ordenadores de suministros, si se muere la emprenderé con un hacha contra ellos...!!» El rugido que sonó delante de él le hizo alzar la cabeza justo a tiempo para ver saltar al terratiburón, y despedirse de la vida.

Prematuramente: K't'lk apareció saltando resplandeciente por encima de su cabeza, aferró al terratiburón con once de sus patas en medio del aire, desviando simultáneamente el salto hacia un lado y usando la duodécima pata para abrirle el cuello con una precisión que hizo estremecerse al médico. El terratiburón muerto y la hamalki viva se estrellaron juntos contra el suelo a varios metros de distancia. Devolvió la atención al equipo médico. «Rofenisin, Unifactor, Suspenar-Ardrosam-G, ¡¡sí!!» Encajó la ampolla en el atomizador hipodérmico, y no se molestó siquiera en accionar el ciclo de pre-esterilización... «¡Él ahora tiene preocupaciones mucho mayores que los gérmenes!»

—A-V —le dijo a Lia, y ella se apartó para permitirle aplicar el atomizador hipodérmico en el espacio entre dos costillas, a la izquierda del esternón. El cuerpo, bajo las manos de ellos, se sacudió con un espasmo cuando la droga estimuló violentamente el nódulo aurículo-ventricular del corazón, y el músculo cardíaco comenzó a funcionar otra vez...

—Vigílelo —ordenó él con la voz ronca, temblando de pies a cabeza a causa del desastre que una vez más se había evitado—. De-cinco concentrado hasta que podamos subirlo a bordo. No la fastidie, Lia... ya tiene bastantes problemas. Neonor si tiene palpitaciones, Christine. O Caledax, lo que crea que es mejor según la presión sanguínea. ¡¿¿Qué demonios está haciendo la condenada nave??!

Los rayos fásicos klingon acertaron a los escudos, y esta vez no estaban alimentados por toda la potencia de un motor hiperespacial: comenzaban a fallar. Nunca había sentido ningún interés especial por ver los escudos de una nave cambiar al ultravioleta, como en los antiguos relatos, pero eso era precisamente lo que los escudos de la *Enterprise* estaban haciendo en ese momento. Esperaba que les hiciera daño a los ojos de los klingon. A los suyos sí que se lo hacía.

—¡Scotty! —gritó por el intercomunicador. No obtuvo respuesta ninguna.

«Esto es espantoso —pensó—. ¿Dónde están todos? No podemos hacer nada por el grupo de descenso, no con los condenados klingons machacándonos de este modo...»

La nave se sacudió tras un disparo particularmente peligroso. Mala señal; le indicó que el campo energético exterior no era capaz de proteger los sensibles sistemas electrónicos de la *Enterprise*, y que los particularmente sensibles sistemas de dirección y gravedad estaban dejando de funcionar. «Oh, Dios, ¿qué hago ahora?», pensó, al tiempo que a falta de una idea mejor comenzaba a desviar las principales funciones del puente al puesto del piloto... incluida Ingeniería, la cual escrutó con todo cuidado.

La nave estaba en órbita con potencia de impulsión, como de costumbre. «Scotty me matará si descubre que he hecho esto. Y lo descubrirá. Pero ésa es la idea... que todos conserven la vida para que puedan ponerse furiosos...»

La última vez que habían sobrealimentado los escudos con la potencia de los motores hiperespaciales, la *Enterprise* había escapado de estallar convertida en plasma sólo porque ya viajaba muy cerca de *c*. Ahora no disponía de tiempo para llevarla hasta esa velocidad, aun en el caso de que los klingon lo permitieran. Sin embargo, había que reforzar los escudos, y él sabía cómo hacerlo... o pensaba que lo sabía. No pretendía entender en lo más mínimo el aparato de inversión, pero sabía por experiencia que liberaba una tremenda cantidad de energía cuando funcionaba... cosa que estaba haciendo en ese momento.

«¿Estamos entonces en proceso de inversión? Tenemos que estarlo. No tengo la sensación de que sea así... y no porque eche de menos el ahogo. Ahora eso no importa». Les habló apresuradamente a los ordenadores de Ingeniería, asegurándose de las conexiones que pretendía establecer con los alimentadores energéticos del aparato llegarían a los escudos. Los ordenadores de Ingeniería, programados por Scotty, confirmaron que la conexión era posible y, con el conservadurismo propio de Scotty, lo instaron a que no las estableciera.

—¡Al infierno con eso —dijo, incluso mientras él mismo vacilaba durante un momento presa del terror—, triple anulación, ejecute!

Las alarmas de sobrecarga inminente comenzaron a aullar por toda la nave, mientras la energía ilimitada inherente al Espacio de Sitter se introducía por el pequeño y estrecho embudo de los sistemas de control de la *Enterprise* y llegaba a los escudos. Los escudos pasaron del espectro ultravioleta al añil, el azul y el verde, y empezaron después a relumbrar con una luz cada vez más intensa que acabaría siendo, finalmente, de un blanco abrasador. Ninguno de los disparos de los klingon les afectaban ahora en lo más mínimo. «Bien por ese...»

Se hundió apenas en su asiento... y luego volvió a erguirse, horrorizado, fascinado. «¡¿¿Qué he hecho??!»», pensó... porque los escudos comenzaron a crecer, hinchándose hacia fuera. Varias de las naves atacantes klingon retrocedieron. Una no lo hizo, continuó disparando... y luego dejó de hacerlo abruptamente cuando los escudos de la *Enterprise* alcanzaron los suyos, y tanto los escudos klingon como la nave klingon simplemente desaparecieron como si alguien los hubiese apagado. «Buen Dios, ¿qué he descubierto? —pensó mientras contemplaba con atemorizada satisfacción las otras naves klingon que retrocedían más aún—. ¡Espero que esto no le haga lo mismo al planeta!»

Como si lo hubiesen oído, la expansión de los escudos comenzó a enlentecerse, hasta que por último se estabilizaron a una distancia de varios kilómetros de la *Enterprise*. «¡Gracias al cielo! Pero hay otros problemas...» Volvió a inclinarse sobre el panel de controles. Con esta nueva fuente energética, existía una manera de traer al grupo de descenso de vuelta incluso con los escudos activados: conectar también el sistema del transportador al aparato de inversión, de modo que la señal fuera lo bastante potente como para penetrar los escudos y no tener interferencias. Sólo para asegurarte, estrecha la amplitud de onda de la señal del transportador hasta la casi coherencia en el extremo de la nave, haz que vuelva a ampliarse sobre el planeta... un truco perfecto, sí; Uhura se lo había sugerido para señales más mundanas. Volvió a hablarle al ordenador, le indicó qué debía hacer con el rayo transportador... y pronto comenzó a escuchar a través del canal abierto aquel agradable gemido musical que le indicó que todos estaban de regreso...

«¡Alerta roja! ¡alerta roja!» estaba gritando la nave, así que Sulu tuvo que gritar también para hacerse oír por encima del estruendo de sirenas y otras alarmas.

—¡Emersión confirmada, señor!

—¡Ya lo creo! Escudos... —pero una mirada a la imagen ondulante y distorsionada de la pantalla frontal le dijo a Jim que ya estaban activados. «¡Pero esas ondulaciones!»—. Qué demo... —Comenzó a ponerse de pie, y volvió a sentarse. Se sentía terriblemente débil y aturdido; el dolor le atravesaba el pecho como una quemadura física, y sentía la caja torácica como si alguien hubiese estado usándola de trampolín. El comunicador silbó, y eran tales el dolor y la confusión que lo invadían que apenas pudo pulsar el botón—. Puente...

—¡Jim, no se mueva! ¿Qué tal tiene el pecho?

—Eh... —El recuerdo regresó—. Salté delante de Spock, había ese animal salvaje... —Guardó silencio. Al menos tenía la sensación de que era un recuerdo. Confuso, se metió un dedo por el cuello de la chaqueta del uniforme y miró al interior. Deseó no haber mirado—. He vuelto a hacerlo, ¿eh, Bones?

—Estaré allí de inmediato con una camilla.

—¡Bones, éste no es momento...!

—Haga el favor de callarse. Sólo permanecerá tumbado durante una o dos horas, el tiempo suficiente como para regenerar cualquier tejido cardíaco que haya sido dañado. Póngase a discutir y sufra un *shock*, y tendrá que quedarse dos días aquí abajo.

—¡Pero Bones, no fue real!

Se produjo una pausa muy breve.

—Mírese otra vez el pecho y dígame si lo fue o no, Jim. Corto.

Jim golpeó el interruptor con irritación y asombro.

—¿Qué demonios les sucede a los escudos? —dijo—. Estado de la nave...

—El problema no está en los escudos, capitán —dijo Spock mientras descendía hasta detenerse junto al asiento de mando—, sino en los sensores, que están aportándonos datos que tienen muy poco sentido. O muy poco sentido convencional. Si acepto las actuales lecturas, y en este momento no existe razón alguna para no hacerlo, parece que nos encontramos en un lugar donde el tejido del espacio mismo está sufriendo terribles alteraciones debidas a la pérdida intermitente y reiterada de entropía. Algo ha hecho aumentar los escudos de la nave durante la inversión...

—Lo hice yo, señor Spock —dijo Sulu, con un tono que parecía complacido, confuso y preocupado, todo al mismo tiempo.

Spock alzó una ceja.

—En ese caso, es buena cosa que lo haya hecho, señor Sulu. De alguna forma, ha conectado los escudos al aparato de inversión, capitán. A pesar del hecho de que teóricamente eso no puede hacerse: ni nosotros ni la nave «existimos», ni deberíamos

ser capaces de movimiento físico, ni siquiera de actividad mental durante el estado de inversión. —Spock adoptó una expresión de paciente resignación—. En cualquier caso, lo que hizo el señor Sulu probablemente nos ha salvado la vida a todos. La «entropía portátil» de K't'lk, si puedo llamarla así, fue derivada hacia los escudos... el fallo de éstos habría supuesto el fallo de nuestra protección. Y de haber sucedido eso, podrían haberse producido millares de errores fatales en los sistemas operativos más vitales de esta nave... fatales no sólo para los sistemas, sino para nosotros.

—Buen trabajo, señor Sulu —dijo Jim—. Así pues, Spock, ¿qué significan todas estas condenadas alarmas?

—Bueno, capitán, como ya he dicho, las condiciones que los sensores están captando en el exterior son de lo más improbables, y ocasionalmente imposibles. Allí fuera hay enormes cantidades de radiaciones de toda clase, incluida la radiación de Hawking... hallazgo muy preocupante, dado que la radiación Hawking se encuentra normalmente en las inmediaciones de los agujeros negros. Sin embargo, los sensores también insisten en que no hay ningún agujero negro por estas inmediaciones... o al menos no por mucho tiempo...

—¿¿Que no por mucho tiempo??

Spock se encogió de hombros.

—Las lecturas son de lo más ilógicas. La masa y la energía parecen ir y venir a intervalos impredecibles. Las estrellas aparecen y se desvanecen... o se convierten en nova y luego vuelven a mostrarse sin cambios, en un completo desafío a la conversión de la energía. No es sorprendente; las leyes de la termodinámica necesitan todas el flujo temporal para funcionar...

Jim clavó los ojos en la pantalla. Alguien la había apagado.

—Señal visual.

—Yo no lo recomendaría, señor.

—¿Por qué no?

—Por motivos médicos.

Jim abrió la boca para contestar con aspereza a Spock, pero entonces sintió la tos que estaba a punto de aflorarle desde el fondo del pecho; si ahora intentaba hablar con voz potente, esa tos arruinaría por completo el efecto.

—Eso es, capitán —dijo Spock—. Señor, usted sabe que yo soy el único miembro de la tripulación al que le gusta estar en la cubierta de observación cuando viajamos por espacios paralelos. La visión que hay ahora mismo fuera de la *Enterprise* es una que tendré que observar por razón de mis deberes. Pero no me sometería a ella más de lo necesario. Los vulcanianos somos propensos a muchos tipos de conducta que a otras humanidades les resultan difíciles de entender, pero el masoquismo no constituye una de ellas.

En ese momento, las puertas del puente se abrieron con un siseo. Jim tuvo el

tiempo justo para ver lo inquietos que se sentían todos, antes de que McCoy entrara con un hombre apuesto, alto, de barba rubia, que empujaba una camilla flotante ante sí.

—Quiero un informe para dentro de dos horas, cuando McCoy haya acabado —dijo Jim—. De usted, Scotty y K't'lk, y cualquier otro que pueda arrojar un poco de luz sobre este lío... lo quiero abajo, en la enfermería.

—Cállese, Jim. Don, incline esa cosa hacia arriba, ¿quiere? Unos ocho grados. Bien. Suba aquí, Jim. Muy bien, Don, vuelva a ponerla horizontal. Vamos, capitán Héroe...

—Tome el mando, Spock —ordenó Jim—. Y mantenga la nave a salvo.

Las puertas se cerraron ante él.

—Ya tenemos los datos —tintineó K't'lk—, y lo único bueno que hay en ellos es que resulta imposible que puedan trastornarlo a usted tanto como me trastornan a mí.

—Póngame a prueba —dijo Jim mientras se sentaba en la mesa de diagnóstico y se desperezaba. Bones lo había atiborrado tanto de fármacos que parecía una farmacia; se sentía mucho mejor, y se preguntaba cuánto tiempo iba a durar aquello.

Reunidos en torno a la cama se encontraban Scotty, Spock y K't'lk; McCoy estaba reclinado contra la pared junto a la cabecera.

—Déjeme hablar a mí primero, Kit —pidió McCoy—. Jim, he tenido oportunidad de atender a bastantes miembros de la tripulación mientras estaba usted aquí abajo. Se produjeron muchísimas lesiones menores durante esta última inversión... lesiones como la suya, sufridas en la experiencia misma, cuando era imposible que nadie pudiera moverse o respirar siquiera, y mucho menos estar en los lugares donde aseguran haber estado. Ninguna de las heridas era muy seria. Aún me quedan algunas personas por examinar; usted era una prioridad para mí.

—Bones, sigo sin entender. ¿Cómo han podido pasarnos de verdad estas cosas? No eran reales...

Bones cruzó los brazos y se reclinó contra la pared, sacudiendo la cabeza.

—Jim, va usted de cabeza a un problema. A un montón de problemas... las guerras, por ejemplo, comienzan cuando señalamos una realidad y afirmamos que es «más real» que otra. Un montón de años en xenopsicología me han convencido de que cualquier cosa que uno experimenta es una realidad... y eso no constituye ninguna dificultad, dado que las realidades se incluyen las unas a las otras de un modo natural. Por ejemplo, mi realidad incluye una *Enterprise*, y un Jim Kirk, y un Spock... Dios sabe por qué... —Spock alzó una ceja—, y la suya incluye no sólo todas esas cosas, sino también un McCoy. Existe también otro tipo de inclusión. Por ejemplo, usted puede soñar que lo persigue un monstruo y saber que es real... luego despertar y saber que ha estado soñando, y saber también que ahora se encuentra en una realidad más completa o «superior». Hay realidades de «vigilia» aparentemente superiores a la nuestra; los na'mdeihei de Lia serían un ejemplo, según las pautas de ellos.

McCoy suspiró.

—Lo que pretendo decir es que todas nuestras realidades personales están volviéndose mucho más completas, más «superiores» de lo habitual. Nuestras experiencias de inversión parecen haber comenzado con una base interior... y a partir de ese momento, han estado volviéndose hacia fuera para incluir no sólo a otras personas, sino las percepciones de otras personas.

—¿Podría tener eso algo que ver con el incremento en la «duración» de las

inversiones? —preguntó Scotty.

Bones se encogió de hombros.

—Podría ser. Las barreras que la mente establece entre su propia realidad y la de otros podrían muy bien ser una función de la entropía... y hemos estado pasando cada vez más «tiempo» fuera de ella. Sin embargo, aún hay otra cosa que resulta más interesante, y me pregunto si el espacio en que nos hallamos no tendrá algo que ver con ello. Hubo un factor común en la totalidad de las experiencias que tuvieron los miembros de la tripulación esta última vez. Todos ellos percibieron algún tipo de peligro para la *Enterprise* y actuaron con el fin de evitarlo. Puede que esto les resulte un poco raro, y no tengo ninguna prueba que pueda confirmarlo... pero no estoy seguro de que fuese sólo el señor Sulu quien salvara la nave. Creo que toda la tripulación sintió que había algún problema, y que fueron la intención y la concentración de todos ellos lo que logró su salvación.

Jim asintió con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Spock?

Spock había mantenido los ojos fijos en la mesa. Ahora los alzó, con una expresión muy grave.

—Señor, la valoración que la sección científica ha hecho de la situación reinante en el espacio que nos rodea es extremadamente alarmante. Hemos logrado determinar que la turbulencia del espacio-tiempo de esta zona tiene, en efecto, un punto de origen. Ese punto se encuentra lejos de aquí, incluso en términos de uso del motor de inversión... a casi dos millones doscientos mil años luz de los límites de la Pequeña Magallanes, casi fuera del mismísimo grupo local de galaxias. Nuestros sensores han podido detectarlo por métodos indirectos; aunque, de hecho, no tienen la capacidad de detectar nada que se encuentre en ese lugar, cuando se los orienta en esa dirección sus funciones fallan de modo catastrófico. Este simple hecho, unido a la presencia de asombrosas cantidades de radiación Hawking, parece indicar la naturaleza del lugar. Lo que estamos viendo, o más exactamente lo que no estamos viendo, es un lugar donde otro universo ha abierto una brecha en el nuestro.

Scotty miró a Spock, sorprendido pero no muy preocupado.

—Eso ya lo hemos visto antes, hombre; ¿qué problema hay?

—Ese otro universo —respondió K't'lk— parece no tener entropía en absoluto. Está vertiendo no-entropía, «anentropía», en el nuestro. Y la brecha está agrandándose.

—¿A qué velocidad? —inquirió Jim.

—A una enorme velocidad hiperlumínica —respondió Spock—. El efecto es capaz de propagarse con independencia del límite de la velocidad lumínica de este universo, puesto que de hecho constituye una función de la expansión del otro universo. Dentro de un mes a lo sumo, habrá afectado a la totalidad de la Pequeña

Nube de Magallanes. Al cabo de dos, tres como máximo, alcanzará a nuestra Galaxia. Y dentro de un año, o quizá dos, podría no sólo haber abarcado a todo el grupo local, sino a la totalidad del «grupo megagaláctico» del cual los grupos locales no son más que una parte insignificante.

Scotty se puso blanco. McCoy permaneció absolutamente inmóvil junto a él. Ni siquiera K't'lk tintineaba.

—¿Qué sucederá? —quiso saber Jim.

—¿Con los planetas habitados, quiere decir? —Spock miró a Jim, y no hubo calma vulcaniana alguna que pudiera ocultar su angustia—. Sin entropía no puede haber ninguna clase de vida, y lo sabemos. La existencia como tal simplemente cesará, al no disponer de tiempo por el que transitar; a medida que ese otro universo se introduzca en el nuestro, o más bien dicho, lo rodee y finalmente lo contenga, la anentropía acabará con la vida en todas partes. Y no sucederá de una manera rápida ni sencilla. El espacio entrópico y el anentrópico se mezclarán primero lentamente, como dos fluidos. Como está sucediendo con el espacio que nos rodea.

Spock avanzó hasta la pantalla de pared de la enfermería.

—Pantalla —dijo—. Visión exterior.

La pantalla se activó, revelando una panorámica de oscuridad y estrellas que durante la primera fracción de segundo no se diferenció en absoluto del aspecto que presentaría el perfil de cualquier gran cúmulo globular; un reguero de estrellas, más denso por un lado y que iba reduciéndose a medida que se acercaba al límite del cúmulo. Pero la ilusión de normalidad y tranquilidad quedó destruida de inmediato. Las estrellas no se estaban quietas. Y no se trataba de una sana fluctuación como la que podía observarse en los cielos del lejano Lorien. Estas estrellas rutilaban febrilmente, como si estuvieran viéndolas desde el fondo de una atmósfera sucia y turbulenta. Algunas de ellas explotaban, y no lo hacían limpiamente, sino de manera vacilante, convulsa... y luego se contraían perezosamente hasta convertirse en globos mortecinos de aspecto enfermizo. Las estrellas parpadeaban y goteaban como velas azotadas por un viento fuerte, a medida que la entropía y la ausencia de ésta las lamían en olas de años luz de longitud, y el tiempo avanzaba, retrocedía, corría en todos los sentidos. Esto no era un arder puro, feroz, que las llevara al lento colapso y la desaparición. Se trataba de un sufrimiento prolongado, de una muerte lenta. Ni siquiera la oscuridad del espacio vacío parecía limpia. Se arrastraba.

Jim apartó la mirada.

—Algunas de esas estrellas tienen planetas, capitán —dijo Spock—. Algunos de esos planetas tienen vida. Si puede llamársela así. Se trata de una vida en la que nada puede darse por seguro, donde las leyes de la naturaleza pueden quedar abruptamente abolidas según el capricho de cualquier remolino de tiempo o no-tiempo en el que el planeta se vea atrapado. Me atrevería a decir que sus habitantes recibirían la muerte

de muy buena gana, si pudieran alcanzarla de modo definitivo... dado que muchos de ellos habrán estado en el proceso de morir durante lo que subjetivamente tienen que parecer eternidades. Un destino semejante es el que aguarda a todos los mundos conocidos. Los klingon, la Federación, todos los cientos de especies de humanidad que conocemos, todas las miríadas a las que no conocemos, en nuestra Galaxia y en todas las demás.

Jim volvió a mirar la pantalla con fascinado horror, y apartó los ojos una vez más cuando el horror superó a cualquier otra sensación.

—Tiene que haber algo que podamos hacer por ellos —dijo en un susurro.

—Enfrentarnos con el problema en su fuente misma —declaró K't'lk—. La verdad es que tenemos que hacerlo, capitán. Nosotros somos la causa de lo que sucede.

Su tintineo sonaba dolorido, un sonido sombrío, como una endecha por los mundos agonizantes. Jim la miró, y luego volvió los ojos hacia Spock. El vulcaniano asintió con la cabeza.

—Las probabilidades son casi del cien por cien, capitán —confirmó—. La presencia de líneas espectrográficas «simbióticas» en las estrellas, las mismas que observamos en el caso de 109 Piscium y zeta-10 Scorpii, lo confirman... una rotura de la integridad física en enorme escala, y eso sólo a nivel local. Más allá del grupo local, en nuestro propio universo, el componente físico que lo conforma se ha visto comprometido. El proceso topológico que se está produciendo ahí fuera es fascinante... pero es lo único que puede decirse en su favor. Se trata de una analogía multidimensional del antiguo enigma topológico del toro conectado a través de otro que puede «tragarse» completamente a su compañero. Nuestro universo acabará contenido en ese otro... y el tiempo, al convertirse en imposible, cesará. Toda existencia desaparecerá con él. Tengo la teoría, y K't'lk concuerda conmigo, de que, cada vez que hemos usado el aparato de inversión, la tensión del universo ha aumentado. Y finalmente, en el penúltimo salto, acabó por desgarrarse. El salto que acabamos de realizar, hasta donde pueden indicarnos nuestras mediciones, agravó la situación de manera considerable. En caso de que nos trasladáramos al foco de este efecto anómalo, la extrema longitud del salto la agravaría aún más, acelerando el proceso. Aunque lo mismo sucedería, en un grado menor, con cualquier intento de regresar a casa y advertir a las humanidades.

—Recomendaciones —pidió Jim.

—Intentar penetrar en la anomalía —dijo Spock.

—Suponiendo que lo hagamos... ¿qué podríamos hacer una vez allí?

—Existen muchas posibilidades de que esa brecha pueda cerrarse —explicó K't'lk—. Capitán, usted y Mt'gm'ry se han divertido bromeando sobre si mi física servía para algo más que para confundirlos a ustedes. Pero ahora estamos vivos y

hablando en parte debido a esa física...

—También nos encontramos en el problema en que nos encontramos debido a ella —masculló McCoy.

K't'lk le dedicó un sonido discordante, de fastidio.

—Por favor, L'n'rd. Yo no niego mi responsabilidad en la inminente destrucción de la vida como la conocemos y como no la conocemos, en todas partes. Pero aunque lo tengo presente, no dispongo de tiempo para entonar el me ocupa...

—*Mea culpa* —dijo Scotty con amabilidad.

—Bien, gracias... no tengo tiempo para eso, y usted no tiene tiempo para quedarse ahí parado regodeándose. Necesito hacer algo para solucionar este lío. La Flota Estelar podrá someterme después a un consejo de guerra, si estoy viva. Capitán, puedo mantener y manipular la entropía dentro de unos límites locales. Puedo confeccionar la «funda de entropía» que ha protegido hasta ahora la nave de modo que también proteja a cada miembro de la tripulación; nada que genere un campo vital estará desprotegido frente a la anentropía, ni dentro de la nave ni fuera de ella. También estoy bastante segura de poder hallar una forma de usar el motor de inversión mismo para añadir la potencia suficiente a mis ecuaciones, de manera que pueda cubrir la totalidad de esa grieta con entropía y volver a unir el universo. Una vez que eso esté hecho, podremos regresar a esta zona mediante saltos pequeños, en lugar de los largos, que someten el espacio a tanta tensión, y podré deshacer todos los posibles daños causados aquí.

—¿Y si no puede?

—En ese caso, dado que nos hallaremos tan cerca del efecto, nos sucederá como dice el cuento: «nos apagaremos, ¡bang!, como una vela».

Spock bajó la vista para posarla sobre K't'lk.

—De todas formas, he realizado otra estimación de las probabilidades de éxito que tiene. Son mucho más elevadas de lo que pensamos en un principio.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto?

—Cuarenta y ocho por ciento.

—Ha aumentado a cincuenta y cincuenta, ¿es eso, Spock? ¿Y eso es una mejoría? —preguntó McCoy con exasperación.

—Bones —comenzó Jim con toda la calma que pudo—, ¿tiene usted alguna sugerencia?

—¡Sí! Una que me funcionaba cuando era más joven. Voy a meterme en la cama y subirme las mantas hasta las orejas para que todo esto desaparezca. Recomiendo que hagan todos lo mismo. —Miró a Spock—. Usted va a necesitar más mantas...

—Bones...

—De acuerdo, de acuerdo. Jim, con cada salto, la integridad mental individual de los tripulantes se ha quebrado un poco más... de modo que están percibiendo las

realidades externas como... bueno, no, eso no es exacto. Todas las experiencias son interiores, bien mirado...

—Doctor, éste no es momento para lecciones sobre egopositivismo...

—Cuando la teoría coincide con la realidad, Spock, o le hace caso o está perdido. Jim, postulo que un salto más largo romperá esas barreras que hay entre las personas, de una forma aún más absoluta. No hay ninguna garantía de que después de eso podamos seguir funcionando como individuos. Podríamos acabar como una especie de fantástica mente colectiva. Además, cualquier pesadilla o peligro que se le ocurra a uno de nosotros, podría afectar a algunos o a la totalidad de los restantes... con consecuencias fatales. Será mejor que dé las instrucciones necesarias para que la nave funcione del modo más autónomo posible cuando salgamos y que no acepte órdenes de nadie que no tenga rango de jefe de sección. No quiero decir que ellos sean más resistentes que el resto... simplemente me parece que reduciría la posibilidad de accidentes. Y, por el amor de Dios, advierta a la tripulación sobre lo que podría suceder.

—Aún no he decidido qué línea de acción seguir —replicó Jim—. No obstante, tomo nota de todo lo que ha dicho. ¿Alguien más?

Nadie dijo nada.

—Muy bien. Señor Spock, voy a salir durante unos minutos. Tiene el mando mientras permanezca ausente. Bones, ¿le parece bien? Sólo un corto paseo por el exterior de la nave; no iré lejos.

—No se exceda. Y permanezca en el lado de la nave opuesto a eso. —McCoy hizo un gesto hacia la pantalla desactivada.

—Sin discusión. —Jim bajó de la mesa de diagnóstico y se encaminó al exterior de la enfermería.

Bajó hasta Mantenimiento, donde sorprendió al teniente sulamida limpiando consolas con un atomizador de líquido antiestático y cinco o seis paños en otros tantos tentáculos.

—Prepáreme un traje, señor Athendë —pidió Jim—. No uno de trabajo; sólo un equipo de mantenimiento rutinario con un casco de ángulo completo.

—Señor afirmativo, encantado —replicó el sulamida al tiempo que dejaba los paños y el atomizador. Giró hacia la consola de mediciones mientras Jim subía al disco del sensor para que el ordenador leyera su masa, su tamaño y su ritmo metabólico. Los tentáculos del señor Athendë se deslizaron con pericia por la superficie de la consola durante un segundo—. Compartimiento doce, señor —dijo—. Casco llevo un momento.

Jim se encaminó al compartimiento de trajes, que se abrió con un siseo para dejarlo entrar, y avanzó de espaldas hacia el traje que sujetaban los garfios. Éstos activaron los cierres inferiores del traje, y cuando Jim ya se había desprendido y

estaba sellando la parte superior, llegó Athendë danzando por el suelo tapizado en un remolino de tentáculos, algunos de los cuales sujetaban un casco de observación por completo transparente. El sulamida le colocó el casco a Jim, pulsando todos los sellos para que encajaran en su sitio, y luego comprobó las lecturas de la parte delantera del traje.

—Presión calorífica astriónica positiva y funcionando —informó Athendë—. ¿Señor preferencia salida? ¿Canoa capitán en hangar lanzaderas?

—Demasiado tiempo evacuación —replicó Jim, cayendo en el holofraseado, principalmente por diversión—. Escotilla mantenimiento.

—Salida de escape sí —dijo Athendë, ruborizándose en color malva a causa de aquel viejo juego de palabras, mientras giraba otra vez hacia la consola para hacer que la pequeña compuerta de «escape» girara. A los pocos segundos, emitió un sonido que indicaba que estaba preparada.

—Gratitud, señor Athendë —dijo Jim, mientras entraba con movimientos rígidos en el compartimiento estanco.

—Servicio placentero, capitán —respondió el sulamida por el intercomunicador del casco de Kirk, mientras la puerta se cerraba entre ellos—. Agradable comunicación.

«¿¿??», pensó Jim, sin entender del todo la sintaxis de esa última frase, mientras poco a poco el aire y el sonido salían con un silbido del compartimiento estanco. «En fin». No tuvo mucho tiempo para hacerse preguntas. La puerta se abrió al espacio. Jim se aferró a un lado de la escotilla y saltó al exterior, impulsándose para librarse de la ligera gravedad del compartimiento y salir a la fría oscuridad.

Ahora no había más sonido que el de su respiración y el suave crujir del traje, que hacía lo que podía por congraciar el cero casi absoluto del exterior con los 24 grados centígrados del interior. «Podemos volar fuera de la galaxia —pensó Jim para sí—, pero no podemos hacer un traje que no cruja como un montón de huesos viejos y le haga parecer a uno un gorila. ¿En qué estarán pensando los de la Flota?» Se rió de sí mismo, y de sus necias críticas, mientras pulsaba los controles de propulsión del equipo. El fuerte impulso lo apartó de la gran pared indistinta junto a la cual flotaba.

Mientras se alejaba, se contuvo a propósito para no mirar, quería reservar el espectáculo para el momento adecuado. Pero le resultaba difícil, porque faltaba algo: las estrellas. Los millones de conocidos ojos que siempre habían estado observándolo en el pasado, habían desaparecido dejando una oscuridad que lo acobardaba y lo atraía. Pero se negó a dejarse tentar.

Jim activó el calor —estaba comenzando a hacer frío dentro del traje—, y puso en marcha la propulsión inversa, alejándose unos cien metros de la *Enterprise*, y volviéndose para mirarla. Desde tan lejos, la Pequeña Magallanes parecía un reguero brillante de gemas azules que caían a través de la noche vacía. La nave misma flotaba

en calma, y la cantidad de luces que se veían era mínima, así que aparte de un destello rojo aquí y otro allá, era principalmente una enorme masa oscura que flotaba en el vacío, con una débil piel de mortecina luz estelar que definía el casco por ese lado.

Tenía un aspecto misterioso, sobrenatural, más imponente que nunca. Hizo que Jim pensara en aquella ocasión en que había salido a bucear de noche en la costa norte de California, y la ballena lo había sorprendido en el agua iluminada por el claro de luna. La yubarta había permanecido flotando junto a él, diciéndole con cantos algo en su lenguaje increíblemente complejo que según los científicos guardaba el mismo parecido con el habla humana que una sinfonía de Beethoven con un solo de mirlitón. Luego, sin comprender ni ser comprendida, la ballena se había alejado para ocuparse de sus legítimos asuntos, dejando a Jim con la sensación de haber sido sometido a examen, aceptado y dejado para que hiciera lo que le viniese en gana. Se sentía del mismo modo ahora. La imagen que él tenía de la *Enterprise*, como un «ser vivo», acogedor y solícito para con sus hijos, había desaparecido... para ser reemplazada por una entidad remota, indiferente, más una ausencia que una presencia. Flotaba impasible en la helada oscuridad, en su elemento. Ella pertenecía a este mundo. Él era el extraño.

Entonces, deliberadamente, como si quisiera alejarse incluso de la leve protección que le proporcionaba, Jim giró sobre sí mismo para mirar el lugar de donde provenía la luz estelar que se reflejaba sobre el casco de la nave. Y la imagen que vio fue muy diferente de la que podía verse desde la cubierta de observación, donde uno estaba al abrigo, en el interior de la *Enterprise*.

Allí estaba, suspendida por encima de él. Una galaxia, la Galaxia, de la que ya no lo separaba la seguridad del acero transparente, ni era ya tampoco cercana, sino más distante que la Pequeña Magallanes; una isla de brillantes playas que flotaba grandiosa y silente en los desiertos sin aire, desplegando toda su majestad estrellada a un tiempo. Jim se limitó a permanecer suspendido allí, para dejar que sus ojos vieran. El Sol estaba perdido en la estela de estrellas del brazo izquierdo, una chispa por completo insignificante de 24° de magnitud, que ni siquiera el gran reflector de diez metros de Artemis/Luna podría haber distinguido desde esta distancia. La totalidad de la Federación, desde los mundos de Orion a la constelación de la Vela, era una chispa que podía taparse con un dedo. Los imperios klingon y romulano eran por completo invisibles...

La reverencia volvió a inundarlo, y un júbilo mudo; pero también una inquietud cada vez más poderosa, tan fuerte que dentro del traje Jim se estremeció momentáneamente. El mundo que había tenido a su alrededor durante toda la vida, estaba de pronto fuera de él... él estaba fuera de ese mundo, muy lejos, en las más frías profundidades, donde ninguna estrella brillaba. Jim fijó unos ojos intranquilos

en aquel pequeño hogar de vida con forma de espiral, con todas sus luces ardiendo en la negrura. Finalmente comprendió, como no había comprendido ni siquiera después del primer salto, lo que se había hecho a sí mismo y lo que les había hecho a las personas que estaban bajo su mando. Esta vez había ido demasiado lejos. Él y cuatrocientas treinta y ocho almas estaban de verdad donde ningún hombre había llegado antes, tan solos como no lo había estado nadie en toda la historia. Eso lo deleitaba. Lo aterrorizaba. Su voz sonó muy alta dentro del casco cuando, voluntariamente, susurró aquella antigua frase que había leído por primera vez en Angles: «Oh, Señor, es tu mar tan grande, y mi nave tan pequeña...».

Y el temblor y la reverencia desaparecieron, porque eso le recordó el asunto que había salido a resolver.

No era lo que su tripulación pensara del peligro de esta situación lo que preocupaba a Kirk. La tripulación de las grandes naves estelares se seleccionaban teniendo presente el peligro de las misiones que desempeñarían. Nadie conseguía un puesto en una nave estelar si no poseía una característica muy importante: un insaciable anhelo y amor por los mundos nuevos y extraños y los acontecimientos «imposibles»; un anhelo tan poderoso que permitiera incluso superar el miedo a la muerte cuando fuera necesario. La *Enterprise* y sus naves hermanas estaban tripuladas por xenófilos entusiastas.

Lo que sí tenía Jim en mente era la potencial pérdida de la vida... o, en este caso, la permanente interrupción de la misma. Como de costumbre, tenía que trascender el asunto para poder decidir qué haría. No resultaba fácil. Todas las otras ocasiones en las que casi había perdido la *Enterprise* regresaron ahora para perseguirlo, claramente resumidas en la imagen de su nave «apagándose... ¡bang...! como una vela». Una vez más, Jim se enfrentaba con la responsabilidad que tenía para con cuatrocientos treinta y ocho seres, a algunos de los cuales había llegado a querer muchísimo. Esta vez, sin embargo, estaba además el pequeño problema de que la totalidad de la Galaxia que estaba mirando, y todas las otras galaxias, se «apagarían» de la misma forma en que temía que lo hiciera la *Enterprise*: dejando de ser, para siempre.

El primer pensamiento de Jim, después de la repugnancia que siguió a la idea de arriesgar las vidas de sus oficiales y amigos por la causa que fuera, fue que sus vidas eran un precio insignificante a cambio del continuado bienestar de todas las otras vidas del universo. Pero (tanto si ellos se mostraban de acuerdo con él como si no), constituía una reacción violenta y repentina, una posición tan potencialmente inmoral como la contraria: que todas las vidas del universo podían o debían ser sacrificadas por el bien de cuatrocientas. No se seguía necesariamente que las necesidades de la mayoría pesaran más que las necesidades de la minoría, o las del individuo; se trataba de una decisión que éticamente tendría validez sólo si era el propio «individuo» el que la tomaba. ¿Qué prueba había, al fin y al cabo, de que cuatrocientas almas

pesaran más que cuatro trillones... o de que fuera al revés? Intentar equiparar los números con el valor constituía un callejón sin salida... otra forma más de eludir la necesidad de tomar una decisión responsable.

Una vez, cuando era más joven, había considerado seriamente el sacrificio de todo un futuro universo por amor a otro ser humano. Pero ya no era aquella persona. Y otra era la pregunta que se le planteaba hoy a Jim. Cuando él y su tripulación se incorporaron a la *Enterprise*, juraron servir a un propósito: la defensa y conservación de la vida, y la expansión de la calidad de la vida mediante la exploración y el descubrimiento. La pregunta era, simplemente, ¿cómo podían servir mejor a esos propósitos? ¿Corriendo a casa con la noticia del rompimiento del universo y dejando que la Flota Estelar hallara una respuesta... una que podría ser mejor que cualquiera que pudiera ocurrírsele a cualquier *Enterprise* sin ayuda? ¿O intentando enfrentarse solos con la situación y enviando un mensaje para explicar cómo lo habían hecho?

«¿Estás de broma? ¿Es que no vas a aprender nunca? Tratarán los resultados del motor del mismo modo que trataron al motor en sí. Se los entregarán a una comisión. El universo habrá sido devorado por la anentropía antes de que logren siquiera escoger al presidente de la comisión. Además, K't'lk es la experta en esta materia, y la tenemos aquí mismo. Y la Federación enviaría también a buscar a algún vulcaniano. Si quieres vulcanianos, ya tienes uno, y parece saber perfectamente qué está sucediendo...»

Más razones y razonamientos de ese tipo continuaban aflorando. Pasados uno o dos minutos, Jim los detuvo y los dejó a un lado. Aquello de sumar los argumentos de cada uno de los dos puntos de vista de una situación para ver qué resultado daban, tampoco era una fórmula acertada para decidirse; si uno intentaba tratar al universo como si fuera una suma, con independencia del cuidado que se pusiera en la operación, la respuesta que se obtenía era siempre un número irracional. La serena guía de la lógica no constituía tampoco un refugio fiable. Las «alternativas lógicas» ya habían significado antes la muerte de muchos capitanes de naves estelares y sus tripulantes.

Jim se quedó inmóvil y dedicó un momento a contemplar el problema de manera global, en la forma del hogar que brillaba suspendido ante él, símbolo de todas las incontables vidas que estaban ahora en sus manos, símbolo de la responsabilidad que tenía para con ellas. Entonces dejó a un lado todas las razones, todas las esperanzas, todos los miedos, y tomó una decisión.

Miró su cronómetro. Había necesitado exactamente siete minutos.

Jim pulsó el interruptor del comunicador que se encontraba en una manga.

—Kirk a la *Enterprise*.

—Aquí puente —respondió Uhura.

—Creía que estaba usted fuera de servicio.

—Usted salió a dar un paseo —replicó ella, como si eso fuera explicación suficiente.

—Lo hice, es cierto. Dígales a Sulu y Chekov que calculen junto con Spock el rumbo hacia esa anomalía —dijo Jim—. Y pídale a McCoy que hable con todos los jefes de sección, de modo que cada uno de ustedes pueda advertir a la tripulación. El siguiente paso será algo extraordinario en su clase.

—¿Entrará ahora, señor?

—Sólo unos minutos más, madre. Kirk fuera. —Al apagar, interrumpió el sonido de la risa decorosamente contenida de ella.

Flotó en la oscuridad y el silencio durante un rato más, mirando de hito en hito el enorme espiral, ahora tan pequeño, y luego a la *Enterprise*, en apariencia mucho más grande, e igualmente inmóvil. Comenzaba a tener un atisbo de lo que aquella andoriana perteneciente a su tripulación había querido decir tiempo atrás; el tamaño aparente era, en efecto, un símbolo, tan irrelevante en relación con las esencias que contenía como la estatura de una persona —la de McCoy, digamos— respecto a la calidad de su alma. Era la naturaleza interior lo que contaba, el significado, no la materia; como había dicho K't'lk, lo que importa es lo que hay más allá de las formas. Todas las cosas tenían el mismo tamaño, en realidad, hasta que la conciencia dotaba a ese tamaño de afecto. Si el «mar» parecía grande, y su nave pequeña, y la radiante Galaxia infinitamente hermosa, era porque él los veía, y los amaba, de esa manera...

Jim profirió un bufido de burla dedicado a sí mismo. «Poniéndote sentimental a tus años», pensó, y giró sobre sí mismo con cuidado para dirigirse de regreso a la *Enterprise*.

Pero echó una última, larga mirada por encima del hombro antes de encender los propulsores.

—¿Está preparada la tripulación? Bien, en ese caso, llévenos ahí fuera.

—Sí, señor. Ingeniería... ejecute inversión.

—Y que Dios se apiade de nuestras almas —masculló McCoy desde detrás del asiento de mando.

Jim estaba más allá de la sorpresa. Ahora le resultaba simplemente interesante encontrarse, no en el asiento de mando, sino de pie sobre la ladera de una loma cubierta de matorrales, que descendía por un lado hacia un pequeño pantano seco, y ascendía por el otro hacia una cresta que se destacaba contra el cielo azul. El cielo estaba claro, y por el tono del azul y la particular suavidad de la luz que lo bañaba todo y la ausencia de sombras, parecía ser justo después de la puesta de sol. «Bueno, acabemos con esto», pensó, y comenzó a subir.

Mientras ascendía, encontró a su paso arbustos de manzanita^[5], hierbas espolín, y vio también una planta de yuca con su largo escapo de flores que comenzaban a abrirse en campanillas blanco cremoso. «Esto podría estar en cualquier parte del suroeste de Norteamérica. Primavera, o principios de verano; el aire es un poco fresco...» Jim coronó la cresta de la colina, jadeando. «¿Debería estar haciendo ejercicio tan pronto después de un paro cardíaco? Bones estaba justo detrás de mí, pero ahora no lo veo, no puedo preguntárselo... En fin». Miró hacia abajo.

Desde donde él estaba, la ladera descendía en amplias ondulaciones a lo largo de unos trescientos metros. Al pie de la ladera había un amplio valle que se extendía por kilómetros, cubierto de un espeso bosque y bañado por un entramado de rayos de luz dorada en el crepúsculo. Al otro lado del valle, muy lejos, las luces del alumbrado callejero punteaban el pie de las colinas de Santa Mónica como una lluvia de estrellas; y el gemido de un vehículo comercial con motor de iones que despegaba del puerto suborbital de Van Nuys llegó hasta él a través del aire inmóvil. En el extremo más alejado de las Santa Mónica, un suave y cálido resplandor ascendía por el cielo desde los millones de luces de Los Ángeles. Jim sacudió la cabeza y sonrió; era una vista que no había presenciado desde que estaba en la escuela secundaria, cuando se aficionó a la escalada. Habría sido agradable sentarse en la cumbre de la colina, como había hecho muchas veces en el pasado, y ver salir las estrellas una a una a través de la calina. Pero quería encontrar a su gente. «Descender la colina probablemente dará tan buen resultado como cualquier otra cosa...», pensó, y dio un paso...

... y el traje de Jim crujió cuando empezó a descender, medio resbalando, medio rebotando, por el polvo rojo y la grava de la ladera interior del cráter, hacia otra figura que se encontraba más bajo de pie, los brazos en jarras, los ojos alzados. Su traje era también de la Flota Estelar, con galones de comandante en las mangas, y la insignia con la barrera-atravesada-y-la-flecha del Cuerpo de Ingenieros de la Flota Estelar. Jim llegó dando tumbos hasta donde estaba Scotty, y dio un golpecito en su propia placa facial para indicarle a Scotty que despolarizara la suya.

—Un momento, Jim —dijo Scotty a través del comunicador del casco de Kirk, al tiempo que señalaba hacia arriba. Jim alzó los ojos y vio la razón de la espera.

Estaban bajando la cúpula del cráter para colocarla en su sitio, una tremenda coraza de acero transparente con nervaduras de Fuller^[6] que ocultaba cada vez más el cielo violeta negruzco a medida que los tractores de las naves *Thermopylae* y *T'Laea* la hacían descender.

—¡Señor, Scotty, esa cosa debe de tener diez kilómetros de ancho!

—Once coma cuatro cinco ocho ocho —precisó Scotty casi distraído. Jim sabía que tenía la mente en otra cosa, puesto que podía sentir la preocupación de su viejo amigo como si procediera de su propio interior, no de fuera. Los ordenadores habían dicho que aquella cosa no se hundiría esta vez bajo su propio peso, pero también habían dicho eso mismo las otras dos veces, antes de que Scotty hubiera mejorado la obra y tenido una repentina corazonada acerca de las ecuaciones de distribución de los tirantes. Ahora comprenderían de verdad cuál es el único método que permite estar seguro a un ingeniero, con independencia de lo que digan los papeles.

Scotty le hizo un gesto y ambos descendieron a trompicones hasta un poco más abajo por la pared interior del cráter. La cúpula ocultaba ya la práctica totalidad del cielo que tenían encima, y el pequeño y feroz sol blanco, que se encontraba bajo en el firmamento, desapareció por un instante, y luego volvió a brillar pero menos cegador, al polarizarlo el acero transparente.

—Cuidado con el equilibrio, Jennifer —le dijo por el comunicador a la ingeniero-capitán de la *Thermopylae*.

—Deje de preocuparse y disfrute del espectáculo, Scotty.

Scotty profirió un bufido; sudaba. La cúpula descendió más y más, y colgaba ahora justo por encima del enorme borde de apoyo de doble muro que había sido construido para ella en torno al cráter. Estaba a pocos metros por encima del borde, a decímetros, a centímetros. La luz del cielo se apagó, y Scotty continuó tan inmóvil como si estuviese congelado...

Incluso con aquella escasa gravedad, el suelo retumbó y se sacudió durante segundos cuando la tremenda masa de la cúpula encajó y se asentó dentro del reborde. Y al hacerlo, cuando todos los contactos de energía encajaron en su sitio, se encendieron las luces de un extremo a otro de los tirantes de soporte, relumbrando en rojo, naranja apagado, amarillo, blanco brillante...

Los tripulantes de la *T'Laea* y de la *Thermopylae* daban vítores. Scotty profirió un largo suspiro y se volvió a mirar a Jim, ahora con el casco despolarizado. Jim se inclinó para tocar con su casco el de Scotty, y al hacerlo se sintió sorprendido. Quien tenía ante sí era Montgomery Scott, sin duda, pero... ¿dónde estaba el cabello gris, dónde las arrugas? ¿De dónde había salido este hombre más joven?

—Scotty, no me había contado que hubiera realizado un trabajo tan importante en Marte...

—No le he hecho aún —replicó Scotty—. Este proyecto se encontraba todavía

sobre la mesa de dibujo cuando recibí la orden de incorporarme a la *Enterprise*. Sólo quería saber qué resultado daría. Pero creo que será mejor que busquemos a los otros...

—Supongo que sí —concedió Jim. Juntos, bajo las deslumbrantes luces de la cúpula, descendieron por la pendiente de la pared del cráter...

Encontraron a Uhura cantando en un pequeño club nocturno, en Antares II; y a Sulu inclinado sobre la barandilla de una de las terrazas de la Escalera de Diez-Mil-Escalones, en la tercera luna de Mirfak XI, admirando la vista del glaciar de metano; y a Janice Rand de pie en un bosque de pinos con una cesta de comida cubierta colgando del brazo, y una expresión aturdida en el rostro, mientras un lobo con el que había estado hablando se escabullía entre las sombras cuando ellos llegaron. Cada pocos pasos, Jim y su pequeña escolta encontraban a uno o dos miembros de la tripulación, y luego continuaban caminando un poco más, y el entorno se deshacía para transformarse en otro más maravilloso o extraño que el anterior. Amplias llanuras de hierba azul alta hasta la cintura, fragantes de canela y cegadoramente enjoyadas de rocío bajo un caliente sol blanco, se transformaban en un anochecer de verano techado con un solo brazo ardiente del espiral de la Galaxia, en una extensión interminable de arena negra que se estremecía sacudida por los rugidos de bestias desconocidas. Una senda de cristal blanco que se extendía hacia la lejana desolación de cumbres áridas, se transformaba en césped que descendía ondulante en suaves elevaciones hasta el mar; las gaviotas giraban y chillaban en torno a los pináculos de un gran castillo de muchas torres que se alzaba allí, sobre una pequeña península, y cuyas ventanas de cristal reflejaban la puesta de sol y brillaban como astros. Tardes doradas polvorientas, días apagados que retenían al sol plateado cautivo en una nube sobre árboles extraños, mañanas de siete estrellas sin una sola sombra, amaneceres de resplandor verde... se sucedían unos a otros en una procesión que jamás se repetía. Sin saber qué otra cosa podía hacer, Jim avanzaba a través de ellos y su gente lo seguía. Pasado un tiempo —si podía llamárselo así, puesto que incluso los momentos pasados producían una sensación de presente, y Jim sabía que el tiempo no estaba pasando realmente—, se encontró caminando con alrededor de la mitad de la tripulación de la *Enterprise*, y recogiendo a más de sus miembros cada pocos minutos.

Jim se sentía tan fascinado por la gente misma como por los lugares donde los encontraban. Muchos parecían más jóvenes de lo que eran al principio de la misión, o simplemente tenían mejor aspecto, más saludable, más poderoso, más vivo. Además, cada vez que el entorno cambiaba y aparecían más tripulantes, Jim se sorprendía experimentando el mundo recién hallado, no sólo desde su propio punto de vista, con sus emociones y reacciones propias, sino desde la perspectiva de una o más de las personas encontradas en él. El efecto se parecía a la visión doble, aunque no era

visual, y durante bastante tiempo a Jim le resultó profundamente perturbador. «¿Es esto lo que tiene que soportar Spock cuando se encuentra a bordo de la nave? No es de extrañar que tenga que retirarse a veces...»

Había otros asuntos, sin embargo, que también reclamaban su atención. Jim advirtió que, con independencia de cómo cambiara el terreno, normalmente se encontraban caminando ladera arriba o ladera abajo; había tramos llanos, pero eran raros. Le mencionó esto a Scotty mientras ascendían por una colina más, ésta con lo que parecía ser un jardín amurallado en la cumbre.

—Ah, sí —dijo Scotty—. También yo lo he notado. Sospecho que podría estar relacionado con los cambios en el gradiente de la entropía del entorno... de modo que percibimos las olas de entropía y anentropía como «subidas» y «bajadas».

—De ser así, si nos encontramos ascendiendo cada vez más y más...

—... significaría que estamos acercándonos al núcleo de la anomalía, la fuente de la anentropía, sí. Entonces, K't'lk podrá hacer lo que le corresponda. Sea lo que sea.

—No la he visto.

—Ahá —dijo Scotty con una ancha sonrisa, y señaló a lo alto de la elevación. El muro del jardín tenía una puerta, y por ella salía en ese momento K't'lk junto con varios tripulantes que masticaban frutas de los árboles cuyas ramas pendían por encima del muro del jardín—. Y bien, muchacha —la saludó Scotty mientras descendía hacia él, Jim y la gran multitud de la *Enterprise*—, ¿hacia dónde vamos ahora?

Ella dirigió la vista hacia lo alto de la colina.

—Más arriba —tintineó—, aunque tal vez tengamos que bajar para llegar hasta allí. Capitán, ¿se encuentra bien? ¿Es la falta de tiempo lo que le causa agotamiento, o la cantidad de subidas? Parece turbado.

Jim sacudió la cabeza.

—No hay problema con el tiempo... últimamente he practicado tanto que ya me he acostumbrado a eso. Y las subidas... no. No me cansan lo más mínimo, lo cual es raro. Si es que hay algo aquí que no sea raro. —Miró en torno de sí y continuó caminando—. Pero me gustaría encontrar a Spock. Y tampoco he visto a Bones...

No había tenido ni tiempo de dar los esperados pasos de descenso por la ladera de la colina del jardín, cuando las cosas volvieron a cambiar. El terreno era fiero, áspero, peñascoso, todo piedras, arena y resquebrajada tierra carmesí. Un viento caliente cargado de extrañas esencias, rico, aromático y acre a la vez, soplaba por un terreno que ascendía, procedente de un cielo pardo rojizo; mientras una enorme luna anaranjada salía flotando, espantosamente cerca, por el horizonte elevado, bajo un ardiente sol blanco azulado.

«Vulcano», pensó Jim, y no se sorprendió al ver una silueta alta que caminaba ladera arriba en dirección a ellos. En cuanto había aparecido este lugar, había

percibido el distintivo carácter de los pensamientos de Spock: el silencioso cariño y anhelo que el medio vulcaniano sentía por esta belleza salvaje y desolada, entretejido con la incesante actividad de la mente del hombre que luchaba por analizar la situación presente. Por otra parte, Jim pensó en la rapidez con que había aparecido K't'lk cuando Scotty dijo que quería verla, y tuvo la poderosa sospecha de que, a pesar de la negativa de Spock, las cosas que uno deseaba sí que sucedían en este espacio. Lo que Jim no esperaba era que encontraría también a McCoy, descendiendo la ladera junto a Spock, y mirando en torno con una expresión tan impávida y reservada que él mismo parecía vulcaniano.

Se reunieron con él y el grupo que caminaba en la vanguardia de la tripulación de la *Enterprise*. A modo de experimento, Jim buscó la «sensación» que producía estar en la mente de McCoy. Resultaba más difícil de precisar, más sutil, aunque no menos compleja; conformada para recibir, contrariamente a la de Spock, orientada hacia la entrega; como si Spock fuese una fuente de luz, pero McCoy fuera un espejo. «Bueno, no es del todo así. Pero puedes ver a otra gente dentro de él». El espejo reflejaba el brillante y frío fuego de Spock, y la curiosidad, perplejidad y deleite de todos los tripulantes que lo rodeaban; incluso reflejaba las propias sensaciones de Jim, su deseo de llegar al fondo del misterio, su propia fascinación ante lo que estaba sucediendo. Las percepciones eran peculiares, pero considerando lo que Jim sabía de Bones, tenían perfecto sentido. «¿Es telepatía, esto? No es de extrañar que a Spock le cueste tanto explicarlo... las comparaciones, las palabras corrientes no pueden describirla de manera adecuada...»

—Sí, capitán —dijo Spock—. Se trata de una experiencia sumamente subjetiva. ¿Se encuentra bien?

—Mucho. Caballeros, me alegro de verlos. Creo que ahora estamos todos. La única pregunta que resta es, ¿dónde estamos?

Comenzaron a caminar otra vez. Spock avanzaba a su derecha, McCoy a su izquierda.

—Estamos en la nave, capitán —respondió Spock—. Al fin y al cabo, ¿cómo podríamos haber salido de ella?

—Spock —dijo Jim—, si esto es la *Enterprise*, Harb Tanzer debe de haber incorporado a la sala de recreación muchos aparatos de los que no me ha hablado.

—No obstante, estamos a bordo de la *Enterprise*, capitán —insistió Spock—. Lo que ha cambiado es la forma en que nosotros la percibimos. Y en esas nuevas percepciones, hay lugar para cualquier cosa... del mismo modo que usted puede imaginarse la totalidad de la Galaxia, sin necesidad de ser físicamente lo bastante grande como para contenerla.

—¿Hemos llegado a la anomalía, entonces?

—A sus límites exteriores, diría yo. Mi tricorder... o la creación mental que en

este momento se manifiesta como un tricorder, indica que el gradiente de la entropía aumenta en dirección a las tierras altas. Ésa es la dirección en que debemos continuar avanzando.

—Como siempre —masculló Bones.

—Lo cual me lleva a otra cuestión. Bones, la gente tiene un aspecto mucho... mejor...

McCoy asintió con la cabeza.

—Eso veo. La cuestión es bastante clara, si el camino que seguimos lleva realmente hacia un área de menor entropía. El envejecimiento, las lesiones, la muerte física, son todas funciones de la muerte calorífica, la pérdida fundamental de energía. Lo mismo sucede con los traumas psicológicos... y si eso se detiene o se invierte aquí, no es de extrañar que la gente tenga mejor aspecto. La mente afecta al cuerpo, y no puede ser de otro modo. De lo que no estoy seguro es de hasta dónde llegará el efecto. Aunque sospecho que continuará acelerándose a medida que nos acerquemos al corazón de todo esto. Le diré una cosa, me preocupa un poco.

—No hay necesidad, doctor —intervino Spock—. En realidad, no creo que tenga que preocuparse durante mucho más tiempo, si mi teoría es correcta. A medida que nos internemos más en la región de anentropía, los aspectos entrópicos de la conducta, como el enojo, el miedo y demás, decrecerán rápidamente, incluso desaparecerán.

—¿Está usted diciendo que vamos a convertirnos en menos humanos de lo que somos...?!

Spock suspiró y miró a McCoy con un afecto casi absoluto.

—Leonard, por favor, deje de contradecirme sólo porque sí. —La boca de McCoy se abrió—. Si de verdad va a lamentar ver a sus compañeros de tripulación perder la codicia, la cólera, el terror, la angustia y todas las demás emociones «oscuras» que dominan a la mayoría de las humanidades, no es usted quien yo creía que era. Y sospecho que tenemos que reconciliarnos con nuestra propia naturaleza tan rápido como podamos. En este lugar donde ninguna cosa permanece estable, ésa es una información que probablemente necesitaremos para tener éxito en esta misión.

—En ese caso, vayamos a ello. ¿Colina arriba?

—Colina arriba, capitán.

Y se pusieron en marcha. A pesar de lo extraño que era todo, a Jim, el recorrido le resultaba agradable; especialmente por esa sensación que a veces echaba tanto en falta durante una misión: la de saber que no estaba solo en el puente, sino que había toda una tripulación que actuaba en concierto con él. Tener a los cuatrocientos treinta y ocho físicamente a su alrededor (si es que había de verdad algo real o físico en todo aquello), constituía un placer. Si había algún problema, era que los cambios de entorno comenzaron a hacerse irregulares, impredecibles. Los mundos comenzaban a

variar, no con la líquida elegancia a la que se había acostumbrado, sino de manera espasmódica; las imágenes se rasgaban, giraban y se mezclaban.

Miró a su derecha.

—¿Problemas, Spock?

Spock alzó su tricorder y lo estudió.

—Muy probablemente. Estamos entrando en un área de turbulencia de la mezcla de entropía. Las lecturas del tricorder son caóticas, pero sospecho que más allá de la turbulencia hay una zona en la que el gradiente de la anentropía aumenta de modo verdaderamente brusco. Nos estamos aproximando al núcleo de la anomalía, capitán.

—Muy bien —asintió Jim, y se volvió para encarar a los cuatrocientos que los seguían—. Casi hemos llegado a nuestro destino, y no va a ser fácil —dijo... y entonces tuvo que dejar de hablar durante un momento. Hacía rato que no había mirado a su tripulación. Este lugar, sin embargo, no había dejado de obrar sobre ellos; parecían tan jóvenes, tan fuertes, tan capaces y poderosos, que por un instante se preguntó por qué se molestaba en advertirles nada. Resultaba extraño haber dicho, durante tantos años, «¡tengo la mejor tripulación de la Flota!», y de forma tan repentina no sólo saberlo, sino ver que era verdad. Tan espléndidos eran que Jim se sintió de hecho un poco avergonzado de encontrarse ante ellos. Pero lo miraban con la habitual aceptación serena de cualquier cosa que tuviera que decirles, así que Jim recobró el aplomo y prosiguió—. Permanezcan juntos, no le quiten el ojo de encima a las personas que se encuentren cerca de ustedes... no pierdan a nadie. El señor Spock dice que el tramo que nos queda por recorrer será más abrupto.

No necesitó siquiera el murmullo de aquiescencia; la ola de sus pensamientos —conformidad, apoyo, la voluntad de ir adondequiera que los condujese— lo golpeó con tal fuerza que creyó que caería.

—Vamos, pues —acabó, y dio media vuelta para unirse a la tripulación del puente y abrir la marcha.

Por primera vez, ascender comenzó a resultar difícil... a partir de ese momento, como si quisiera demostrar su presencia, la gravedad se había vuelto más y más fuerte, superando la de la Tierra. Jim subía trabajosamente, mientras el paisaje que lo rodeaba cambiaba con mayor rapidez, girando a su alrededor en una tormenta de inestabilidad cada vez más desorientadora. Era como si el mundo estuviera haciéndose pedazos. Sentía como si estuvieran desgarrando su cuerpo, como si estuvieran tirando de él en direcciones diferentes.

—¡Jim...! —jadeó alguien a su lado.

Él dirigió los ojos hacia McCoy.

—Los muchachos de ahí atrás... —dijo Bones.

Jim miró por encima del hombro. La tormenta de imágenes casi ocultaba a su tripulación, la mayoría de ellos caminaban con la cabeza inclinada, luchando contra

la tempestad.

—El aire... es un poco más ligero aquí —comentó Jim.

—A eso me refería. Necesitan que nosotros... sus oficiales... estemos con ellos. Están preocupados por nosotros, y eso hace que avanzar les resulte más difícil.

—En ese caso, nos separaremos. —Miró a los tripulantes del puente, muchos de los cuales se encontraban cerca—. Que cada uno se haga cargo de un grupo. Bones, envíe a algunos de los muchachos aquí arriba, conmigo.

McCoy palmeó un hombro de Jim, y desapareció en el aullante remolino.

Jim reunió su grupo de treinta o cuarenta en torno de sí, dio algunos pasos para determinar hacia dónde ascendía la pendiente —ahora la vista no servía casi para nada—, y se encaminó hacia lo alto de la abrupta ladera a través del arremolinado paisaje que se hacía jirones. Sentía un dolor que iba en aumento. Su creciente capacidad telepática había comenzado a transmitirle la angustia de los tripulantes que lo rodeaban al ser sus propios cuerpos y mentes sacudidos y desgarrados. Si el desgarramiento hubiera sido meramente físico, habría podido soportar el de ellos y el suyo propio sin demasiados problemas. Hacía mucho que Spock le había enseñado una de las más sencillas disciplinas vulcanianas para controlar el dolor: si uno acepta el dolor, se convierte en parte de uno mismo, y desaparece. «Pero esto está más allá de lo aceptable —pensó Jim en su propio terror, mientras una y otra vez sus pensamientos parecían deslizarse al exterior y convertirse en los de algún otro, y Jim Kirk se perdía—. ¿Qué sucederá si no puedo volver a encontrarme a mí mismo después? No te preocupes por eso. Simplemente continúa adelante... no puedo oír mis pensamientos, ¿qué están haciendo todas estas personas en mi cabeza? Querida Señora Madre, ayúdame a continuar adelante, no puedo cargar a mis tripulantes conmigo...»

«... Tienes que resistir, Robbie...»

«... ningún miedo del pasado puede compararse a este miedo; desearía poder yacer aquí y morir, pero no puedo, me necesitan. Mayri me necesita. Él me necesita, y está allí, solo, guiándonos, mientras que yo no estoy solo, ni siquiera ahora, mientras lo sigo. Continúe caminando, señor, estoy aquí. Muriéndome, pero aquí...»

«... terror-terror-preocupación por otro-cólera ¡desafío!-¡negación!-¡desafío! intención de ¡seguir!-¡seguir!-angustia-negación-rechazo-¡seguir!-¡seguir...!»

La situación empeoró. No podía ser peor, y sin embargo empeoró. Los desquiciados pensamientos de sus tripulantes lo golpeaban y herían como granizo, y Jim no se atrevía a cerrar su mente y dejarlos fuera; sabía que si lo hacía, ellos iban a perderlo. «Simplemente continúa adelante. Esto tiene que acabar». El camino se volvió escarpado; la superficie por la que avanzaba parecía querer desaparecer bajo sus pies a cada paso que daba; y el terror, el terror de otros, lo llenó hasta que ya no pudo diferenciar dónde acababan sus propios miedos y comenzaban los ajenos.

«Perdido, estoy perdido. Erraremos por aquí eternamente. No. No. Siente lo abrupta que es esta inclinación. Tiene que haber una subida en alguna parte al otro lado de esta bajada. Continúa adelante, dependen de ti, continúa adelante...»

«... sí, muchacha, cuidado con la alférez Dabach, allí, está pasándolo mal/no lo sé, no lo he visto, vayamos a ver...»

«... aguante, Jim, esto no puede durar mucho más ni ponerse mucho peor. Creo yo. ¡Oh, Dios, quítele esa cosa de encima a Susanne! Jerry, cójala por los brazos... /No, Tasha, no mire eso. Simplemente continúe adelante...»

«... Teniente, tiene que mantener los ojos abiertos para caminar. Permanezca detrás de mí.../adónde ha ido, pero si alguien puede cuidar de sí misma, es ella, qué/ ¡Christine! ¡Christine! Levántese, no puede hacerle daño, déjeme/no lo deje, oh, Señor de todas las cosas, está todo en mi/dulce Arquitecta, de dónde supones que ha salido eso, y cómo puedo mantenerlo alejado...»

«/No lo haré, no lo haré, él no lo hará y él/no me desmoronaré frente a todos ellos/doctor, no un exterminador/dolor, no hay ningún dolor, hay/¡valor! ¡valor! lo peor/no puede volverse/nunca más vuelva a beber eso mientras yo/¡no se dé por vencido, Jim! ¡continúe adelante! continúe/estamos aquí, estamos detrás/si usted no se da por vencido no lo haremos nosotros, continúe/no puede ponerse peor, todos lo están observando, continúe/adelante, sólo un poco/*rrhn meieisae tamnusiaierue ien'toa*/morir, no va a morir, no va/te morituri saluta/tiene, que continuar, adelante, un/morituri/¡debe! ¡continuar! ¡adelante! Debe/no puedo/atrévase/no/no/ ¡no! ¡me daré! ¡por vencido!, ¡no! ¡no! ¡me! ¡daré! ¡por! ¡vencido! ¡un! ¡paso! ¡más! ¡unomás! ¡unomás! ¡unomás! sólo unomás unomás unomás...»

... y, sin previo aviso, la terrible bajada desapareció por completo, y Jim abrió los ojos y miró en torno de sí, asombrado de encontrarse otra vez avanzando cuesta arriba, pero (otra vez) con mayor facilidad que en cualquier pendiente que hubiese bajado nunca antes. Jim se detuvo por un instante, entrecerrando los ojos para defenderse de la fuerte luz, para secarse el sudor helado que le cubría el rostro. Sus tripulantes lo rodeaban, conmocionados, pálidos o arbolados o contraídos o vibrando según dictara la especie de cada cual, pero por lo demás enteros... y con un aspecto mucho mejor de lo que él habría esperado en personas que acababan de pasar por la misma casi-muerte repetida que él había experimentado. Algunos de ellos —el señor Athendë de Mantenimiento, Janice Kerasus de Lingüística, Larry Aledort de Ordenador de Navegación— tendieron para tocarlo manos o tentáculos. Él se sometió al contacto sin protestar, agradecido por poder tener aún un cuerpo, y también por consideración a las necesidades de ellos: parecían asegurarse de su propia existencia en virtud de la de él.

—Damas y caballeros —les dijo a ellos y a otros miembros de la tripulación que los rodeaban—, este lugar no puede ser peor que lo que acabamos de pasar.

Se oyeron murmullos de acuerdo.

—Si todos están bien —prosiguió—, continuemos. Hagan correr la voz a los de más atrás de que comenzamos a subir. Cualquiera que se sienta incapaz de seguir debe buscar al doctor McCoy y ponerse de acuerdo con él en lo referente a la espera. ¿Preparados?

Lo estaban, y él lo sabía; al igual que sabía, sin tener que mirar siquiera, que nadie se quedaba atrás. Comenzó a caminar una vez más, y luego aminoró la marcha casi de inmediato cuando tuvo oportunidad de mirar a su alrededor. En parte, fue el cegador resplandor del paisaje lo que hizo que se detuviera, aunque cuanto más lo miraba menos cegador parecía. Pero lo que vio a través de la luz —las características propias del terreno, que ahora era permanente a pesar de que sus detalles cambiaban y se deshacían como había sucedido con todos los otros paisajes anteriores—, lo trastornó más de lo que pudiera hacerlo cualquier resplandor.

—Dios Santo —les dijo a los tripulantes que lo rodeaban—, ¿dónde nos hemos metido?!

Los portalones no duraron mucho, y era mejor así. Jim no sabía si se hubiera puesto a reír, o a temblar, de haber resultado que eran permanentes. Grandiosos portalones dorados, ornados, resplandecientes, alojados en una muralla que parecía de ladrillo y brillaba con un reflejo trémulo como las perlas, y se extendía a ambos lados, más y más, al infinito. Jim miró a su izquierda, donde se encontraba Matlock, con la boca abierta; y a su derecha, donde Amekentra, de Nutrición, sacudía su cabeza de escamas esmeralda y agitaba las ranuras de sus agallas.

—¿Ven ustedes lo que veo yo? —preguntó Jim.

—Dulce Reina de Vida, espero que no —dijo Amekentra—. ¡Ep!, desaparece... —y los portalones se desvanecieron. Pero los tres continuaron mirando fijamente, sin sentir ningún alivio, y detrás de ellos el resto de la tripulación hacía otro tanto. En lugar de los portalones, apareció un muro de piedra lo bastante bajo como para pasar por encima y, del otro lado, la terrible quietud de un cielo negro; y en lugar del muro, un río tan frío que despedía vaho y las piedras entre las cuales corría estaban ribeteadas de hielo; y en lugar del río, una entrada sin dintel que se elevaba más y más hasta perderse de vista y estaba llena de estrellas; y en lugar de eso, un grandioso acantilado abrupto y plano, seguramente una de las legendarias murallas del mundo, con un mensaje escrito encima en letras tan enormes que nadie podía leerlas. Toda la tripulación tuvo que retroceder muchos pasos antes de que las palabras pudieran distinguirse. Un alarido de tremendas carcajadas estalló entre ellos, de alguna parte muy en la retaguardia. «El teniente Freeman, de Ciencias de la Vida —pensó Jim—; su risa se destaca incluso entre una multitud». Freeman tenía ahora más razones de lo habitual para reír. En rojas letras mayúsculas, trazadas muy pulcramente, la escritura de la muralla decía: POR AQUÍ, HACIA ARRIBA. Por desgracia, la flecha pintada junto a las palabras señalaba al suelo. La señal estaba al revés.

—Siempre he sabido que había algo fundamentalmente erróneo en el universo —manifestó una voz femenina detrás de Jim.

—No —le respondió otra voz mientras la señal desaparecía—, eso no es más que paranoia; todo el mundo tiene eso...

La barrera cambió y volvió a cambiar, mientras que a su alrededor el paisaje permanecía igual; áridas, pálidas piedras bajo los pies, y por todas partes una clara luminosidad sin una fuente identificable, como si el aire mismo ardiera. «Estamos viendo símbolos —pensó Jim—. Líneas limítrofes. Nuestras mentes están intentando advertimos que hemos llegado al final del Mundo según lo conocemos... al final de lo físico, al comienzo de lo parafísico. Al otro lado de esta línea puede suceder cualquier cosa...»

Jim se encontró mirando un pequeño arroyo, no frío como el anterior, sino

tapizado por ondulantes algas y medio obstruido por las juncias que crecían trepando por las márgenes. Lo reconoció. Cuando aún era un cadete acuartelado en Terra, había buscado expresamente este sitio: quería poder estar en el lugar donde una vez César se había detenido con la Décima Legión a sus espaldas, para mirar a la otra orilla del Rubicón, y más allá, hacia el furioso poder de Roma. Dos pasos llevarían a Jim al otro lado del arroyo. Pensó en volverse hacia los que tenía más cerca y decir algo acerca de que la suerte estaba echada... y luego lo pensó mejor. César había actuado con grandiosidad para impresionar a su nerviosa legión. Él no tenía necesidad de semejante táctica con su tripulación.

—Vamos —dijo, y descendió hasta las frías aguas, resbalando una vez sobre las piedras musgosas antes de alcanzar el otro lado. Su gente lo siguió.

El paisaje permanecía inmóvil, ahora: árido, sin rasgos destacados, y llano, de modo que Jim no estaba seguro de en qué dirección debía avanzar. A causa de una corazonada, les dijo a los tripulantes que estaban con él:

—Dispérsense según el modelo de exploración estándar, y comprueben si esta luz se intensifica en alguna dirección.

Doce de ellos se pusieron a explorar los alrededores con tricorders o simplemente con los ojos.

—Señor —canturreó uno de los ieléridas veinte o treinta metros por delante de él, a su izquierda—, aquí hay una diferencia. El aire parece más transparente.

Al mirarle, Jim también pudo ver una diferencia. A pesar del hecho de que él/la estaba más lejos que los otros, la silueta cubierta de piel de cibellina del/a alférez Niliet parecía algo más cercana y más nítida que el resto; sus ojos verdes rutilaban como si reflejasen una luz más brillante que la que había en torno a Jim o a cualquiera de los demás.

—Buen trabajo, alférez —le dijo, y vio que la bolsa de la garganta se le hinchaba de placer. Y no es que hubiera necesidad de que lo viera, podía percibir el placer de él/la como si fuese suyo propio—. Seguiremos por ahí.

Y continuaron; Jim iba más o menos a la cabeza, aunque algunos hombres se habían adelantado para explorar el camino, en la dirección que había indicado, y había otros flanqueándolo por ambos lados. El aire se volvía más transparente con rapidez a medida que avanzaban. Al menos ése era el modo menos inexacto de describir el fenómeno. Lo que uno veía se hacía más nítido; los colores se volvían más vivos, y los detalles más abundantes, ricos, más complejos. El aire mismo se hacía más penetrante al respirarlo, incluso un poco doloroso al principio, para transformarse luego en un creciente placer a medida que uno se volvía más sensible a su frescor, límpido como el de la cumbre de una montaña. Aunque éste no era frío. El simple hecho de caminar constituía un deleite, respirar, mirar a otras personas a medida que se volvían más vividas. Jim se dedicó a observar, y advirtió algo nuevo.

Los tripulantes que lo rodeaban estaban comenzando a cambiar. Los detalles no siempre se apreciaban a primera vista, y no tenían nada de terrible; era como si, de algún modo, las cosas que Jim veía hubiesen estado siempre latentes en su gente, esperando para aflorar. Pero las transformaciones no eran menos extrañas por eso. Algunos perdían de modo repentino todo parecido con su yo habitual. Otros conservaban los cuerpos, pero en ellos había algo raro, o nuevo, o maravilloso en lo que Jim no había reparado nunca antes. Aun otros parecían no haber sufrido cambio ninguno en la forma, pero tenían compañeros insólitos.

Jim aminoró ligeramente el paso, por puro asombro. Allí estaba la teniente Brand, una mujer menuda y delgada de pelo oscuro, con un rostro vivaracho y bonito, una de los ingenieros diseñadores de la sección de tecnología física... caminando con aire alerta, una mano sobre el arma del cinturón y la otra cogida a la pata delantera de un conejo gigante que andaba sobre las patas traseras junto a ella. Allí estaba el señor Mosley de Almacenes; parecía normal, pero al instante siguiente Jim se encontró mirando a un alicomio andoriano que andaba con calma sobre seis delicados cascos, y se detenía un momento para lustrar su cuerno color añil contra el cremoso pelaje de un flanco. Junto a él pasó Janice Kerasus, de Lingüística, riendo y discutiendo en muchas lenguas con un grupo de científicos homínidos y no homínidos que la rodeaban: personas de rostro orgulloso con pieles color añil, y flexibles felínidos, y seres de ojos ardientes ataviados de negro y con el rostro velado. El alto teniente Freeman, de Biología, que caminaba a un lado con su espalda encorvada, advirtió que Kirk lo miraba y le dedicó un pequeño y grave saludo para hacerle saber a su capitán que cuidaban de él. Pero en medio del saludo las cosas cambiaron, y el uniforme blanco de ciencias de la vida que llevaba Freeman fue reemplazado por el oscuro y sombrío esplendor del antiguo atuendo del siglo xx. De pronto se tornó más alto, más delgado, e inhumanamente bello; en la mano donde había tenido el tricorder, Freeman sujetaba ahora una rosa que ardía plateada como un sol.

Este tipo de cosas, por sí sola, habría bastado para hacer que Jim apartara la mirada. Estaba seguro de que esta visión, al igual que las otras, era la expresión física de alguna profunda verdad personal, algo muy íntimo. No obstante, había también un aspecto levemente inquietante en algunas de las imágenes que veía. Por ejemplo, Jim nunca se había sentido muy cómodo con las cosas peludas a raíz del problema con los tribbles; así que tal vez era ese el motivo de que lo pusiera tan nervioso la gran oruga alienígena cubierta de pelo rosa que ondulaba detrás de Freeman y le tironeaba de la ropa con unos brazos provistos de crueles garras mientras le rogaba que le diera «postre».

Acobardado, volvió los ojos hacia el pequeño contingente de McCoy en busca de algo que lo tranquilizara. La mayoría de ellos tenían aspecto normal. Uhura marchaba con ese grupo; no parecía haber sufrido cambio alguno, pero iba acompañada de un

enorme grupo de animales de muchos planetas distintos que caminaban con paso majestuoso, estruendoso, a saltos o culebreando a su alrededor, mientras ella mantenía conversaciones serias con unos y otros. Lia Burke también se encontraba allí, cerca de la vanguardia del grupo, también sin cambios aparentes... aunque en torno a ella había como una oscuridad, como si alguna enorme criatura que Jim no podía ver la siguiera de cerca, y ella caminara a su sombra.

Y McCoy...

El médico vio la mirada aturdida de Jim, les dijo unas palabras a un par de personas que lo acompañaban, y los dejó para ir a atender a Kirk. Jim tuvo que cerrar literalmente los ojos con todas sus fuerzas al acercarse McCoy. El médico resplandecía, pero no con luz, sino con una intensa compasión que podía sentirse en la piel, como el sol en un desierto. Jim siempre había sabido que Bones se preocupaba profundamente por las personas, pero no estaba preparado para una verdad tan contundente: esa apasionada lealtad a la vida, esa ardiente caridad que hacía que le deseara salud y alegría a todo ser viviente. Jim sintió toda la muerte que llevaba dentro, toda la entropía, que gritaba y retrocedía; conocía a su enemigo. Intentó arrastrar a Jim consigo al retirarse, pero él no se movió, mientras se preguntaba si sobreviviría al contacto de McCoy, o si sería capaz de soportar la ardiente vida que prometía en caso de que lo hiciera.

—¿Jim? ¿Se encuentra bien? —dijo la conocida voz mientras una mano lo cogía por un brazo... los dedos subrepticamente en la parte interna del mismo para hallar la arteria braquial y tomarle el pulso.

—Nunca he estado mejor —respondió Jim, y boqueó, demasiado conmocionado para decir nada más durante un momento, o abrir los ojos.

Extrañamente, lo que acababa de decir era verdad. El contacto despreocupado de la mano de McCoy lo había hecho tambalear como la rozadura de una pistola física programada para matar, pero ahora se sentía casi más vivo de lo que podía soportar... y poco a poco esa sensación de vida se volvía más soportable. Intentó ocultar su necesidad de jadear en busca de aire, y luego renunció y jadeó sencillamente, con la esperanza de que su amigo pensara sólo que estaba sin aliento a causa de la larga caminata.

«Las naturalezas ocultas están siendo liberadas —pensó Jim—. Lo que ocultamos no permanece escondido en este lugar. Puede que no sea muy bueno permanecer aquí durante mucho rato. O, en fin, bueno quizá, pero no seguro...»

—Respire, se le pasará —dijo McCoy, con una voz que parecía algo confusa—. Lo siento. Se me olvida todo el tiempo, y cada vez me sucede lo mismo. —Jim abrió los ojos y descubrió que ya no le costaba tanto mirar a McCoy, aunque la intensidad de su compasión no había disminuido. Bones soltó a Jim, luego bajó los ojos, con una mueca a la vez torcida y divertida, hacia la mano que había hecho que su capitán

recobrar el equilibrio y también que lo perdiera—. Yo sólo quiero que la gente se sienta mejor —dijo con un cierto asombro—, pero siempre sucede lo mismo. Peligroso... ¿Se le está haciendo difícil aguantar esa armadura?

Jim sacudió la cabeza mientras pensaba: «¿Qué armadura? ¿Qué está viendo...?».

—No hay problema ninguno —replicó—. Bones, ¿ha reparado en la gente?

McCoy apartó la mirada y asintió con la cabeza.

—En más que en la gente —dijo—. ¡Si esta tripulación no se sentía cómoda consigo misma, ahora sí que lo hará! Pero, Jim, ¿ha visto...?

—Capitán —dijo la otra voz conocida al otro lado de Jim—, ¿se encuentra bien? —Y Jim se volvió para mirar a Spock, y volvió a sentirse deslumbrado, pero esta vez no pudo apartar los ojos. Spock no había cambiado; pero aquí su espíritu se mostraba como no lo había hecho nunca antes, ni siquiera en la angustiada intimidad de la fusión mental. A causa de la fusión, Jim estaba ya familiarizado con la incesante actividad de aquella mente fría, curiosa, que perseguía respuestas de modo incansable. Pero ahora veía de dónde provenía la actividad: de la absoluta certeza de Spock de que no existía más elevado propósito para su vida que consumirla en la búsqueda de la verdad, y entregar esa verdad a los demás cuando la encontraba. Más aún, Jim vio lo que alimentaba esa certidumbre y la sustentaba: una profunda vulnerabilidad emparejada con un gran e irrazonable júbilo, las partes más profundamente escondidas de la herencia terrícola de Spock, cosas ambas que constituían el terror absoluto para una mente vulcaniana. Incluso cuando Spock había intentado reprimir o negar esos legados ocultos, éstos habían logrado escapar una y otra vez y expresarse en forma de valentía y extraño humor, y en la infinita bondad con que se enfrentaba a McCoy. Pero Spock ya no negaba esa herencia de modo tan vehemente, y era una delicia poder observar el poder de aquel hombre viejo y sabio, y también era terrible. «¿Esta gran mente ha permanecido detrás de mí y obedecido silenciosamente mis órdenes durante todos estos años? ¿Por qué? Podría ser muchísimo más...» Pero en este lugar, era fácil encontrar la respuesta. La lealtad era con frecuencia irracional e ilógica... y hacía mucho que Spock había decidido que ese aspecto de su vida podía arreglárselas sin lógica.

—Spock —dijo Jim, y se quedó sin palabras. Se sentía profundamente conmovido, y era incapaz de encontrar las palabras para expresarlo, hasta que de modo abrupto sintió que Spock experimentaba la emoción junto con él, y supo que no hacía falta decir nada más al respecto—. Estoy bien, Spock —respondió entonces, y dirigió la mirada hacia McCoy. Bones miraba fijamente al vulcaniano con una curiosa, casi resentida calma.

—Leonard —comenzó Spock—, no está viendo ahora nada cuya existencia no sospechara desde hace mucho tiempo. Ni yo tampoco. —La sombra de una sonrisa, el destello de humor, atravesó una vez más la sobriedad externa e interna de Spock—. Y

no hay necesidad de que se preocupe por la posibilidad de que sus zonas «oscuras» me repugnen. Las he visto antes, en la fusión, y podría volver a verlas por el mismo sistema. Lo más evidente aquí es que ninguno de los dos es del todo el caso perdido que el otro le había considerado en ocasiones.

—Lo que a mí me gustaría saber es por qué resulta tan evidente —replicó McCoy, refunfuñando, aunque para Jim era obvio que aquel gesto de mal humor no le salía del corazón.

—Estoy seguro de que ya ha llegado a sospechar una parte de lo que sucede aquí, doctor. La verdadera naturaleza de cada uno de nosotros está aflorando a la superficie, y los talentos latentes adquieren más fuerza, debido todo a la creciente naturaleza anentrópica de este espacio... o así lo infiero yo. He llegado a no necesitar el contacto para realizar la fusión mental. Tampoco lo necesita usted... según acaba de descubrir. Y existen muchas probabilidades de que todavía nos queden cosas extrañas por ver.

—Eso son especulaciones —dijo Jim, aunque sabía que Spock no era propenso a tales cosas.

—Por el contrario, capitán. Las barreras que separan a las mentes individuales están debilitándose, tal y como el doctor sugirió que sucedería. Pero el resultado es que la gente está volviéndose más ella misma, en lugar de menos. La causa exacta de esto no puedo identificarla con certeza. Podría tratarse de una función de la naturaleza de la mente, hasta ahora insospechada; o de una función de este peculiar espacio. Pero debemos hacer lo que podamos para descubrirlo, dado que también podríamos necesitar esa información en el lugar al que vamos.

Hubo algo en las palabras de Spock que hizo que Jim se quedara inmóvil y mirase a la gente que lo rodeaba. A cada momento se hacían más reales, destacando con sorprendente individualidad como destacaba McCoy con su compasión y Spock con su sabiduría.

—¿Que es, según conjeturo —dijo Jim con gran lentitud—, al «lado de los ángeles»?

—Coloquialmente, sí. Si bien resulta impreciso en cuanto a los detalles —comentó Spock, y comenzaron a caminar otra vez—. Jim, piense en ello. Un espacio verdaderamente anentrópico... un lugar donde la energía no se pierde, donde el tiempo podría no existir, o podría ser percibido como un todo en lugar de como una secuencia de acontecimientos. Un lugar donde las emociones emanan de la moralidad, y el miedo a ésta no tiene ningún fundamento, ninguna razón de ser. ¿Dónde está eso?

McCoy miró a Spock con una expresión compuesta de intranquilidad, temor reverencial y deleite.

—Donde «no habrá más muerte» —dijo con lentitud—, «ni congoja, ni llanto,

tampoco habrá allí ningún dolor, pues las cosas anteriores han pasado...».

Spock asintió con la cabeza.

—La pregunta que queda es a quién, o qué, encontraremos allí. Y qué se exigirá de nosotros... porque cada vez estoy más seguro de que hay necesidad de nosotros, hay algo que tenemos que hacer. Ni en las mitologías vulcanianas ni en las terrícolas caminan los mortales por los territorios de los dioses sin que haya una razón. Siempre existe una tarea que debe ser llevada a cabo... una para la cual los dioses son inadecuados y que los obliga a reclutar la colaboración de los mortales. Así que debemos estar preparados. Debemos aceptar lo que encontremos dentro de nosotros mismos aquí, y en los demás... —miró a McCoy con su propia versión de la expresión calma y curiosa del doctor—, de modo que estemos preparados para las más extrañas verdades que puedan aguardarnos. —Dirigió los ojos hacia Jim—. Y cuanto antes lo logremos, mejor. No debemos alargar en exceso esta experiencia. Si permanecemos aquí tanto tiempo como para que este espacio comience a borrar las cicatrices mentales que llamamos nuestros recuerdos, estamos perdidos. Y antes o después, incluso el escudo de K't'lk cederá y nos dejará congelados e inconscientes por el resto de la eternidad... si puede decirse con propiedad que la eternidad existe en un lugar sin tiempo.

Continuaron caminando. Las risas de los tripulantes que los seguían se hicieron menos frecuentes, pero eso no equivalía a decir que estuvieran menos alegres o emocionados que antes.

Jim podía sentir que el deleite de sus tripulantes estaba asentándose en una especie de júbilo y expectación sobrios para los cuales las palabras y los ruidos constituían una expresión inadecuada. El pensamiento fluía más fácilmente, y Jim podía sentir cómo cada uno exploraba la mente de los otros con un entusiasmo tímido e infantil, comenzando a entretorse en un gran todo del que la antigua «moral de tripulación» había sido un pálido anuncio. A Jim, algunas de las exploraciones le resultaron muy familiares, excepto por el hecho de que ahora parecían extrañamente meditaciones de una sola mente en lugar de una conversación entre dos...

—Pensaba que el sistema no debía de acabar simplemente con la «causa»...

—Y no lo hace. Hay un ámbito aún más alto de responsabilidad, con un mayor poder concomitante. Cuando uno ignora la causa, la responsabilidad personal por cómo es el universo, por mucho que uno intente cambiar las cosas, éstas permanecen como están... porque en el fondo está convencido de que es culpa de alguna otra persona o cosa que todo sea como es. Pero la aceptación de la causa posibilita que puedan realizarse alteraciones auténticas, convertir unas cosas en otras, sin la persistencia asociada al cambio. Esa aceptación hace posibles las funciones «arcónicas»... la capacidad de decretar los estados de la energía para universos enteros...

—Continúa pareciendo imposible. Alterar todo el sistema operacional de un universo simplemente diciendo que quiere uno hacerlo...

—Pero, Mt'gm'ry, en su planeta hubo al menos una persona de la que tenga yo noticia que solía hacer esas cosas de modo muy rutinario. Codificó una de las reglas básicas del arte: «Pide, y se te dará». Un inspirado físico creativo, muy avanzado para sus tiempos. En cualquier caso, el resto del sistema es sencillo. Extropía, entropía y antropía son los tres estados de la energía en este paradigma... probablemente haya más, en las «dimensiones» superiores, como sucede con todas las demás relaciones. Ya conoce los universos entrópicos; comienzan con una cantidad fija de energía y la pierden. Los sistemas extrópicos pueden ser generados, pero por lo general nadie se molesta en hacerlo. Son sistemas «estériles»... cerrados, que no pierden energía y por tanto raras veces producen vida a menos que algo los «perfore». Y los sistemas antrópicos son eternos y no mueren... universos capaces de «reproducirse» a sí mismos por el sistema de generar energía nueva para reemplazar la vieja...

—¿Tomándola de alguna otra parte?

—Creándola a partir de la nada.

—Otra vez la magia. O «estado estable»...

—Sí, muchacho. Pero, mire, una vez que se ha decretado un estado energético para que exista en él, la materia puede existir, como energía dentro de unos límites... en lugar de como mera *ylem* flotando en un vacío estéril. Y todo vuelve a comenzar con la longitud y la anchura y la profundidad...

—Parece tan sencillo...

—Es sencillo. Lo único que sucede es que usted está habituado a que las cosas causen confusión, eso es todo...

Jim suspiró, pensó que debía estar acostumbrado también a eso, y continuó caminando con su tripulación. A medida que avanzaban, el entorno se volvía cada vez más indistinto; el terreno por el que caminaban podría haber sido un liso suelo blanco. Y el ardiente resplandor del aire se tomó más intenso hasta que los rasgos de cada uno de los miembros de la tripulación aparecieron con terrible y espléndida nitidez. Los uniformes resplandecían y rutilaban como vestimentas regias, y los rostros eran tan luminosos que herían los ojos.

—Está usted incandescente —le dijo Bones a Jim, con tono casi acusador.

—No lo estoy —replicó el interpelado, más porque no quería estarlo que porque no lo estuviera—. Sin embargo, eso sí lo está. —Señaló delante de sí.

Tal vez a unos cien metros al frente —la distancia era difícil de calcular sin puntos de referencia—, todo, incluso el «suelo», desaparecía en un resplandor que los ojos no podían penetrar, un lugar donde la ardiente luz del aire aumentaba en muchos órdenes de magnitud. No era exactamente luz, aunque resultaba difícil pensar qué otra cosa podía llamársele. El resplandor se extendía hacia ambos lados, y hacia

arriba y abajo, más allá de los límites de la vista. Jim permaneció inmóvil, mirando aquello durante un momento, y se le erizó el pelo de la nuca; no hubiera sabido decir por qué.

—Spock —dijo.

El vulcaniano bajó los ojos hacia el tricorder y sacudió la cabeza.

—Fallo instrumental absoluto —anunció, y luego se sintió muy sorprendido al ver que el tricorder se reducía a grises cenizas de plástico, tornillos y trocitos de cable, todo lo cual se deslizó entre sus dedos y cayó al «suelo», lo atravesó y desapareció de la vista.

—Ahora pregúnteme por qué no me gusta trabajar con máquinas —fue el comentario de McCoy.

—Doctor, por favor. —Spock alzó la mirada mientras se sacudía las manos—. Hay que tener cuidado con lo que se dice en este lugar. Es probable que, de modo literal, se convierta en realidad. Éste es el núcleo de la anomalía... y al parecer se trata de un sitio muy maleable.

—Bien —dijo Jim—. Tal vez no tendremos demasiados problemas para remendar la grieta entre los dos espacios. ¿Dónde están K't'lk y Scotty?

—Aquí, señor —respondió K't'lk junto a Jim, aunque ella y Scotty no estaban ahí un segundo antes—. Pero, capitán, tenemos problemas...

—Capitán —dijo otra vez a sus espaldas.

Jim se volvió y se encontró con Amekentra, que lo miraba parpadeando con sus grandes ojos húmedos. Tenía todas las escamas torácicas pálidas de angustia. Era la primera muestra de dolor que Jim veía en largo rato, y se sintió conmocionado.

—Alférez, ¿qué sucede?

—Capitán —respondió ella—, llegué casi a la muerte en una ocasión... cuando los klingon atacaron *Yorktown*, hace años. Esto... —señaló la brillantez con la membrana iridiscente de su cuero cabelludo— es lo que vi cuando me sobrevino la muerte en la mesa... antes de que me trajeran de vuelta. Antes de que me enviaran de vuelta, sería más correcto. Pero esto no es... —Se interrumpió, buscando las palabras—. Señor, lo que yo vi, me vio a mí. Me habló, me preguntó si mi vida había concluido. Pero esto... esto nos vuelve la espalda. No responderá.

Jim pensó en el rápido escalofrío que le había recorrido la nuca. Se volvió a mirar a la tripulación, que se había aproximado para rodearlo en un gran semicírculo.

—¿Alguien más ha notado algo así? —inquirió.

La respuesta no le llegó en palabras, y daba igual, porque habría tardado demasiado. Las personas que servían en naves estelares se veían con frecuencia implicadas en situaciones relacionadas con la muerte, y muchos miembros de la tripulación de Jim habían pasado por experiencias «extracorpóreas» o de «paramuerte». No todas las experiencias eran iguales; las especies no homínidas, en

especial aquellas en las cuales la vista no era el sentido más importante, informaban de apoteosis de olores o sonidos, o del asalto de sabores o sensaciones físicas tan deslumbrantes como la tradicional «luz blanca» lo era para los homínidos. Pero todos los tripulantes que vertieron sus respuestas dentro de la mente de Jim concordaron en que lo que ahora veían, sentían o saboreaban era como aquello que habían experimentado antes... con la diferencia de que ahora hacía caso omiso de ellos.

—Capitán —intervino K't'lk—, lo que estaba a punto de decirle era que ese resplandor es la manifestación más «física» de una gran fuente de vida. Lo cual complica las cosas. No podemos empezar a manipular este espacio sin al menos establecer comunicación con ese ser, o seres, y advertirle lo que estamos a punto de hacer, de modo que él o ellos puedan hacer lo que sea necesario para protegerse.

Jim asintió con la cabeza.

—¿Cómo?

K't'lk se rió de él, un sonido como el de una caja de música que contara un chiste.

—Capitán, la forma en que estoy hablando con usted podría dar muy buen resultado. No he tenido que hablar idioma básico desde que llegamos a este lugar... la mera intención de comunicarse parece vencer todas las barreras de idioma y especie. Si le decimos a eso lo que estamos a punto de hacer, nos oirá. —Se volvió hacia el resplandor y, en un rápido y claro arpegio, cantó—: Somos amigos; ¿quiere hablar con nosotros?

Jim no estaba seguro de qué esperaba, pero se sintió decepcionado cuando no sucedió nada.

—Quizá no ha hablado con voz lo bastante alta.

K't'lk emitió un sonido discordante.

—Dudo de que sea ése el problema —replicó—. Quizá se necesita a otro para hacerlo. O a más personas.

Probaron las dos opciones. Probaron con el habla grave y calma de Spock, tanto en idioma básico como en vulcaniano, y el habla escocesa de Scotty, y el ruso melódico, plagado de tensiones de Chekov. Uhura probó con un par de frases en hestv e ieleru, y luego renunció, con expresión dubitativa; Janice Kerasus lo intentó en vercingetorixano, shaulast y ddaisekedeh, sin mayor éxito. Después de que McCoy perdiera la paciencia y le gritara al resplandor con amistoso fastidio, muchos otros probaron a gritarle y sacudir los brazos. Luego intentaron comunicarse hablándole por grupos. Entonces, Scotty sugirió que renunciaran al habla vocal e intentaron pensar, con gran concentración, todos a la vez. El atronador coro de pensamientos resultante casi ensordeció a Jim por dentro, pero el resplandor no se movió ni el equivalente a la llama de una vela.

Irritado, Jim se volvió en redondo y se encontró con Uhura, que miraba el gran resplandor con una sonrisa que era un poco divertida, un poco triste.

—Bueno —le dijo—, ¿alguna idea?

Ella posó los ojos sobre él.

—Usted percibe una existencia allí, ¿no es cierto? ¿Una vida?

—Ciertamente. —El pelo de la nuca volvió a erizársele al decirlo, y esta vez Jim supo por qué. Puede que no pudiera compararse una vida con otra... pero podía sentir desde el fondo de su ser que esta vida era, de alguna forma, inmensamente más grande que la suya—. ¿Y?

—No estoy segura. Pero podríamos estar equivocándonos en nuestra presuposición de que esto... —hizo un gesto hacia la luz— se encuentra en un estado de desarrollo tan complejo como nosotros... al menos por lo que a la comunicación respecta. Puede que en algunos sentidos estemos muy por delante de él.

—No veo cómo es posible. El... el poder que mana de eso...

—El poder no lo es todo. Capitán, ¿qué se necesita para comunicarse?

—Mmm... un idioma común... no, nosotros parecemos estar arreglándonos sin eso, ¿verdad? El deseo de comunicarse, entonces...

—Muy cierto. Pero es necesario que ese deseo exista por ambas partes.

—¿Está diciendo que eso no quiere comunicarse con nosotros?

—Puede que sea incluso algo mucho más simple. Digamos que comenzamos desde el principio mismo e inventamos la comunicación. ¿Qué se necesita, en primer lugar?

Jim la miró, pensativo.

—No sólo la capacidad, o el deseo... —Y entonces se le ocurrió—. ¿El concepto mismo de la comunicación?

Uhura le dedicó una amplia sonrisa, encantada con el acierto de su alumno.

—Se necesita eso, señor. Pero recuerde, no obstante, que está inventando la comunicación. Hay una cosa que precede a la invención del concepto.

Jim pensó durante un rato, y luego negó con la cabeza.

—Dígame usted.

—Es fácil pasarlo por alto, como un pez pasa por alto la existencia del agua. Para inventar algo, hay que haber inventado la invención en primer lugar. De otro modo, se queda uno atascado. —Uhura sonrió aún más abiertamente ante el desconcierto de Jim—. Si usted cree que es imposible hacer nada respecto a una situación, jamás lo hará, ¿no es cierto? La posibilidad jamás se le ocurre, literalmente... ni tampoco la solución. Capitán, ¿qué sucedería si esta «existencia» que tenemos delante no sólo no hubiese inventado nunca la noción de comunicación... sino que jamás hubiese inventado la invención? ¿Y si no se comunicara con nosotros no sólo porque no sabe que exista algo como la comunicación, sino porque tampoco sabe que haya algo o alguien más con quien comunicarse? ¿Y si ni siquiera supiese que ella misma está ahí?

Jim respiró profundamente, pues lo que acababa de decir Uhura tenía sentido, si bien un sentido algo peculiar. Desvió la mirada hacia Spock, que asintió y le habló a Uhura.

—Entonces, está usted sugiriendo que la única manera de comunicarse con ella es enseñándole primero la «invención»... la creación... con el fin de que sea capaz de comprender su propia existencia... y luego la nuestra.

—Correcto.

McCoy, de pie junto a Spock, tenía otra vez un aire incómodo.

—Está hablando de enseñarle que tiene su propia conciencia. ¡Es un asunto peligroso! Recuerde lo que sucedió con los primeros ordenadores holográficos análogos antes de que sus diseñadores lograsen que generasen una finalidad propia, un sentido de plenitud...

—El comportamiento destructivo es igual de probable en las mentes plenamente humanas, doctor, incluso después de millares de años de pensamiento —intervino Spock—. Siempre es decisión del propio ser lo que hará con su mente una vez descubre que la tiene. Ser dominado por ella y transformarse en una herramienta de la entropía, o dominarla y apartarse de la destrucción. Varios de los miembros de la tripulación tenemos bastante destreza en eso... entre los que sin duda está incluido usted. —Volvió a mirar a Uhura—. La comunicación física, en la medida en que esa frase tiene sentido dentro de este espacio, no parece dar resultado. Estoy dispuesto a contribuir con la fusión mental a este experimento, si así lo desea, teniente.

Ella miró a Jim.

—Con la venia del capitán, sí, lo deseo.

Jim asintió con la cabeza, dado que no veía ninguna solución más clara.

—Hay otro problema, Spock —intervino McCoy—. Aquí no existe el tiempo, ni la sucesión, ni la duración. Se necesita eso para el pensamiento. ¿Cómo va a ponerse en contacto con esa gran cosa brillante, sea lo que sea, mediante conceptos mentales basados en el tiempo?

—Tal vez a través de mí —dijo una voz gutural detrás de McCoy. El alférez D'Hennish dio un paso al frente, su pelaje lustroso como la seda, resplandeciendo en oro y plata al reflejar la brillantez cercana—. Estoy habituado a vivir en el «ahora». No tengo ni «fue» ni «será». —Pronunció las palabras como si pertenecieran a una extraña lengua foránea—. Pero tampoco lo tiene eso, si comprendo bien a la teniente Uhura. —D'Hennish agitó las orejas hacia el resplandor—. Aunque sí tengo «entonces»... y esa cosa lo necesita para entendemos a nosotros, o a la temporalidad, en lo más mínimo. Creo que soy el puente que el señor Spock y la teniente Uhura van a necesitar.

Jim miró al sadrao, y luego a McCoy.

—¿Bones?

El médico asintió, aunque con renuencia.

—Capitán, probablemente él tenga razón, pero todo este asunto es muy peligroso; podría costarles la mente a los tres. —Hizo un gesto de impotencia—. Y no es que tengamos alternativa... es muy cierto que no podemos arriesgarnos a matar a este pobre trillón de vatios, sea lo que sea, en nombre de la salvación del universo. También tiene derecho de vivir...

—Adelante —le dijo Jim a D'Hennish. El ailurino fue a reunirse con Spock y Uhura, que ya estaban hablando en voz baja, preparándose para la fusión. Spock le dijo unas pocas palabras a D'Hennish, y los tres se aproximaron más entre sí. Jim esperó el convencional contacto en los puntos de presión nerviosa del rostro, que Spock solía usar para la fusión... pero al parecer el vulcaniano no lo consideraba necesario en este lugar. Se limitó a reunir a los otros dos con los ojos.

—Nyota —dijo—. Ri'niwa. Sean conmigo...

Una gran quietud se propagó desde ellos a la tripulación, hasta que pareció que la totalidad de los cuatrocientos estaba conteniendo la respiración. Uhura alzó la cabeza, con los ojos cerrados, y susurró algo; los labios de Spock y las mandíbulas de D'Hennish se movieron también. El aire comenzó a erizarse con la insoportable sensación de que algo estaba a punto de acontecer, como el rayo a punto de estallar. La expectación aumentó más y más, se transformó en un incendio tan ardiente como un fuego generalizado en el aire. Jim tenía ganas de moverse, de gritar, cualquier cosa para romper la tensión. Pero estaba inmovilizado, atrapado en el súbito poder de la fusión como todo el resto de los tripulantes... atrapado en el eterno presente de D'Hennish; en la insistencia de Uhura para que aquello que la oyera crease no sólo el tiempo y la existencia, sino la creación misma; en el implacable abrazo mental de Spock que todo lo reunía y convertía en una sola cosa. La tensión aumentaba, la energía crecía cada vez más...

Los ojos de Uhura se abrieron de terror. Tres alaridos hicieron añicos la quietud en angustiado unísono: el de ella, el de Spock, y un terrible aullido vociferante de D'Hennish. Los tres cayeron juntos, como si la misma mano los hubiera derribado de un golpe. El resplandor onduló... luego fluctuó y se curvó como una cortina alzada por una tormenta... y se rasgó.

Y se desataron todos los infiernos.

El claro fuego del aire había sido cegador pero no hería los ojos; había quemado la piel, pero de modo indoloro. Ahora, lo que Jim percibía como la fuente del ardor se lanzó contra la tripulación de la *Enterprise*, de modo que el resplandor se debatía y se lanzaba sofocantemente sobre ellos, como un viento pesado, que llevaba consigo una expresión sin palabras de espantosa cólera y terror. La realidad se hizo jirones... no la del paisaje, esta vez, sino la de los propios miembros de la tripulación. Jim miró a su gente a través de la luz cegadora, y vio sus imágenes distorsionadas, sus personas terriblemente tironeadas y desgarradas, su belleza sobrenatural retorcida en un horror de morgue de huesos y húmedos cartílagos y órganos derramados. «Los escudos de K't'lk —pensó—. ¿Resistirán todo esto...?»

—¡Capitán! —le gritó una voz ronca. Con dificultad, Jim se volvió... el aire luchaba contra él, y algo estaba sucediéndole a su cuerpo, pero prefirió no pensarlo demasiado, por si la atención contribuía al proceso. No lejos de él, Spock luchaba con todas sus fuerzas por levantarse del suelo. Jim miró al vulcaniano, o lo que quedaba de él, y su garganta luchó frenéticamente contra las profundidades de su esófago. Deseaba desesperadamente apartar los ojos, y se negó a hacerlo, sabiendo quién habitaba dentro del horror alucinatorio que veía.

—¡La nave! —dijo Spock a gritos para que su voz pudiera oírse por encima del espantoso viento y los alaridos cada vez más angustiados de los tripulantes—. Bajo ataque... y si no... restablecemos nuestra realidad...

—Se hará añicos —le contestó Kirk, también a gritos—. Y la nave con ella. Entendido.

Lo que Jim no entendía ni en lo más mínimo era cómo podía restablecerse la realidad de toda una nave. Ya tenía bastantes problemas con la suya propia. El desagradable hormigueo que sentía en su cuerpo empezaba a transformarse en dolor, como si las cosas que había vislumbrado que le sucedían comenzaran a sucederle físicamente. Peor aún, a través de aquella compenetración que les unía a todos y que tan familiar le resultaba ahora, Jim podía sentir que lo mismo comenzaba a pasarle a su tripulación, y también percibía los inútiles e ineficaces intentos que realizaban por luchar contra ello. «Esto no dará resultado, se debaten dando palos de ciego, no están enfrentándose con la fuente...»

«Eso es», pensó, y se preparó físicamente lo mejor que pudo... una hazaña difícil; el creciente dolor que Jim sentía en los huesos hacía que tuviese ganas de revolcarse por el suelo y gemir. Volvió la cabeza. Spock se encontraba ahora de rodillas, el rostro contorsionado por la agonía mientras intentaba levantar a Uhura del suelo y mantenerla más o menos sentada. D'Hennish estaba aún desplomado por el golpe que habían recibido los tres. «No puedo obtener ayuda ninguna de ellos —pensó Jim,

desquiciado—. ¿De quién, entonces? ¿Quién protegerá mejor la realidad de la nave hasta que podamos aferrar la nuestra propia?»

—¡¡Scotty!!

—Voy, capitán —la respuesta llegó desde una corta distancia.

—Señor —dijo alguien más, y Jim se volvió con dificultad para encontrarse con que Chekov estaba allí de pie, tambaleante, pero negándose a tender los brazos en busca de apoyo. «¡Consigues lo que deseas!», pensó Jim. Tendió una mano, aferró a Chekov por un brazo y lo sacudió ligeramente... un gesto destinado a despertarlo.

—Rehágase, Pavel Andreievich —dijo—. Spock y los demás le han propinado una patada en un flanco a ese lo-que-sea, y ahora le está devolviendo la patada a la *Enterprise*...

—¡¡No!! —dijo Chekov al tiempo que se erguía de modo tan abrupto que hizo que también Jim se irguiera un poco más—. Señor, ¿qué podemos...?

—Espere... —Scotty estaba con ellos, aferrando a Jim por el otro brazo para darle apoyo—. Sus motores, Scotty —dijo Jim en un jadeo... la presión antagónica del aire hacía que hablar y pensar resultase cada vez más difícil—. Si esto continúa durante mucho tiempo más, no servirán ni para tostar pan...

—¡Eso no sucederá, no si yo puedo evitarlo!

—Allí —dijo Jim, mirando directamente a la brecha ardiente y terrible que hendía el aire—. Ésa es la fuente. Dígale a eso lo que no le permitirá hacer. Haga que suceda lo que usted quiere que suceda. ¡Hágalo!

Miró a uno y a otro, vio que los ojos de Scotty se entrecerraban, que la mandíbula de Chekov se contraía... y volvió a mirar al frente. Aquel violento resplandor hacía que zeta-10 Scorpii pareciese pálida en comparación; Jim temía que, con o sin realidad física, pudieran quemársele los nervios ópticos, como temió que le hubiese sucedido antes a Spock. Ni siquiera cerrar los ojos con fuerza hubiera servido con una luz tan intensa. Pero eso apenas importaba. Tenía una nave que proteger. «Y no es que sepa cómo hacer eso, tampoco...» El papel que había desempeñado en la mayoría de las experiencias telepáticas vividas había sido pasivo. Eso no le hacía ningún bien ahora, cuando su mejor defensa era el ataque. No obstante, miró fijamente al fuego blanco, y le negó la destrucción que deseaba...

Entonces sucedió lo que McCoy le había advertido que pasaría, y Jim se encontró abruptamente con que su mente se había unido a las de Scotty y Chekov, estaba dentro de la de ellos. Se tambaleó, pues la intensidad de la unión no fue en nada menor que la experimentada con Spock y McCoy. Jim había compartido en parte las experiencias más suaves del escocés y del ruso, sus alegrías. Ahora compartía sus pasiones, las de ambos a un tiempo. Era casi demasiado. El afecto que Jim sentía por su nave era muy general, a pesar de su intensidad; una emoción envolvente que abarcaba a quienes viajaban en ella. Pero ahora descubría que se trataba de un afecto

inespecífico comparado con el de Scotty, que se fundaba en un íntimo conocimiento de cada circuito, cada conducto, eje y metro cuadrado de casco. Debido a esto, cualquier peligro que pudiera amenazar a la *Enterprise* era para Scotty más importante que el peligro que pudiera correr su propio cuerpo. Además, sus esfuerzos los habían salvado tanto a ella como a él mismo en tantas ocasiones, que la supervivencia no era supervivencia, por lo que a Scotty respectaba, a menos que vivieran ambos. Su absoluta determinación de que la *Enterprise* se mantuviese a salvo y en buen estado, unida a la demoledora cólera contra cualquiera que desease lo contrario, desbordaron a Scotty y penetraron en Jim por un lado...

... y por el otro, penetró la ira igualmente feroz de Chekov ante el ataque a los inocentes y desamparados, ardiente como una tormenta que azotara las estepas, negra, ineluctable, lamida por el rayo. La energía joven y salvaje que no conocía límites —la determinación de sobrevivir a cualquier cosa que pudiera hacerle un adversario, y luego asestar un sólo golpe propio que acabara con la lucha y evitara otras—, todo entró atronadoramente en Jim, mezclándose con la indignación y furia de Scotty, buscando una salida, aumentando, aumentando...

Jim no tenía ni idea de qué hacer. No se le ocurría nada que pudiera añadir a una ira tan violenta. «Aunque tal vez no es necesario que añada nada. Mi cometido es estar en el centro, dirigir...» Jim miró fijamente al interior del mortal resplandor, y pensó, tan «fuerte» como pudo: «¿Nos harás daño? ¡¡No lo permitiremos... y vamos a impedirlo de este modo!!».

Evidentemente, el pensamiento bastó, pues al instante sintió que la energía de Scotty y Chekov pasaba abrasadora a través de él como había sucedido con McCoy. Su paso hizo caer a Jim de rodillas, quien, aturdido, se preguntó si sería así como se sentía el conducto de artillería cuando se disparaba la pistola fásica a la que pertenecía. Alzó la mirada a tiempo de ver cómo el penetrante resplandor fluctuaba. Proveniente de ella, mientras Chekov se inclinaba para ayudarlo a levantarse, Jim captó una impresión de inmensa incertidumbre mezclada con terror... y luego otra vez la cólera.

—No, Pavel —dijo, y al sentir la mano de Scotty en el hombro, tiró de él para que también se agachara—. Quédese abajo. No hemos acabado, y una caída es suficiente...

El gran núcleo de fuego blanco volvió a atacar. Se oyeron más gritos entre la tripulación, y el sonido de éstos encolerizó a Jim hasta tal punto que no se molestó en dirigir ningún pensamiento hacia la luz, ni sonoro ni de otro tipo. Simplemente devolvió el golpe, mentalmente y detrás/dentro de él Scotty y Chekov formaban una unidad de furia y fuerza tan poderosa que a Jim le asustaba pensarlos. «¿Ha estado esta clase de poder dentro de ellos desde siempre? ¿O es sólo que este espacio...?» Esta vez, Jim sintió que la energía que generaban los tres golpeaba contra algo...

aunque era algo no físico; y sintió que la esencia golpeada «retrocedía» tambaleándose, se «alejaba» de ellos, irradiando un terror más virulento que antes, junto con una muda sensación de que el terror era, por alguna razón, justificado. «Una vez más», dijo Chekov, las palabras resonando a través del todo que formaban los tres. El resplandor volvía a ondular, como si preparase otro ataque. Pavel y Scotty no le dieron ninguna oportunidad. Instantáneamente, si semejante palabra podía usarse donde no había tiempo, atrajeron a Jim para que los guiara, y juntos salieron y le «asestaron» un golpe, como si fueran el puño de Dios descendiendo de los cielos. Y otra vez, con más fuerza, hasta que la visión de Jim se desvaneció de verdad a causa de la conmoción del «impacto» dentro de su mente. «Y una vez más...»

Fue entonces cuando oyeron el alarido... y no procedía de ninguno de los miembros de la tripulación.

—¡Ya basta, los dos! —les dijo Jim a las otras presencias que había en su mente—. Déjenlo... —Su visión estaba aclarándose; miró en torno de sí y vio que Spock ayudaba a D'Hennish a ponerse de pie, mientras otros varios miembros de la tripulación se levantaban del suelo. Aceptó los brazos que Scotty y Chekov le ofrecían para que pudiera incorporarse—. Buen trabajo —les dijo a los dos—. Scotty, ha estado llevando usted a este muchacho a muchos sitios duros durante los permisos de tierra. Se le está contagiando su estilo pendenciero...

—Oh, no, capitán —replicó Scotty mientras K't'lk se acercaba a él por detrás y le dedicaba un tintineo de preocupación; él bajó una mano y le rascó la cresta longitudinal que le sobresalía entre los dos ojos superiores—. Tiene una aptitud natural. No hay nada que pueda enseñarle. Quizá tenga que aprender algo de él. Así que está ahí, señor Spock. ¿Se encuentra bien?

Spock y Uhura se aproximaron para reunirse con el grupo, seguidos por McCoy, en quien se apoyaba D'Hennish.

—Señor Scott —comentó Spock—, creo que ahora tengo un referente para el término «resaca». Por lo demás, estoy bien. Capitán, nuestro intento de comunicar ha sido un éxito...

—Si eso ha sido un éxito —declaró Jim mientras se frotaba la cabeza—, el cielo nos guarde del fracaso... ¿Ese alarido provenía de donde yo creo?

—De eso, señor —respondió Uhura, haciendo un gesto hacia el gran resplandor—. Sí. Llegamos hasta él. Ha aprendido bastante de nosotros, con mucha rapidez, del mismo modo que nosotros hemos aprendido de él. Ha aprendido lo que es la existencia a una velocidad mayor de lo que yo había creído posible. Por desgracia, cuando comprendió plenamente que había alguna otra existencia, que no estaba solo... fue presa del pánico. Tenía miedo de que pudiéramos hacerle daño...

—No puede huir, capitán —explicó D'Hennish—. Así que hace la única otra cosa en la que puede pensar, siendo el pensamiento algo tan nuevo para él. Lucha, intenta

hacer que las nuevas cosas extrañas se marchen y le dejen tranquilo y a salvo en su antigua soledad. Tampoco eso funciona. Así que ahora se retrae...

—Capitán —intervino Spock—, debe usted entender que todas estas comunicaciones se han producido a nivel muy elemental... no hablamos ya de «sentimientos», ni de algo tan complejo como el pensamiento, ni de palabras, evidentemente. La palabra «ser» describe por una vez, de modo correcto, eso con lo que hemos contactado. Es un «ser» absoluto, una existencia ajena a toda actividad y a cualquier otra existencia. Ha permanecido encerrado dentro de este universo durante lo que muy bien podría ser una eternidad... y sin embargo también ha estado «no-solo», dado que para estar solo deben haber otras existencias con las cuales comparar dicho estado. Es de un poder incalculable... y a la vez es impotente, porque no ha habido nada contra lo que volver ese poder hasta que llegamos nosotros. Sólo su inexperiencia nos ha salvado de la destrucción cuando nos atacó. Nosotros sabemos hacer cosas; él nunca ha tenido siquiera el concepto de hacer hasta que lo tomó de nosotros.

—¿Por eso no está haciendo nada ahora? —inquirió McCoy, que miraba fijamente el corazón de la luz.

—Lo hemos atemorizado —explicó Uhura con tristeza—. Leonard, nosotros le hemos enseñado el dolor... no sólo en sentido abstracto. Ahora sabe que hay un «afuera», pero puede que no quiera salir jamás debido a la forma en que le hemos abofeteado para defendernos.

—Compañeros —dijo Jim, que miraba de hito en hito la luz como todos los demás—, tenemos poco tiempo...

—Correcto, señor. Así que estamos viendo lo que podemos hacer —replicó D'Hennish, y tomó la oscura mano de Uhura en la suya peluda. Spock posó una mano sobre el hombro del joven sadrao. Los tres permanecieron en silencio durante un rato, y una vez más Jim sintió que la energía aumentaba, aumentaba en el aire... un mego/exigencia sin palabras: que cualquiera que lo oyese declarase quién era, qué era, se comunicara, ¡hablara! Detrás de él, entre su tripulación, Jim oyó ocasionales gritos involuntarios de respuesta: fragmentos de palabras, nombres, secretos. Jim tuvo que contenerse para no responder, apretar los puños para contenerse ante el conmovedor ruego. No se atrevía a permitirse siquiera un sonido, por miedo a distraer a los tres que lanzaban la llamada... o distraer al objetivo de ésta. «Habla con nosotros, date a conocer, no tengas miedo. ¡¿Quién eres...?!»

Durante lo que pareció una eternidad, no hubo respuesta alguna.

Luego el aire habló. La réplica fue un trueno silencioso; era una voz atemorizada como la de un niño golpeado, pero inconmensurablemente más enorme; era un sólo pensamiento que contenía coros cautivos dentro de sí, y el poder de una multitud susurrando en un tembloroso unísono de incertidumbre y miedo. Jim sintió que el

estremecimiento volvía a comenzar. Miró en torno de sí al oír lo que la/s voz/voces decía/n, dudando y preguntándose al mismo tiempo si los otros oirían lo mismo que él.

—Nosotros somos quienes somos —declaró el resplandor.

—Oh, no —dijo McCoy, en un susurro.

—...al menos lo éramos. Hasta que llegasteis vosotros...

Entonces, Spock se apartó un paso de Uhura y D'Hennish. Alzó los ojos hacia el resplandor y habló... no en idioma básico, sino en vulcaniano, que ahora todos entendían tan bien como el tintineante hamalki de K't'lk. Al sonar la primera frase, Jim comprendió que Spock no se atrevía a confiar la comunicación con esta entidad terrible, frágil, a nada que no fuera la elegante precisión del idioma vulcaniano, que Jim podía ahora apreciar plenamente por primera vez.

—Todavía sois —dijo Spock—. Nosotros no amenazamos esa condición, aunque en vuestro miedo vosotros la habéis amenazado en nosotros. No nos hagáis más daño. Nosotros no deseamos haceros ningún daño a vosotros. Por eso buscamos el contacto, con el fin de que podáis protegeros de posibles daños.

—Nosotros...

No había nada que pudiera expresar la angustia con que la forma de vida que habitaba en el interior del resplandor dijo esa palabra. A Jim le resultaba difícil entender cómo algo tan multitudinario, tan aparentemente plural, podía tener miedo de un simple grupo... en especial cuando el concepto con el cual se refería a sí mismo parecía también plural. Tenía dificultades, de hecho, para entender cómo un poder semejante podía tener miedo de nada. «Cómo pueden tener miedo, ellos», se corrigió. Avanzó hasta quedar junto a Spock.

—Más allá de este universo en el que vivís, hay otro. Nosotros procedemos de ese universo...

—Entonces era cierto eso, entonces, eso que los... los Otros nos han dicho —reflexionó el resplandor. Todos estos conceptos, tan nuevos para él, sonaban, vacilantes... aunque no tanto como el atemorizador concepto de la existencia de Otros—. Y hay... más de lo que sois vosotros...

—Innumerables más —dijo Jim con suavidad, como podría haber hecho de haberle estado hablando a un niño muy pequeño—. Como nosotros, y diferentes. Setecientas clases de humanidad, y ni siquiera sabemos cuántas más, dispersas por nuestra galaxia y por un millar de millones de otras.

El mero acto de hablar estaba llevando a la/s gran/des nueva/s mente/s a una unión cada vez más estrecha con las de ellos. Jim tuvo una percepción más clara de un poder que era en verdad incalculable, y de una inteligencia que llegaría a serlo, con el tiempo y la experiencia. También sintió que el miedo se convertía en asombro y pasmo ante el hecho de que hubiera algo más con lo que hablar, y en un deseo de

que esta sorprendente cosa llamada conversación continuara, alimentara al asombro, no acabara nunca.

—Otros —dijo el enorme resplandor—. Nosotros, también, entonces... somos Otros.

—Correcto —replicó Spock.

—Y la totalidad de... nosotros... estamos juntos... —Los Otros tenían ya un concepto superficial de lo que era el tiempo, a través de Uhura y Spock, pero la forma de tiempo que mejor entendían era la de D'Hennish, y fue su fraseología la que emplearon—, ¡juntos ahora y siempre!

El asombro aumentó, se transformó en júbilo, y lo sobrepasó...

—No —les contradijo Spock. Su voz era serena, pero incluso las partes más vulcanianas de su personalidad se sintieron trastornadas por tener que hacer pedazos aquel inocente éxtasis... nacido como era de aquello que los vulcanianos más apreciaban, el deseo de celebrar la diversidad. Por lo que respectaba a las partes terrícolas de Spock, Jim percibió el dolor que experimentaba, demasiado profundo para las lágrimas, pero mantuvo la serenidad. Incluso aquí, Spock tenía su orgullo.

—¿No...?

—Un portal, una entrada, se ha abierto entre nuestros universos —explicó Spock—. Debe ser cerrada. Porque el entorno en el que vivís vosotros es fatal para nosotros... y el nuestro lo sería para vosotros.

Un desconcierto enorme les llegó de los Otros. También la muerte era algo que tenían en abstracto, por la comunicación con el trío.

—Vosotros sois quienes sois —dijo de repente McCoy, con una extrema amabilidad—. ¿Queréis acaso convertirlos en «vosotros los que no sois»?

El miedo de los Otros regresó entonces con una intensidad que hubiera podido destrozarse el corazón de más de uno. Ahora que sabían lo que era la existencia, el pensamiento de su pérdida les resultaba aborrecible. No querían regresar a la paz permanente de su soledad.

—No obstante —llegó un momento más tarde el enorme pensamiento individual/múltiple—, si el portal es cerrado...

—Nosotros tendremos que estar del otro lado —explicó Jim—. No podemos quedarnos aquí.

—Pero si vosotros os marcháis... entonces esto se perderá —dijeron los otros. Lo que era «esto» estaba claro: la vida, la comunicación, la eterna celebración jubilosa de la diversidad que había parecido desplegarse ante ellos—. Y sin vuestra movilidad... —no disponían de ningún equivalente más próximo a la «entropía»—, si eso se queda fuera con vosotros, entonces no hay nada más para nosotros que lo que había antes. —El solo pensamiento era horrible. Esterilidad, silencio, absoluta soledad, una eternidad de todo eso, empeorada por el descubrimiento de la

conciencia... y por el conocimiento de que la vida existía en otra parte, por siempre fuera del alcance.

—El portal debe ser cerrado —insistió Jim—. Y con rapidez...

—No —dijeron los Otros en un vasto unísono de aflicción, como si todo un universo llorara de soledad. Y luego, con menos pena y más enojo—: ¡No! Que estáis aquí... es lo que es; ¡no aceptaremos otra cosa! —El aire comenzó a cargarse otra vez, con la anterior tempestad de cólera y miedo agitándose en él, con una corriente de desesperación añadida—. ¡No nos dejaremos privar de lo que no fue nunca antes, sabiendo que nunca más será! —Pues habían interpretado correctamente lo que subyacía al pensamiento de Jim: que esa entrada no debía reabrirse nunca más una vez cerrada—. ¡No nos dejaremos encerrar otra vez en la nada, donde nada sucede, y nada es, excepto nuestro propio Yo, solo por siempre...!

El trueno crepitó sobre la tripulación de la *Enterprise*, retumbó en la piedra blanca sobre la que se encontraban. Jim dirigió la mirada hacia Scotty y Chekov, preguntándose si esta vez serían capaces de hacer algo. A lo largo de la conversación, Jim había podido percibir cómo los Otros se hacían más poderosos a cada instante, a cada «momento» que pasaban en estado de conciencia. Sabía también, como si estuviese dentro de ellos, que eran estudiantes veloces; junto con el enojo que se arremolinaba en el aire, llegó la certeza de que entendían muy bien la táctica que se había usado contra ellos la última vez, y ahora serían perfectamente capaces de derrotar a sus oponentes. Pero eso no bastaba para conseguir que Jim renunciara. Miró a Pavel y Scotty, una señal para que volvieran a fundirse en unión con él. «Puede que esta vez necesitemos más ayuda...»

—No, no la necesitarán —dijo McCoy, y pasó junto a Jim, haciéndole un gesto para que se apartara. Se detuvo muy cerca del resplandor ondulante y cegador, tan cerca que el furor de la vida que había en su interior le agitó el cabello como un vendaval, y él tuvo que oponer toda su resistencia para mantenerse en pie; tan cerca que incluso el halo del médico se amorteció, quedando sólo su silueta—. Estabais muy seguros de no querer convertirnos en «nosotros, los que no somos» —dijo, y en el aire había ahora más enojo sumado al de los Otros—. ¿Acaso queréis que nosotros nos convirtamos en «nosotros, los que no somos»? Sólo porque no podéis tener la movilidad, ¿vais a matarlo todo, en todas partes, es eso?

Jim observaba a McCoy, con miedo, sin moverse, sin atreverse a hacerlo. La cólera del aire estaba convirtiéndose una vez más en algo físico, empujando a los que estaban más cerca, tironeando de ellos. El médico se tambaleó en la ráfaga de ira, pero se negó a retroceder.

—¿Por qué debería sorprendernos? ¡Lo primero que intentasteis hacer fue matarnos! —Su voz restallaba cortante como un látigo—. ¡Así que, vamos, continuad y acabad lo que comenzasteis! ¡Y haced que vuestras dos primeras obras desde que

adquiristeis conciencia sean el intento de asesinato y el éxito en el empeño!

Nadie de la tripulación se movió siquiera. La ferocidad que giraba en el aire no disminuyó. Pero tampoco aumentó, y Jim y todas las personas que lo rodeaban contuvieron el aliento.

—¡Matad, pues! —dijo McCoy—. Tenéis el poder para hacerlo. Pero sabed qué estáis matando: ¡cuatrocientas vidas que desean la vida y la presencia de otras vidas tanto como vosotros!

Aguardó, enfrentado al feroz viento luminoso, sin moverse. Durante un largo momento se mantuvo constante, un vendaval de frustración y dolor, y los tripulantes de la *Enterprise* se aferraron los unos a los otros para poder permanecer en pie.

Luego, con mucha lentitud, el enojo comenzó a disminuir. Se desvaneció gradualmente del aire como humo que se dispersa, y su presión desapareció.

—Sois muchísimo más —dijo entonces McCoy, en un tono de voz que temblaba de compasión y certidumbre—. Muchísimo más que muerte y dolor. Simplemente permitiros descubrirlo.

Durante un largo rato no hubo nada más que silencio. Luego, los Otros volvieron a hablar.

—No podemos arrebatáros esta cosa preciosa... que Nosotros mismos no habríamos tenido de no haber sido porque nos la regalasteis. Lo que decís que tiene que hacerse, eso haremos.

McCoy había retrocedido para volver a colocarse junto a Jim y Spock. Jim le dirigió a Bones una mirada de agradecimiento y aprecio silenciosos, y luego volvió a decir, con pesar:

—El portal debe ser cerrado. Pronto.

—Entonces nosotros quedaremos abandonados aquí, a solas... y sin nadie más junto a nosotros, tampoco estaremos aquí —respondieron los Otros con tal desamparo como Jim no lo había oído jamás—. Eso, al parecer, significa que no percibiremos lo que ha sucedido, una vez que haya sucedido. No tenéis por qué entristeceros.

Los tripulantes de la *Enterprise* se volvieron todos los unos hacia los otros con dolor, sintiendo la angustia de los Otros.

—No puedo evitar entristecerme —respondió Jim. Nunca habían sido esas palabras tan ciertas como ahora. Pensó en aquel ser asombrosamente poderoso, encerrado otra vez en la terrible y plácida intemporalidad, sin acontecimientos, donde lo habían hallado, en el mismo estado del que lo habían liberado... Sacudió la cabeza—. Spock —dijo—. Tiene que haber algo que podamos hacer.

Los tripulantes de la *Enterprise* se miraban entre sí con aflicción ante la angustia de los Otros cuando Spock se volvió hacia Jim.

—Capitán —replicó con voz queda—, en efecto, tiene que haberlo. Y no se trata

de una frase de carácter incierto, sino imperativo. Una vez más, debemos enfrentarnos con las consecuencias de habernos inmiscuido... y con una gran ironía.

Jim miró a su primer oficial con expresión interrogativa.

—Usted identificó una parte de la situación por sí solo cuando veníamos hacia aquí —explicó Spock—. «Hacia el lado de los ángeles», dijo. El doctor lo identificó de modo más específico cuando los Otros mencionaron su propio nombre.

Y ahora, todos los requisitos están aquí, capitán. Intemporalidad, ser sin atributos físicos, pluralidad potencial en la unidad, existencia sin creación y fuera de todo tiempo... De hecho, hemos encontrado a Dios. Aunque no uno que alguna de nuestras humanidades pudiera reconocer como su propio Dios. Ni tampoco ha sido este ser extremadamente poderoso confundido anteriormente con una deidad, como sucedía con otros con quienes se había encontrado la *Enterprise*. Este ser, o estos seres, debería decir, son un proto-Dios. Muy bien podrían haber roto su propio «casarón» en su momento, inventado la existencia y la creación por su propia cuenta, y habérselas arreglado muy bien aquí por sí solos. Pero ahora nunca lo sabremos, debido a nuestra interferencia. El uso del motor de inversión ha sido la causa de que acudiéramos aquí y rompiéramos prematuramente su casarón. Y ahora les hemos enseñado existencia, y conciencia, y el deseo de la comunicación... y ni nosotros ni ningún otro ser puede satisfacer cualquiera de esas cosas quedándose aquí. Por la necesidad de preservar nuestra propia existencia..., por el bien de la Galaxia, y por todas las otras razones «correctas»... hemos incurrido en una violación tal de la Primera Directriz como ni siquiera la *Enterprise* ha cometido jamás. Y la ética parece dictar que hagamos algo para enmendar esta situación... puesto que ni nosotros ni nadie más volverá a tener oportunidad de hacerlo.

Jim asintió con la cabeza, paralizado. La pregunta de qué pensaría la Flota Estelar no llegó a ocurrírsele. Estaba demasiado ocupado con la amarga angustia que latía en el aire como un corazón, y con el pensamiento de salvar un universo mientras dejaba otro mutilado detrás de sí.

—Ustedes les enseñaron la creación a los Otros, señor Spock... —dijo, en medio de la desesperación.

—Lo hicimos, señor. Pero la creación, como cualquier otro acto, requiere entropía. Y la entropía es aquí un fenómeno temporalmente local, debido sólo a nuestra presencia...

Spock calló, de modo muy abrupto, al ver que los ojos de su capitán se agrandaban. Jim alzó la mirada hacia él, con una expresión especulativa en el rostro.

—Señor Spock —dijo—, ¿está pensando usted lo mismo que yo?

Por una vez, la pregunta era retórica. Los dos sabían que era así.

—No constituye ninguna casualidad —declaró Spock con el tenso control característico de su entusiasmo— que tengamos una física creativa con nosotros.

Jim se volvió.

—¡K't'lk! —llamó.

—Estaba preguntándome cuándo pensaría en mí —comentó ella con tono tranquilo, justo detrás de Kirk—. Pero no canten victoria tan pronto, capitán. La respuesta no va a ser tan sencilla como usted cree.

Jim se agachó y posó una rodilla junto a K't'lk, para evitar que la conversación que presentía inminente le provocara un dolor de cuello literal.

—Puede hacerlo, ¿no es cierto?

—Si se refiere a si puedo proporcionarle a este espacio una entropía propia —respondió K't'lk—, creo que sí. Ya he roto las suficientes leyes en nuestro universo; ciertamente debería ser capaz de establecerlas en éste. Es mucho más sencillo...

La mayor parte de los mandos de la *Enterprise* se encontraban reunidos en torno a Jim, Spock y K't'lk, y alrededor de éstos se hallaba el resto de la tripulación de la nave. Ante las palabras de K't'lk, un murmullo pasmado, maravillado de palabras y pensamientos recorrió el grupo, y McCoy se inclinó sobre Jim.

—Capitán, ¿no está volviéndose esto un poco peligroso? —inquirió—. Primero les enseñamos conciencia a los Otros. Ahora está usted sugiriendo que también dejemos a la entropía suelta por aquí. ¿No sería para ellos tan fatal como la anentropía lo es para nosotros, sin protección? ¡E incluso en caso de que no lo sea, piense en lo que está haciendo! ¡Se deja en libertad a la entropía, y como resultado de eso comienza el tiempo! ¡Eche el tiempo a correr, y habrá hecho el noventa y nueve por ciento del trabajo de creación de un universo! Ellos —hizo un ademán en dirección al resplandor—, podrían llegar un día a jugar a ser Dios, pero ¿¿qué le hace pensar que nosotros estamos preparados para hacer lo mismo?!

—¡Oh, L'n'rd! —contestó K't'lk con una discordancia fastidiada—. ¡Éste no es momento para éticas de parvulario! ¿Qué cree usted que está haciendo cada vez que salva una vida? Además... si es verdad lo que dicen, que Dios nos creó a nosotros a su imagen y semejanza, ¿cómo podríamos no amar el acto de creación... y cómo podría ser un error que lo hiciéramos, tan cuidadosa y éticamente como podamos, en cualquier escala de la que seamos capaces?

—¡Pero, K't'lk, la creación podría no ser todo lo maravillosa que se dice, ni siquiera para los dioses! ¡Fíjese en el estado en que está nuestro universo!

—¡L'n'rd, créame, ya he reparado en que hay grandes partes de él que no funcionan demasiado bien! ¡Es suficiente como para hacer que incluso Dios refrene sus manos después de un primer intento semejante! Y, volviendo a lo de antes, si estamos hechos según la imagen de un Dios como ése, no es de extrañar que seamos cautelosos ante la posibilidad de «jugar a ser Dios» nosotros mismos; ¡gato escaldado del agua fría huye! Pero el universo continúa creciendo y cambiando cada día; resulta evidente que los dioses no han renunciado al acto de crear. ¡¿Debemos hacerlo nosotros?!

—Pero hacerlo en esta escala... con un ser viviente a merced de lo que creamos...

—Le aseguro —lo interrumpió K't'lk— que si yo tengo que insertar la entropía en este universo, después de diseñar nuevas leyes para él... cosa que tendré que hacer para que, como ha señalado usted, la entropía ya no sea fatal para los Otros... seré de lo más cuidadosa. ¿Cómo podría no serlo cuando, al fin y al cabo, estoy hecha a imagen de Aquel que salió escaldado? Pero la alternativa es clara: negarse a crear, y negarse a crecer; o construir, con cuidado y amor.

Volvió a mirar a Jim.

—Capitán, yo prefiero crear. Creo que el señor Sp'ck está en lo cierto; existe una razón para que nos hallemos aquí. Y aunque no tengo ninguna prueba para demostrarlo, tal vez la clave debamos buscarla en sus propias palabras: tal vez el proceso de evolución de los Otros en este espacio estuviese de algún modo detenido, y sin nuestra intervención jamás habrían podido «salir del cascarón» y transformarse en un Dios. —Se encogió de hombros, tintineando—. Es una corazonada, nada más. En cualquier caso, no parece en absoluto un accidente que yo me encuentre en esta misión. La pregunta es: ¿qué es exactamente lo que se espera que haga? ¿Cuáles son sus órdenes, capitán?

Jim realizó una larga inspiración y exhaló el aire mientras miraba a los tripulantes que tenía a su alrededor.

—Dado que no veo una alternativa mejor... —dijo, e hizo una pausa para darles a los demás la oportunidad de intervenir si lo creían necesario. Nadie lo hizo.

Jim bajó los ojos hacia K't'lk.

—Adelante, entonces. Fúndenos un universo.

K't'lk se estremeció toda ella, tintineando.

—Muy bien, señor. Sin embargo, todavía tenemos un par de problemas que debemos solucionar. Para empezar, el de la energía. Éste es, en apariencia, uno de los universos «extrópicos», los estériles. He dicho que creo que puedo proporcionarle entropía a este espacio, y un conjunto de leyes naturales que puedan generarse a sí mismas... e impulsar a este universo un poco más hacia la antropía. Pero para hacerlo debo adelantarme en el tiempo en este universo donde el tiempo no existe, para poder ver mi solución y ponerla en práctica...

—Ha estado otra vez dándole al grafito, muchacha —comentó Scotty con suavidad.

—No, Mt'gm'ry. Ya se lo he dicho, la causa no siempre precede al efecto. Es como repartir las cartas de una baraja marcada, si eso le ayuda a entenderlo. En cualquier caso, no estoy segura de poder hacer esas dos cosas y cerrar, además la grieta abierta entre nuestros dos universos... lo cual ya iba a requerir casi toda la energía generada por el aparato de inversión. Sólo el intento en sí demostrará si puedo conseguirlo. —Por un momento, a Jim le pareció que K't'lk contemplaba a Scotty con dulce pesar mientras hablaba. La miró más de cerca, pero ella se sacudió y

continuó, otra vez con su tono habitual—. El otro problema es que los Otros...

Se volvió ligeramente e inclinó un racimo de ojos hacia el silencioso y cercano resplandor.

—No debería hablar de Vosotros como si no estuvierais aquí —dijo—. No tenéis ninguna experiencia del tiempo excepto la que habéis extraído de D'Hennish, Uhura y Spock. Si yo os doy entropía, el tiempo comenzará aquí de verdad. Sin embargo, si tuvierais tiempo... ¿qué haríais con él?

Al principio no hubo respuesta... luego una gran sensación de confusión y desamparo.

—No lo sabemos —respondieron los Otros—. Juzga tú. Aceptaremos tu palabra.

—Oh, fantástico —dijo McCoy.

K't'lk se volvió a mirar a Jim, con los fuegos de sus ojos convertidos en remolinos azules y ardientes.

—Bueno, J'm —dijo en voz baja para que sólo él la oyera—, he oído con frecuencia que nuestro mundo parece haber sido diseñado en comité. Al parecer, ahora tenemos la oportunidad de hacer lo mismo... porque ésta no es una obra arquitectónica que me atreva a diseñar yo sola.

—Estoy de acuerdo —replicó Jim, también con voz queda—. Pero también podría ser nuestra oportunidad para crear aquello con lo que la gente sueña. El mejor de todos los mundos posibles...

—Capitán —intervino Spock, erguido por encima de ellos—. También a mí me gustaría eso más que nada. Y aliento la deliberación cuidadosa. Pero aunque a nosotros nos parezca que aquí disponemos de una eternidad, el tiempo está pasando fuera de esta zona, y el área de anentropía se cierra cada vez más sobre nuestro propio universo. Debemos actuar con rapidez.

Jim asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. —Se incorporó—. Compañeros —les dijo al grupo de mando y a los demás tripulantes de la *Enterprise* que lo rodeaban—, tenemos que encontrar algo que los Otros puedan hacer, una manera de que pasen el tiempo que van a tener... —bajó los ojos hacia K't'lk.

—Poco menos que una eternidad —aclaró ella, aunque había risa en su campanilleo, como si estuviera contando un chiste—. Es lo máximo que puedo lograr.

—Bien, sugerencias, entonces... sin olvidar que los Otros van a tener que permanecer con nuestra solución durante todo ese tiempo. ¿Qué camino deberíamos tomar?

Jim esperaba verse ensordecido por un coro de voces y unión de pensamientos. No sucedió así. Se oyeron algunos murmullos quedos y, finalmente, el jefe de Seguridad, el señor Matlock, dijo con tono muy serio:

—Capitán, algunos de nosotros nos sentimos... un poco fuera de nuestro

elemento. ¿Qué tipo de proyecto de estructuración temporal puede un mortal recomendarle sin riesgos a un dios?

—Tiene algo de razón, señor —concedió Uhura—. Las especies de larga vida que hemos conocido hablan a menudo del terrible aburrimiento de su existencia. Lo intentan todo para distraerse... y antes o después sencillamente pierden el interés. Se ven arrastrados a toda clase de excesos para divertirse. La crueldad, la tiranía...

—O a un nivel más elevado de evolución —intervino Spock.

—Eso es muy cierto, señor Spock —replicó Scotty—. ¿Pero qué se le ocurre a usted que sea más elevado que esto? —Blandió una mano hacia los Otros, y Jim negó con la cabeza. Todavía podía sentirse cómo el poder de los Otros aumentaba más y más. Omnipotencia, omnisciencia... Tal vez no las poseyeran ahora, pero pronto las tendrían. Quedaba, no obstante, el hecho de que aún no sabían qué hacer con esos atributos, y que en un espacio vacío ninguno de los dos servía de mucho.

—Capitán... —Era Harb Tanzer—. Tal vez la palabra «elevado» no sea la correcta. Y en cualquier caso no nos atrevemos a experimentar con estos seres, a sugerirles algo que no sabemos con seguridad que pueda funcionar; como usted dice, permanecerán encerrados con nuestra decisión durante muchísimo tiempo. ¿Qué le parece algo sencillo, donde ellos puedan descubrir sus propias capacidades, elevarlas a cualquier altura de la que sean capaces?

—Especifique.

—Un juego, señor.

—Harb —dijo McCoy—, dejando a un lado mi primera reacción ante la idea de que un dios se pase la eternidad entretenido en juegos... ¿qué juego es lo bastante entretenido como para mantener el interés durante casi una eternidad?

—El que estamos jugando nosotros, Len —replicó Harb con voz queda y una sonrisa sobria—. El juego de vivir en un cuerpo. E inventar problemas: el bien y el mal, el terror y el júbilo, la vida y la muerte...

—Harb, muchacho —protestó Scotty—, ¡¡la vida no es ningún juego para mí!!

—Eso es exactamente lo que parece —replicó el señor Tanzer— cuando uno ha olvidado que está jugando. —Harb volvió a mirar a Jim—. Señor, ¿qué pasatiempo más grandioso podemos recomendarles a los Otros que no sea la vida misma? Se les deja una salida, por supuesto... un límite para que el objeto del juego, el cuerpo, expire. La entropía se encargará de que así sea, en cualquier caso. Así que al final de cada ronda los jugadores podrán recordar que se trata de un juego; pararse a contar las fichas, continuar con la ronda siguiente... o cambiar de personajes y jugar otra vez.

—¿Cuál sería el objetivo del juego? —inquirió Uhura.

—¿Para cada persona específica? Como principiantes, tendrían que descubrir qué es cada uno de ellos. Una vez conseguido eso... y visto cuántos son capaces de

descubrir cuál es su finalidad durante el período en el que están vivos, hay una forma más avanzada del juego: descubrir cuál es el objetivo del juego...

—Pero entre una «ronda» y otra —lo interrumpió Uhura—, lo sabrán.

—Desde luego. Pero mientras el juego esté en proceso, mientras un fragmento en particular de los Otros se encuentre habitando un cuerpo, no habrá recuerdo, o sólo indicios, de que realmente es un juego. Eso ofrece la posibilidad de jugarlo «por siempre». El valor de las cosas que importan porque son esencialmente transitorias, como el amor, el éxito, el júbilo, se mantiene. Incluso el dolor y la pérdida se ven despojados de su calidad hiriente, porque son trascendidos al final de la ronda: el jugador ha pasado por ellos y aprendido de ellos.

—O no —lo contradijo McCoy—. ¿Y entonces, qué?

—Si el póquer es el único juego disponible —respondió Harb—, uno aprende a jugar, y a ganar. O a jugar y a perder... y lo hace por el puro placer de jugar. O se sienta y hace de mirón. El jugador es libre de escoger. Len, existe la tendencia a considerar los juegos como algo carente de importancia, algo que no es «serio»; ¡no se deje engañar! La política es un juego, las relaciones personales son juegos, los negocios, la exploración y la aventura son juegos... con reglas y límites de tiempo, y con restricciones para los jugadores. Y dentro de todos ellos hay espacio para experimentar la gloria, la alegría, la derrota y el triunfo... la grandeza, la intimidad, el poder y el júbilo, la tristeza y el amor. Y éstos son sólo los juegos de cuatro dimensiones que practican los seres mortales, dentro de los límites de la vida. ¿Qué podría hacer un Dios, si tuviera la oportunidad?

—¡Sí! —dijeron los Otros en un gran estrépito de pensamiento, ansioso y regocijado—. Vida, lo que tenéis vosotros... el ser, el saber, el conocer otras vidas... el amar, incluso el sufrir... ¡¡lo queremos todo!! Oh, dadnos eso, y enseñadnos a hacer algo más de Nosotros mismos, y no os necesitaremos en absoluto. El tiempo que vemos en la Cantora —se referían a K't'lk— nos dará posibilidades infinitas. Dadnos ese Juego, y marchad con nuestro amor por siempre. Marchad rápido, para que podamos jugar...

K't'lk alzó la mirada hacia Jim.

—Señor —dijo—, la aprobación de los Otros está haciendo que este espacio se vuelva muy maleable... aceptará leyes nuevas incluso con mayor prontitud de lo que yo había esperado. Es muy posible que disponga de la energía suficiente para hacerlo todo. Piénselo una vez más... y luego dé la orden.

Jim lo pensó, mientras a su alrededor los tripulantes lo miraban con temor, emoción y reverencia, y el aire palpitaba de expectación. Recorrió con la mirada a su grupo de mando. Uhura mantenía una expresión desapasionada y se guardaba sus emociones para sí. McCoy estaba dubitativo, como siempre, pero en él había un reprimido entusiasmo, al igual que en Chekov y en Sulu. Scotty aún tenía una mano

posada sobre la cresta dorsal de K't'lk, y los ojos fijos en Jim, y esperaba, preparado para seguir a su capitán. Spock no movía siquiera una ceja, pero Jim captó con total claridad el pensamiento de su mente: «Es lógico, Jim. Aunque la lógica no lo es todo. Haga lo que crea mejor».

—Hágalo —le dijo Jim a K't'lk—. Y si puede... dese prisa.

—Y también, si podéis... —eran los Otros, cuyo pensamiento tenía ahora un tono amable, incluso un poco tímido, después de su violencia anterior—. No queríamos olvidaros. ¿Dejaréis algo de vosotros mismos al marchar? ¿Algo por lo que podamos recordaros? Al fin y al cabo, habéis estado jugando a este juego durante más tiempo que nosotros. Os agradeceríamos algunos de vuestros triunfos, de vuestras... ganancias... para estudiarlos entre rondas. Y aunque por vuestras mentes vemos que Nosotros seremos madre, padre, señor de este universo... vosotros continuáis siendo nuestras madres y padres, en un sentido. Y los únicos Otros que Nosotros hayamos conocido jamás. Dejadnos algo de Vosotros mismos...

—Si usted y la tripulación lo desean, capitán —dijo K't'lk—, puedo tejer los recuerdos que escojan dentro mismo del tejido de este universo, junto con las leyes naturales, de modo que los Otros no corran peligro ninguno de perderlos. Constituirán una especie de «preconsciente colectivo».

—Hágalo, comandante —replicó Jim—. Pero, una cosa...

—Señor.

—Usted ha dicho... «casi una eternidad». Supuestamente, nuestro «juego», el de nuestro universo, sólo durará unos cien trillones de años, poco más o menos, antes de que la entropía reduzca a cenizas la última estrella. De algún modo, no parece mucho tiempo para un Dios...

—Buena observación, capitán, pero no se preocupe. Al fin y al cabo, ¿quién ha dicho que la entropía sea una constante? Les proporcionaré un universo duradero, no tenga miedo. Los Otros recordarán a la *Enterprise* cuando las galaxias ya sean historia...

—Y cuando hayan adquirido toda esa experiencia en el gobierno de un universo —añadió Harb—, puede que entonces estén preparados para realizar algunas modificaciones en el diseño básico.

—Comenzaré, entonces —dijo K't'lk.

—Kit —dijo otra voz, y McCoy echó una rodilla en tierra al lado de ella, con expresión preocupada—. Una cosa. ¿Cuando escriba las ecuaciones... tiene que darles también la muerte a los Otros?

El halo que rodeaba al médico estaba amortecido. Lo mismo sucedió con el brillo de los ojos de K't'lk: su azul, durante un momento, fue más propio de un crepúsculo que de un mediodía.

—L'n'rd —respondió con notas sombrías—, usted mismo lo ha dicho. Lo que los

Otros necesitan es tiempo. Eso no pueden tenerlo sin tener también la entropía. Y la muerte llegará inevitablemente con ella... el agotamiento, el colapso...

—Usted es una física creativa... ¿no podría hallar una forma de excluir esa parte? —preguntó McCoy. Había melancolía en su persistencia, como si supiese que era inútil pero no pudiera soportar darse por vencido—. ¿Dejar que el tiempo corra... pero que la vida no se resienta?

K't'lk lo miró en silencio durante un momento.

—Podría escribir eso en las ecuaciones —declaró por fin—. Podría escribirlo en las que rigen el universo de usted. Pero no estoy segura de cuál sería el resultado... y sería un desatino o una locura poner en práctica semejante opción sin al menos probarla primero. Aquí no tendremos ninguna oportunidad para hacer pruebas, L'n'rd . Una vez que pronuncie la última Palabra, la declaración final que ejecuta las ecuaciones que le preceden, este universo se convertirá en inalterable, sólo será susceptible de experimentar los cambios que yo le haya implantado. No me atrevo a dejar las ecuaciones de «cambio» lo bastante abiertas como para permitir alteraciones fáciles; las leyes naturales podrían comenzar a deshacerse, y el resultado sería coma el caos que vimos en los límites de la Pequeña Magallanes. Ni tampoco me atrevo a experimentar con los Otros y arriesgarme a dejarlos atrapados en alguna paradoja accidental del tiempo o en un bucle de causalidad hiperespacial de los que jamás puedan ser liberados.

McCoy callaba, no se movió.

—Doctor —dijo Spock con voz dulce—, usted no es muy aficionado a las leyendas, pero esta fábula creo que la conoce. ¿Cómo murió Esculapio?

El rostro de Leonard asumió una expresión desolada.

—Era un sanador tan fantástico —dijo—, que finalmente alguien le ofreció unos honorarios enormes para que resucitara a un hombre muerto. Lo hizo. Los dioses de la muerte se pusieron celosos. Lo hicieron fulminar por un rayo.

Spock miró fijamente a McCoy, y no dijo nada.

Entonces, la esperanza relumbró en la cara de McCoy, y la luz que lo rodeaba se agitó.

—Y —continuó con tono triunfante, al recordar el resto—, después los dioses lo lamentaron... y convirtieron en dioses tanto a Esculapio como al hombre al que había resucitado.

—No obstante, hizo falta la muerte para elevarlos a ambos a la divinidad — señaló Spock—. Leonard, existe un enorme potencial para la tragedia en el acto de darles a los Otros un tiempo casi eterno sin dejarles un medio seguro para trascenderlo. Las ecuaciones que K't'lk tiene intención de implantar aquí como reglas del juego harán que los Otros olviden lo que son... que pierdan el sentido de su divinidad mientras estén vivos. ¿Cómo podríamos cerrarles el único medio que

conocemos, o al menos del que tenemos pruebas, para que puedan recuperar ese conocimiento? —McCoy apartó la mirada. Pasado un momento de silencio, con gran dulzura, Spock añadió—: Leonard, les irá bien. Al fin y al cabo, son un Dios. E incluso en nuestro universo... la muerte tiene sus excepciones.

McCoy inclinó la cabeza y se puso de pie. Cuando volvió a alzar los ojos, momentos más tarde, las lágrimas le corrían por la cara y no hizo intento alguno por ocultarlas.

—¿Podemos al menos ahorrarles el dolor? —inquirió con voz queda.

Jim se dio cuenta entonces de lo buen médico que era su amigo; porque no había nada que McCoy deseara más que la existencia de al menos un lugar donde él estaría siempre sin trabajo. Tendió una mano y la posó sobre un brazo de McCoy.

—Bones —dijo—, con la entropía en vigor, no creo que podamos lograr tampoco eso. Sólo somos unos novatos. No podemos anular la maldición... sólo suavizarla.

—Si es que la muerte es realmente una maldición —puntualizó Spock, con tanta seriedad como un poder que anunciara un centenar de años de sueño, pero con un destello de íntimo, sereno humor en los ojos—. Tiene poca lógica condenar algo que uno no ha experimentado... o no recuerda haber experimentado.

El grupo guardó silencio. K't'lk los miró uno a uno, no oyó más comentarios, y por último volvió a alzar los ojos hacia Jim.

—¿Capitán? —preguntó.

—Adelante —asintió él—. ¿Necesita algo?

—Por el momento —replicó—, sólo silencio.

Y, para sorpresa de la mayoría de quienes escuchaban, comenzó a cantar.

Jim había oído cantar a K't'lk con bastante frecuencia, en conversaciones casuales que tendían a las armonías alegres e inconsecuentes; y en las charlas más profundas y personales, cuando sus líneas armónicas se volvían más sofisticadas, sargas de disonancias y desviaciones de accidentes mezclados sutilmente en resoluciones de textura rica. No obstante, nunca se había tomado el tiempo para escucharla cantar su trabajo, su física. Comenzaba a lamentar dicha omisión; porque se hizo evidente que por mucho que se deleitara con otros temas, era allí donde residía su más grande virtuosismo, y donde tenía puesto el corazón.

Al principio cantó con lentitud, de manera tentativa, a medida que exploraba el camino a través de un territorio desconocido... derramando salpicones de notas atonales, avanzando poco a poco con delicado cromatismo. Jim pensó en la descripción que le había hecho del apareamiento hamalki, y se dio cuenta de que otros edificios con menos carga emocional —como las obras de la arquitectura hamalki— se proyectaban de la misma manera: secuencias de notas equivalentes a constantes físicas, cualidades de vector, números. K't'lk estaba planteando ecuaciones mediante este canto... reduciéndolas a los términos más simples, combinándolos, usándolos de acuerdo con las reglas de la extraña física hamalki para encontrar el camino, como diría ella, hacia un tiempo futuro antes de que existiera el tiempo. Jim vio que Scotty la observaba con una expresión incierta, atenta, como si comenzara a entender lo que ella estaba haciendo. Pero el propio Jim no tenía manera de saber qué tal iba su trabajo. Aunque flotaba una extraña sensación en el aire. La gente se movía, se agitaba. Incluso el claro resplandor de los Otros ondulaba con inquietud.

De modo abrupto, Jim comenzó a sospechar que K't'lk se encontraba cerca de lo que estaba buscando. Sus progresiones cromáticas se hacían más seguras con rapidez, su campanilleo más complejo. Y luego su visión penetró al parecer en ese futuro que necesitaba ver, cualquiera que fuese, porque K't'lk se lanzó y comenzó a derramar la música fuera de sí como si hubiese estado conteniéndola durante mucho tiempo: una cascada loca, espléndida y brillante, de líneas melódicas eslabonadas, tan sincopadas y precisas como cualquier sonatina de Bach, pero (a pesar de la levedad tintineante de su voz) que de alguna forma llevaban un peso más que sinfónico de complejidad y significado en su red de medidas. Ella cantaba las ecuaciones con precisión y delicadeza, del mismo modo que hablaba; pero también cantaba con pasión y júbilo, y un extraño pesar agridulce. «Está construyendo su obra maestra —pensó Jim—. El deleite, la sensación de colmar un gran deseo, no son de extrañar. ¿Con cuánta frecuencia consigue uno dar inicio a un universo?» Pero el pesar lo desconcertaba... hasta que se sorprendió pensando en el tipo de compromiso, de pasión y pesaroso

júbilo que una hamalki podía poner en la estructura que construía para su matrimonio, en la preparación de la muerte de su compañero, o de la suya propia. También pensó en la forma en que K't'lk había mirado de Scotty a él mientras hablaba de si dispondría de la energía necesaria para conseguir esto. Luego, Jim apartó la atención de esa idea. Era demasiado fácil captar los pensamientos en este lugar, y no quería que nadie distrajera a K't'lk —especialmente Scotty— mientras establecía las leyes que regirían un universo durante la casi eternidad.

La sensación de que la canción duraba mucho era sin duda una ilusión, pero persistía. «Supongo que es normal —pensó Jim—. Las leyes de todo un universo por establecer... todo, desde las constantes físicas más elementales... es lógico que se necesite un rato para hacerlo. Al fin y al cabo, incluso Dios tardó siete días por lo menos...» Se preguntó, no obstante, si Dios habría cantado mientras trabajaba, y si la canción habría tenido un sonido tan glorioso como ésta. K't'lk temblaba con la potencia del canto, como si la música fuese algo vivo y aprisionado en su cuerpo que ella se limitara a libertar y que podría volverse contra ella si relajaba la concentración. No mostraba signo alguno de relajarse. De modo implacable escanciaba la melodía en el aire, o ésta se vertía fuera de ella; un torrente de música brillante, en voz baja y aguda: una furiosa embestida de ecuaciones y edictos que ella había percibido en el futuro de este universo, y que ahora dejaba en libertad. Salieron violentamente a través de la tripulación de la *Enterprise*, y comenzaron a transformarse en las instrucciones operativas de este universo.

A medida que las ecuaciones comenzaron a «arraigar», el aire se tensó con las invisibles leyes que se entretejían. Nadie podía moverse; se sentían tan inmovilizados dentro de la matriz de orden y mando de K't'lk que se solidificaba con rapidez, como si estuvieran dentro de un bloque de ámbar. Incluso respirar resultaba difícil al principio, y se hizo más costoso a medida que sentían cómo ella iba ajustando las ecuaciones: atando extremos sueltos, uniendo la totalidad del tejido de leyes naturales de manera homogénea y apretada, eliminando los agujeros dejados por los bucles en este universo a punto de existir. Dio la impresión de que pasaba mucho tiempo antes de que su canción se enlenteciera, hasta que las armonías finales se resolvieron y los últimos acordes se perdieron en el silencio en el aire inmóvil. Pero al fin concluyó, y todos exhalaban en un sonido de liberación y alivio.

K't'lk alzó los ojos hacia sus compañeros de más elevada estatura, con un susurro de fatigada satisfacción.

—La matriz básica ha quedado establecida —dijo, con voz cansada pero absolutamente satisfecha—. Compañeros, mirad en vuestro interior; luego entregadles vuestros regalos...

En la brillante intemporalidad, los tripulantes de la *Enterprise* hicieron lo que se les pedía. En aquel lugar tan maleable para el pensamiento y la palabra dada, los

momentos de sus vidas que iban a regalar a los Otros surgieron de la nada y envolvieron con una repentina realidad a los cuatrocientos treinta y ocho a medida que sus experiencias penetraban más y más en el tejido de aquel universo. Una y otra vez, cuando Jim recordaba quién era —y había momentos en los que le resultaba difícil, mirando a través de los ojos de tantos otros—, se sentía conmovido hasta las lágrimas; porque los regalos no tenían precio. Sin excepción, sus tripulantes daban lo mejor de sí mismos. Los tentáculos de alguien lo tocaron con afecto cuando uno de los miembros sulamidas de la tripulación entregó el momento más querido de su vida. Miraba hacia abajo, al paisaje malva y dorado desde el gran silencio de un cielo color albaricoque; no oía nada excepto el suave susurrar del viento en el columpio, y sentía cómo el aire del verano lo elevaba; y comprendió, por primera vez, el subyacente miedo a la libertad, y el júbilo que acompaña a ese miedo. Estaba luchando con su hermano, una sudorosa y fuerte presa de dieciséis miembros, y se sorprendían el uno al otro con constantes gruñidos y exclamaciones de sorpresa y deleite ante la fuerza del otro; por último se separaron y se desplomaron con los músculos doloridos, exhaustos, sobre el césped color espliego, silbando con risa mizarthu, mientras él daba silenciosamente las gracias a los Poderes por el regalo de un compañero semejante. Se hallaba de pie en la polvorienta calidez azur del llano y alzaba los ojos con reverencia y asombro hacia las alturas, donde las ancestrales torres de as'Toroken meditaban en su oscura majestuosidad, desgastadas pero desafiando a los años y las lluvias. Comenzó a caminar hacia ellas con lentitud, sabiendo a quién encontraría allí, atreviéndose a acudir a su encuentro, en cualquier caso...

... una nieve de metano tan fina como la niebla se deslizaba y culebreaba entre las piedras, nacida de un gimiente viento que le calaba hasta los huesos. Permaneció quieto y aguantó el frío, alzando sus ojos hacia el cielo rojo negruzco y la gran gigante gaseosa rojiza que navegaba por el oscuro resplandor, contemplándola con silenciosa, irracional aprobación. La sala de trabajo y el mundo desaparecieron mientras pulsaba con fuerza el teclado sacando la música del ordenador, hilándola, forzando los circuitos hasta la perfección, retorciéndose él mismo, hasta que finalmente la noche se marchó y volvió a aparecer un día de tres soles y él avanzó tambaleante hacia su percha, con exhausta satisfacción, para colgarse hasta justo antes del concierto. Su padre tendió un tentáculo manual hacia él y su viejo e impasible rostro se contorsionó en un dulce gesto de bienvenida que él nunca había abrigado esperanza de ver, después del largo extrañamiento que había existido entre ambos; sus entrañas sufrieron un espasmo que le llegó al cerebro, y su conciencia se desvaneció de loco júbilo...

... leyó la gráfica una y otra vez, sudó de angustia mientras se preparaba para el caso, y finalmente comenzó la operación, abriendo hasta la profundidad de un antebrazo el frágil cuerpo que libremente había aceptado quedar a merced de sus

cuidados. Después de tres días en coma y constante mantenimiento fatigoso —tres días de miedo que le enseñaron cómo sería el infierno si alguna vez se encontraba en él—, su paciente despertó y le dedicó una abierta sonrisa vercingetirixana colmilluda. En cuanto hubo comprobado que su aspecto era normal, se marchó a la habitación contigua y lloró de alivio y alegría...

... su garganta parecía retorcerse en su intento por imitar el caprichoso sonido del nuevo idioma, y su mente giraba en torno a los conceptos, luchando con ellos como si luchara con un ángel... una lucha cuyo objetivo no era ganar sino perder en favor del otro: entregarse a la mentalidad alternativa y pensar en la lengua del otro, y por centésima vez convertirse en algo más de lo que era antes de la rendición. Sin previo aviso, tras días de lucha y esfuerzo, en medio de una plácida mañana ante su escritorio, el enemigo se alzó dentro de ella, la aferró y la arrojó con pasmosa fuerza contra el fondo de su mente. La cabeza le dio vueltas durante un segundo con terminologías alienígenas... y luego todo fue diferente. Su oficina, eso era lo alienígena, y todos los nombres habían cambiado. También su enemigo cambió; ella miró dentro de sí y en su lugar halló un amante. Profirió un sonoro grito de puro deleite ante su propia derrota, su victoria. Y cuando otros llegaron corriendo para ver qué sucedía, ella comenzó a reír y no pudo parar...

... la belleza del universo físico, la forma en que las cosas encajaban y funcionaban, la feroz energía que encerraba la materia en todas sus formas, cantó dentro de él como un poema hasta que tuvo que apoyarse literalmente en la mampara para no caer. Se sentía mareado, a la vez diminuto y enorme, poderoso e impotente, empequeñecido y ennoblecido por la fuerza y docilidad de las cosas. Y eso tenía que contárselo a quien era el principal responsable de la experiencia. Con una rápida mirada avergonzada en torno de sí para comprobar que nadie lo miraba, extendió un brazo y posó la mano sobre la columna de mezcla de materia/antimateria. Palpitaba de poder, la vida cantaba bajo su transparente piel metálica. «Gracias —dijo, sin saber muy bien a qué o quién estaba dándole las gracias, y sin que le importara—. Gracias». Y supo que ella lo había oído...

... era su trabajo ayudarlos a jugar. No se le ocurría nada mejor que hacer con su vida, porque sabía que cuando se sentían en libertad para jugar, sus almas se manifestaban abiertamente; era entonces, más que en ningún otro momento, cuando se manifestaba con mayor claridad quiénes eran.

Y cuanto más se habituaba uno a permitir que su esencia se manifestara, sin miedo, mayor era la alegría que había en su vida. Y entonces el yo se mostraba todavía más... y el ciclo continuaba, la alegría engendrando alegría, interminablemente. Se reclinó contra la pared, regocijado con el pensamiento de todo lo que su trabajo les permitía ser a quienes lo rodeaban. Entonces, el aumento de materia en el tablero de ajedrez de cuatro dimensiones que había al otro lado de la

sala hizo que se apagara con un grito de retroalimentación, y él sonrió y se marchó en busca del destornillador sónico, y de un cepillo y un recogedor para las piezas que se habían fundido...

... era él quien sabía por dónde avanzar a través de la oscuridad. Para él, cada estrella era un punto de referencia. Las conocía a todas por sus nombres; sus espectros le resultaban tan familiares como las flores de un jardín. Ningún mundo le era extraño, y podía hallar el camino de vuelta a casa con los ojos vendados aunque se encontrara a un millar de pársecs de distancia, pues estaba atado con firmeza a aquel gran anillo invisible, la senda de un bello planeta azul que giraba en torno a un pequeño sol amarillo. Las verdes colinas de la Tierra eran su hogar, la seguridad, pero él nunca escogería permanecer a salvo durante mucho tiempo. La oscuridad conocía su nombre, y cuando lo llamaba, él acudía, y hacía lo que más le gustaba: encontrar señalizadores y puntos de referencia, abriendo el camino hacia el infinito para quienes vendrían después...

... la enorme nave era una espada en sus manos, afilada con luz voraz, acorazada de fuego. Él era el defensor alado, caballero y ángel, con la espada en alto para defender las estrellas que tenía bajo su protección. No abrigaba malicia ninguna contra los furiosos poderes que acudían a ponerlo a prueba; preferiría dejarlos que pasaran en paz. Pero los resistiría sin piedad cuando llegaran... y si escogían la muerte en sus manos, era asunto de ellos. Aceptaría la responsabilidad, se afligiría profundamente por los muertos, y volvería a alzar su escudo...

... el conocimiento ardía en su cerebro, dulce y amargo a la vez, como tan a menudo se decía que era la fruta de los dioses. Y siempre había más que saber, y una eternidad de cosas que no sabía y que no conocería jamás. No había nada fútil en esa verdad, más bien había éxtasis; porque él sería consumido por el universo, no lo contrario. Esto último (de haber sido posible) habría sido fútil y amargo de verdad. En su búsqueda de conocimiento, había decidido moverse entre los extraños, los que reían, lloraban y especulaban con un tal abandono. Sus diferencias constituían el júbilo de él, pues no eran más que una capa fina que cubría la similitud fundamental que había entre todos ellos. Había otras alegrías. Aunque la mayor parte de sus conocimientos estaban orientados hacia el exterior, también él era conocido; aunque a veces permanecía en silencio, otros conocían su nombre y no temían recurrir al alma que secretamente era. En particular eran dos: aquel con el cual compartía el secreto deleite de estar bajo el mando, y el que los comandaba. A este último se volvía ahora, dándole gracias con la mente, celebrando la loca osadía nada vulcaniana que los había llevado a todos a este lugar...

Tan conmovido que se había quedado sin habla, Jim entregó su regalo, aquello que le resultaba más dulce. Sentarse en el corazón de cuatrocientas treinta y ocho almas, y ser de verdad su corazón, y su cabeza; ser aquel a quien ellos entregaban su

poder... no de modo incuestionable, no, sino tras una profunda consideración, por decisión propia y, a veces (aunque él nunca lo entendía cuando pasaba), por afecto. Comandarlos, estar (por virtud de ese mando) al servicio de ellos. Sufrir los dolores y alegrías de ellos como ellos sufrían los de él. Ser su compañero, deleitarse en lo que hacían todos juntos: explorar, atreverse, aventurarse, trabajar, jugar. No se le ocurría nada mejor en todo el universo para regalar, nada que mereciese más ser recordado cuando él y todas las humanidades y la Galaxia misma fuesen meramente antiguos relatos. Entregó el recuerdo, la sensación de lo que adoraba, a los Otros; y las lágrimas volvieron a bañarle el rostro al darse cuenta de quién era, y de la suerte que tenía de ser quien era.

Luego, abrió los ojos —ante el divertido pensamiento de que Spock diría que la suerte nada tenía que ver con eso—, y miró en torno. Muchas personas estaban haciendo lo mismo. Algunos tenían los ojos fijos en los Otros. Jim desvió la vista hacia ellos también, curioso. ¿El resplandor era de verdad un poco más luminoso? ¿O era una impresión debida a que había tenido los ojos cerrados?

Los Otros les devolvían una mirada de gravedad a los tripulantes de la *Enterprise*; era posible decir que estaban mirando, aunque Jim no tenía ni idea de cómo. Con lentitud, incluso con humildad, dijeron:

—No sabíamos que fuésemos tan pobres... para ahora ser tan ricos...

—Ha sido un placer para nosotros —respondió Jim, y bajó los ojos hacia K't'lk—. ¿Ya está? ¿Podemos marcharnos ya a casa?

Ella se sacudió, tintineando.

—Aún queda una parte del trabajo por hacer —replicó. Y en su voz volvían a percibirse aquellas raras emociones: pesar, extrañamente emparejado con un entusiasmo demasiado grande para expresarlo con palabras—. Tengo que unir la potencia de los Otros con la potencia del aparato de inversión, para llevar a cabo la ejecución final. De este modo, los Otros no sólo vivirán en este universo, sino que lo alimentarán con su propia energía. Constituye un arreglo apropiado, para un Dios...

—«Unir» su energía... ¿cómo? —preguntó Scotty—. ¿A través de las ecuaciones?

—A través de mí —replicó K't'lk—. A través de mi mente.

—¡Muchacha, no puede hacer eso! —declaró Scotty, alarmado—. Esa cantidad de energía...

—... desorganizaría cualquier mente, o cuerpo, o incluso cualquier forma parafísica —terminó ella, con calma y compasión—. Sí. ¿Acaso lo ha dudado en algún momento? Usted ha seguido el modo en que iba estableciendo las ecuaciones...

—Sí, pero creí que estaba equivocado...

Ella apartó la mirada durante un momento.

—Así pues, voy a hacer lo que declaré que haría —le dijo a Jim con un tintineo

en el que había algo de humor sombrío—; cargar con las consecuencias de mi obra. Capitán, deben realizar sólo saltos cortos para regresar a nuestra Galaxia de origen... no más largos de diez mil años luz por vez mientras se encuentren en el espacio extragaláctico, y no más largos de un millar de años luz cuando se hallen dentro de un radio de diez mil años luz de la frontera arbitraria de la Galaxia. Son los saltos largos como los que realizamos nosotros los que desnaturalizan la integridad estructural del espacio... e incluso los más cortos le afectan un poco. Creo que el efecto no es acumulativo, pero es mejor no averiguarlo. Una vez lleguen a casa, deben hablar con el almirantazgo y asegurarse de que entienden que el motor de inversión no debe usarse nunca más. O al menos no hasta que los hamalki hayan encontrado una manera de producir el mismo resultado sin quebrantar las leyes de nuestro propio universo... ni verse obligados a reescribirlas.

—Me encargaré de que así sea, comandante —replicó Jim—. ¿Qué hay de la brecha abierta entre los dos universos? ¿Y del espacio dañado en los límites de la Pequeña Magallanes?

—Puedo reparar ambos problemas desde aquí —replicó K't'lk—. No había contado con la energía de los Otros para respaldar la del motor de inversión y la energía innata de la física. Hace que todo resulte más sencillo. —Dirigió los ojos hacia el gran resplandor inmóvil—. Tenemos que movernos con rapidez, señor, antes de que el área dañada sea demasiado grande para repararla. Yo misma me encargaré de su próximo tránsito. Ustedes y la *Enterprise* se encontrarán cerca de la parte dañada de la Pequeña Magallanes, con el fin de que puedan comprobar la reparación antes de continuar camino...

—¿Qué es este asunto de «ustedes y la *Enterprise*»? —preguntó Scotty, con voz más queda. El tono decía que lo sabía... y que deseaba desesperadamente que le dijese que estaba equivocado.

K't'lk se volvió hacia el ingeniero, y lo miró fijamente durante un momento... luego avanzó hasta él y se reclinó contra sus piernas.

—Mt'gm'ry —dijo, con gran dulzura—, voy a echarlo de menos. Es usted lo más parecido a un hamalki con dos patas que haya visto nunca, ¿lo sabía? Incluso en eso de hacerse el torpe con respecto a nuestra física para mantener cerca a la profesora. —Scotty comenzó a decir algo; ella le dedicó una discordancia afectuosa, un «shhh»—. Soy la principal responsable de la existencia del motor de inversión —dijo K't'lk—. Así que, como de costumbre, el Tao se encarga de que sea yo quien pague el daño causado por el motor; y puesto que el daño causado afecta vidas, ésa es la moneda que tengo que pagar. Está todo en las ecuaciones, querido mío. Usted lo vio venir.

—Usted mencionó la posibilidad —dijo Jim, que tuvo que realizar un esfuerzo para mantener la voz firme— de que tal vez fracasara.

—Esa posibilidad existe —replicó K't'lk con voz igualmente firme.

—¿Quiere decir que podría fracasar en el cierre de la brecha? —quiso saber McCoy.

—¡No! Ésa ha sido siempre mi principal prioridad, L'n'rd. Con independencia de lo que suceda, nuestro universo estará a salvo.

—Pero podría fracasar en... la fundación de este universo...

—Podría.

—Si eso sucediese... entonces es de suponer que el anterior estado de cosas volvería a asentarse —dijo Jim—. La condición del ser sin sucesos, sin existencia...

—Estasis eterno —asintió K't'lk—. Tan absoluto que no llegaría nunca a saber que he fracasado. Ni tampoco sabré nunca nada más. Lo mismo les sucederá a los Otros. —Entonces se echó a reír—. ¡Pero, capitán, no sea necio! ¿Yo? ¿Fracasar?

La risa no era ningún intento de ocultar su ansiedad. Era genuina. Jim sacudió la cabeza, sonriendo tras su congoja, y volvió a echar una rodilla en tierra. Ella se le acercó, tendió una delicada garra de vidrio y la posó en la mano que él le tendía.

—T'l —dijo Kirk—, ha sido un placer servir con usted. Con independencia de lo que suceda, la recordaré... particularmente en mi camarote.

—Y yo a usted, J'm —replicó ella, con un alborozo en sordina, dulce—. Allí, y en todas partes.

K't'lk se volvió hacia Scotty una vez más. Él hincó una rodilla, y se encorvó un poco hacia delante como un hombre presa de gran dolor. En silencio, ella se le acercó, e hizo algo que Jim jamás le había visto hacer antes: se alzó sobre seis patas, y con las otras seis más o menos trepó al regazo de Scotty y lo abrazó. Él la rodeó con los brazos, evitando las púas.

—Qué gran constructor eres —dijo. Y pasado un momento, inclinó un racimo de ojos hacia él y añadió—: Será mejor que repases ese conjunto de relaciones unas cuantas veces más: el grupo de entropía-extropía-antropía. Creo que cabe la posibilidad de que aún no comprendas algunas de las implicaciones más complejas.

—Sí —replicó Scotty—. Muchacha...

—Ve con Dios, Sc'tt'y —lo atajó ella, y bajó del regazo de él—. Te veré más tarde.

—*Mehe nakkhet ur-seveh*, K't'lk —le dijo Spock desde donde estaba, junto a Jim. Ella alzó la mirada y con dos patas hizo una vez más el gesto circular que había hecho el día en que la conocieron: partes-que-era-una, que se separaban, y volvían a convertirse en una.

—Lo mismo le deseo, Spock —replicó—. En mi situación presente, con independencia de cómo salgan las cosas, difícilmente podría evitar la primera parte, al menos.

Se volvió entonces a la tripulación de la *Enterprise* en conjunto.

—Fíjense los unos en los otros, compañeros —les aconsejó—. Lo que ven... es lo que son de verdad. Puede que pase algún tiempo antes de que vuelvan a verse los unos a los otros de este modo.

Y se alejó de ellos, caminando hacia el resplandor... convirtiéndose en una silueta menguante y rutilante, un juguete de relojería que campanilleaba con aire ausente, como una abstracta caja de música... hasta que el resplandor la absorbió por completo y desapareció.

Jim recorrió con los ojos al grupo de mando que lo rodeaba, a toda la tripulación de la *Enterprise*, bañada en la gloria de los Otros y en el propio y violento esplendor de la identidad de cada uno de ellos, y se empapó de esa visión, invadido por la sensación de que ya no podría hacerlo durante mucho más. Muchos de ellos lo miraban con la misma sensación. Otros estaban ocupados en mirarse los unos a los otros —a los viejos amigos, compañeros de batalla, personas a quienes apenas conocían en algunos casos—, intentando grabar el recuerdo de ese resplandor y retenerlo para el momento en que la carne volviera a ser simplemente carne, y los deslumbrantes personajes que los rodeaban volvieran a ser meramente humanos, los habituales conocidos a quienes oían refunfuñar por la comida o que les debían dinero.

—No es probable que podamos recordar mucho de lo que vemos de los demás aquí, capitán —comentó Spock en voz baja, junto a Jim—. La capacidad que tenemos de percibir las cosas con tanta claridad se debe sobre todo al suave gradiente de la entropía. Probablemente retendremos unas pocas imágenes vividas, y recordaremos el resto de lo sucedido de modo más general. Pero la experiencia en sí, su intensidad... —Sacudió la cabeza—. En un universo donde el tiempo pasa, y donde el paso de la energía a través de un sistema lo desgasta... puede que el espíritu esté dispuesto, pero la carne será demasiado débil.

Jim desplazó los ojos a su alrededor, mirando a Spock, a McCoy, a Scotty y al resto de la vieja tripulación del puente, y vio en ellos un magnífico surtido de grandes deseos, nobles anhelos y virtudes, generosamente mezclados con defectos morales; pero los defectos no deslucían las virtudes. Las exaltaban.

—Ha sido agradable —les dijo Jim a Spock y los demás—, no ver a los demás a través de un cristal distorsionador, aunque haya sido sólo por un rato.

Ellos asintieron con la cabeza. Y la música volvió a comenzar, así que todos se volvieron hacia el resplandor de los Otros, de donde procedía. Jim se preguntó cómo era posible que el canto que K't'lk había entonado antes le hubiera parecido semejante obra maestra. Comparado con este radiante entretejido de armónicos, parecía simplista. Luego las comparaciones se convirtieron en un imposible porque, a la voz de cristal que tintineaba las líneas melódicas, se unieron otras; primero fueron apenas unas pocas, luego más y más hasta diez, cincuenta, un centenar, trescientas. Las voces no cantaban palabras, sino que se fundían en melodías que formaban

figuras fantásticas de complejidad inimaginable, dentro de precipitadas masas de acordes suspendidos en la línea que separaba la disonancia de la armonía; y las voces eran de todo tipo: ieléridas, andorianas, mizarthues, tellaritas, terrícolas, vulcanianas, diphdanis. Amortecían, pero no podían ocultar, el solo de la voz hamalki que conducía la progresión ascendente. Más y más voces se sumaron al coro, hasta que no pudo oírse nada más que la gran unidad de sonido, tejiéndose y destejiéndose en un éxtasis de terror, maravilla, expectación y construcción, siempre construcción...

La luz se tornó más brillante. Jim entrecerró los ojos para protegérselos a medida que aumentaba, no sólo en intensidad sino también en tamaño... tendiéndose hacia él y su tripulación, pasando sobre ellos como un torrente. Se cubrió los ojos; no le sirvió de nada. El resplandor era demasiado cegador, y penetraba hasta su interior del mismo modo que lo hacía el sonido, hasta que la blancura colmó el mundo y él sintió, de modo confuso, que caía pesadamente de rodillas, rendido. Jim no tenía ni idea de lo que estaba haciendo el resto de su tripulación; todo cuanto podía oír era el creciente coro a medida que se sumaban a él una multitud tras otra, entretejiéndose en torno a la voz solitaria y tintineante que les mostraba el camino en interminables ascensos crecientes de canto. «Muy propio de ella —pensó Jim, mientras aún podía pensar—. Morir como un cisne, en la música...» Si era eso lo que K't'lk estaba haciendo. El sonido no parecía de muerte. Ascendía más y más, en timbre y en energía, hasta que pareció que la población de todo un universo no podría haber producido un sonido semejante; hasta que los acordes, a pesar de todo su peso y tamaño tremendos, se clavaron en el cerebro tan penetrantemente como espadas. Una voz, innumerables voces, uniéndose cada vez más; acordes que llegaban a una resolución, se estrechaban, en una sola nota insoportable que habría partido el corazón más duro, hizo añicos las paredes de los mundos. Un número infinito de voces que se forjaban y eran forjadas en un unísono terrible, extático contra el que nada podía resistir. Una voz, hablando, cantando, gritando una nota, una palabra...

El tiempo y el espacio oyeron la palabra, y la obedecieron... estallando hacia fuera, hacia dentro. La luz cegadora se lo tragó todo cuando la Vida se dividió en fragmentos que eran vidas. E instantáneamente, cuando lo hubo hecho, cayó la oscuridad. O aumentó, más bien; naciendo del corazón de la ardiente blancura no mitigada, y con una velocidad loca, alegre, corrió al exterior en todas direcciones, hasta los confines del nuevo universo. Y la oscuridad no fue total; la luz permaneció, transformada. Galaxias recién creadas y resplandecientes de estrellas jóvenes se alejaban rápidamente con la oscuridad, a lo largo de la superficie de onda del Big Bang nacido apenas segundos antes. Sólo ese atisbo tuvo Jim antes de que algo lo arrastrara hacia atrás, con rudeza...

... hasta caer en su asiento de mando en el puente de una nave estelar que flotaba

serenamente en el espacio, en los confines de la Pequeña Nube de Magallanes, a la que no le sucedía absolutamente nada anómalo.

—Puede que hayamos hecho estallar un par de estrellas por el camino —dijo la voz queda de McCoy desde detrás de él—, ¡pero tan seguro como que hay infierno que las hemos reemplazado!

—Informen —le ordenó Jim al aire, con la esperanza de que alguien fuera capaz de hacerlo.

Fue Spock quien descendió hasta detenerse junto al asiento de Kirk, tal y como el capitán había pensado que sucedería.

—La grieta entre los dos universos está sellada, capitán —dijo—. Y como puede ver usted en la pantalla, este lugar vuelve a estar tranquilo.

—¿Efectos en los planetas? ¿En la gente?

—No son especies con las que estemos familiarizados, y por tanto resulta difícil decirlo con certeza —replicó Spock—. Pero hay un ochenta por ciento de probabilidades de que K't'lk invocara alguna especie de bucle temporal cerrado para reparar el daño causado aquí. El espectro de ninguna de las estrellas que vimos convertirse en nova presenta el más ligero signo de irregularidad. Y los planetas no muestran cambios físicos.

McCoy estaba de pie junto al asiento de Jim, con una expresión de sobrio asombro en el rostro.

—¿Bones? —inquirió el capitán.

—Se ha informado de que todos los tripulantes se encuentran a bordo —respondió el médico—, excepto una. Aunque estaba con Scotty...

Jim pulsó el interruptor de su asiento.

—Ingeniería, señor Scott...

—Aquí Ingeniería —contestó alguien que no era Scotty—. Un momento, señor. —Se produjo una larga pausa.

—Scotty...

—No, señor —respondió ahora el interpelado, con una voz cargada de congoja y control—. Ella no está aquí.

—Recibido —dijo Jim—. Scotty, lo siento.

—Sí, señor. Scott fuera.

Jim volvió a pulsar el botón, mientras sacudía tristemente la cabeza. Casi había llegado a creer que iba a conseguirlo, que iba a sacar un conejo de la chistera... «Maldición».

—Registre su deceso, Spock —dijo—. Haga una observación respecto a que dio su vida por la preservación de dos universos... y por el nacimiento de uno.

—Sí, señor.

Jim alzó los ojos hacia McCoy.

—Bones —dijo, en voz baja para que sólo su amigo lo oyera—. Quería preguntarle una cosa... —Calló por un momento y luego prosiguió—. Resulta extraño tener que formular preguntas y aguardar las respuestas... no saber lo que las demás personas están pensando y sintiendo, con sólo querer saberlo. Me siento como si de algún modo me hubiese quedado sordo... como si tuviera la cabeza metida dentro de un saco...

—Puede estarle agradecido a ese saco, Jim —replicó McCoy—. El lugar en el que estamos ahora no es el lugar en que estábamos, donde las «zonas oscuras» de las personas se veían casi reducidas a la nada. Una suerte para nosotros, considerando la sensibilidad que poseíamos. En este lado, a veces he deseado no saber lo que otras personas pensaban... incluso en la limitada medida en que soy capaz de saberlo. ¿Qué pregunta quería hacerme?

—Bueno... cuando les estaba cantando la caña a los Otros... lo único que no mencionó, y podía haberlo hecho, fue que si nos destruían a nosotros, muy pronto se verían destruidos a causa de la adición de grandes cantidades de entropía a su propio espacio.

—Lo sé.

—¿Por qué no lo dijo?

—Porque si ellos eran realmente un Dios —replicó Bones con voz muy queda—, reaccionarían ante nuestro dolor como ante el suyo propio. Quería ver si había en ellos tanta divinidad... o lo que las humanidades tienen por divinidad... como para eso.

—¿Y si no la hubieran tenido?

—Entonces —replicó McCoy—, habríamos muerto todos... y también ellos. Y habría sido buena cosa. ¿Qué hay peor que dejar suelto por un universo un Dios que no sea piadoso?

Jim pensó en eso durante unos momentos, y entonces se dio cuenta de que tendría que llevarse esa pregunta, junto con otras varias, a la cubierta de observación.

—Otra cosa —dijo—. Esa última palabra que oí...

Bones alzó las cejas.

—Yo oí palabras. En plural. «Que se haga la oscuridad».

Ahora fue Jim quien alzó las cejas al oír eso, pero no dijo nada.

—La noche no va a ser atemorizadora, en ese universo —comentó McCoy, reflexivo—. Y K't'lk siempre tuvo sentido del humor... Sería agradable ir allí, algún día, y ver qué tipo de jardines los ha convencido de que planten.

Jim fijó los ojos en las estrellas, mientras asentía.

—Apuesto a que en ellos no habrá serpientes —añadió Bones.

—No —concedió Jim—. En cambio, arañas sí...

No realizaron el salto de inmediato. Había bastantes razones para no hacerlo: instrumentos que debían ser recalibrados, datos que ordenar; no sucedía todos los días que una nave estelar se encontrara presente en el nacimiento de un universo. Los sistemas de la nave necesitaban tiempo para recargarse en previsión del gran salto que los llevaría de vuelta al espacio de origen. Pero la *Enterprise* flotaba tranquilamente en el espacio, principalmente porque su capitán tenía algo que hacer allí todavía.

Hizo que el servicio en memoria de K't'lk se celebrara en la cubierta de Recreación. Harb Tanzer decoró la sala igual que lo había hecho para la reunión informativa en la cual K't'lk habló por primera vez a la tripulación. Pero esta vez nadie se encaramó sobre el pedestal. Permaneció vacío, y a excepción del foco que había sobre él, la única iluminación que había en la sala era la que entraba por los grandes ventanales, la luz de la Pequeña Nube de Magallanes, que tenían gracias a los esfuerzos de ella, un suave y plácido resplandor azulado que bañaba sus rostros. Era como estar en una catedral: todo estaba en penumbra, silencioso y cargado de emoción.

Jim permanecía a un lado y al frente, con el resto de los mandos de la nave, y echaba de menos a K't'lk.

Incluso con el «saco» sobre la cabeza, podía darse cuenta de que no era el único que experimentaba ese sentimiento. La tripulación en su totalidad estaba tan silenciosa como los jefes de sección; y Scotty había pasado las últimas horas en un mutismo y una desolación que en ningún momento se había alejado mucho de las lágrimas. Incluso Spock se había sentido lo bastante conmovido como para acudir a Jim y solicitar el honor de dirigir el servicio. Sorprendido, Jim le concedió lo que solicitaba... no sin preguntarle en voz baja a McCoy cómo conmemorarían la muerte los vulcanianos.

—Probablemente leen extractos del último artículo redactado por el fallecido —murmuró Bones.

Spock, que trabajaba en su puesto, no tuvo necesidad de girarse; tampoco la tuvo ninguno de ellos dos. Ambos pudieron sentir, desde la mitad del puente, cómo se alzaba una de sus cejas.

Spock hizo uso de los privilegios del mando y escogió la música y el servicio que se emplearían. De pie en el estrado, vestido con el traje blanco vulcaniano de mando, las manos cogidas a la espalda, contempló a los miembros de dos turnos de la tripulación —todos ataviados con su ropa de gala, el bárbaro esplendor de muchos mundos—, y dejó que las notas tristes y dulces del final de *Ein Heldenleben* se perdieran en el silencio. Por encima de los acordes que se entretejían, quedos, comenzó, para sorpresa de Jim, no con el habitual servicio general de la Flota —cosa que solía hacerse cuando la persona fallecida no había especificado uno concreto en

su testamento—, sino con el terrícola. Una punzada de dolor atravesó a Jim cuando comprendió el proceso mental de Spock: que los vivos necesitaban más el consuelo que los muertos el honor. Hacía ya tiempo que K't'lk había conseguido el honor, y ahora ya no le importaba.

—... Nosotros somos los que visitamos el Tiempo, pero pertenecemos a la Eternidad; y a cada uno de nosotros le llega el momento de concluir la visita. Para uno de esta compañía, nuestra querida hermana K't'lk, la hora de esa partida se ha cumplido ya, y nos hemos reunido aquí para despedimos de ella. En su vivir y en su morir, ha conquistado tanto la vida como la muerte; y su naturaleza mortal se ha revestido de inmortalidad, haciendo realidad las ancestrales palabras: «Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh, tumba, ¿dónde está tu victoria?».

El ronco sollozo que rompió el silencio fue el de Scotty. Jim no lo miró; sus propios ojos le escocían ya bastante, y se concentró en mantenerse firme. Spock continuó con majestuosas, medidas pausas, y Jim se maravilló de lo serena que podía ser aquella voz y revelar al mismo tiempo, al menos para él, la profunda congoja del vulcaniano...

—... por lo tanto, viendo que nuestra hermana K't'lk se ha hecho cargo del universo, encomendamos su espíritu a la noche, y a las estrellas de las que llegó... — y Jim tragó con dificultad porque aquellas palabras no podían ser más ciertas—, sabiendo que al hacerlo así la noche no carecerá nunca de luz estelar, ni nuestras vidas del recuerdo de nuestra querida hermana, hasta el final de los tiempos...

Tal era la quietud que reinaba en la sala que parecía que no respiraban siquiera.

—Honores —dijo Spock con voz queda. Uhura, a un lado, tocó una consola. La nave arrió sus banderas, desactivó todos los escudos excepto el del casco, apagando incluso las luces de navegación. Sulu se acercó a la consola y le habló en voz baja. Al otro lado de las ventanas, el espacio intergaláctico se encendió brevemente con las salvas de los cañones fásicos: los tres disparos que evitan que los malos espíritus entren en las almas acongojadas que asisten al funeral de un camarada de armas, cuando las puertas del corazón de los hombres están abiertas. A continuación, Harb le habló a la consola, y Moira cantó el toque de silencio con una voz humana terrícola, dulce y sin palabras. A cargo de Sulu quedó la despedida de flauta *bo'sun*, y de uno en uno y dos en dos los tripulantes se marcharon, y toda música concluyó. Excepto dentro de las mentes de muchos tripulantes, donde una música que habían oído en un universo cerrado para siempre jamás quedaría del todo en silencio...

Llegaron al sistema solar durante el período de descanso de Jim. La llegada no era algo que requiriese su presencia en el puente... y en cualquier caso estaba cansado. Se encontraba sentado en la luz suave de su camarote, con una copa de viejo oporto en una mano y una pequeña estructura que parecía de vidrio tejido en la otra, meditando. Sus triunfos parecían hallarlo siempre en el puente; pero los dolores, y aquellas formas de triunfo que son más profundas que el triunfo, parecían encontrarlo siempre en el camarote.

«Curioso, es todo muy curioso». Las lecturas realizadas sobre la ciencia no causal, cuando estaba en la Academia, siempre le habían parecido algo escapado de un cuento de hadas. En estos días, sin embargo —tras haber pasado por muchas situaciones que habrían hecho que los cuentos de hadas parecieran insulsos, sobre todo el último asunto con la anomalía—, Jim estaba dispuesto a ser un poco más crédulo que cuando era cadete, y a hacer especulaciones un poco más disparatadas.

«¿Cuánta energía tiene realmente un proto-Dios? —se preguntó—. ¿Incluso antes de ser conscientes o darse cuenta de la existencia de otros seres? El hecho de que tuviéramos a K't'lk a bordo... y una tripulación capaz de influir en los “lugares” del otro lado de la anomalía... son cosas que parecen forzar un poco la casualidad. —Hizo una pausa para beber un sorbo de oporto—. Sin embargo, K't'lk dijo que había penetrado en el tiempo del universo mucho antes de que tuviera tiempo, con el fin de hallar las leyes que iba a insertar. Si ella pudo hacer eso... ¿cómo puedo estar seguro de que los Otros, incluso antes de la conciencia, no penetraron en nuestro mundo, nuestro tiempo, e hicieron que K't'lk inventara el aparato de inversión... con el propósito de que abriese una brecha en el universo de ellos y los dejara en libertad para ser el Dios de ese universo...?»

»... claro que eso significaría que ella los causó a ellos, mediante el aparato de inversión, antes de que ellos causaran el aparato a través de ella... —Se desperezó, sonriendo para sí ante la “paradoja”, que era por completo permisible en un sistema no causal—. Tal vez estoy anticuado —pensó—, pero la verdad es que prefiero la causa y el efecto. Son más ordenados, de algún modo».

Entonces volvió a su memoria la imagen y el sonido de aquellos últimos momentos pasados con los Otros... desvaneciéndose, como había dicho Spock que sucedería, pero aún gloriosos. «Aunque, por otra parte —pensó Jim—, puede que el orden no lo sea todo...»

El comunicador silbó de la misma forma en que lo había hecho hacía eternidades, el día en que la *Enterprise* recibió la orden de acudir a Hamal. Esta vez, Jim no dio un salto.

—Pantalla.

Era Sulu, y en sus ojos había una expresión rara.

—¿Señor? Iniciamos el acercamiento final a la Tierra.

—Recibido. —Habría dicho «apague pantalla», pero la expresión de Sulu lo hizo guardar momentáneo silencio.

—Jim —dijo Hikaru de modo deliberado; Jim, no capitán—. Creo que debería ver esto.

—Páselo a pantalla, entonces.

La visión cambió. Aún se encontraban bastante lejos dentro del sistema —dentro de la zona orbital de los Asteroides, por encima—, y aminorando de una lenta velocidad de dos c, recorriendo no más de un par de trillones de kilómetros por hora. Las estrellas brillaban en torno a ellos. Y brillaban otras cosas, aparte de las estrellas.

—Buen Señor —dijo Jim, dejó la copa y se puso de pie para contemplar la pantalla.

La *Enterprise* no se encontraba sola. Tenía escolta. La pantalla estaba llena de naves que se le aproximaban, todas con los escudos levantados. Unas pocas de ellas ya la habían igualado en velocidad y vectores y navegaban a su alrededor, a corta distancia, en el límite de seguridad de cinco kilómetros. Esas naves más cercanas eran cruceros pesados de la misma clase que la *Enterprise*: las *Indomable*, *Potemkin*, *Surak*, *Isshasshte*, *Tao Feng*, *John F. Kennedy*, la nueva *Intrépida*. Los escudos resplandecían con el color promedio de referencia de su estrella de matriculación: la *Surak* y la *Intrépida* lucían el ardiente azul de Vulcano; la *Isshasshte* rutilaba con el blanco azulado de Deneb; la *Tao Feng*, la *Potemkin* y la *John F. Kennedy* brillaban con el más suave blanco amarillento del Sol. Desde las profundidades acudían aún más naves con los escudos matizados de acuerdo con el color de su estrella. Jim tragó para que bajara el nudo que tenía en la garganta y poder hablar.

—Responda a los colores, señor Sulu —dijo—. Hemos salido ahí fuera en nombre de todos ellos. Espectro continuo, desde el infrarrojo al ultravioleta.

Sacudió la cabeza, maravillado. «Dios —pensó—, parece la holografía desplegable central de Naves Estelares de Batalla de la revista *Jane's*...»

El espacio se llenó de esbeltas barquillas, cascos primarios y secundarios, formas lisas brillantes y formas pesadas... todas envueltas en ardiente luz para hacerle los honores a la *Enterprise* y acompañarla a casa. Sabía Dios cómo, pero allí había algunos de los grandes acorazados clase *Defender*: monstruos de casco múltiple que viajaban como enormes ballenas silenciosas por oscuras aguas, manteniendo su propio límite de ocho kilómetros; la *Rodger Young* y la *Viento Divino*, la *Arizona*, la *Bismark*, la *M'hasien*, la *Dataphda* y la *Inaieu*. Había allí portanaves, bestias de muchos tubos llenas de exploradoras, lanzaderas y cazas: la *Reina Cristina*, la *Valquiria*, la *Erinnye*, la *Marya Morevna* y la *Hypsipyle*. Todos los cruceros ligeros del área parecían hallarse presentes: *Constitución* y *Constelación*, *Resuelto* y

Bannockbum, Sadat, Malacandra y Bonhomme Richard. Incluso las naves «visitantes» de la Flota tripuladas por alienígenas se encontraban allí, para asombro de Jim: *Sorithias y Morano Merinhen, Nai'in, Sulam y Kamé*.

Y pequeños cúter por decenas y veintenas, lustrosas formas esbeltas que él conocía bien, puesto que había mandado a más de una durante su juventud: *Lewis, Clarke, Ferrus Folly, Ransom, Amstrong y Ewet*.

«Vaya una colección —pensó Jim—. ¿Qué ha estado sucediendo por aquí?»

Desde el puente, la voz de Uhura dijo:

—La *Kennedy* está llamándonos, capitán.

—Póngame con ellos.

La imagen de naves y estrellas desapareció, para ser reemplazada por una vista del puente de la *Kennedy*, y del comodoro Katha'sat instalado en el asiento central del mismo, con una expresión festiva en el rostro.

—Bienvenido a casa, Jim —lo saludó.

—Gracias, Katha... créame, nos consideramos bienvenidos. Pero esto... —Jim sacudió una mano con un gesto que indicaba el espacio inmediato—, no puede ser sólo por nosotros.

—Ya lo creo que sí, Jim. Unos cuantos nos encontrábamos en los alrededores...

—¡Katha! —Jim se echó a reír—. Hágame el favor... La Flota Estelar jamás le habría permitido...

—Jim —lo interrumpió Katha'sat al tiempo que se retrepaba en el asiento de mando y cruzaba las piernas a la altura de ambos conjuntos de rodillas—, nosotros somos la Flota Estelar. Un hecho que a veces se les escapa a los del Almirantazgo... pero hoy no se les ha escapado. Cuando los sensores detectaron su entrada, todas las naves desde theta Carinae a la constelación de la Ballena le dijeron a la Flota adónde querían ir. Y cuando la Flota vio en qué forma estallaban los iones, nos fabricaron órdenes nuevas a toda prisa. No habría sido buena cosa que los klingon vieran a toda la Flota amotinarse de repente tan cerca de la Tierra. Podrían ocurrírseles ideas...

—Viejo chantajista... —dijo Jim con gran afecto.

—No estoy de acuerdo con eso —declaró Katha'sat, con su redonda boca—. No soy viejo. También hay otra cosa. Regresan ustedes antes de lo previsto, si comprendo bien el programa inicial. Abrigo la esperanza de que esta vez haya salido todo bien durante el vuelo de prueba; no creo que la Flota Estelar vaya a aceptar otra manifestación como ésta, y de algún modo dudo que esté dispuesta a permitir que la *Enterprise* vuelva a salir de la Galaxia.

—Katha —replicó Jim—, también yo lo dudo...

Katha'sat inclinó la cabeza a un lado con lentitud, en un asentimiento especulativo.

—Sin duda, tendrá una historia para contarme que explicará lo que acaba de decir

—comentó—. Muy bien; me la contará en la Flota, cuando hayamos acabado ambos con la reunión informativa.

Kirk asintió.

—Deje libre un buen rato. Algunas de las informaciones que tengo requieren el oído de un amigo, y no el del Almirantazgo.

—De acuerdo. Nos veremos para tomar una copa, y creo que por aquí podré encontrarle un amigo.

—Bien. Pero, Katha... nada de cartas.

Katha'sat hizo una mueca de cara larga que expresaba resignación hestv.

—El problema que tiene usted, Jim —declaró—, es su incapacidad para correr riesgos.

—Recibido y anotado, comodoro. Lo veré en San Francisco. Kirk fuera.

—¿Algo más, señor? —preguntó la voz de Sulu desde el puente, al regresar a pantalla la imagen de las naves y las estrellas.

—No. Sin embargo, encárguese de que la tripulación tenga acceso a estas imágenes. Ellos lo han hecho, y deben disfrutarlo.

—Sí, señor. Con todos los debidos respetos... disfrútelo también usted.

—Así lo haré. Corto.

Jim miró fijamente las naves reunidas en torno a la *Enterprise*, una pequeña galaxia de fuegos alrededor de una nave cuyos escudos entonaban muchos arco iris. Jim se fijó en un escudo en particular, mientras se internaban juntos hacia la órbita de Marte: una pantalla deflectora blanco actinio que brillaba con el fuego de la lejana estrella original de los klingon. Era la *Manhattan* que llevaba dicho escudo, ostentando ese lugar de honor hasta que, algún día, los klingon decidieran ingresar en la Federación. Allí, en su camarote, donde nadie podía verlo, Jim se irguió con lentitud y le dedicó un saludo militar a la bandera de las naves que lo habían seguido tan ciegamente hacia su muerte. Luego hizo una mueca ante la inutilidad de aquellas pérdidas, y se sentó.

Volvió a retrepase en el asiento para contemplar el halo de glorias que rodeaba a la *Enterprise* mientras navegaba pasando ante Marte y continuaba disminuyendo la velocidad. Jim bajó los ojos hacia el pequeño objeto que tenía en una mano —espinoso y rutilante, tejiendo la luz dentro de sí mismo—, y sus labios se estiraron en una lenta sonrisa al sentir que la tristeza volvía a convertirse en sombrío júbilo. «A usted le habría gustado ver esto, este esplendor... a pesar de que señalara su fracaso. Su fracaso menor. En el terreno más amplio, ha tenido éxito. Y en el menor, algún día... algún día...»

La pantalla volvió a silbar, aunque esta vez la llamada no procedía del puente. Era la nota diferente que usaban sus jefes de sección para hacerle saber que lo llamaban.

—¿Sí?

La estrellada noche llena de naves se desvaneció, reemplazada por el semblante de Scotty. Jim se incorporó en el asiento, casi alarmado por el cambio que veía en él... pues el ingeniero jefe se mostraba otra vez animado, y sonriente.

—¡Lo tengo, Jim! ¡Lo tengo!

—¿Qué tiene? ¿Se encuentra bien?

—¡Las ecuaciones! ¡La física hamalki! ¡Jim, la entiendo! ¡Y había otro conjunto de posibilidades que K't'lk nunca llegó a ver, la pobre muchachita...! ¡toda una gama nueva de opciones! ¡Tal vez otro motor intergaláctico, uno que no abrirá brechas en el espacio! Pero, en cualquier caso, el acceso a un tipo completamente nuevo de energía...

No tenía sentido decirle a Scotty que se calmara... y al pensarlo mejor, Jim no se sintió seguro de querer que lo hiciera.

—¿Cuánto tardará en saberlo?

—Eh... unos días. Una semana, quizá. Le escribiré un informe, aunque dudo que tenga más sentido para usted del que tuvo para mí al principio. Incluso los físicos de la Tierra van a querer lincharme. ¡Pero nos divertiremos bastante peleando antes de que se tranquilicen...!

—Bueno, no se quede ahí parlotando, Scotty —replicó Jim, tolerante y divertido—. Vaya a escribirme ese informe.

—¡Sí, señor! Corto...

Las estrellas regresaron a la pantalla. Jim volvió a recostarse en el respaldo al tiempo que sacudía la cabeza. «Debería de haber sabido que dejaría usted un legado», le dijo al aire vacío...

En su mano, algo se estremeció con fuerza. Jim bajó la mirada, conmocionado. El objeto de vidrio... volvió a moverse. Un fuerte estremecimiento, y otro. En un primer impulso, se puso de pie de un salto y estuvo a punto de arrojarlo al otro lado del camarote como si se tratara de un insecto venenoso... luego reprimió el impulso, pero demasiado tarde; el movimiento convulsivo hizo que dejara caer el delicado objeto. Se estrelló contra la mesa y se hizo pedazos.

Se le paralizó el corazón, como si fuera un niño a punto de recibir una reprimenda. «¡Lo he roto!», pensó, triste y fastidiado... y apenas había tenido tiempo de pensar aquello cuando los trozos comenzaron, repentina y terriblemente, a moverse, arrastrándose los unos hacia los otros. Las púas y fragmentos se agrupaban, se amontonaban y saltaban una y otra vez por la mesa como si buscaran el sitio adecuado, un rompecabezas que se montaba solo... en una forma que Jim conocía. Cuerpo redondo de no más de dos centímetros y medio de diámetro, pequeñas patas delicadas como agujas de vidrio, pelo iridiscente más fino que el cabello humano, rutilante; y por último, las cuencas oculares vacías que se llenaban de ardiente fuego azul que giraba, reía, estaba vivo...

—¡J'm —gritó la diminuta voz en un tintineo de caja de música impaciente, exuberante, triunfante—, hay otra respuesta! ¡¿¿Dónde está Mt'gm'ry??! —Y la hija-yo K't'lk bajó precipitadamente de la mesa, deteniéndose sólo para girar en torno a una pierna de Jim como si fuera un poste colocado allí para su diversión. Luego salió rebotando por la puerta en cuatro o cinco saltos pequeños pero exultantes.

Jim se quedó ahí de pie, viéndola marchar. A través de la puerta abierta, pudo oír los gritos de sorpresa, deleite y celebración que comenzaban a sonar por el pasillo. Por una vez, no se molestó en decirle a la puerta que se cerrara. Jim se limitó a sentarse, comenzó a reír, y continuó riendo hasta que se le saltaron las lágrimas. Y minutos más tarde, cuando entró Spock —con el aire de grave perplejidad que sólo un vulcaniano pasmado puede tener—, Jim lo miró de reojo, con una expresión confundida.

—¿Acerca de la muerte, señor Spock —inquirió—, había estado diciendo usted que, al igual que todo lo demás, tiene sus excepciones?

Conservando la gravedad, Spock inclinó la cabeza apenas una fracción, la cortés reverencia de un hombre que tiene razón por milésima vez y solicita que se le perdone por ello. Pero ¿aquella sonrisa que le palpitaba casi invisible en las comisuras de la boca, era una sonrisa de alegría?

—Es posible que aún podamos descubrir nosotros mismos que así es —replicó—. Entre tanto, capitán, vamos a llegar y atracar en el Anexo Orbital de San Francisco dentro de muy poco... y parece que tenemos a bordo al menos una tripulante cuya documentación necesita... digamos que ser actualizada. La Flota Estelar tiende a insistir bastante en estas cosas. Tal vez deberíamos bajar a Ingeniería e indagar el estado de ese miembro de la tripulación...

—... ¿y el de Scotty? Brindo por eso. —Y así lo hizo, deteniéndose luego apenas un momento para dejar la copa vacía con gran cuidado. Sonriente, Jim Kirk salió al corredor para ver a su tripulación.

—Obligaciones, como siempre, señor Spock —dijo por encima del hombro mientras salía—. El trabajo de un capitán no se acaba nunca.

Spock alzó una tolerante ceja y siguió a su capitán al interior del mundo de ambos.

Bibliografía

Esas ciencias «no causales» mencionadas en la presente obra ya se encuentran entre nosotros, en etapas embrionarias. Quienes estén interesados en obtener más información al respecto, hallarán numerosas obras sobre el tema en la prensa de divulgación, de las cuales la más conocida sea probablemente *El Tao de la física*, de Fritjof Capra. En cuanto a la información sobre el Espacio de Sitter, o datos relativos a la anentropía y sus temas afines, dirijo a los lectores curiosos a las fuentes que detallo a continuación:

De Witt, B. S. «Spacetime as a sheaf of geodesics in superspace», en *Relativity*, de Carmeli y otros. Plenum Press, Nueva York, 1970.

Gott III, J. Richard, «Creation of open universes from de Sitter space», *Nature*, vol. 295, 28 de enero de 1982, págs. 304-307. Isenson, T. K., «Primary space as a “solvent”; the evidence for a nonisotropic entropy gradient», *Paraphysical Cosmology*, vol. 15, 1 de junio de 1996, págs. 1052-1058.

McCoy, L. E., Md, FICX, «Somatic, hypersomatic, psychological, and philosophical/eschatological effects of exposure to entropy loss and “secondary creation syndrome” in Terrans, Sulamids, Vulcans, Sadrao, and Hamalki», *Journal of the Interstellar College of Xenomedicine*, vol. 470, fe 9315.0, págs. 5566-5593.

Spock, «Mathematical implications of nonhomogeneous paratopological convergences between orthogonal unbridged n-spaces; with substantiating field measurements», *Review of Modern Hypercosmology and Cosmogony*, vol. 388, fe 9258.0, págs. 82-97.

T'pask, Sivek, B'tk'r, y K't'lk, «An elective-mass inversión apparatus», *Proceedings of the Vulcan Science Academy*, vol. 7295, fe 8939.0, págs. 665-672

.

Notas

[1] La autora juega con las palabras inglesas *nuts* (nueces), empleada por K't'lk, y que también se emplea para referirse a los testículos, y *chest-nuts* (castañas). (N. de la T.)

<<

[2] Voz derivada del griego *ailouros*, gato. (N. de la T.) <<

[3] Voz alemana que significa «energía de frenado». Radiación de alta energía que emiten los electrones cuando son frenados por un campo eléctrico de potencia elevada. (*N. de la T.*) <<

[4] Juego de palabras con el nombre de la estrella. *Wolf*, significa «lobo», en inglés.
(N. de la T.) <<

[5] Arbustos ericáceos del género *arctostaphylos*, del oeste de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[6] Richard Buckminster Fuller (1895-1983), arquitecto estadounidense que desarrolló la cúpula geodésica hecha con tetraedros y octaedros de acero y plástico para cubrir los mayores volúmenes con la mínima superficie. (*N. de la T.*) <<